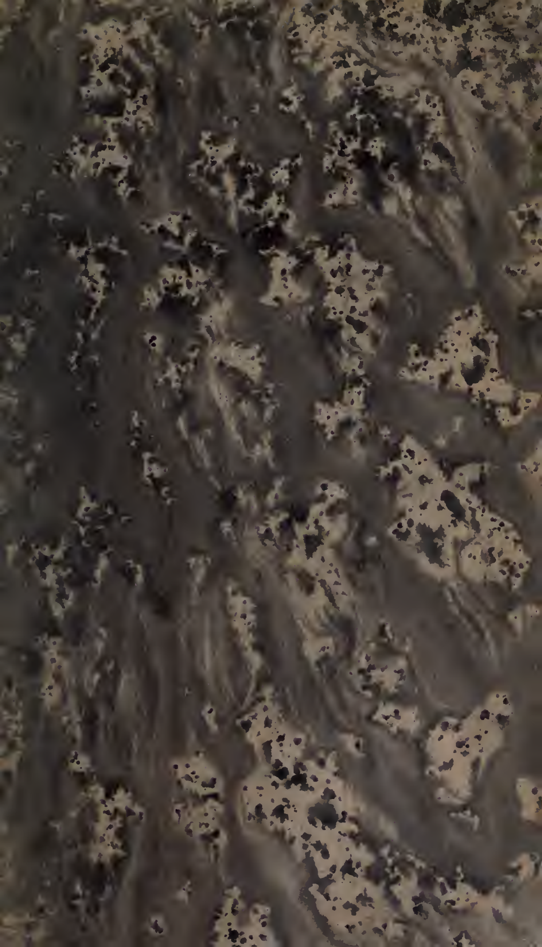






COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

TOMOS PUBLICADOS

1.°—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española. (Agotados los ejemplares de 4 pesetas, los hay de lujo de 6 en adelante.)

2.°—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.°—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados, y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.°—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.°—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I.—*Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.°—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario)*: tomo I.—*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.°—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro:*

* /

tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.º—OBRAS DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo I.—*El Solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.º—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo II.—*El Solitario y su tiempo:* tomo II y ultimo.—4 pesetas.

10.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I. Segunda edición.—5 pesetas

10 bis.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo III.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II. Segunda edición.—5 pesetas.

11.—OBRAS DE A. BELLO. tomo II.—*Principios de Derecho internacional,* con notas de D. Carlos Martinez Silva: tomo I.—Estado de paz.—4 pesetas.

12.—OBRAS DE A. BELLO: tomo III.—*Principios de Derecho internacional,* con notas de D. Carlos Martinez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo IV.—*Teatro,* tomo IV.—Contiene: *Rioja.—La estrella de Madrid.—La mejor corona.*—4 pesetas.

14.—*Voces del alma*: poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IV.—*Estudios de crítica literaria.*—Primera serie, 2.ª edición.—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa.—Núñez de Arce.—4 pesetas.

16.—OBRAS DE D. MANUEL CAÑETE: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.* — Contiene: El Duque de Rivas. — D. José Joaquín de Olmedo.—4 pesetas.

17.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo III.—*Problemas contemporáneos:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española: las transformaciones europeas en 1870: cuestión de Roma bajo su aspecto universal: la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica: epílogo.—El pesimismo y el optimismo. concepto é importancia de la teodicea popular: el Estado

en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos: las formas políticas en general. — El problema religioso y sus relaciones con el político: el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo: errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana: el cristianismo como fundamento del orden social: lo sobrenatural y el ateísmo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IV.—*Problemas contemporáneos:* tomo II.—Contiene: Estado actual de la investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza: el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneístas ilustres· Moreno Nieto; Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el libre cambio.—5 pesetas.

19.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

20.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IV, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

21.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VII.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores. Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—Obras de D. Vicente de la Fuente: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón*: primera serie, con retrato del autor grabado por Maura. Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de

Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—**Aventuras de Zafadola.** Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23. — Obras de D. A. L. de Ayala: tomo V. — *Teatro:* tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.—El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24. — *Estudios gramaticales.* — Introducción á las obras filológicas de D. Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por don Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25—*Poesías de D. José Eusebio Caro*, precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquin Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VI. — *Teatro:* tomo VI.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita). — *El nuevo D. Juan.*—4 pesetas.

27.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VIII. — *Horacio en España.— Solaces bibliográficos*, segunda edicion refundida: tomo I. — Contiene: traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—Obras de D. M. Cañete: tomo II.—*Teatro español del siglo* XVI.—*Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo II. — *De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet*, por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*) tomo III. — *De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo II y último.—4 pesetas.

32.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VII y último.— *Poesías y proyectos de comedias.* — Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33. — Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IX.— *Horacio en España.* — *Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida, tomo II y último.—Contiene: La poe-

sia horaciana en Castilla.—La poesía Horaciana en Portugal. - 5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático. Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este período.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas, por D. Antonio Paz y Mélia, tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducido directamente del alemán por D. Euardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura. — Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38. — Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo X. — *Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo xviii).—4 pesetas

39.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pesetas.

40.—Obras de D. Juan Valera: tomo I.—*Canciones, romances y poemas*, con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo VI (siglo xviii).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebin.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.

El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la Luna.—Ascension de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati. —De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomaquia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Jùan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pesetas.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: la continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y Derecho de Aragón:* tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos. Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo xv.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.- -Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar.—La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima. Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del juicio.—4 pesetas.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Juan de Caste-

llanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas.

50.—Obras de D. J. Valera: tomo II. — *Cuentos, diálogos y fantasías.*—Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino prehistórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa. — Dafnis y Cloe.—5 pesetas.

51.—*Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: la continuación de la materia anterior.—5 pesetas.

52.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XII. — *La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas. — Mr. Masson redimuerto. — Apéndices.—4 pesetas.

53.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo V.—*Poesías.*—Contiene: Amores. — Quejas y desengaños. — Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: La Metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopeyas portuguesas. — Glorias asturianas. — Coronación de León XIII. — El P. Zeferino.—Menéndez y Pelayo.—Campoamor.—Pérez Hernández.—Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VI.—*Artes y letras.*—Contiene: De los asuntos respectivos

de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIII.—*La ciencia española:* tercera edición corregida y aumentada: tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice. 5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Ultimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—Obras de D. J. Valera: tomo III.—*Nuevos estudios críticos*.—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El *Fausto* de Gœthe.—Shakespeare.—Psicologia del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VII (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—Obras de D. Severo Catalina: tomo I.—*La Mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.

63.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo II.—*Fábulas:* primera edición completa.—5 pesetas.

64.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XV.—*La ciencia española:* tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.—Inventario de la ciencia española:

Sagrada Escritura: Teología: Mística; Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas: 5 pesetas.

65.—Obras de D. J. Valera: tomo IV.—*Novelas:* tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.—El Comendador Mendoza.* 5 pesetas.

66.—Obras de D. J. Valera: tomo V.—*Novelas:* tomo II.—Contiene: *Doña Luz.—Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la República inglesa.—5 pesetas.

68.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel.—Doña Mencía.—La Redoma encantada.*—5 pesetas.

69. Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

71.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy. Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón: (*El Solitario*): tomo IV.—*Poesías.*—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. Saavedra, Duque de Rivas. con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura: tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—La hija de Alimenón.—Juramentos de amor. 4 pesetas.

74.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVI.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo VIII (siglo XIX).—4 pesetas.

75.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas.—y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella: tomo II.—5 pesetas.

77.—Obras de J. E. Hartzenbusch: tomo IV.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primero yo.*—5 ptas.

78.—Obras de D. J. Valera: tomo VI.—*Novelas:* tomo III. Contiene: *Las ilusiones del Doctor Faustino.*—5 pesetas.

79.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo I.—Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: la lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del rey Apolonio y de Santa María Egipciaca.—La poesía castellana de los siglos XIV y XV.—4 pesetas.

80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Melia.—Primera serie.—Contiene: Libro de Cetrería y profecía de Evangelista.—Carta burlesca de Godoy.—Privilegio de D. Juan II en favor de un hidalgo.—Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar, y respuesta de éste.—Sermón de Aljubarrota.—Carta de D. Diego Hurtado de Mendoza á Feliciano de Silva.—Proverbios de D. Apóstol de Castilla. Carta del Monstruo satírico.—Libro de chistes de Luis de Pinedo.—Memorial de un pleito.—Carta hallada en el correo sin saber quién la enviaba.—Carta de un portugués.—Carta burlesca de Fr. Guillén de Peraza.—Descendencia de los Modorros.—Carta de Diego de Amburcea á Esteban de Ibarra.—Carta del Conde de Lemos á Bartolomé L. de Argensola. — Carta de Ustarroz al maestro Gil González Dávila.—Epitafios y dichos portugueses.—Carta de un quidam al Castellano de Milán. Carta ridícula de Diego Monfor.—Mundi novi y diálogo.—Carta sobre el destierro del Duque de Escalona.—Cartas del Arcediano de Cuenca al cura de Pareja. Nota de las cosas particulares del anticuario D. Juan Flores.—5 pesetas.

81.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IX.—*Problemas contemporáneos*: tomo III.—Contiene: Ejercicio de la soberanía en las democracias modernas.—Las revoluciones de la edad moderna.—Clasificación de los sistemas democráticos. — La democracia pura en Suiza.—La democracia del régimen mixto en los cantones suizos.—La soberanía ejercida en Suiza por la Confederación.—El régimen municipal.—La democracia de los Estados Unidos.—El conflicto de la soberanía en los Estados Unidos y en Suiza.—Principios teóricos de la democracia francesa.—Conclusiones.—El juicio por jurados y el partido liberal conservador.—La economía política y la democracia economista en España. — La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios —Necesidad de proteger á la par que la de cereales, la producción española en general.—De cómo he venido yo á ser doctrinalmente proteccionista. La cuestión obrera y su nuevo carácter.—De los resultados de la conferencia de Berlín y del estado oficial de la cuestión obrera.—Ultimas consideraciones.—5 pesetas.

82.—Obras literarias de D. Manuel Silvela.—5 pesetas.

83.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios*: tomo II.—Contiene: Vida del trovador Juan Rodríguez del Padrón.—D. Alonso de Cartagena.—El Centón epistolario.—Juan de Valdés y el *Diálogo de la lengua*. Fr. Pedro Malón de Chaide.—¿Tomé de Burguillos y Lope de Vega son una misma persona?—Observaciones sobre la poesía dramática.—Viajes por Galicia en 1836.—Recuerdos de un viaje á Toledo en 1842.—Descubrimientos en América.—Poesías.—4 pesetas.

84.—Obras de D. Juan Valera: tomo VII.—*Disertaciones y Juicios literarios*.—Contiene: Sobre el *Quijote*.—La libertad en el arte.—Sobre la ciencia del lenguaje.—Del influjo de la Inquisición en la decadencia de la literatura española. — La originalidad y el plagio. — Vida de Lord Byron.—De la perversión moral de la España de nuestros días.—De la filosofía española.—Poesía lírica —Estudios sobre la Edad Media.—Obras de D. Antonio Aparici y Guijarro.—Sobre el Amadís de Gaula.—Las Cantigas del Rey Sabio.—5 pesetas.

85.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I.—Contiene: Manojo de la poesía castella-

na, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, por los poetas de los dos mundos.—Tomo I, 5 pesetas.

86.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo IV: *Opúsculos gramaticales:* tomo I.—Contiene: Ortologia.—Arte métrica.—Apéndices.—4 pesetas.

87.—DUQUE DE BERWICK.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia.* — *Viaje á Rusia:* Prólogo de D. A. Paz y Melia.—5 pesetas.

88.—FERNÁNDEZ-DURO (D. CESÁREO).—ESTUDIOS HISTÓRICOS.—*Derrota de los Gelves.*—*Antonio Pérez en Inglaterra y Francia:* un tomo.—5 pesetas.

89.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo V.—*Opúsculos gramaticales:* tomo II.—Contiene: Análisis ideológica.—Compendio de gramática castellana.— Opúsculos.—4 pesetas.

90.—*Rimas de D. Vicente W. Querol:* un tomo, 4 pesetas.

91.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo II.—Contiene: *Manojo de la poesia castellana,* formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante el siglo XIX por los poetas de los dos mundos.—Tomo II, 5 pesetas.

92.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVII.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IX (siglo XIX).—5 pesetas.

93.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo V.—*Teatro.*—Tomo III. Contiene: *El Bachiller Mendarias.*—*Honoria.*—*Derechos póstumos.*—5 pesetas.

94.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con algunas de sus obras poéticas y dramáticas y la biografía del autor, por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

95.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVIII.—*Ensayo de crítica filosófica.* Contiene: De las vicisitudes de la Filosofía platónica en España.—De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant.—Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del derecho de gentes: tomo, 4 pesetas.

6.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española*

desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo II.—5 pesetas.

97.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo I. — 5 pesetas.

98.—Obras de Fernán Caballero: tomo I. Contiene: Fernán Caballero y la novela contemporánea.—*La familia de Alvareda.*—5 pesetas.

99.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo III.—5 pesetas.

100.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo II.—5 ptas.

101.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario)*: tomo V. — *Novelas, Cuentos y Artículos.*—4 pesetas.

102.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo III y último.—5 pesetas.

103.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo IV y último.—5 pesetas.

104.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro*: tomo I (de 1770 á 1814).—5 pesetas.

105.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo I.—*poesías.*—5 pesetas.

106.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Segunda serie.—4 pesetas.

107.—Obras de Fernán Caballero: tomo II.—*La Gaviota.* 5 pesetas.

108.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo II.—*Poesías.*—5 pesetas.

109.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro*: tomo II.—5 pesetas.

110.—*Ocios poéticos*, por D. Ignacio Montes de Oca: un tomo, 4 pesetas.

111.—Obras de Fernán Caballero: tomo III.—*Clemencia.* 5 pesetas.

112.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro*: tomo III.—5 pesetas.

113.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo III.—*El moro expósito.*—5 pesetas.

114.—Obras de Fernán Caballero: tomo IV.—*Lágrimas.* 5 pesetas

115.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo. IV—*Romances históricos.*.—5 pesetas.

116.—*Estudios de historia y de crítica literaria*, por el Marqués de Valmar.—4 pesetas.

117.—Obras Completas del Duque de Rivas: tomo V.—*Tragedias y Leyendas.*—5 pesetas.

118.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Tercera serie.—4 pesetas.

119.—*Oraciones fúnebres*, por D. Ignacio Montes de Oca; un tomo, 4 pesetas.

120.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VI.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

121.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Mélia.—Segunda serie.—Contiene: Diálogo de Villalobos.—Cuentos de Garibay.—Carta de las setenta y dos necedades.—Cuentos recogidos por D. Juan de Arguijo.—Cartas inéditas de Eugenio de Salazar.—Carta del licenciado Claros de la Plaza, al maestro Lisarte de la Llana.—Máscara en el convento de Trinitarias de Madrid. — Memorial al Presidente de Castilla.—Descripción del Escorial.—Poesía macarrónica á Baldo.—Poema macarrónico de Merlin á la entrada del Almirante en Cádiz.—Pepinada: Poesía macarrónica de Sánchez Barbero.—5 pesetas.

122.—Obras de Fernán Caballero: tomo V.—Contiene: *Elia ó la España treinta años há.*—*Con mal ó con bien á los tuyos te ten.*—*El último consuelo.*—5 pesetas.

123.—Obras de Andrés Bello: tomo VI.—*Gramática de la lengua castellana:* tomo I.—5 pesetas.

124.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VII.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

125.—Obras de Fernán Caballero: tomo VI.—Contiene: *Una en otra.*—*Un verano en Bornos:*—*Lady Virginia.*—5 pesetas.

126.—Crónica de Enrique IV, escrita en latín por Alonso de Palencia: (*Décadas de sucesos de su tiempo*). Traducción castellana por D. A. Paz y Melia.—Tomo I.—5 pesetas.

127.—Crónica de Enrique IV, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo II.—5 pesetas.

129.—Obras de Andrés Bello: tomo VII.—*Gramática de la lengua castellana*, tomo II.—5 pesetas.

130.—*Crónica de Enrique IV*, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo III.—5 pesetas.

131.—Obras de Fernán Caballero: tomo VII.—Contiene: *La Estrella de Vandalia.—¡Pobre Dolores!—Un Servilón y un Liberalito, ó Tres almas de Dios.*—5 pesetas.

132.—Obras de Fernán Caballero: tomo VIII.—Contiene: *Simón Verde.—La Farisea.—Vulgaridad y nobleza.—Deudas pagadas.—La maldición paterna.—Leonor.—Los dos memoriales.*—5 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Obras del Duque de Rivas, tomo VIII.
Corrección de vicios, tomo I.
Crónica de Enrique IV.—Tomo IV.
Obras de Fernán Caballero, tomo IX.



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS


EX-LIBRIS.

OBRAS COMPLETAS

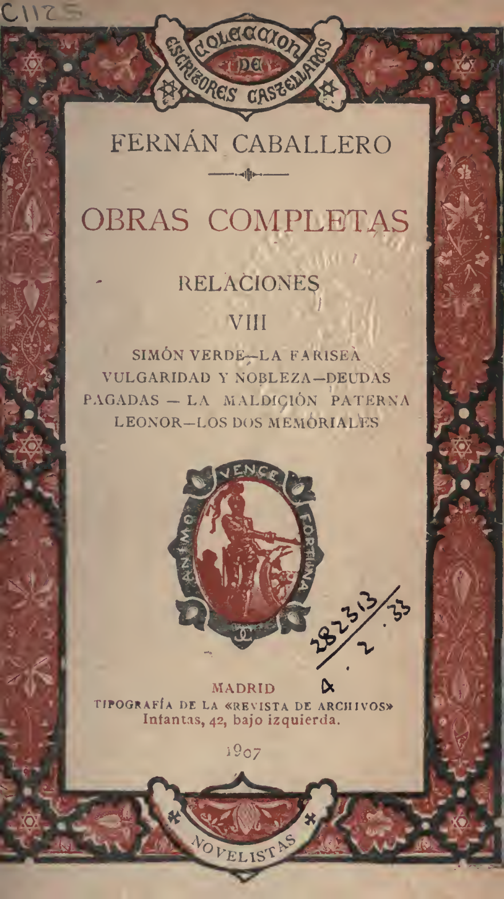
DE

FERNÁN CABALLERO

SIMÓN VERDE—LA FARISEA
VULGARIDAD Y NOBLEZA—DEUDAS PAGADAS
LA MALDICIÓN PATERNA—LEONOR
LOS DOS MEMORIALES

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares	en papel de hilo, del..........	1 al 50
10 »	en papel China, del...........	I al X



FERNÁN CABALLERO

OBRAS COMPLETAS

RELACIONES

VIII

SIMÓN VERDE—LA FARISEA
VULGARIDAD Y NOBLEZA—DEUDAS
PAGADAS — LA MALDICIÓN PATERNA
LEONOR—LOS DOS MEMORIALES

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Infantas, 42, bajo izquierda.

1907



SIMÓN VERDE



PRÓLOGO

Al comenzar á escribir el Prólogo para los Cuadros de Costumbres de Fernán Caballero, confieso que me preocupa más que otra cosa alguna el ansia de saber quién serás tú, lector de este volumen.

Si eres uno de aquellos dados de largo tiempo á la novela, como otros á la bebida, y que, *amerado* del romanticismo, como aquellos del vino, pierdes la razón al primer sorbo, y con todo no dejas el vaso hasta consumir las heces, dígote que es inútil todo preámbulo. Abre el libro, y de capítulo en capítulo llega hasta el fin, que estas líneas no han de influir más en su calidad ni en tu gusto que el rótulo de la botella en la esencia del vino ni en el contentamiento del bebedor.

Si en vez de esto, amigo leyente, eres de aquellos que escancian con pulso y con distinción debida, de modo diverso el vulgar

mosto de Arganda ó de Valdepeñas y el néctar celebrado de Domecq y de Pemartín, y, si en virtud de esto tienes ya antiguo conocimiento de FERNÁN CABALLERO, y haces justicia á sus obras, entonces su nombre te servirá de mejor Prólogo que mis discursos, y la experiencia de mejor incentivo que mi recomendación. Pero puede acontecer también que ni conozcas literariamente al ilustre escritor de la *Gaviota*, ni seas, por tu natural, inclinado á la lectura de novelas. Si así fuere, sabe, lector, amigo, para que simpatices con el prologuista, que otro tanto me acontece, y para ponerte en todas mis confianzas y ganarme de paso la tuya, te diré las razones de esta mi aversión.

Tengo para mí que el siglo que corre es el menos novelesco de los diez y nueve que cuenta la Era cristiana. Si lo dudas, mira la cuarta página de cualquier periódico, y allí verás las Sociedades de Seguros aforar la duración de la vida humana, como puede un perito agrimensor el rendimiento de una dehesa baldía. Allí encontrarás á tu sabor prospectos de ferrocarriles, en que se calcula el tanto por ciento de los viajeros que se estrellarán, ni más ni menos que el buen ganadero echa de antemano la cuenta con

las reses que han de malograrse. Todo se sujeta á guarismo y á cómputo en este matemático siglo XIX; los delitos que se cometen en cada legua cuadrada, las honras que naufragan en cada barrio, la parte alícuota de moral ó de salud pública que viene al suelo en cada nación, en cada año, en cada pueblo y en cada mes. La inventiva más acalorada ó la imaginación más fecunda, encerrada por esos números y cargada por tanta estadística, mal puede entregarse á vuelos fantásticos ó á sentimentales efectos.

Y con todo, este siglo tan poco novelesco á mi ver, es el más *novelífero* (perdónese la palabra) de cuantos registra la historia literaria. Y vuelvo á atestiguar con los periódicos: no habrá alguno de ellos tan poco observante de la moda que no ceda su entresuelo á algún novelista: y esto sin preguntarle de dónde viene ni adónde va. Periódicos conservadores hay que dan acogida á Eugenio Sué y consortes; y no faltará algún diario que, bajo el manto y rezaderas de devoto, dé benévolo hospedaje á un romancero *sapientem hæresim*.

Por esto, piadoso lector, he cortado por lo sano, y no hay fuerza que me haga tragar novela alguna, ya sea administrada en dosis

de folletines, ya envueltas en artísticas láminas (vulgo *ilustraciones)*, como las píldoras en pan de oro y en caja afiligranada. Y no creas que en esto tiene parte la envidia del oficio, que yo doy gracias á Dios de haberme libertado de esta mala inclinación, y aun de haberme dado abundantemente la contraria, porque de mí te sé decir que tengo propensión afectuosa á todo el que descuella, aunque sea en artes que estimo en poco. Pláceme en el torero la audacia, la osadía en el espadachín, la destreza en el jugador de manos, la verbosidad en el sacamuelas; cuanto más el ingenio, que, aun mal empleado, deja siempre algún rastro del sublime principio de donde emana.

Ni estaba yo en este caso con la persona de Fernán Caballero que, si bien no me era conocida, la acreditaban conmigo, ya su patria, en donde, al decir de un insigne poeta, no hay hombre sin donaire ni mujer sin gracia; ya su origen que, según tengo entendido, viene de aquellas razas germánicas, gente pensadora por naturaleza, y concienzuda por instinto; ya, en fin, el crédito que muchas y respetables personas la tributaban.

Pues bien; para venir al caso presente, aquí me tienes, benévolo lector, sin conocer,

aunque estimándola, la persona de FERNÁN CABALLERO, sin haber leído, por el mero hecho de serlo, sus novelas ni los Cuadros de Costumbres, para los que me he propuesto, sin embargo, escribir esta Introducción.

Para llevarlo á cabo, reclamé de la imprenta las capillas del presente volumen, y vinieron á mis manos desencuadernados y de mogollón SIMÓN VERDE, LUCAS GARCÍA, MÁS HONOR QUE HONORES, OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS y EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE, y púseme á leerlas mal dispuesto y como de oficio.

Duró poco, en verdad, esta inapetencia literaria. Despertóse el gusto al primer capítulo, á pocos más la curiosidad, el interés vino luego, y al terminar la última novela, el autor me era simpático, y la obra me parecía más que *buena*, es decir, BENEFICIOSA. Estos resultados no los consigue FERNÁN CABALLERO describiendo personas ó escenas históricas, cuya simple enunciación cautiva el ánimo de los lectores. Aunque el ingenio de Walter Scott fuese menos sublime, ¿á quién no interesaría el bello y desgraciado retrato de María Stuart, ó la terrible desventura de Carlos I? Tampoco el novelista español deja correr su fantasía como el autor de *Los Mos-*

de folletines, ya envueltas en artísticas láminas (vulgo *ilustraciones)*, como las píldoras en pan de oro y en caja afiligranada. Y no creas que en esto tiene parte la envidia del oficio, que yo doy gracias á Dios de haberme libertado de esta mala inclinación, y aun de haberme dado abundantemente la contraria, porque de mí te sé decir que tengo propensión afectuosa á todo el que descuella, aunque sea en artes que estimo en poco. Pláceme en el torero la audacia, la osadía en el espadachín, la destreza en el jugador de manos, la verbosidad en el sacamuelas; cuanto más el ingenio, que, aun mal empleado, deja siempre algún rastro del sublime principio de donde emana.

Ni estaba yo en este caso con la persona de FERNÁN CABALLERO que, si bien no me era conocida, la acreditaban conmigo, ya su patria, en donde, al decir de un insigne poeta, no hay hombre sin donaire ni mujer sin gracia; ya su origen que, según tengo entendido, viene de aquellas razas germánicas, gente pensadora por naturaleza, y concienzuda por instinto; ya, en fin, el crédito que muchas y respetables personas la tributaban.

Pues bien; para venir al caso presente, aquí me tienes, benévolo lector, sin conocer,

aunque estimándola, la persona de FERNÁN CABALLERO, sin haber leído, por el mero hecho de serlo, sus novelas ni los Cuadros de Costumbres, para los que me he propuesto, sin embargo, escribir esta Introducción.

Para llevarlo á cabo, reclamé de la imprenta las capillas del presente volumen, y vinieron á mis manos desencuadernados y de mogollón SIMÓN VERDE, LUCAS GARCÍA, MÁS HONOR QUE HONORES, OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS y EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE, y púseme á leerlas mal dispuesto y como de oficio.

Duró poco, en verdad, esta inapetencia literaria. Despertóse el gusto al primer capítulo, á pocos más la curiosidad, el interés vino luego, y al terminar la última novela, el autor me era simpático, y la obra me parecía más que *buena*, es decir, BENEFICIOSA. Estos resultados no los consigue FERNÁN CABALLERO describiendo personas ó escenas históricas, cuya simple enunciación cautiva el ánimo de los lectores. Aunque el ingenio de Walter Scott fuese menos sublime, ¿á quién no interesaría el bello y desgraciado retrato de María Stuart, ó la terrible desventura de Carlos I? Tampoco el novelista español deja correr su fantasía como el autor de *Los Mos-*

Quizá te des á entender, *novelívoro* lector, que todos estos humildes personajes que te cito tienen por lo llano de su ralea alguna semejanza con *Fleur de Marie, Rigolet, Goileusse, Chourineur* y demás héroes de esa estofa, grandes favorecedores de filosofía y causadores de escándalo; pues para que no te llames á engaño después, quiero desde ahora declararte que está FERNÁN CABALLERO divorciado y reñido con ese linaje de gentes.

Cuanto más que quizás tu echarás de menos el *confortable boudoir* de Mlle. Adriana, el *pundonoroso duelo* del príncipe H. con el caballero de (***) y, sobre todo, la *edificante* y *devota* correspondencia entre el Vizconde de X. y la Baronesa de Tal. Y así entretenido en tan buena sociedad, has de tener á enojo el tratar con estos palurdos, ó con el soldado LUCAS GARCÍA, ó con el mendigo y el arriero que hacen gran papel en MÁS HONOR QUE HONORES, ó con el Cura de aldea y el guarda que te persuaden á OBRAR BIEN, QUE DIOS ES DIOS, ó con la pobre lugareña que acredita que EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE.

No estaría yo distante de darte la razón si no tuviera presente que ha dos siglos y medio que fatigan las prensas y la fama de todas

las naciones del mundo las aventuras de un pobre hidalgo de Argamasilla y de un labrador vecino suyo. Y si este punto de contacto existe entre el inmortal CERVANTES y el moderno novelista, otras cosas hay en que se diferencian, para honra de la nación en que vive y de los magnates que patrocinan al último. El manco de Lepanto llevó al hijo de su ingenio de antesala en antesala con mala fortuna, y al cabo murió desatendido y pobre en una mala vivienda de la calle de Francos. FERNÁN CABALLERO ha recibido el tributo de admiración de los principales ingenios de España, y vive hoy, si no miente la fama, merced á la regia munificencia, en los reales alcázares, y allí obtiene de los Príncipes mismos estímulos honrosos á su virtud y á su talento, recibiendo el encargo de aleccionar á los Infantes de Castilla con la misma pluma que pinta los cuadros de costumbres populares.

Confiamos en que lo hará diestramente.

Mas volviendo á aquel punto de identidad entre los asuntos de ambos escritores, observaremos que en el mundo intelectual, como en el físico, no son las cosas más admirables y útiles las que están más escondidas. El aire, el agua, la luz, las más bellas y necesa-

rias obras de la creación, están prodigadas en la naturaleza. Los gases insalubres y los venenos mortíferos son los que se esconden en las entrañas de la tierra ó apuran el uso de los alambiques. El amor, la ternura, el valor, la caridad, brotan aún felizmente en medio de la sociedad; los crímenes excepcionales, los caracteres corruptores, son los que necesitan ser buscados como el ácido prúsico ó como las culebras de cascabel. No, empero, porque estén la belleza y la bondad prodigadas por la divina misericordia en el mundo físico y en el mundo moral se deduce que cualquiera tiene talento bastante para utilizarlas en honra propia y provecho de sus semejantes, que para fecundar con el agua los campos, para hacer del aire el móvil de la navegación, para alimentar con el vapor la industria humana se necesita que la Providencia haya tocado con su dedo el ingenio creador del primer agricultor, del primer navegante, del descubridor del vapor.

Destilar jugos de la naturaleza para hacer ponzoñas obra es de envenenador, cuando no de alquimista; abultar y sublimar los vicios de uno para inocularlos á la sociedad toda es tarea que, aun hecha con ingenio, muestra depravado corazón. Por el contra-

rio, describir las virtudes consoladoras que aún germinan en medio de nuestro pueblo, para hacerlas á ellas más practicables y á él más digno, con ser obra que arguye ingenio y meditación recomendable, prueba más todavía la providencia suma, que manda siempre á los individuos y á las sociedades, mientras es tiempo, el remedio adecuado á la dolencia.

Oficio es peor que satánico el del novelista corruptor; misión en cambio casi santa la de quien, siendo bueno, procura que los demás mejoren.

En efecto: no sé qué de providencial descubro en la misión literaria de FERNÁN CABALLERO. Hoy que el egoísmo, la incredulidad y el indiferentismo religioso, no atreviéndose ó no pudiendo presentarse en gruesos volúmenes á contagiar la sociedad presente, se achican y se deslizan á la callada en novelas que emponzoñan la parte más pura y más bella del género humano, á saber: el ardor juvenil y el corazón de la mujer, parece como que es una misericordiosa disposición el que en esas mismas formas novelescas se propaguen principios de eterna salud y antídotos de sobrehumana energía.

Demos, pues, gracias á la Providencia, que así como nos pone en el campo las bellas y

aromáticas plantas para darnos á la vez salud y recreo, siembra también en los ingenios esas flores que sanan y deleitan á la sociedad entera. Humillémonos, pues, una vez más ante su poder, y cuando, recreados en la lectura, hayamos ganado un amigo en FERNÁN CABALLERO, aceptémosle además como UN CONSEJERO PROVIDENCIAL.

EL MARQUÉS DE MOLÍNS.





EL AUTOR Á SUS LECTORES

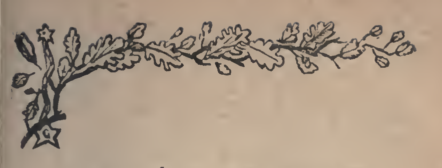
Algunos piensan—sin duda inducidos á ello por la denominación de populares que llevan nuestros Cuadros de costumbres—que los reproducimos para el pueblo; y esto es un error, que está demostrado con sólo la sencilla objeción de que el pueblo que nosotros pintamos no lee. Los pintores flamencos—perdónesenos lo atrevido de la comparación en favor de su exactitud—no pintaban sus cuadros campestres para los que en ellos figuraban, sino para los que amaban la naturaleza campestre y apreciaban la pintura.

Aquella reflexión podría indicar que los cuadros de costumbres no son propios de la esfera culta. No obstante, sólo el que confunda la *forma* y la *esencia* dejará de conocer que el buen gusto, como el perfume que lleva ese nombre, se compone de *mil flores*, y que

no son las silvestres de las que menos aroma se extrae.

Sólo añadiremos una palabra. Hase creído también que inventamos los cuentos, dichos, coplas y comparaciones que hacinamos en nuestros Cuadros populares. Está tan lejos de nosotros el dar como propio lo que no lo es, que muchas veces hemos repetido que el mérito que puedan tener, y tienen realmente estos Cuadros, no es otro que lo verdaderos y genuinos que son, en el fondo, en los pormenores, en las descripciones, en las ideas y en el lenguaje.

Basta pararse un instante para conocer la fuente de que brotan. La cultura no tiene la inocencia y candidez primitiva; carece del chiste independiente y original; su peinado lenguaje no tiene la energía y la concisión —y así carece también de la libertad en la expresión—de los rancios y robustos sentimientos religiosos, que aún conserva el pueblo; todo lo cual, bien ó mal, reproducen estos Cuadros.



SIMÓN VERDE

CAPÍTULO PRIMERO

> El pueblo es un gran poeta, porque posee en alto grado el sentimiento que, en mi concepto, es el alma de la poesía.
>
> TRUEBA Y LA QUINTANA.
>
> (*Libro de los Cantares.*)

> *In wit a man, simplicity a child.* En la agudeza, hombre; niño, en la sencillez.
>
> POPE.

TODO el que ha surcado el Guadalquivir ha parado su atención en los pueblecitos que, como vanguardia de la decana y noble ciudad de Sevilla, se le presentan, si baja, á la derecha, si sube, á la izquierda del río.

La Puebla, que es el primero que encuentra el que sube de los puertos, es grande, compacto, desprovisto de arbolado, y parece ocuparse más de la extensa campiña que do-

mina que no del río y del movimiento de sus barcos. Es labrador, calza polainas, y no se quita su sombrero calañés ni á los Grandes, ni á los Lores, ni á los Príncipes, ni aun á los Reyes, que en los vapores suelen pasar por delante de él echándole el lente.

La segunda población, que es Coria, más presumida que su vecina, guarnece sus faldas con huertas: es muy amiga del Betis, al que labró uno de los vapores que le han engalanado, y al que le dió su modesto nombre. *El Coriano*, pues, ha alternado con los *Teodosios* y *Trajanos* (nombres de otros vapores), por lo cual, un consecuente y sistemático alemán llamó siempre al modesto homónimo de Coria *Coriolano*. Ostenta Coria una elegante fábrica de orozuz, que es surtida de palo dulce por su suelo; es alegre y amiga de toros.

Gelves, que es el tercero de estos pueblecitos, se retira modestamente del surcado río, y se escalona sin pretensiones, pero con gracia, en la ladera de un monte, en cuya altura están unidos y formando un mismo edificio la iglesia y el palacio de los Condes de Gelves, propiedad de la casa de Alba. Sólo los niños al construir sus Nacimientos pueden colocar las casas y las chozas tan sin simetría y tan pintorescamente como se

ven en aquel pueblecito, el más lindo de los cuatro.

El último, que es San Juan de Alfarache, debe ciertamente la preferencia de que goza á su buen caserío y á la cercanía de la ciudad señora, pues, en punto á vistas, aguas y posición, le aventaja el modesto y campestre Gelves. Entre este pueblo y el río se extiende una verde pradera, que pertenece al común ó Propios. Entre la pradera y el terraplén formado ante la iglesia y el palacio están en declive huertas con más árboles que hortaliza: el pueblo se encarama como puede á ambos lados de estas huertas, sobre todo al izquierdo. El pomposo nombre de palacio conviene á aquella casa—que no lo es,— moralmente por las armas de Grande que ostenta, y materialmente, porque entre las sencillas y humildes casas que le rodean puede pasar por tal. Parte la pradera que besa el río una vereda, por la que se comunican la Puebla y Coria con la capital: la que, después de atravesar aquélla, pasa rozando por un aislado y pequeño ventucho, tan rústico, que gasta sombrero de paja y tiene melones y naranjas en las alforjas.

Cuando empieza este sencillo relato, era la hora apacible en que ya no deslumbra la luz y nada oculta ni entristece todavía la

oscuridad. El sol había descendido por detrás del monte, y se había ocultado entre los olivos que tiene por crespa cabellera, cuyos modestos contornos se dibujaban en los resplandores que en pos de sí arrastra el rey de la luz, como la cola de un manto real de púrpura. El río exhalaba su húmeda frescura que, como un bálsamo, aspiraban los pechos; introducía sus olitas mansas entre los mimbrales, las ramas de los sauces y sobre la tierra, como uñas con las que quisiera asirse á las orillas, á fin de estancarse en aquellos amenos parajes, y de no ir á perderse en la amarga inmensidad del mar. Hacíale resplandecer reflejándose en él, la luna, que poco á poco iba saliendo del anonadamiento en que la sume el sol, y un barco con sus blancas velas se deslizaba silencioso sobre su tersa superficie, de tal suerte que hubiese podido tomarse por un fantasma, si de su centro no hubiese salido una clara y alegre voz trayendo con una sonrisa la imaginación á la realidad. Esta voz cantaba:

Toma, niña, esta tumbaga,
que te la da un marinero.
¡Ojalá que te se vuelva
una lanchita con remos!

El trabajador volvía alegre á su hogar y á su descanso: oíase de lejos el ladrido del pe-

rro de campo, al que la distancia daba la suavidad que le falta, y la invadiente noche el agrado que tiene una señal de fiel vigilancia. Todos los seres tímidos se iban animando; las estrellas se acercaban como de puntillas, é iban ocupando sus altos puestos; miles de insectos, viéndose libres de las miradas de los enemigos que los acosan de día, se decían como chiquillos traviesos: *¡Ahora es la nuestra!* En seguida las catarronas se ponían á remedar el ruido del trompo con su tosco zumbido; el *caballito del diablo* imitaba á la perfección el susurro de la cola de papel del pandero ó cometa; las palomitas nocturnas, como las pobres que no tienen que ponerse, salían con las primeras sombras, para ir á la plaza en su humilde pelaje; las luciérnagas meditabundas, á imitación de Diógenes, encendían sus linternas para buscar un *luciérnago;* las ranas competían con denuedo y perseverancia con los incansables grillos que, nuevos Acteones escondidos entre las hierbas, asistían al baño de aquellas ninfas poco esbeltas. El ruiseñor lanzaba entre la enramada algunas notas sueltas, á fin de ensayar su melodiosa garganta para los divinos nocturnos con que obsequia al mes de las flores; el azahar exhalaba de su pequeño y puro cáliz su deleitable fragancia,

la que, unida al canto del ruiseñor, á la dulzura de la atmósfera y á la delicada luz de la luna, hacían de aquella sencilla y rústica naturaleza el Edén más encumbrado y aristocráticamente poético, y, sobre todo este concierto terrestre, la alta torre de la iglesia esparcía dulce y solemnemente las campanadas de la Oración, y el campesino que conserva su fe, pura como la atmósfera que respira, descubríase la cabeza y rezaba.

Venía de Sevilla por la vereda ya mencionada un hombre montado en su burra, dejándola seguir su acompasado paso, sin hacer otra cosa que decirle de cuando en cuando:

—¡Arre, *Papalina!*, que parece que vas pisando huevos; mira que Aguedilla te va á reñir si llegamos tarde.

Este hombre tendría como de treinta y ocho á cuarenta años, y vestía muy bien al estilo andaluz: su cara era hermosa y regular; su mirada tenía una gran mezcla de sencillez de corazón y de alegre chuscada, y su risa era tan jovial, como franca y bondadosa. Era viudo hacía muchos años, y vivía con su madre y con una niña que le había quedado de su matrimonio. Puesto así por la suerte entre la ancianidad y la niñez, sostenía á cada cual con una mano, y dedicaba á ambas con entera abnegación su vida, así

como también les había dado todos los afectos de su corazón. Había nacido en una lindísima hacienda que lindaba con el pueblo, y de la que su padre fuera capataz; llámase esta hacienda SIMÓN VERDE, y este nombre le había sido puesto por apodo á nuestro buen campesino, según la costumbre de los pueblos de campo.

Ganábase la vida llevando cada día á Sevilla una carga de lo que le salía, la que vendía pregonándola por las calles, y al mismo tiempo hacía de *ordinario*, llevando y trayendo encargos, cuyo modo de vivir, unido á su genio alegre y bondadoso, á su graciosa verbosidad y á su complacencia, habíanle hecho conocido y querido de todos; y no había nadie en el pueblo, ni aun en los inmediatos, que al encontrarse con él, no le apostrofase con cordialidad y benevolencia:

—¡Hola! Simón Verde, ¿fuiste á Gibraleón por las naranjas de tu huerta que has vendido hoy?

Tal fué la pregunta que le hizo el Alcalde, que con el medidor estaba sentado á la puerta de la humilde venta, cuando á ella llegó el jinete borriqueño.

—Sí, señor: ¿y qué había de hacer? Si pregonaba naranjas de Gelves nadie me las había de haber tomado, y si no, voy á darle á

su mercé una prueba. Antaño merqué una carga de bellotas; y, para no mentir, señor Alcalde, no valían *náa*.

— Por lo visto te engañaron, ¿no es eso?

— No, señor; sino que se las tomé para hacerle favor á un serrano, á quien le precisaba volverse á la sierra.

— ¡Tus cosas, Simón Verde, tus cosas! — dijo el medidor.

— Y ¿qué quiere usted? Yo no puedo ver apuros, me descoyunto; todo el que se queja me mete el corazón en un puño, y el que llora me desatienta. Pero volvamos á mi cuento, que no hay cuento desgraciado como el que lo cuente sea porfiado. Como iba diciendo, me puse á pregonarlas, y en todo el día de Dios vendí ni una siquiera; se venía la tarde, y yo estaba con la carga completa sin saber qué hacer, ó más bien como el que vendía la suegra — que la daba de balde, — cuando me se vino á las mientes pregonar bellotas de Cádiz...

El auditorio soltó una unánime carcajada.

—¡Cristiano!—exclamó el Alcalde,—¿pues acaso no sabes que Cádiz no es más que piedras sobre rocas?

— De sobra que lo sé, y que allí no hay más arbolado ni más matas que claveles en tiestos. Pues por lo mismo lo hice, señor.

Y *asina* fué que llamó tanto la atención, que en un *verbo gracia* me las quitaron de las manos.

— ¿Y tu trigo, Simón, está bueno? — preguntó el medidor.

— ¡Qué ha de estar bueno! Yo no puedo rodear de sembrarlo á su tiempo, y el trigo tardío es un venturón que salga bueno. Y así siempre se le ha dicho: — «*¿Dónde vas, tardío? — En busca del temprano. — Ni en paja ni en grano.*» Otoño es el *ligítimo* tiempo de la siembra. «En Octubre echa pan y cubre.»

— Eso es la pura verdad, y dice el refrán: «Al que siembra en Abril, su madre no le había de parir; y al que siembra en Mayo, ni parirle ni criarlo.» Pero no tengas cuidado, Simón, que has de coger; el año es de buen paño; un tiempo está haciendo para el trigo que ni mandado hacer, para que caiga de su peso y no se violente. Febrero se portó como un General.

— Verdad es. Pero Mayo se ha metido á caniculero con sus solanos; ¡maldito aire! Si supiese el agujero de donde sale, lo tapaba con cal y canto.

— Pues yo te digo, Simón, que el año ha de ser de los de las vacas gordas del Rey Faraón; y no ha de ser el del hambre, ni del pan á peseta — dijo el medidor.

— Ni permita Su Divina Majestad — exclamó Simón Verde — que veamos á otra Doña Paca, (1) pues

Del año de Doña Paca
nos tenemos que acordar:
que estaba la Pura y limpia
en el canasto del pan.

—Simón: te merco tu pegujal en hierba, y doy dos mil reales — dijo el Alcalde.

— Señor: si me tiene más de costo — replicó Simón Verde.

Después de algunos debates, en los que el medidor por adulación sostuvo al Alcalde, quedó el pegujar vendido en tres mil reales. Era éste un trato ruinoso para Simón Verde.

— ¡He! ya vendió usted el pegujar, y se puede reir si el levante se lleva su parte como de costumbre tiene — dijo el ventero que era una especie de Goliat, joven y bonachón, que moralmente derribaba un Davidillo cualesquiera.

Su madre, que era de su jaez, le nombraba desde que nació *mi niño*; y el mal aplicado epíteto le había quedado por apodo.

---

(1) Nombre que le pusieron al año de 1848, que fué tan escaso de grano. Creemos que *Paca* deriva de poco. Citar esta época cuando la historia es anterior es un anacronismo insignificante.

— Usted, tío Simón — prosiguió el ventero, — saca agua de donde no hay manantial, y sabe más que un soldado viejo.

— Pues ya se ve que no soy un bulto con ojos como tú, Joaquín, *Mi niño* — repuso Simón Verde; — y que, en fin, más corre un galgo que un mastín. Pero no sé qué tiene, que son mis dineros como los del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van.

— Tu culpa es, Simón Verde — dijo el Alcalde; — lo ganas muy bien y podrías estar más descansado que caballo de regalo. Pero tu dianche de buen corazón te pierde; no puedes ver lástimas, ni sabes decir que no. ¡Malo hubieras sido tú para mujer! Tienes una buena fe que no está en uso, y, por más chascos que te dan, no escarmientas.

— Señor: si en este mundo no nos ayudásemos los unos á los otros, ¿qué sería de los hombres?

—Cada cual se rascaría con sus uñas, como debe ser, Simón. A Nicolás el carretero le diste para mercar un buey: ¿te lo ha pagado?

— ¡Pues si se le murió! ¿había el desdichado de pagar un difunto?

— A Matías le distes para techar su casa cuando se le hundió el techo: ¿te ha pagado?

—Se lo di á *réito*, señor.

—Pues cuenta ese desembolso y sus ganancias con el buey difunto.

—¡Jesús, señor, que está su mercé siempre pregonando lo malo, como campana de doble! A bien que no necesito yo esos dineros para comer, y que no nos ha faltado nunca, á Dios gracias, el pan nuestro de cada día.

—Pero tienes una hija, hombre.

—Y la quiero más que á mi corazón, porque la chica se lo merece. Es tan bonita que la envidia el sol; tiene un genio que ni que se lo hubieran hecho de flores las abejas, y un sentido que parece que tiene metida una vieja dentro del cuerpo. Pero no me he de hacer ciquiña ni agarrao por mor de ella, porque disculpa quieren las cosas, señor. A más de cuatro conozco yo á los que no se les caen los hijos de la boca cuando se trata de dar un cuarto, y que si pudiesen se habían de llevar sus caudales al hoyo, dejando á los hijos mirando al celeste. Su mercé iba á embargar al guarda Juan Martín por la contribución; ahí me le encontré tan atribulado al infeliz, y le di lo que saqué de mi carga de naranjas. Puede que no vuelva á ver esos treinta reales; pero nadie me quita que con haber remediado esa desdicha me sepa esta noche mi gazpacho mejor que un pollo.

—¡Gasta, derrocha, Simón Verde —dijo con encono y burla el Alcalde, que se creía aludido en cuanto había dicho sin malicia alguna el excelente hombre.— ¡Échala de pródigo; á bien que buenos mayorazgos tienes!

—¿Yo? no señor; pero no le debo *náa* ni á su mercé ni á nadie—respondió Simón Verde.

—No saldrás nunca de un coge y come,— dijo el medidor,— ni llegarás á estar acomodado.

—Nunca lo he intentado, pues más vale no desear que tener, que rico es el que tiene y feliz el que no desea.—Señores, ustedes se queden con Dios, que en mi casa me estarán echando de menos.

Diciendo esto, Simón Verde saltó sobre su burra y atravesó la pradera entonando con clara y sonora voz un romance.

El Alcalde le gritó por despedida:

--Si quieres que te aplaudan
Y te desprecien,
En tu vida reparte
Lo que tuvieres.



CAPÍTULO II

Desde el terraplén que está ante el palacio desciende bruscamente el terreno algunas varas. En el fondo de este escalón estaba labrada la casa de la huerta de Simón Verde. Aunque decente y aseada, era pequeña y no tenía patio; mas como el patio es una casi necesidad para los andaluces, servía de tal un espacio empedrado que ante la casa habían allanado. Sosteníalo al frente y de ambos lados, por hacerlo necesario el declive del terreno, un pretil de piedras y cal, del cual partían unos postes que mantenían un gran emparrado, soberbia gala de pobres moradas, magnífico techado de frescas y movibles tejas, tan bien sujetas, que no las arranca de su puesto sino la violencia ó la muerte; techo paterno del pobre, que se renueva cada primavera de por sí; cuya misión es suavizar la luz sin ahuyentarla, quitar á los rayos del sol su ardor sin que pier-

dan su alegría, refrescar el ambiente con miles de abanicos, avisar á voces la caída de un chaparrón, y detener sus aguas mientras la familia recoge los enseres de su labor y busca abrigo. Cumple este hermoso protector su cometido, sin retribución alguna de parte de su protegido, ni aun la del riego; ya en el otoño, como regalo de despedida, inclina hacia los niños, que le alegraron con sus cantos y juegos todo el verano, enormes racimos de su hermosa fruta; y después, dando sus hojas ya inútiles al viento, se encoge y se duerme como una marmota, habiendo merecido bien de sus dueños, y sin que en su benemérita carrera se le pueda echar otra cosa en cara que su intimidad excesiva con las poco simpáticas avispas.

Del lado de afuera del pretil había una gran cantidad de flores que se inclinaban hacia adentro del gran salón de verdura, como para buscar la sombra, ó para lucir sus galas. También aparecían en él las gallinas con sus echaduras, haciendo regodeos, y muy anchas y afanosas con su dignidad de madre, repitiendo su uniforme clu, clu, que quiere decir *¡cuidado, cuidado!*; roreadas de sus polluelos que respondían en su voz de tiple, pí, pí, que quiere decir *¡pan, pan!* Lo de angustias que pasaban esas aves

tan madreras, con los saltos, gritos y corridas de la *echadura* humana que bullía á la sombra de aquel artesonado vegetal, sólo las madres lo pueden concebir. Pero ello es que los niños tienen para las gallinas con echaduras un cierto agridulce, como en escala gigantesca lo tienen las corridas de toros para ciertas gentes.

En la huerta había un gran *meeting* de árboles, entre los cuales los naranjos, como decanos y poco versátiles, obtenían la presidencia; pero el que siempre llevaba la voz era el olivo, porque el laurel, su opositor, no se hallaba en aquella pacífica huerta. La hortaliza, que se criaba allí á la buena de Dios, no era fina, ni tierna; pero era abundante y robusta. Había coles elefantes, acelgas jirafas, rábanos boas y habichuelas dromedarios.

La mañana del día en que conoció el lector á Simón Verde se veían una porción de niñas reunidas bajo el emparrado antesala de casa de Simón. Todas ellas hablaban; todas las flores que las rodeaban florecían, y todos los pájaros domiciliados en aquellas enramadas cantaban á la par. Como las flores formaban casi círculo, y las niñas se agrupaban en medio, podía compararse la vista que ofrecían á aquellos cuadros flamencos y

estampas francesas en que pintan un grupo de genios ó de niños en una guirnalda de flores. A la puerta de la casa estaba sentada una anciana, de aire dulce y grave, aseadamente vestida. Esta anciana en medio de tantas niñas, pájaros y flores, y separada de ellos por tan larga serie de años, les estaba, no obstante, íntimamente unida, por el cariño, en ella; por la gratitud, en ellos. Era la abuela de las niñas, la madre de las flores que había plantado y la providencia de los pájaros, á los que daba de comer, quizás de parte de Dios. Conservaba esta anciana sus facultades en toda su lozanía; pero no así los sentidos corporales: oía poco y veía menos. Por lo cual, cuando aplicaba la vista hacia el centro del emparrado, confundía las niñas con las flores, y cuando aplicaba el oído, no distinguía entre sí el alegre gorjeo de los pájaros y la infantil algarabía de sus nietos.

—Ya está la cigüeña machacando el gazpacho—dijo una de las niñas más chicas.

—Sí — respondió otra de la misma categoría, que debía á su respetable gordura el sobrenombre de *albóndiga*;— ya vino de la tierra de los moros la zancona.

—¡Pobres ranas! — dijo suspirando la primera—¡anoche cantaban tanto! y le decía la

rana al rano: Ranoque, ¿ha venido Picuaque?—Ranoque respondía: No ha venido Picuaque.—Pues si no ha venido, decía la rana, cantemos el reniquicuaque.

—¡Cantemos el reniquicuaque!—cantaron todas á gritos.

— Chiquillas, que me atolondráis—dijo la abuela, á pesar de lo tarda de oído.—Agueda: hija, tú que eres la mayorcita, ve que se diviertan ustedes con más asiento. Jugad á algún juego, ó decid acertijos, ó contad cuentos. Pero tú, que eres ya una media mujer, estás como los pájaros de marisma, que no sirven ni por mar ni por tierra.

Agueda, que era dócil, hizo callar y sentarse al ejército que estaba bajo su disciplina. Aunque esta niña no era una belleza, como le parecía á su padre, agradaba mucho; privilegio bastante general en las hijas de Eva, sobre todo en la primavera de la vida. Era morena colorada, tenía la cara corta, la barba picuda y saliente, la frente pequeña y muy calzada; lo que le hacía ponerse el pelo muy remangado, descubriendo unas entradas que se acercaban á las cejas. La risa la favorecía mucho, dejando ver una hermosa dentadura, y formando dos hoyuelos en sus mejillas. Era altita, y tenía más gracia que garbo; más atractivo que seducción.

—Mariquilla albóndiga: di tú un acertijo. Mis narices pongo á que eres tan zorrollona que no sabes ninguno—dijo Agueda.

La Albóndiga se irguió indignada, como si quisiese trocar su talante habitual en el de *croqueta*, y respondió:

— ¿Que no sé un acertijo? ¡Vaya! y más de tres, ¡y más de mil! Y si no ahora lo verás:

Cuando baja, ríe;
cuando sube, llora.

—El carriilo. ¿A que no lo sabes tú?

—¿Y tú sabes lo que es—repuso Agueda—

Una vieja jorobada,
con un hijo enredador,
unas hijas muy hermosas
y un nieto predicador?

—Es, es... la tía Pilonga!

—¡Qué desatino! ¿tiene la tía Pilonga hijas muy hermosas?

—Pues yo no conozco más vieja jorobada; se acabó.

—¡Es la parra, mujer; es la parra!.. que tiene sarmientos, uvas, y un nieto que se sube á la cabeza, que es el vino. ¿Lo sabes ahora?

—Lo sé y no lo sé—contestó la albondiguilla, que en seguida exclamó—: ¡Ay! ¡oye el cucú! está en la huerta.

—Di los cucús—observó otra de las niñas;— ¿no ves que son dos voces? el hijo que dice cu, y el padre que le responde sobre la marcha, cu.

—El cucú es el más descastado de todos los pájaros—dijo la abuela, que se impuso de la conversación gracias al agudo timbre de las voces de las niñas.—Va el pícaro al nido del *escula-mata*, (1) que es un pájaro muy chiquito, se come sus huevecitos y en su lugar pone los suyos. Después que la pobre *escula-mata* saca loshuevos, abren los poyuelos su gran pico, pues son muy comilones, y la pobre pajarita, que cree que son sus hijos, se mata para poder criar los voraces cuneros.

—Dice padre—añadió Agueda—que otro pájaro hay muy pícaro y de mucho sentido, que es el alcarabán. Las zorras le persiguen mucho para comérselo, porque les gusta más que un confite. Un día le dijo el alcarabán á la zorra que su carne no tenía todo su sabor si antes de comerla no se decía: *Alcarabán comí*. Así lo hizo la zorra cuando poco después le cogió. El alcarabán aprovechó la ocasión de que abriese la boca la zorra para decir *alcarabán comí*, y se voló diciendo: ¡á otro, que no á mí!

(1) Coronilla.

—Mira—dijo una de las oyentes al ver posada sobre una rosa una palomita blanca y oir revolotear un moscón:— cata aquí una palomita blanca que lleva los recados á María, y un moscón, que es el que se los lleva al diablo.

Corrieron siguiendo la dirección del vuelo del moscón, diciendo á la par:

—Moscón: dile al diablo que se vaya con los moros de Berbería, y que no aporte por acá.

—Moscón: dile al diablo que sepa para su gobierno que está en la iglesia San Miguel, que es quien con él se las sabe barajar.

—Moscón—dijo á su vez Mariquilla albóndiga:— dile al diablo que mi *mae* Ana me ha puesto una cruz de retama macho al cuello para librarme de él y de la *arecipela* (la erisipela).

—Y á la palomita blanca, ¿qué recado le das para María, Mariquilla?—preguntó Agueda.

Mariquilla se acercó andando de puntillas, y hablando muy quedo, para no ahuyentarla, dijo:

—Palomita: que le des muchas memorias á María.

—¡Qué tontuna! Eso no.

—¿Pues qué?

—Se dice: palomita, dile á la Señora de nuestra parte, como en las letanías se le dice: *ora por obis!*

Y como si la mariposa hubiese atendido al encargo y á esa súplica, que nada decía y tanto significaba, á palabras tan incorrectas, y á aquella fe tan pura y sencilla, elevóse al impulso de sus blancas alas, y se perdió en el éter como un suave perfume, ó como un dulce sonido.

Las niñas, que eran pobres, comieron todas allá, y á la caída de la tarde dijo la mayor:

—Ea, ya el sol se va.

—Y yo también me voy, que ya vendrá *pae*—dijo la Albóndiga.

—Y yo,—añadió la tercera.

—¡Y yo... y yo! Con Dios, *mae* Ana—repitieron todas.

Y el alegre coro se fué cantando, al observar la luna que parecía mirarlas:

Luna lunera,
cascabelera,
mete la mano
en la faltriquera;
saca un ochavo
para pajuela.

Una de las muchas luces del siglo—¡los fósforos!—ha quitado su oportunidad y sen-

tido á esta infantil plegaria á la luna; y pronto sólo en estas hojas quedará el recuerdo del referido coro á Diana, tan desentonada, pero tan graciosamente ejecutado. ¡Pueda perdonárselos la luna! Nosotros no nos sentimos con fuerza y valor para ello.

Las pajuelas, descoloridas y lánguidas sultanas, recostadas en sus muelles divanes de yesca, á las que sólo animaban los esfuerzos unidos del hierro y de la piedra; aquellas pálidas vestales del fuego doméstico, se han visto arrebatar su reinado por un ejército de pigmeos y efímeros republicanos fósforos, que, con su gorro encarnado, é íntimamente unidos en sociedades secretas, merced á su *sansfaçons*, se han introducido por todas partes. Pero nosotros—que somos palaciegos de la desgracia—guardamos fidelidad á las destronadas sultanas que, según la tradición de los niños, estaba á cargo de la luna proporcionar en las casas. De esta tradición se desprende que los niños—que saben mucho y enmiendan la gramática con gran tino—hicieron el descubrimiento de que la luz de las pajuelas no era la roja luz del sol, sino la amarilla luz de la luna.

Aconsejamos á los sabios que tomen algunas veces informes de los niños sobre problemas que no alcanzan, pues los niños saben

muchos misterios que ellos ignoran. ¿Quién se los dice? Ellos lo callan. No sabemos si será un niño al que sonríen dormidos; si será un pajarito, pajarito que sus padres calumnian haciéndole pasar á sus ojos por acusador;— pero los niños no lo creen, y en eso llevan los calumniadores su castigo.— ¿Si será el aura cuando los besa? ¿si serán las flores cuando los acarician? ¿si será el agua cuando, á los golpes que le están dando mientras desnudos en ella se bañan, salpica sus rostros de líquidos brillantes? ¿ó si tendrán algo de divino en su mirada, que extiende su alcance á lo desconocido mientras son inocentes? Ello es que saben cosas que nadie les enseña, y que la razón matemática no explica; cosas con las que simpatiza el poeta, que conserva con el bello don de Dios—la poesía creyente— la inocencia del sentir; pero de que se burla y moteja el hombre positivo, que en este suelo no quiere flores ni nada inútil ni sin objeto, sino que exige que todo él se are y después de arado se siembre de... patatas!

Volvamos á la narración, puesto que nos echan en cara nuestras digresiones. ¡A narrar, á narrar! al arado, ¡y á sembrar patatas! Las digresiones están de más; que también en literatura hay hombres positivos.

¡Digresiones! ¡pues no es nada! La prosa se escandaliza; la narración se indigna; el verso grita ¡usurpación!; el tiempo pide estrecha cuenta; el interés reniega de esos jaramagos parásitos, y la atención dice que no quiere vagar como un papanatas, sino que quiere caminos de hierro para estar al nivel de los adelantos de la época. ¡A tus agujas sastre! (1)

—¡Alabado sea Dios!—dijo Simón apeándose de la calmosa *Papalina*, que se encaminó sin salir de su paso hacia la cuadra cuando Simon le hubo quitado la albarda.—¡La bendición, madre!—añadió al acercarse á la anciana.

—Con la de Dios, hijo: ¿vendiste las naranjas?

—*Toas*, y más que hubiese llevado. Pero no traigo un cuarto, madre.

—¡Hombre, válgame Dios! ¿y qué has hecho con el dinero?

—Se lo presté al guarda del cortijo que linda con mi haza; me le encontré en el

(1) Alude esto al notable artículo laudatorio que sobre *Clemencia* se publicó en el *Mensajero*, firmado A. D. F.—A encomiarlo nos impulsa la justicia y la gratitud; pero nos impide hacerlo el ser nosotros á quien tan entendida y delicadamente elogia. En aquel excelente artículo nos defendía el autor de este cargo que se nos hace.

camino en unos grandes conflictos, porque ese alma de Judas del Alcalde le iba á embargar por las contribuciones. ¡Pues no clama al cielo que pague contribuciones el infeliz, que no tiene ni pan que comer!

—¿Pero no sabes que estamos debiendo al panadero?

—Ese no nos ha de embargar, madre; y bien sabe que tiene su dinero seguro. ¡Jesús! ¡y qué gañotes tan chicos tiene usted, que en un instante está ahogada, ¡señora!

—¿Y tú sabes, hijo, que Juan Martín el guarda tiene más trampas que misterios la Pasión, y que ese dinero no te ha de volver á pesar en tu bolsillo?

—Lo sé, madre. Pero ¿qué había de hacer? agradecido, me guardará mi pegujar con celo; y ya ve usted que «real que guarda á ciento, es buen real».

—¡Vaya con el Alcalde!—dijo la anciana— que otro más duro no le ha habido. Mira tú, cebarse con Juan Martín, que es primo de su mujer, ¡que en gloria esté!

—El Alcalde—repuso Simón señalando una de sus venas—es malo de esta que corre; y desde que tiene la vara se ha hecho un *Don Pedro de Palo* de los más tiesos. ¿Pues no le oí decir el otro día, hablando de su hijo Julián: «Este muchacho no tiene

amor al dinero, y eso es lo peor que puede tener»? (1)

—¡Hombre, Simón!—exclamó absorta la anciana—¿esa herejía dijo?

—Con estas orejas que se ha de comer la tierra lo oí, madre—contestó Simón tirándose bárbaramente de una de ellas, inducido á ello por la energía de la acción y el fuego de la indignación.

—Mientras más rico se ha puesto, más duro y más avariento se ha hecho—dijo la buena anciana.— Ese vicio es más malo que ninguno, porque endurece el corazón, y va siempre á más, como el cáncer. Mi padre contaba que un hombre de muchos posibles casó á cuatro hijas que tenía, y á cada cual le dió una cantidad crecida de dinero. Al año fué á verlas.

—¿Cómo te va?—preguntó á la primera.

—Padre—contestó ésta:— desde que tomó el dinero mi marido se ha enviciado en los naipes; no hace caso de mí y todo lo está jugando.

—No te dé cuidado ni te apures—le respondió su padre;— en acabándose el dinero tendrá que trabajar; se acabaron entonces los naipes, y serás feliz.

---

(1) Histórico.

Fué en seguida á la segunda de sus hijas, que le respondió llorando á la misma pregunta que le hizo, que su marido era muy enamorado, y que se gastaba todo el dinero en queridas.

—No te dé cuidado—le dijo su padre;— en acabándose el dinero tendrá que trabajar, y se acabaron las queridas, y serás feliz.

La tercera se quejó de que su marido era borracho, y pasaba su vida en las tabernas.

—No te dé cuidado—le contestó su padre;— en acabándose el dinero tendrá que trabajar, y se acabó el vino y las tabernas, y serás feliz.

La cuarta respondió á la misma pregunta que le hizo su padre quejándose amargamente de lo avariento de su marido, que no le daba un cuarto y la tenía muerta de hambre.

—¡Ay pobrecita de mi alma!—dijo su padre abrazándola, ¡hija de mi corazón! que no le veo fin á tu desgracia! (1)

(1) ¡Qué admirable moralidad! ¡qué magnífica enseñanza! ¡hacer del trabajo el contraste de los vicios, y de la ausencia de éstos y de la pobreza la felicidad!

¿Quién ha infundido el espíritu que inspiran estas sólidas y puras concepciones sino el catolicismo? ¡Y se dice, y se ve impreso, que este pueblo no tiene moral, y carece de religión!...

Lo que demuestra á las claras—prosiguió la anciana—que el peor de los vicios es la avaricia, porque es un vicio del corazón. Y así bien hiciste, hijo mío, en socorrer á aquel pobre afligido. Mas que lo pierdas aquí, allá te lo encontrarás. Y más vale atesorar para la eternidad que no para estos cuatro días de vida temporal.

—Ese Alcalde-rapiña no merece al hijo que tiene — opinó Simón Verde.— Es Julián un muchacho de los mejores del pueblo: tan modosito, tan ajuiciado y más fino que una ele.

—Sale á su madre, que era una *vida de mi alma;* la gloria se la ganó con la paciencia que tuvo con su marido.

Desde que había entrado no había cesado Simón de volver la cara por todos lados, como si buscase algo.

—Madre—dijo ahora:— ¿dónde está la niña, que no la he visto?

—Haciéndote una camisa con su pechera bordada, hijo. Pero no quiere que lo sepas hasta que la tenga rematada.

—¡Águeda! ¡Aguedilla!—gritó el padre:— ¿dónde estás metida que no te veo?

Salió entonces de entre las flores la niña, que vino saltando como una ardilla al encuentro de su padre. Mas en este momento llegó Julián, el hijo del Alcalde, que traía un

saco de dinero en la mano. Era un bonito mozo de diez y ocho años, de modales finos, de talento gallardo sin arrogancia, de mirada dulce, tímida; pero firme y serena.

—Aquí tiene usted—dijo á Simón Verde— los tres mil reales de su pegujar en hierba.

—¡Hijo, vendiste el pegujar!—exclamó consternada la anciana.

—¡Y yo que no quería que lo supiese usted, madre! pero anda con Dios, ya que lo sabe, le diré que lo vendí por aquello de «más vale un toma que cien te daré».

—Mal hizo usted en venderlo, tio Simón —opinó el muchacho;— porque valía más de lo que le han dado, y el año va bueno, y así se lo he dicho á mi padre. Más lo sentí cuando lo supe que si hubiese sido mío el perjuicio.

—¡Válgame Dios, hijo!—exclamó afligida la madre:— ¡el pan de todo el año!

—Y ¿qué se le ha de remediar? A lo hecho, pecho, madre. Tome usted los tres mil reales, y los emplearemos en trigo en la cogida. Me lió tu padre, Julián, y el medidor, que es como el vino, que ayuda al diablo. Pero ¡anda con Dios! ¡más vale ser liado que no liar!

La anciana fué á guardar el dinero.

—Cuéntelo usted —dijo Julián á Simón, que no había pensado en hacerlo:—que quien destaja después no baraja.

Simón siguió á su madre.

—Agueda: ¿me das ese clavel?—dijo Julián á la niña cuando estuvieron solos.

—No.

—Pues ¿para qué lo quieres?

—Para ponérmelo ¡mire!

—¿Y á quién quieres parecer bien?

—A mi padrecito.

—¿Y á mí?

—Tanto me da.

Agueda hizo un gracioso gesto de indiferencia desdeñosa, en el que apareció la mujer eclipsando á la niña, como la rosa que se abre, al capullo.

— ¿Ya desdeñosa? — dijo Julián; — tanto mejor, que siempre se ha dicho:

Morena tiene que ser
la tierra para claveles;
y la mujer para el hombre
morenita, y con desdenes.

¿Me das el clavel?

—¡El clavel... que es el mejor de la maceta!—exclamó Agueda—¡que nones! Primero daría el corazón.

—Pues dámelo, y quédate con el clavel.

—Ni lo uno ni lo otro—recalcó Agueda.

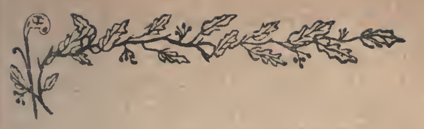
—Y qué, ¿quieres ser monja?

—No lo tengo pensado, ¿estás? Pero por ahora no quiero ni convento ni zorroclocos.

—Pues ¿qué quieres?

—El clavel —dijo, y entróse corriendo en su casa la niña.





CAPÍTULO III

A la mañana siguiente se puso Simón en marcha con su inseparable compañera la buena *Papalina,* encaminándose hacia una hacienda vecina, donde solía comprar aceitunas en salmuera para revenderlas en Sevilla.

Con las bruscas mutaciones de la primavera, veíase aquella mañana el cielo cubierto y enviar las nubes como itinerarios de las que debían seguirles, gruesas gotas de agua, que absorbía ansiosa la tierra, produciendo ese grato olor á búcaro, tan apetecido por muchas personas. Daban estas gotas al caer sobre los árboles sonoros golpecitos, como si quisiesen armar una alegre asonada para avisar á la naturaleza que era llegada la deseada hora del baño. Caían sobre la tersa superficie del río, en el que dibujaban ligeros y móviles círculos, que parecían suaves sonrisas con las que el agua de la tierra acogía á la del cielo. Los pajaritos se dirigían unos

á otros pitíos preguntones, como consultándose si se guarecerían ó no de aquella ligera lluvia. Las ranas, que al sentir el agua estaban en sus glorias, saltaban, cantaban y alborotaban, como lo hacen con el vino los borrachos en las tabernas; y no menos que ellas lo hacían los chiquillos, que al ir á la escuela cantaban:

Señora Santa Ana,
abuela de Cristo.
¡Mándanos el agua
para los triguitos!

Y las chiquillas, que tocándose un pañolito por la cabeza, salmodiaban al ir á la amiga:

¡Agua limpia, Padre Eterno!
sin relámpagos ni truenos.

—Si no hubiese vendido el pegujar—iba murmurando Simón—hoy no habría aún parado de cantar el levante; lo vendí, y agua en tierra. Pero al que no le sopla la suerte, si va al monte por leña, halla conejo, y si va por conejo, halla leña.

Simón se había internado por los olivares, que á gran distancia y á espaldas del pueblo se extendían; y costeaba ahora un espeso mimbral que nacía en una cañada, humedecida por las estancadas aguas de un manantial pobre y sedentario.

Seguía caviloso con el disparate á que se había dejado persuadir vendiendo su sembrado; y de cuando en cuando decía en voz recia:

—¡Cómo ha de ser! Ya no tiene remedio. En este mundo siempre ha de haber quien ría y quien llore. ¡Qué agallas tiene ese Alcalde, María Santísima! ¡Su ansia es como la misericordia de Dios... infinita!

Iba tan absorto en sus pensamientos, que sólo un inusitado y extraño acontecimiento pudo sacarle de su arrobamiento. *Papalina*, aunque sin alterar su paso, levantó de repente sus dos enormes orejas, paralíticas, y con talante de sauce llorón hacía muchos años, y se puso á mirar hacia el mimbral. Simón siguió con la vista la dirección de las miradas de la burra, y vió y oyó moverse los mimbres. Como todos los campesinos, que están connaturalizados con toda clase de riesgos y peligros, no era hombre que conociese el miedo; pero tampoco era desprevenido. Y así, sin alterarse, se puso en observación:

—Toro no es—pensó,— porque haría más ruido; zorra ni lobo, tampoco, porque haría menos. Este es animal de dos pies, como yo y otros; y se esconde, sus motivos tendrá, y á mí poco me se importa. Será algún gitano que viene á robar mimbres.

Apenas había hecho estas reflexiones, cuando salió de entre las ramas un hombre de aspecto fiero, que se dirigió á él.

—No traigo escopeta; y así, me quedé sin hato...—pensó Simón sin conmoverse.

—Dios guarde á usted, buen hombre—dijo el desconocido.

—Y á usted también, amigo: ¿Qué se ofrece? ¿en qué se le puede servir?—contestó Simón Verde.

—Puede usted salvarme.

—¡Yo! ¿Qué está usted diciendo?

—Que soy perseguido, y que si me cogen soy *afusilado* sobre la marcha.

—¡Caramba, compadre, y qué buenos papeles traerá usted!

—Lo que traigo son méritos, ¿está usted? Pues mi delito es pelear por el Rey *ligítimo* Carlos V.

—¿Faccioso?

—Asina nos llaman los traidores.

—Pues, señor —dijo Simón echando una mirada escudriñadora á su interlocutor,— yo estoy para mí que el Sr. D. Carlos de Borbón poco había de agradecer que tomase el que se le antojase su nombre para bandera. ¿Por qué, como los otros, no se van ustedes á las provincias á pelear cara á cara?

—Aquí estamos para reclutar gente.

—Y caballos y dinero también. Perdone usted, señor; pero yo soy un hombre pacífico y un hombre *establecío*, y no me quiero meter en berenjenales.

—Déme usted siquiera un pedazo de pan —dijo con la cara desatentada por el hambre el forastero—, que hay dos días que estoy metido en ese mimbral, y no como.

El semblante de Simón se inmutó instantáneamente, y la más viva compasión se pintó en él.

—¡Válgame Dios, cristiano! —exclamó.— ¿Y por qué no empieza usted por lo primero? ¡Y yo que no traigo pan! Pero aguarde usted, que estoy aquí de vuelta en un brinco.

Y antes que el desconocido lo hubiese podido impedir había Simón desaparecido, dejándole frente á frente con *Papalina*, que no siendo dada á la política, no había puesto al que se denominaba carlino ni bueno ni mal gesto.

El forastero dió una fuerte patada en el suelo, quedóse un momento suspenso, y murmuró:

—¿Si será que sólo ha huído, ó si me irá á delatar? Pero, aun dado el caso, ¿dónde voy yo, si todos los caminos están tomados por la caballería? No—añadió después de un rato de reflexión,— las gentes del campo no de-

latan, no ha hecho más que huir; volveré á esconderme y esta noche buscaré amparo.

No bien se hubo metido entre los apiñados mimbres, cuando oyó cecear; púsose en observación y vió á Simón Verde que, con una hogaza de pan en la mano, corría las lindes del mimbral diciendo:

—Ssssp, ssssp, amigo, ¡hé! ¿dónde demonios está usted metido? Aquí está el pan; ¡sssp, amigo, hé!

El perseguido salió precipitadamente de su escondite, y se echó con ansia sobre el pan, repitiendo:

—¡Dios se lo pague á usted!, que ha hecho una obra de caridad de las grandes.

—Pues, hombre —repuso Simón Verde:— ¿quién no da de comer al hambriento? ¿me querrá usted decir? Dos cosas no ha conocido nunca el hijo de mi padre: ni miedo, ni hambre. Pero cargo me hago de lo que será el hambre.

—Pues hágase usted también cargo de lo que será —repuso el forastero— el estar uno acosado como fiera, no tener donde descansar su cabeza y estar en tierra extraña, sabiendo que si es cogido le aguardan cuatro tiros.

—Ya, ya, me lo figuro —dijo Simón Verde; el que, como toda alma caritativa que

empieza á hacer una buena obra y á sentir la delicia que arrastra tras sí como su recompensa, ansiaba por ponerle cima; pero no veía medio de lograrlo.

—En pasando unos días —prosiguió el forastero— podría escapar; pero lo que es ahora, andan tras de nosotros, y están las veredas tan guardadas, que ni los pájaros pueden pasar.

—Pues... donde ha estado usted escondido dos días estése usted otros dos —opinó Simón;— que yo le traeré á usted el pan, como el cuervo á San Pablo, primer ermitaño.

—Y qué, ¿acaso estoy allí seguro? Este olivar será registrado de punta á punta, y en él me hallo como en una jaula. Si usted me escondiese por un par de días en su casa me salvaba; pues allí no me habían de buscar.

—Hombre, si eso se sabe, me van á llamar *encubrior*, y me cuesta la torta un pan.

—Y ¿cómo se ha de saber? ¿Se ha sabido de otras tantas en que las buenas almas me han dado albergue? ¡Así estuviese en la sierra! Allí no se arredran tan fácilmente las gentes cuando se trata de salvar á un defensor del Rey *ligítimo*.

—Déjese usted de Rey *ligítimo*, que acá no me comulga usted con ruedas de carreta. No se trata de eso, sino de salvar á un pró-

jimo; y lo haré, lo haré; porque si cogiesen á usted y lo despachasen para el otro mundo me había de quedar un gusano para mientras viviese, y no quiero gusanos. Ahí no se puede usted quedar; estoy hecho los *cargos*. Además, con el tiempo que está haciendo en ese pantano, agua por arriba y agua por abajo, se iba usted á volver rano. Esté usted esta noche después de ánimas detrás de la iglesia del lugar, que linda con los olivares; á esa hora no velan en el pueblo sino los gallos y los novios, y podrá entrar en mi casa sin ser visto. Pero... ¿se irá usted en pasando dos días?

—¡Por ésta!—contestó el forastero haciendo con los dedos la señal de la cruz.

—Pues... ¡convenidos! —dijo Simón.—Ea, salud.

Y llamando á *Papalina,* que por discreción se había alejado, y por pasatiempo descabezaba algunos cardos de los que llevan por galardón el nombre de su casta, (1) volvió Simón á emprender su marcha, cuidando de no ser visto en la cercana hacienda, donde había ido á pedir el pan.

Simón volvió á su casa, desocupó y aseó un gallinero que estaba á espaldas de ella, y

(1) Borriqueño.

después fué á sentarse al lado de su madre, á quien dijo con su boca de risa:

—Madre: esta noche tenemos huésped.

—¿Nosotros? —exclamó sorprendida la anciana.— ¿Y quién puede ser ese huésped? Será un amigo tuyo de los más estimados.

—¡No, señora; no es amigo, ni lo permita Dios! Es un faccioso, madre, y de los de mala calidad; le andan siguiendo la pista de cerca, y si le pillan lo despachan en un tris y sin confesión, lo que es un dolor.

—¡Ay, hijo, sea por Dios! ¡Si lo descubren te van á armar una, de la que sabe Dios cómo saldrás! Cuando menos, se irá cuanto tienes entre costas y dádivas, entre músicos y danzantes.

—Verdad es, madre; y bien se me ha prevenido. Pero, señora, cuando me le hallé, estaba muerto de *jambre, esfallecío y esatentao:* me dijo que no tenía amparo; me cogió la blanda; ¿qué había de hacer? ¡Anda con Dios! ¡ha sido un mal encuentro! Pero si de algo me he de arrepentir, más vale que sea de haber dicho á un desamparado que sí, que no de haberle vuelto la espalda sin gastar projimidad como Dios manda.

—¡Verdad, hijo, verdad! Haz bien y no mires á quién —dijo la buena anciana.

Al toque de ánimas Simón salió de su casa.

Al notarlo, un joven se escondió detrás de un naranjo; y al salir del huerto Simón, un hombre se ocultó tras de una esquina. Pero él nada observó.

El muchacho era Julián, á quien atraían el clavel y la niña; el hombre era el Alcalde, que había notado la escapatoria de su hijo y le acechaba.

—¿Qué se le ofrecerá á estas horas al padre de Agueda? ¿Si habrá alguien malo? —pensó Julián.

—¿Dónde demonios va Simón Verde tan tarde? A nada bueno será—pensó el Alcalde.

Entretanto Simón había subido hasta la iglesia y el palacio, que solitarios y silenciosos parecían mayores y más majestuosos á la triste y grave luz de la luna; pasó ante la puerta de la iglesia, y se quitó el sombrero pensando:

—¡Esta puerta tampoco se cierra á ninguno que llama á ella!

Llegó al sitio que había indicado al forastero, al que halló aguardándole.

—Ea —le dijo,— véngase usted como la soga tras el caldero. No me pierda de vista, ni tampoco se me acerque; que á seguro lo llevan preso.

—En usted confío —dijo en honda voz el perseguido.— Mire usted que á usted me entrego y sin recelo; ¿hago bien?

—Pues, ¡hombre de Dios! ¡tendría que ver que viniese cargado de esteras! Oiga usted, señor, ¿tengo yo cara de traidor? Si no fuera mirando que la *jindama* que trae le perturba el juicio, perdíamos las amistades. ¡Por vida de la Virgen del Lagar! ¡Ya se deja ver que no conoce usted á Simón Verde! Ea, ande usted, y deje los malos pensamientos fuera de la casa mía, en la que no tienen cabida.

Simón se volvió á su casa, á la que poco después llegó el forastero.

—¿Quién será? —pensó Julián— me ha parecido el hijo del capataz de Porcuna.

Después de un rato de reflexión, murmuró:

—¡Qué! todavía es Águeda muy niña para que piensen en casarla.

—¡Yo no conozco á ese hombre! ¡Aquí hay gato encerrado! —pensó el Alcalde.

Simón llevó á su huésped á la guarida que le había preparado, se alejó y poco después volvió con un pan, un chorizo, unas naranjas y una alcarraza de agua.

—Ahora —le dijo— va usted á estar aquí metido sin decir esta boca es mía. Puede usted descansar, que estoy para mí que lo necesita, y dormir el sueño de San Juan, que duró tres días.

—Puede que alguna vez se lo pueda yo retribuir — contestó el otro,—y si llegamos á vencer, como hubiera sucedido en la sierra si hubiese muchos de mi *calidá*...

—Déjese usted de bocas de la Isla (1) —dijo Simón Verde, interrumpiendo á su huésped.— Yo no quiero retribuciones, compadre; lo que quiero es sacar á usted del atajo, y después... ¡salud! Pobre soy; pero en mi vida de Dios he hecho nada por el interés.

—¿Usted es pobre? —preguntó el forastero— pues me pensé que estaba usted bien acomodado y que *tenía peso*. (2)

—Pues amigo, se engañó usted; no tengo más que esta huerta. Un pegujar tenía, en el que había metido todo mi calor, y ayer me tentó el diablo de venderlo; me metí en trato con el Alcalde, que es la sanguijuela del pueblo, y me lo sacó en indinos tres mil reales, que es todo mi caudal. ¡Vamos! ¡si esto ha sido una animalada de las enormes! Pero ha de saber usted que cualesquiera me lleva de calle; esta falta la he tenido desde que nací, y la he de tener mientras viva; que lo que entra con el capillo sale con la mortaja. Pero, en fin, no me amilano, que rico es quien nada

(1) Fanfarronadas.
(2) Dinero.

desea; y yo tengo, si no dineros, una madre que vale un Perú, y una hija que vale un Imperio.

Mientras tenía lugar esta conversación, Águeda, como una niña y curiosa, se había venido acercando de puntillas al gallinero, había aplicado sus ojos á una rendija y examinado al forastero; después de lo cual, temiendo que saliese su padre, se había encaminado, como vino, hacia la casa.

De repente hizo una exclamación de sorpresa y asombro, al ver salir un bulto de detrás de un naranjo.

—Calla, Agueda, que soy yo—dijo una voz queda y conocida.

—¡Jesús! ¡qué susto me has dado, Julián! —dijo Agueda.— Y tú ¿qué haces aquí?

—Vengo por el clavel.

—¡El clavel! El clavel está mejor en mi cabeza que en tus manos.

—No digo que no, si es amigo de lucir; mas no así si prefiere ser estimado. Pero... ante todas cosas, ¿de dónde venías tú?

—Cuchareta, donde no te llamen, no te metas.

—¿A que venías porque sabías que estaba yo aquí?

—Ni que lo pienses; venía del gallinero aquel; y lo sabes.

—¿Y á qué fuistes allí?

—A ver á un hombre que en él tiene metido mi padre.

—¡Un hombre! ¿Os toca algo?

—No me toca nada, ni lo permita Dios.

—¿Es mozo?

—¡Qué! Es más viejo que el paño azul.

—¿Es bien parecido?

—¡Es un real mozo! Tiene los ojos como perro acosado; las narices como una libra de filete; la boca como una morcilla, y la color como si lo hubiesen *teñío* con chocolate.

—¿Quién será?

—Algún gitano que le viene á comprar á padre la marrana.

—Eso será. ¿Me das el clavel?

—¡No eres tú porfiado en gracia de Dios! ¿No ves, cabezón, que no lo traigo puesto?

—¿Me lo darás mañana?

—Lo mismo que hoy. Pero vete, que ahí viene mi padre.

—Me iré si me prometes dármelo mañana —dijo el muchacho cogiendo por el vestido á Agueda, que quería alejarse.

—¡Que no! y en diciendo yo que no, como si lo dijese el Rey. Suelta, *guasón* (1), que viene padre.

---

(1) Fastidioso, pesado.

—¿Me darás el clavel mañana?

—No.

—Pues ¿cuándo?

Simón Verde se acercaba.

—El día de la Ascensión—dijo con angustia la niña, deslizándose silenciosa entre los árboles como una mariposa.

—¿El día de la Ascensión, eh?—dijo de repente Simón Verde, á cuyos oídos llegó esta palabra—. Ya veo que el día de la Ascensión cuajan la almendra y el piñón. ¡Por vida de los mozos y mozas tempraneros! ¿A qué venías aquí, di, Julián de mis pecados?

—Tío Simón... venía... venía á decirle si me quería traer mañana de Sevilla...

—¿El qué, acabarás?

—Un... un... un almanaque.

—¿Para que no te se pase el día de la Ascensión? Lo que voy á traer de Sevilla es un candado para mi puerta, ¿estás? Pues tu padre tiene los humos muy altos, te tiene á ti por esas cumbres, y no ha de consentir en ese noviajo. Y como mi hija no ha de llevar un feo de nadie, le cojo á tu padre la delantera. Y así, Julián, aunque te estimo, te digo que pongas los pies en la del Rey, y que en tu vida de Dios aportes por acá. Ea, hijo, coge dos de luz, y cuatro de traspón.



CAPÍTULO IV

Al día siguiente fué Simón Verde con su carga de aceitunas á Sevilla, las vendió bien, y resignado ya con la mala venta de su pegujar, llegó como siempre á su casa, contento y cantando; mas no pudo entrar en ella, porque á la puerta fué preso.

El pobre hombre se quedó consternado.

—¡Ahora sí—pensó—que la hice buena, y que me cayó la lotería! ¡De esta hecha cogen al faccioso, y soy perdido! ¡Hija mía! ¡Madre mía! ¡No siento más sino las lágrimas que van á llorar!

—Simón—dijo el Alcalde cuando éste estuvo en su presencia:— aquí ha venido una requisitoria requiriendo á un latro-faccioso que se dice vaga por estas comarcas; anoche escondiste á un hombre en tu casa: di quién era.

—Yo no he escondido á nadie en mi casa —repuso Simón, que decía la verdad.

—Mira —dijo el Alcalde— que se va á registrar la casa, y que si persistes en negar y se encuentra, serás acusado de embustero, encubridor y cómplice.

Simón volvió con desaliento los ojos á su alrededor sin acertar qué responder, cuando se halló con los de Julián sonriéndole como para tranquilizarle: el que en seguida salió sin ser observado de nadie.

Simón, que conocía los nobles sentimientos de Julián, acertó que el intento que llevaba era salvarle, avisando en su casa que iba á ser registrada, dando tiempo á que huyese el reo. Así fué que consideró que lo que convenía era ganar tiempo, y serenándose en seguida, dijo al Alcalde:

—Señor, yo estoy *turulato.* Porque ha de saber su mercé que es la primera vez en mi vida que me he visto en manos de la Justicia. ¿Le han preso á su mercé alguna vez, señó Alcalde?

—¿Qué significa esa pregunta, Simón? —respondió encolerizado el Alcalde; — ¡pues qué! ¿te parece á ti que un hombre como yo puede dar lugar á que se le prenda?

—¡Señor: no se perturbe su mercé! que en los tiempos que corren más de cuatro que van diciendo por la calle *yo soy, yo soy,* han dormido en casa de muchas ventanas. Podría

su mercé haber sido puesto á la sombra por equivocación, como lo está un servidor de su mercé.

—Simón —dijo incomodado el Alcalde:— déjate de zumbas, que pegan aquí como un fandango en un entierro; y vengamos al caso. Un hombre entró anoche en tu casa; no lo podrás negar.

—No entró anoche más hombre en mi casa que yo, señó Alcalde.

—No niegues —dijo el Alcalde exasperado por las reiteradas negativas de Simón,— que yo le vi.

—¿Con que su mercé es el testigo? —dijo Simón con una amarga sonrisa;— pues no niego, señor, que entrase uno en mi huerta; ese hombre, señó Alcalde, era su hijo de usted, al que dije que se pusiera en la del Rey, se viniera á su casa, pidiese la bendición y se metiese entre palomas.

Por más que hicieron los presentes, no pudieron retener un murmullo de risa, que acabó de exasperar al Alcalde, humillando su vanidad estas palabras de Simón, del que resolvió vengarse. Así fué, que dijo con soberbia:

—El cuidado será mío de que el cabriola de mi hijo no aporte por tu casa, la que ahora mismo se va á registrar.

—Lo que siento —dijo Simón, que á medida que pasaba tiempo se había tranquilizado— es que no haya sabido mi madre que nos iba su mercé á honrar, señó Alcalde, para que hubiese estado la casa deshollinada, *aljofifada y espergurada.*

El Alcalde se levantó lleno de rabia y de coraje, y seguido del escribano y de un mozo, se encaminó con Simón á su casa. Todo cuanto había dicho el jovial Simón Verde con la sola intención de ganar tiempo y de darle al asunto poca importancia, no fué interpretado así por el Alcalde, que pensó ver en ello socarronería é intención de desafiarle; por lo cual, este hombre de mal carácter, estaba enconado con Simón. Lo estaba, además, por haber descubierto la noche antes que su hijo rondaba á la hija de aquél, por lo que, á pesar de su prosopopeya, le había calmado su preso en el interrogatorio, y porque había sabido por su director y confidente, el perverso escribano, que todo el pueblo, que quería mucho á Simón, había puesto los gritos en el cielo con la compra que había hecho el rico pelantrín al pobre pegujalero, de su sembrado.

Demás está decir que Julián había avisado á la madre de Simón Verde, la que al ir á dar aviso al forastero halló que, como si hu-

biese tenido un presentimiento de lo que ocurría, había huído. Así fué que por más que registraron la casa y sus dependencias, no hallaron ni rastro de lo que buscaban. El Alcalde estaba exasperado á lo sumo, porque, constándole que Simón había escondido un hombre, y no hallándole, su visita domiciliaria iba á pasar á los ojos de todos por una despótica arbitrariedad.

—Yo he visto entrar anoche aquí á un hombre; no se halla; lo que sólo prueba que se ha marchado, y hasta que esto no se aclare, quedas preso, Simón Verde—dijo el Alcalde.

—¡Señor: por Dios!—repuso consternado el pobre hombre;— ¿y quién me gana el pan mañana? ¿Quién lleva á vender una carga de hortaliza que ya está cogida?

La madre se echó á llorar, y todos los que estaban presentes intercedieron por Simón.

—Si ha de quedar libre—dijo el Alcalde—ha de ser poniendo un fiador, ó dando al menos fianza en dinero hasta que yo dé parte.

—Por eso no ha de quedar—repuso Simón Verde.— Madre: saque usted los tres mil reales que tiene en el arca, y déselos al señor.

La madre se levantó presurosa, abrió el arca y dió un grito. El dinero había desaparecido.

—Madre—preguntó Simón Verde:—¿qué es eso, que se ha quedado usted yerta?

—¡Hijo—exclamó desconsolada la anciana:—nos han robado!

Esta desgracia era demasiado cruel é imprevista, y Simón y su madre eran demasiado ingenuos para poder disimular ni su existencia ni su indudable origen.

—¡No puede haber sido sino ese hombre! —exclamó en desatentado arrebato de dolor la anciana.

—¡Borrico de mí!—añadió Simón Verde dándose con los puños en la cabeza—que le dije que ese dinero tenía. ¡Loca es la oveja que al lobo confiesa!

—Con que, por lo visto, ¿has tenido un forastero en tu casa?—preguntó en sus glorias el Alcalde.

—Mal que me pese, sí señor—respondió Simón;—me hallé á ese infeliz...—á esa serpiente, que así es preciso decirle—muerto de hambre, y en un tris de recibir cuatro tiros; me adolecí de él, sí señor; le di de comer, sí señor; le amparé y escondí, sí señor. ¡Esto —mas que su mercé diga que no—es una obra buena, sí señor! ¡Y cate uste el pago que me ha dado! Esto es ser un mal alma, sí señor.

—¿Y tú le conocías?

—¡Yo, no! No sabía de él ni hoja ni rama.

—¿Pero sabías que era latro-faccioso?

—De sobra que sabía que había delinquido, pues los cuatro tiros que tenía prevenidos, por rezar el Rosario no serían.

—¿Pero sabías que era faccioso?

—¡Otra! ¿qué más da?

—Mucho; porque puede haber connivencia, ramificaciones... y así es mi deber...

—¿Qué *convenencia* había de haber para mí en eso, me querrá usted decir?

—Digo *connivencia*; que es entenderse con la facción, darle apoyo, prestarle protección...

—Yo no he dado nada de eso, señor; tan bien lo sabe su mercé como yo. Di amparo á un desamparado; en pago me ha robado. Si ahora me va su mercé á hacer un cargo, será agua hirviendo sobre la quemadura.

—Tengo que cumplir con mi deber—dijo pomposamente el Alcalde;—si no lo hiciese, me podrían envolver y meter también en el ajo.

—Señor, ¡por Dios!—dijo con angustia el pobre Simón:—¿se va su merced á encarnizar conmigo, á perderme y á hundir á un amigo?

—Al amigo se le acompaña hasta la puerta del infierno, y allí se le deja—respondió el Alcalde.

Triste sería seguir paso á paso la causa que se le formó al pobre Simón Verde, y las picardías que hicieron escribas y fariseos para sacarle dinero hasta dejarle arruinado. ¡Cuántos de estos ocultos y misteriosos embrollos—de que son víctimas de un modo ú otro los pobres—se ven en los pueblos del campo! Vese la justicia ahogada en una multitud de procedimientos, envuelta la inocencia, sujeto el derecho en las redes de hierro de enredos y trapazas, necesitando la verdad y la equidad para hacerse luz tal cantidad de pruebas, diligencias y costas, que desmayan los interesados, como las moscas en las redes de las arañas, y los que desearan protejerlos, se ven con las manos atadas. De todo esto ha hablado la prensa libre; sobre todo ha derramado unas veces su injusta hiel y otras su justa indignación, y sólo han hallado favor ante ella los escribanos, secretarios de los Ayuntamientos de los lugares, los que—con algunas honrosas excepciones—suelen ser los más malos, los más venales, los más tiranos y los más opresores de los hombres. Todo poder ha sido contrarrestado, disputado y combatido en nuestra época, menos el de estos déspotas de los pueblos, que acaso son los que mandan y afligen más, y con menos remedio.

Agotados todos los recursos de Simón, apremiado por sus acreedores y perseguido por las costas que le exigieron para echar tierra por cima de aquella gravísima causa, se vió obligado á vender su huerta en subasta, la que, ahuyentados previamente los opositores, adquirió el Alcalde en la tercera parte de su valor. Y no alcanzando su importe á sufragar todas las costas, fué igualmente vendida la sola propiedad que ya poseía Simón: ¡la burra, su buena y anciana compañera! No es posible pintar el dolor que partió el corazón del excelente hombre cuando, habiendo caído el pobre animal en poder del Escribano, la vió sacar de la cuadra en que había pasado las horas de descanso de toda su vida, y arreada bárbaramente por los hijos de su nuevo dueño, encogerse al dolor de los varazos que le asentaban, y alejarse volviendo la cara como buscando á su amo. Águeda lloraba amargamente, y Simón se alejó para hacer otro tanto sin ser visto.

¿Es creíble que existan personas que viven largos años, teniendo en su posesión un animal de cuyos servicios se valen, cuyo cariño cautivan y cuya presencia bajo sus techos se hace una costumbre, y, no obstante, no le tomen apego, no les inspire un sentimiento

de amor, ni de benevolencia, ni aun de lástima? No es creíble, no. ¡Y, no obstante, es una de aquellas verdades amargas y desconsoladoras que la evidencia inculca puñal en mano!

Hubiera partido el corazón del más indiferente el ver salir de la huerta á la desolada anciana.

—No se apure usted, madre —le decía Simón, reprimiendo su dolor por no agravar el de la buena anciana. — Matías, á quien *empresté* para techar su casa y que nunca me ha podigo pagar, me ha dicho que en su casa hay una vivienda para nosotros, mientras la casa sea casa. Con que ya ve usted que no estamos ni en la calle ni sin amigos.

—¡Ay, Dios de mi alma! —exclamaba la pobre desposeída;—¡la huerta que hace tantos años venís heredando de padres á hijos, como si fuese un mayorazgo! ¡La huerta en que habéis nacido todos! ¡La huerta en que murió tu padre como un santo! ¡La huerta, al pie de cuyos naranjos me sentaba, y nos consolábamos de ser los solos en sobrevivir á cuanto nos rodeó en otros tiempos! ¡Ellos, con cubrirse de azahares como de canas; yo, con rodearme de nietos como de flores! ¡La huerta, cuyo emparrado hacía tan dulces los días de verano con su sombra, tan gratas las

noches de invierno con la alegre brasa d sus sarmientos! ¿Quién regará las flores que yo sembré? ¿Quién dará de comer á aquellos pajaritos que á mi voz acudían sin recelo?

—Señora, no se aflija usted; que nos llevamos lo mejor, que es la buena conciencia la que, dondequiera que vayamos, nos prepara un lecho de plumas. A los que es preciso compadecer es á aquellos que en mullidos lechos no hallan descanso, que son los que obran malamente.

Simón añadía mentalmente:

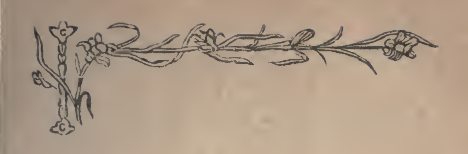
—¡Condenado ladrón! ¡La culebra que por *mor* suyo se nos ha liado! ¡Y ese Alcalde, más malo que el siglo, sacando astillas del palo caído! ¡Tan honrado Juan como Pedro!... ¡Dios les ayude!

—¡Señora! —proseguía en voz alta al ver llorar á su madre— Dios no le falta á nadie. Usted, que es tan dada á las cosas de Dios, hágase cargo de la gloria tan hermosa que estará gozando Job, y los tormentos que estará sufriendo el rico avariento.

—Los mismos has de pasar tú —proseguía Simón para sí,—Alcalde de malas entrañas, á quien no han podido mover á compasión estas santas canas, á las que hacen su venera todos los del lugar, grandes y chicos.

—¡Madre! —exclamaba al ver que la aflicción de la buena anciana no cedía:—no llore usted, por María Santísima..., ¡que me está usted partiendo el alma! No parece sino que se le acabó á usted el mundo. ¿No me tiene usted á mí, que soy su báculo? ¿No tiene usted á la niña, que es su alegría? ¿Dónde irá usted que no le gane yo su pan, y á qué parte que ella no le siembre flores? ¿Dónde, que no la cuide yo, y ella le cante? ¿Dónde iremos que no venga Dios con nosotros?





CAPÍTULO V

Algunos años habían pasado. La familia de que nos hemos ocupado, como el árbol que se trasplanta, había sufrido, se había ajado. Pero con el gran consolador humano, el tiempo, y su suave hija, la costumbre, el árbol había tomado la tierra, y regado por el sudor del trabajo, había reverdecido y aun echado flores; esto es, que en aquella casa había contento. Contribuía á esto el que Nicolás, el carretero, habiendo tenido una herencia, se apresuró á pagar al pobre Simón Verde el buey difunto. Ese dinero sirvió á Simón para recuperar á *Papalina*, pagando al escribano doble de lo que había dado por ella.

—¡Cómo ha de ser! de *tienes* á *quieres* un tercio pierdes—pensaba Simón.

Con esto se halló en estado de continuar su anterior manera de ganarse el sustento. La alegría de hallarse de nuevo al lado de su antiguo amo la demostró *Papalina* de un

modo muy recio y sincero, aunque poco melodioso. La tía Ana regaba sus macetas, daba de comer á los pájaros, hilaba y rezaba; Agueda se engalanaba con claveles, y cantaba:

> Hermanitos terceros
> son los claveles.
> Un clavel fué la causa
> de yo quererte.

Cantaba así, porque sus amores con Julián, nacidos bajo el auspicio de un clavel, habían crecido recíprocamente á la sombra del misterio, como crece pura y resplandeciente la luna en la obscuridad y silencio de la noche. Motivaba este misterio, además del instintivo pudor del amor, la convicción que tenían ambos de que sus padres, el uno por innata dignidad, el otro—que quería casar á Julián con la hija de un rico labrador de la Puebla—por codicia, no los hubiesen jamás consentido. Había más; y era que el Alcalde conservaba hacia Simón Verde el rencor que aquel que se porta mal siente contra aquel con quien lo ha hecho; rencor mil veces más amargo é inextinguible que lo es el del ofendido. Y la prueba es que Simón Verde, con su hermoso corazón, no conservaba ninguno contra su perseguidor.

La buena abuela sí sabía estos ocultos amores, y solía decir á su nieta:

— Agueda, hija: ¿en qué estáis pensando?

— En querernos, mae Ana — contestaba Agueda.

— Si eso no lleva camino, hija: ¿no se os previene el día de mañana?

—No pensamos más que en el de hoy, madrecita.

—¡Ya se deja ver! Los pocos años no tienen sentido. ¿No ves, criatura, que te estás previniendo más lágrimas que perlas tiene la mar?

—Si de todos modos las he de verter, mientras más tarde mejor, abuelita.

—¡En fin, sea lo que Dios quiera! — decía suspirando la buena anciana.

—¡Eso, eso, eso ha de ser! y no lo que quiera el Alcalde. Para bien gozar, mucho esperar, abuelita—contestaba Agueda.

Por aquel entonces los habitantes de Gelves abrieron los ojos y la boca inusitadamente, pues un día, cuando menos se pensaba, el vacío y solitario palacio dió señales de vida. Abriéronse balcones y ventanas, como ojos que se despiertan: la gran puerta se vió de par en par, como boca que bosteza. El aseo con su vestido blanco, inmaculado é inodoro, se presentó á tomar posesión de

aquellas solas y abandonadas habitaciones. Precedíale un ejército de auxiliares; eran éstos la activa y ágil escoba, la que se fijaba sobre el suelo con intención de no dar cuartel á bicho viviente; el desmadejado y lánguido deshollinador, que miraba á las musarañas; los estropajos que sacaban porción de uñas amenazadoras; el jabón que miraba á los cubos de agua con el asombro con que mira el hombre á la sepultura que se le comerá; las aljofifas y paños de polvo, que abrían los brazos y se sacudían antes de empezar su tarea.

Al ver este ejército enemigo y sus evoluciones, las cucarachas ó *correderas* se desatentaron, perdieron la cabeza, y atrapadas por las escobas en sus locas carreras, hízose de esta raza una bárbara carnicería. Las arañas pusieron en movimiento acelerado sus largas patas, y huyeron llorosas y despavoridas de su tranquila Tebaida, echando una última y tierna mirada á las redes que tan bien habían confeccionado, sin guita ni mallero. Los murciélagos, horripilados al ver candiles y velones, se refugiaron á la torre de la iglesia, á pedir hospitalidad á la lechuza; ésta, que es misántropa, los recibió con muy poco agrado; los ratones se quitaron de ruidos, y el polvo que tomaba las ínfulas de secular, for-

zado á levantar sus reales, se echó desatinado en brazos de su enemigo el viento: vióse-le valsar airosamente en un rayo de sol, y lanzarse por una abierta ventana en el espacio.

—¿Qué le habrá dado al palacio, que así se sacude y se refresca?—decían las gentes del lugar;—¿si vendrá la Infanta?

Aquella tarde atracó á la orilla del río un bote que traía algún ajuar de casa, y en el que venían un caballero y una señora.

El caballero, que tenía como unos cuarenta años, era alto y corpulento: traía puesto un tremendo sombrero húngaro, un gabán de los más destartalados en hechura y de los más excéntricos de color. Tenía la mirada de Emperador romano; la pisada de conquistador germánico; traía un puro colosal entre unos bigotes análogos; hablaba recio, llamaba á todos *chicos*, y gastaba más bambolla que dinero, según pudo colegirse por la reñida cuestión que sostuvo con el barquero por un real.

La señora, á pesar de que se la conocía que estaba enferma por su color pálido y extremada delgadez, era viva, petulante, ruidosa y risueña. Tenía puesta una capota rosa, tan en extremo echada atrás que pare-

cía su paje; una manteleta verde-gay con profusión de flecos y borlas; un vestido de seda á cuadros, cada uno de su color, como hombres políticos; unas botas claras de color; pero todo, aunque nuevo, ajado como su ama. Traía un broche que deslumbraba, una pulsera que brillaba, un abanico que relumbraba y una perrita que ladraba.

En la venta estaban algunos vecinos y vecinas del pueblo, que con Joaquín *Mi niño*, presenciaban el desembarque; los que se quedaron absortos al ver aquel lujo estrambótico, exótico, inusitado y visual.

—¿No te lo dije que había de venir la Infanta? Esa es—decía la necia de la madre de Joaquín *Mi niño*.

—¡Qué había de ser esa, que lleva la gorra á *móo* de redecilla!—replicó un hombre.—Su Alteza no lleva más que mantilla, como una *resaláa* española que es.

—¡Bendita sea su alma!—exclamaron las mujeres.

—Han de saber ustedes que no tiene Su Alteza más que cuatro pensamientos--dijo el hombre.

—¿Cuatro? ¡Ay Jesús!—exclamó la ventera madre.

—*Contáos;* ni uno más, ni uno menos.

—Oye, ¿y sabes tú cuales son, José?

—¡Qué ha de saber ese cuaco (1) los pensamientos de la Infanta!—opinó *Mi niño* en voz de bajo.

—Pues lo sé, *Mi niño*, y ló sabe *toa* España, *toa* Francia y *toa Ingalaterra;* y el cuaco lo serás tú si no lo sabes.

—Pues dilos, ya que lo sabes— dijeron á una voz las mujeres al narrador.

—Son—respondió éste:—DIOS, SU MARIDO, SUS HIJITOS Y LOS PROBES. Y lo mejor que tenéis que hacer vosotras es seguir su ejemplo, ¿estáis?

—¿Y el Infante?

—Lo propio, por consiguiente; como que lo ha heredao de su madre que dicen es una Reina santa y *prefeuta*, como Santa Isabel, Reina de Hungría, y Santa Clotilde, Reina de Francia. Y esto es la pura verdad, y se debe decir á voces, para que suene por esos mundos.

—Pero, José, si no la conoces, ¿cómo sabes que no es ésa?—preguntó la hermana de *Mi niño*—que no quería perder la esperanza de que fuese la desembarcada la Infanta.

—Pues ¿no estás víendo, chiquilla, que no trae *conmitiva*?

---

(1) Ganso.

—¿Y qué es *conmitiva*, mae?—preguntó la muchacha.

—¿Qué se yo? será á moa de palio—contestó la ventera madre.

—¡Qué *espilfarro!*—dijo *Mi niño;*—son los coches.

Los señores desembarcados pasaron al palacio, en el que se instalaron, él arrellanándose en un sillón, ella asomándose uno después de otro á todos los balcones que tiene el palacio, cantando trozos de las óperas más modernas, y exclamando con acento italiano:

— *Bello*, *bellísimo*.

Es cierto que es difícil hallar una vista más bella que la que desde los balcones del palacio de Gelves se disfruta, uniéndose allí lo ameno y lo grandioso; lo bonito en el detalle, lo ancho y hermoso en la perspectiva. Al pie del palacio baja el terreno entre los árboles de las huertas, se detiene un momento en el prado para dar un pienso á los bueyes, y se hunde en el río para volver á salir en la orilla opuesta, engalanado con arbustos y mimbres, y distribuirse después en sembrados, naranjales y pastos, marcándose las lindes de éstos con frondosos vallados, que llevan penachos de árboles.

El río pasa tan señor y tan sereno por estas orillas, que se le creería inmóvil, si no

viniese alguna vez un vapor con su brusca prisa á turbar sus aguas y á empañar su brillo. La vista, como un sonido que se va debilitando, llega hasta los lejanos montes de Ronda, que se confundirían con las nubes, si nubes se hallasen en aquel cielo en la primavera. A la izquierda, á los pies de su Giralda, se ve á Sevilla sin oirla; lo que presta á su aspecto, ya tan grandioso, la solemnidad del silencio.

—No cantes, Fornarina—dijo el repantigado fumador;—que los médicos te lo han prohibido.

—¿Y tú haces caso de lo que dicen los médicos?—contestó con su marcado acento italiano la llamada Fornarina.

En cuanto al caballero, se denominaba á sí mismo el Coronel Titán. Pero los despachos de su grado nadie los había visto, ni aun en la Tesorería, pues, á la cuenta, tenía el desprendimiento de no cobrar pagas.

No hemos podido averiguar de qué medios se valieron estos ilustres huéspedes para haber obtenido que se les franquease el palacio, con preferencia, y en perjuicio de la otra polilla domiciliada en él. Mas esto no importa; y lo cierto es que los puros aires, y las afamadas aguas de Gelves sentaron bien á la Fornarina—si se ha de juzgar por el

aumento progresivo de sus florituras, de sus carcajadas y de sus gritos cuando reñía con el imponente Coronel Titán.

El pueblo de Andalucía tiene ciencia infusa para calificar los individuos, sobre todo si son de esfera elevada á la suya. A los pocos días de estar los huéspedes del palacio en Gelves, las mujeres torcían la boca y los hombres se reían.

—Quiéreme parecer—decía el uno—que son esos usías supuestos, ó cuando menos ingertos.

—El D. Orondo ese—añadió una mujer—que con los bigotes que lleva rompe las *tallas*, tiene una cara de hereje, que ni los sayones de la Pasión. Lo que es ella, parece la reina loca, y hecha de rabos de lagartijas; bien se deja ver que es una casquivana de las rematadas. No sé cómo Simón Verde consiente que esté metida allí á todas horas su hija.

—¡Toma! Para Simón Verde serán esas gentes de las mejores. Nunca se piensa sino lo bueno—dijo un hombre.

—Porque tiene el corazón más sano que la brisa—opinó una mujer.

—Verdad es—repuso el hombre.—Pero ahí verás tú como en este mundo *indino* es menester tener una poca de trastienda, y andar con pie de plomo y ala de palomo.

Efectivamente: con motivo de ser Simón Verde el ordinario de Sevilla, entraba diariamente en casa del Coronel Titán para traerle los comestibles que en el pueblo no se hallaban. Como allí no había ni plaza, ni carnicería, ni almacenes bien surtidos, solía decir el Coronel á Simón Verde:

—Como en tu pueblo nada hay sino el renglón de *no hay*, tráetelo todo, chico.

Estaba además encargado Simón de llevar y traer la sostenida correspondencia del Coronel con un joven desenvuelto, pronto, decidido, denominado el Capitán Bulle, que había estado en todas partes, que conocía á todo el mundo, que todo lo había visto, que se jactaba de ser adorador fogoso de las repúblicas, ardoroso de los naipes y frenético de las faldas, y que debía concluir por lucir su patriotismo uniéndose después á los piratas que atacaron nuestra isla de Cuba.

El trato bondadoso y jovial de Simón Verde había agradado á la Fornarina, que se complacía en entretenerse con él, hacerle preguntas é informarse de los pormenores de su existencia.

—Señor Simón —le dijo una noche cuando vino á recibir las comisiones para la mañana siguiente:— ¿cuánto gana usted al día?

—No tengo ganancia fija, señora. Pero un día con otro vendré á sacar sobre una peseta —contestó Simón.

—¿Una peseta nada más? —exclamó con su acento italiano y haciendo aspavientos la Fornarina.— ¡Oh! ¡¡¡Pobre señor Simón!!! ¡Oh existencia miserable! Usted vivirá desesperado, buen hombre.

—¡Yo! No, señora; que vivo muy contento, á Dios gracias.

—¡Con una peseta!!!

—Y nunca me falte.

— Pero no le puede dar á usted para vivir.

—¿Que no? ¡Vaya! Y para otras muchas cosas, señora.

—¡Oh! ¿Cuáles son? Estoy curiosa.

—Pues, señora: sepa su mercé que con una peseta mantengo mis obligaciones, pago una deuda, empresto á ganancias y echo en una alcancía.

—¡Oh! Usted se burla de mí.

—No, señora; y si no, atienda su mercé. Sostengo á mí y á mi casa, que son mis obligaciones; mantengo á mi madre, con lo que pago una deuda; empresto, pues crío á mi hija, que me lo pagará cuando sea yo viejo y no pueda trabajar, y echo en una alcancía, porque nunca le niego una limosna á un pobre,

más que sea un cacho del pan que estoy comiendo.

La Fornarina se quedó un momento pensativa, y dirigiéndose al Coronel le dijo:

—Ha dicho bien; sí, sí; ha dicho bien. ¡Y pensar que tantas pingües rentas se gastan sin hacer lo que con una peseta hace este buen hombre!

—Estás inspirada —respondió soltando una carcajada el gran Coronel.— Escribe una égloga, compón la música y cántala para solaz de los Fidos, Amintas y Melibeos. Pero déjame á mí de esas necias candideces.

—No eres un hombre, eres un cañón —repuso encolerizada la Fornarina.

—¡Y de á veinticuatro! —añadió Simón mentalmente.

El Coronel, á quien este denuesto, lejos de herir, lisonjeó, dijo con la sonrisa con que Júpiter en forma de toro favorecía á la Ninfa Europa:

—Vamos, diva Donna, sabes que todo en ti me hace gracia; el cayado de pastora como la corona de Reina. Eres tan graciosa para un fregado como para un barrido.

—Pues á mí nada en ti me la hace: ni tus cumplidos, que huelen á tabaco; ni tus bigotes, que huelen á almizcle —repuso la For-

narina; y dirigiéndose á Simón le preguntó:— con que ¿tenéis una hija?

—Sí, tengo; pero una hija como las flores del día; ¡una hija de la que no merezco ser padre! Si la viera su mercé diría lo mismo con dos bocas que tuviese.

—¡Oh! ¡Yo quiero verla!—exclamó la Fornarina con súbito entusiasmo.—¿Sabe coser?

—¡Vaya!—contestó Simón.—Sabe de todo; tiene unas manos que se debían engarzar en oro.

—Pues traédmela, señor Simón, traédmela, que deseo conocerla, y quiero darla costura. ¡Ah! todos mis vestidos se han desgarrado en este campo, que tiene muchas zarzas y espinos.

Simón Verde, á quien costaba un notable esfuerzo tener que decir que no, y que no vió ningún inconveniente en que su hija fuese allá, consintió en ello y trajo á Agueda, la que, desde luego agradó á la Fornarina, que le regaló el primer día un abanico muy rico de nácar, pero despalmado, y un hermoso zarcillo de oro privado de su hermano gemelo.

Había, pues, entrado una pequeña era de bonanza para Simón Verde, que se mostraba en sumo eficaz en el servicio del terrible Coronel Titán.

Pero á quien no agradaban estas nuevas relaciones era á Julián.

Una tarde en que se había ausentado el Alcalde, y en que, como de costumbre, estaba Simón en Sevilla, se hablaban los novios por una apartada reja del corral que daba al campo.

—Agueda —le decía Julián:— ¿á qué tienes tú que salir de tu casa, en la que estás arrecogida como moza recatada, é irte á la de esas gentes forasteras? Dígote que ella con sus perifollos y sus dijes, que parece que están jurando en falso, y él con su aire finchado y altanero, me parecen gente de historia. Y ten presente que dice el refrán que «para trato, los peores, los pretendidos señores».

—Voy —repuso Agueda,— porque me lo dijo mi padre, y que estoy ganando allí unos cuartos para echarle encima un *rocioncito* de ropa; ¡que bien lo necesita el pobrecito mío! ¡Y tuviera que ver, Julián, que fuese esto en contra del recato de la más pintada! —respondió ella.

—En ir me das un pesar, Agueda.

—Hombre, lo siento; pero ¿qué hago? ¿Qué disculpa le doy á mi padre para decirle que no quiero ir?

—Cuando quieren las mujeres sacan razones de los centros de la tierra.

—¿Con que... es decir, que por una manía tuya, se nos había de seguir un perjuicio muy grande? Déjame siquiera que junte para unos sajones para mi padre y un refajo para mi *mae* Ana.

—Cuando nos casemos no les faltarán.

—¡Tómate ésa, y vuelve por otra! De aquí allá, pampanitos habrá; esas no son más que entretenederas, Julián; entonces como entonces, y ahora como ahora. No es regular que después de los perjuicios que nos ha hecho tu padre vengas tú á hacernos uno más, empestillándote en no dejarme ir al palacio.

Julián calló, dolorosamente afectado, al oir evocar á Agueda el recuerdo de la conducta de su padre hacia Simón Verde.

—Agueda—dijo:—día vendrá...

—Bien, dejémoslo venir sin atropellarlo.

—¿Y me querrás siempre, Agueda?

—Julián, esa pregunta ofende.

—¿Por qué?

—Porque demuestra que dudas de mí.

— Mientras más amor, más temores, Agueda.

—Mientras más aprecio, más confianza, Julián.

El Alcalde, más por curiosidad que por otra cosa, había ido á ver al importante Co-

ronel Titán. Pero este personaje, que era primo de siete Marquesas, tío de cinco Condesas é íntimo de tres Duquesas, no se había dignado devolver la visita de un Alcalde de monterilla. Por lo cual esta autoridad ofendida abrigaba un profundo resentimiento contra el soplado señorón que la desairaba, y se propuso espiar sus pasos. Cada vez que el vigilante Argos veía llegar, no por el camino trillado, sino por medio de los olivares, un nuevo visitante de facha heterogénea, se decía:

—Esta gente no es de la cuotidiana; todos son á cual más descuadernados, destartalados y desmartelados. Algo traen entre manos, y á mí no me la pegan: los tengo atravesados, como espina en boca de gato. No han querido entender por buena madre, entenderán por mala madrastra. Vamos, pues, atando puntas con cabos.

La espina más atravesada que tenía este gato era el Capitán Bulle, con el que siempre se hacía encontradizo; pero que pasaba sin saludarle, y con aire impertinente, porque sentía la misma hostilidad que él inspiraba, hacia el Alcalde importuno y fiscalizador. Así era que solía cantar cuando le encontraba, esta letra arreglada por él á las circunstancias:

¡Viva la Milicia
Y el aire marcial!
Alcaldes y curas
Están ya de más.

No era sólo el Coronel, ese gran Preste de la orden á que pertenecía el Capitán Bulle, quien atraía á éste con tanta frecuencia á Gelves; era Agueda, de la que se había prendado con su consabido frenesí amoroso. Es cierto que, aun otras naturalezas menos combustibles que la suya, habrían ardido en las llamas del revolucionario Cupido, al ver á la linda joven que, callada y modesta, cosía sentada junto la ventana de la antesala, con su rosado semblante, remangado el pelo de su pequeña frente, que sólo adornaban dos diminutos rizos pegados á la sien, y un clavel encarnado en su hermosa cabellera. Pero, como algunos cumplidos, hechos con muy poca ceremonia, recibieron la callada por respuesta; como á la primera manifestación de su atrevido pensamiento, Agueda se levantó con intención de irse, y sólo pudo retenerla la seguridad que recibió de que no se le volvería á importunar, el Capitán seguía mirando sin ser mirado, y suspirando, sin ser escuchado.



CAPITULO VI

Era aquella en que pasa esta sencilla historia, una de esas épocas de amagos revolucionarios, bien denominados *intentonas*, que rodaron como truenos sordos entre nubes, lanzando, ya aquí, ya allí, tal cual exhalación, hasta que un hombre de energía y de prestigio las desterró de un suelo al que son antipáticas. En tales épocas suelen surgir, terriblemente envalentonados, unos fierabrases de la catadura del denominado Coronel Titán, afiliados y sostenidos por la propaganda cosmopolita, que ningún partido reconoce ni autoriza, pero que, á pesar de eso, se denominan miembros influyentes en el que han abrazado. Inflados de orgullo, su programa regenerador es despreciar toda religión, destruir toda creencia, odiar todo poder, desdeñar toda superioridad y sacudir todo freno; con lo que se conseguiría llevar su *regenerada* humanidad, en línea recta, al estado salvaje.

Un día se esparció la noticia de que había sido descubierta en Sevilla la trama de una *intentona*, y que, á consecuencia de esto, se habían hecho algunas prisiones. El Alcalde se puso en observación, y vió llegar al Capitán Bulle: traía aire azorado, y no cantaba. El Alcalde ató otra punta con otro cabo.

A las Animas, estando Simón Verde tomando su gazpacho, recibió un recado del Coronel para que se llegase allá.

—No vayas —le dijo su madre;— nada bueno han de querer esas gentes de ti á estas horas.

—¡Qué, madre!—contestó Simón Verde;— será que algún encargo para Sevilla se les habrá pasado y quieren hacérmelo.

Simón fué al palacio y halló al gran Titán paseándose agitado por el espacioso salón, y al Capitán Bulle, muy abatido, echado sobre una silla.

—Simón —dijo el primero dejando el tuteo republicano para mejor ocasión:—es usted patriota honrado y ciudadano de honor.

—Señor, soy un lugareño--contestó Simón.

—Es sinónimo: respeto á usted como á tal.

Simón oyó asombrado aquella profesión de respeto en boca de un hombre que le había tratado hasta entonces con la más impertinente altanería.

—Creo —prosiguió el Titán— que puedo sin riesgo confiarle una misión honorífica y lucrativa.

—Señor —repuso Simón Verde, que empezó á sospecharse algo en que le quería comprometer:— yo no entiendo de más misiones que de las de los Padres Capuchinos.

El Titán dió una fuerte patada en el suelo, murmurando entre dientes:

—¡Hipócritas, ladinos, camastrones!

Y prosiguió en voz recia:

—Es preciso que oculte usted al señor—y señaló al Capitán,—que es una gloriosa víctima del despotismo que nos esclaviza. Aquí tiene usted estas onzas —añadió poniendo unas cuantas sobre la mesa á vista de Simón,— salvado que sea el señor, recibirá otro tanto.

Simón Verde, sin mirar las onzas, se rascó la oreja.

—¿Titubea usted? —exclamó el Coronel Titán con énfasis.— ¡Pues qué! ¿el noble patriotismo, la humanidad oprimida, la santa libertad, hollada en la persona del señor, nada pueden contra una miserable pusilanimidad?

Simón Verde meneó la cabeza y dijo á su interlocutor:

—Ha de saber su mercé que en otra ocasión escondí á uno que hablaba del bien de la

Patria y de otras cosas buenas, como lo está haciendo su mercé ahora, y luego salimos... en fin, señor, la torta me costó un pan; y dice el refrán: «que por la puerta del perro que te mordió, no pases más, por Dios.»

—No ofenda usted con comparaciones al señor, que es un hombre decidido por la gran causa de la humanidad ultrajada; valiente y arrojado, lo mismo al empuñar la espada que al pronunciar un discurso.

—Déjese de *iscursos*, mi amo; que lo que necesita la *humaniá* son sermones.

—¡Oh, superstición! ¡Oh, fanatismo! ¡Pobre España! —murmuró el Coronel Titán, añadiendo en voz recia:

—Considere usted que es el señor un mártir de la libertad, un defensor de los derechos del pueblo, y que el pueblo es el que debe...

—Déjese de términos curruscantes, señor, que no los comprendo, y lo que no comprendo, no me convence. No entiendo de grajas peladas; y lo que sé es que está el señor fuera de la ley, como lo estaba aquél, y que yo no me meto en fanganinas.

Simón dió unos pasos para salir. Pero en este momento se precipitó la Fornarina en el salón, la que con los cabellos sueltos, y hecha un mar de lágrimas, se echó de la manera más trágica á los pies de Simón. Este,

que no había visto más expresión de un dolor violento que las tristes y suaves lágrimas de su madre al ser expulsada de su hogar, empezó por asustarse de aquel estrépito teatral, y acabó por inmutarse profundamente.

—¡No quiere usted salvar á un héroe perseguido por bárbaros esbirros! —exclamaba con voz convulsa; y así prosiguió por largo rato hasta que, agotado el tema, concluyó con unos cuantos ¡oh! ¡ah! y murmurando:

—¡Buen Simón, compadézcase!

La Rachel en cierne cayó desmayada.

El excelente hombre á quien se dirigía, entre asustado, enternecido, asombrado y confuso, prometió cuanto de él exigieron. Pero, escarmentado, tomó sus precauciones. Hizo que el Capitán Bulle se disfrazase de mujer, saliese de la casa por una ventana del corral, y entrase en la suya por la puerta falsa, escondiéndole en seguida en un sobrado, al que se llegaba por una escalera de mano, la que, subido que hubo el fugitivo, retiró en seguida Simón.

Simón ni recogió ni se volvió á acordar de las onzas. Regateaba hasta el último maravedí las naranjas que vendía; pero á las obras de caridad que hacía no les ponía precio la instintiva nobleza de su conciencia. Recibir remuneración por un favor que ha-

cía le parecía deshonroso, como lo es para la mujer el que se la pague su amor.

El Alcalde, por más que rondó, nada vió; y tuvo el dolor de retirarse, entrada la noche, sin haber atado otra punta con otro cabo.

A la mañana siguiente el Coronel Titán y la Fornarina habían desaparecido; por lo cual una partida que vino á registrar el palacio nada halló en él sino á sus primitivos moradores, que, merced al silencio y soledad que notaron, habían vuelto á su tierra de promisión, y entonaban en coro una canción francesa que cantaba la Fornarina, y que les enseñó el eco de aquellos salones:

A tous les cœurs bien nés
que la patrie est chère!

Al alma bien nacida
La Patria, ¡cuán querida!

Simón Verde siguió yendo y viniendo á Sevilla por unos días, y el Capitán escondido en el sobrado.

—¡Sobre que apostaría un caballo contra una gallina—decía el Alcalde—á que Simón Verde está metido en la danza!

— Calle usted, señor — le contestaban;— ¿qué le vá ni le viene á Simón en las alborotinas esas? ¿Por qué se había de meter en ellas?

—¿Por qué va la vieja á la casa de la moneda? Por lo que se le pega. ¡Y si no, el tiempo!—respondía el Alcalde con su mala alma y su perenne rencor.—Como que le cogí ya una vez el pan falto, no me fío. El se ayuncó con ellos, y quien aceite mesura, las manos se unta.

Pero quien estaba desesperado era Julián, á quien Agueda no había querido engañar ocultándole que estaba el Capitán escondido en su casa, aunque era demasiado cauta para confiarle la pertinaz persecución amorosa del atrevido y violento pretendiente.

Julián tenía un amigo, ó mejor le calificaremos llamándole seide, que era el ventero *Mi niño*. Había éste servido en casa de su padre, y conservaba un cariño entrañable á Julián, al que se esforzaba en imitar en todo, como un caño á un arroyo.

— *Mi niño* — le dijo un día:— ¿estás dispuesto á hacer por mí lo que te pida?

—¿Quieres que me tire al río de cabeza? —respondió *Mi niño*, dando en aquella dirección unas cuantas de sus portentosas zancajadas.

—¡No, hombre! No se trata de eso.

—Pues ¿de qué se trata, me querrás decir?

—Te lo pregunto sólo para saberlo, por si llegase el caso.

Entretanto la pobre Agueda veía los cuidados y angustias de su padre, sufría por los celos de su amante, y precisada á llevar al Capitán sus comidas, aunque subida á distancia en la escalera de mano, pasaba la mortificación de escuchar las locas expresiones de su pasión, acrecentada aún por el ocio y la soledad en que se hallaba, sin otra cosa que le distrajese.

El Capitán seguía escribiendo y recibiendo diariamente respuestas á sus cartas. Una noche dijo al leer la que recibió:

—Señor Simón Verde: me escriben que mañana llega mi indulto.

—¡Albricias!—exclamó el buen Simón regocijado.

— El indulto — prosiguió el huésped — tiene que pasar por varios trámites; pero esperan que mañana mismo me lo podrán enviar.

—¡Dios lo haga y María Santísima!

—Pero esto será siempre que usted se detenga en el mesón hasta que se lo lleven; lo que nunca podrá ser antes de oraciones.

— Con mil amores me detendré —repuso Simón, que vió cercano el momento de verse libre de un compromiso que cada día le apuraba más, y ver salir á su huésped bien.

— Pero bajo juramento le encargo que nada diga usted hasta que yo esté lejos de aquí; así lo exigen de mí.

—No tengo boca—contestó Simón contentísimo.

No obstante, al día siguiente en vano aguardó Simón hasta la hora convenida: nadie pareció con el anunciado indulto. Emprendió, pues, mustio su viaje de vuelta. El camino se le hizo largo, tanto á causa de la contrariedad que traía, como por estar muy obscura la noche.

—¡Qué cosas nos rodea la suerte! — venía pensando:—el Alcalde anda en acecho; no hace más que atisbar, y en este lance aún queda el rabo por desollar. Vamos, no nos descorazonemos, Simón Verde; que si el indulto ese no ha venido hoy, vendrá, si Dios quiere, mañana.

Con estas reflexiones había llegado Simón Verde á Gelves, y se acercaba á su casa. Pero antes de llegar oyó á su madre que gritaba azorada:

—¡Hijo! ¡hijo! ¡se ha fugado!

—¡Calle usted, madre, por María Santísima—contestó Simón; si se ha fugado, bendito de Dios vaya!

—Es que..... es que..... ¡Ay hijo de mi alma!

El llanto, en que hicieron coro las vecinas, le impidió de proseguir.

—¡Es qué! ¿es qué?—preguntó asustado Simón Verde.

—¡Es qué ha robado á la niña!

—¡Virgen Santísima! ¡Dios mío, misericordia! — gritó fuera de sí el desesperado padre: — ¿Por dónde han tirado? ¿Cuándo fué? ¡Decid, decid pronto! ¿Qué camino llevan?

—¡Ay, hijo de mis entrañas!—respondió su madre sollozando, nadie los ha visto ni oído!

Simón tiró su sombrero en el suelo, se llevó las manos á la cabeza arrancándose el cabello.

—¡Hija! — exclamaba,—¡hija de mi corazón! ¡Y tu padre no puede valerte! ¡Hija de mis entrañas! ¡Llamarás á tu padre, y él no acudirá! ¡Dios mío! ¡que no me diesen los pájaros sus alas, el lince su vista y las fieras sus garras! ¡Un caballo! ¡un caballo! ¡una escopeta!

Y Simón echó á correr á buscar lo que pedía.

— ¡Vecinos, compañeros! — gritaba por las calles;—¡Juan, Antonio, Nicolás! todo hombre honrado, présteme mano para impedir una iniquidad de las más atroces que

idean los villanos, dejados de la mano de Dios! ¡Señores, si sois cristianos, prestad asistencia á un padre, al que arrancan la hija de su casa, el corazón de su pecho!

Los vecinos acudían alrededor de aquel padre desatentado por el dolor, pintándose enérgicamente la indignación en aquellos honrados rostros; en las mujeres no se oían sino imprecaciones, alternando con expresiones de lástima. Ya se habían ido á buscar caballerías, se habían traído escopetas, y muchos hombres, con ese celo caritativo tan general en la gente del campo, pronto siempre á pagar con su persona, se preparaban á acompañar y prestar mano á Simón Verde, cuando oyeron las precipitadas y fuertes pisadas de caballos.

—¡Tropa! ¡Esto es tropa! Puede que sean los civiles. Dios los trae —exclamaron todos; y las mujeres se apresuraron á asomar los velones á las puertas; éstos alumbraron una escena que arrancó un unánime grito de júbilo. Agueda estaba en los brazos de su padre; á caballo é inmediato, inclinado hacia el santo grupo, se veía á Julián, y detrás, enjugándose el sudor de la frente, estaba Joaquín, *Mi niño*.

—Padre —murmuró Agueda al oído de Simón;— Julián me ha salvado.

—Julián —exclamó con energía Simón Verde:— tú me perdiste y tú me has ganado; besaré la tierra que pisas. Ponme una S en la cara, que tu siervo soy mientras corra por mis venas esta sangre que te ofrezco hasta la última gota.

No es posible referir lo ocurrido, del modo confuso, agitado é interrumpido con que lo hizo Agueda, que pasaba de los brazos de su padre á los de su abuela, y de éstos á los de las vecinas. Pero lo haremos en breves palabras.

Cerrada la noche, el Capitán dijo á Agueda que debían venir por él en aquella hora sus amigos, y le suplicó, tirándole desde el sobrado un pito de plata liado en un papel, que se cerciorase de si estaban ya en el olivar que lindaba con el corral, saliendo á la puerta de éste y haciendo la señal convenida. Gozosamente sorprendida, se apresuró Agueda á hacer lo que le prescribía el Capitán, y, desde luego se le presentó un hombre. Volvió Agueda presurosa, anunciándoselo al que aguardaba, y arrimando en seguida la escalera de mano á su escondite para que pudiese bajar. Hízolo así el Capitán sin hablar palabra, y Agueda, alegre y tranquila, le siguió al corral para cerrar la puerta cuando hubiese salido. Mas apenas la abrió Agueda,

cuando dos hombres que estaban en acecho se echaron sobre ella y la sujetaron; mientras el Capitán le ataba un pañuelo en la boca, y con otros dos le amarraba las manos á las espaldas y unía, trabándolos, los pies. Saltó en seguida á caballo, los otros alzaron á la infeliz joven, que colocaron delante de él, montaron sobre sus caballos, y poniéndolos al trote, desaparecieron entre los olivos.

Media hora después pasaba Julián por la puerta de la casa de Simón Verde, cuando oyó los gemidos de la pobre tía Ana y las voces de las vecinas, que ya se habían cerciorado del rapto de Agueda, y se lo comunicaron. Julián se precipitó hacia su casa, de la que salía casualmente el ventero.

—*Mi niño* —le dijo con voz alterada, pero firme y decisiva:— monta el caballo en pelo y tenme preparada la jaca mientras voy por armas.

Mi niño sin más preguntar hizo todo lo prescrito, y volviendo al momento Julián:

—¿Adónde vamos? —preguntó *Mi niño*.

—Á Porcuna, á buscar el camino de Benaocaz; esos infames buscan la raya de Portugal.

Diciendo esto, puso Julián su caballo á escape, y *Mi niño* le siguió como el trueno al relámpago.

Apenas habían andado los fugitivos una legua, cuando oyeron el galope de caballos.

—Somos perdidos —dijo el Capitán;— es la Guardia civil.

—Apretad vuestro caballo —repusieron los otros, que conocieron que siendo los caballos que se acercaban mejores que los suyos, iban perdiendo la delantera por momentos.

—Capitán, soltad á esa mujer que retarda vuestro paso —añadió azorado otro compañero;— de todos modos la vais á perder; no perdáis al menos con ella vuestra libertad.

El galope de los que los perseguían se acercaba cada vez más; el Capitán depositó á Agueda al borde del camino, y salió á escape para reunirse á sus compañeros, que ya lo habían hecho. Apenas se vió Agueda en libertad, cuando logró por un violento esfuerzo libertar una de sus manos, arrancarse con ella el pañuelo que tapaba su boca y gritar al momento que llegaban los jinetes:

—¡Socorro!

Pero no fué un guardia civil el que se presentó á prestárselo: fué... ¡quién pintara su enajenación! fué Julián.

Sorprendido por el alboroto que llegó á sus oídos, atraído por las voces, salió el Alcalde de su casa y se dirigió al sitio en que

tenían lugar las escenas descritas. ¡Cuál sería su asombro y su despecho al ver á su hijo figurar como héroe libertador de la hija de Simón Verde, y sus caballos, sudosos y jadeantes, que eran las víctimas de esta gratuita obra de romance!

Precipitó su paso, y como el primero con quien tropezase fuese *Mi niño*, echóle mano al cuello diciendo:

—¿Quién te ha dado facultades, bárbaro, insolente, atrevido, para sacar mi caballo de la cuadra, y echarle sobre el lomo tus diez arrobas de peso?

Fué tal el susto y la sorpresa de *Mi niño*, que se quedó tan mudo como inmóvil.

—Yo se lo dije, padre —respondió Julián en tono respetuoso, pero sin turbarse.

—Marcha tú á casa á llevar los caballos —mandó el Alcalde, que no quiso reñir á su hijo ante testigos,— que luego hablaremos.

Julián obedeció.

—Lárgate de mi presencia —prosiguió el Alcalde dirigiéndose á *Mi niño*, que permanecía hecho un poste;— no sea que no pueda contenerme y te ponga á golpes tan estropeado como has puesto tú á mi caballo padre.

Joaquín, *Mi niño*, se valió con agilidad de sus zancajadas para desaparecer en la noche,

como la gran sombra de Samuel evocada por la Pitonisa de Endor.

—Escóndase con más vergüenza la moza del bullanguero —prosiguió el Alcalde,— y vaya á la cárcel su encubridor.

Un silencio profundo había sucedido á la dulce y conmoviente escena, que poco antes hacía latir los corazones, verter lágrimas á los ojos y lanzar expresiones de júbilo á los labios. Las luces desaparecieron; las puertas se cerraron; la oscuridad, la soledad y el silencio reemplazaron lo más bello que hay en la tierra: ¡la alegría de todos por la felicidad de uno!





CAPÍTULO VII

Más de un año había pasado. Era una mustia y encapotada mañana de Diciembre: llovía y venteaba, como si quisiese el día por ese medio dar rienda suelta á su mal humor. Prestaba sus tristes tintas al paisaje, ahuyentaba las mariposas, hacía callar á los pajaritos y bajar tristemente la cabeza á aquellas flores que no son *frioleras*, y vienen aun en invierno á alegrar el campo de Andalucía. El río pasaba turbio y murmurando entre dientes, llevando algunos despojos que le habían traído de sus correrías las aguas que afluían á él. Bandadas de cuervos graznaban diciendo en su tosco lenguaje que no echaban de menos al sol, y que también á cada ave le llega su San Martín. Era, en fin, uno de aquellos días que hacen tan gratas las comodidades y goces de su hogar al hombre rico ó acomodado, y tan cruel al pobre la desnudez y frialdad del suyo.

Venía por el cămino, que desde Triana costea el río al acercarse á Gelves, un hombre que andaba agobiado y despacio. Su cara llevaba las profundas huellas que estampan los sufrimientos en el semblante del hombre, las que si bien le ajan, le ennoblecen; su pelo estaba cano y su mirada, aunque suave y bondadosa, era tan triste, que compadecía más que una queja. Este hombre era Simón Verde, que salía de la cárcel después de un año de haber estado en ella. Simón sabía lo que iba á hallar en su casa; y era esto una hija, á la que la calumnia había deshonrado—pues la honra en los pueblos en que nada la empaña, llega á estarlo por el más leve soplo, — y á la que el dolor y la vergüenza minaban la vida con lento, pero seguro progreso; una madre, ciega á fuerza de llorar, y á ambas mantenidas con la corta, pero constante limosna del pobre; pues de dos hijas que tenía la anciana, una había enviudado por aquel entonces y la otra se hallaba enferma de sobreparto.

Cuál sería la primera entrevista de esta desgraciada familia, fácil es graduarlo. Mas en esta ocasión, como en todas las ocasiones supremas, era la mujer la que sostenía al hombre.

—Simón, hijo mío —le decía la pobre ciega:— no desfallezcas; ¿no me decías tú á mí que la buena conciencia era un lecho de plumas? ¡Verdad es, verdad es! Y bien cierto que no nos ha de despertar despavoridos con sus saetas. Así... no te abatas, hijo mío; y recuerda tus propias razones.

—Cuando yo decía aquello, madre, y me sentía fuerte contra la desdicha, era cuando nos quedaban los dos grandes bienes del pobre: la estimación y la salud. Mi niña, esa hija de mi alma, ha perdido ambos; á usted, madre, se le han secado los ojos de llorar; ¡y todo por mi culpa!

—¡Calla, hijo, calla! ¿Qué culpa has de tener tú? ¡Mi alma como la tuya! Di que lo que sucede ha sido la voluntad de Dios, y verás con esa convicción la conformidad y el consuelo que te entra.

—¡Madre: conforme estoy! Pero déjeme usted sentir y llorar, que no lo prohibe la Ley de Dios. Déjeme darle mi llanto—ya que otra cosa no puedo darle—¡á esa hija del alma! que se nos va á la gloria, á fuerza de padecer, como las Santas Mártires.

Simón lloraba con amargura fijando alternativamente su vista en su madre, que ya no podía verle, y que buscaba en su corazón palabras de consuelo para prodigarle, como

le había prodigado, caricias cuando él era niño, y en su hija, la que pálida y demacrada, se esforzaba por sonreirle, como lo hacía cuando ella era niña.

—¡Perverso, *maldecío* Alcalde!—dijo una vecina cuyo rostro lleno de lágrimas demostraba el más vivo interés y más profunda compasión;—tiene el natural como un caimán, que dicen es una fiera voraz y traicionera.—Dios no come ni bebe, pero juzga lo que ve; y ya le ha castigado, Simón; pues si él te encerró á ti en una cárcel, Dios le ha encerrado á él en otra, porque hace un año que le roe la cara un cáncer, y mientras más se cura menos se alivia. ¡Juicios de Dios, hombre! Pues si tú, que has padecido más en tu ente que lo que pecaste en tu mente, has salido por tus pies de tu encierro, el malvado ese no ha de salir del suyo, sino en pies ajenos y llevando los suyos por delante! ¿Y ésa? De la suerte del malo en tu rincón espera el fallo, Simón.

—El mal ajeno no cura el mío, Beatriz. Y ¡Dios me libre de desearle mal ni á mi mayor enemigo!

—¡Bien dicho, Simón! —exclamó su madre.— ¿Iría uno á perder el fruto de las tribulaciones con la falta de caridad que hay en desearle mal al que nos lo ha hecho? ¡Dios le

dé á ese infeliz tanta salud como yo para mis hijos deseo!

—¡Ande usted, que se lo lleve pateta! —repuso Beatriz;— á ese hombre no le ha de sentir ni la madre que le parió.

Y acercándose á Agueda, le dijo á media voz y de manera de no ser oída sino por ella:

—En estirando las piernas ese mal alma, te casas con Julián y todo queda remediado.

—¡Yo! ¡Yo! —exclamó Agueda, cuyo pálido rostro se puso repentinamente encarnado,—¡yo! una mujer con mala nota ¡casarme con Julián! No lo piense usted ni nadie. Julián se merece cosa mejor, tía Beatriz. Antes era yo pobre y él rico, y me creía tan buena como él, porque pobreza no rebaja. Pero ahora que estoy desacreditada, gracias al falso testimonio de su padre, no puede un hombre casarse conmigo sin rebajarse, y no quiero yo, no, que nadie pierda por mí.

—Vaya, Aguedilla, que no tienes las lanas tan bien peinadas como parece; que eso que dices es orgullo puro, hija mía. No te han de poner nicho por humilde.

—No digo que sea yo humilde; pero mal juzga usted lo que hago si lo llama orgullo: es vergüenza, señora.

—¿Pero no ves, mujer, que él te quitará la nota casándose contigo?

—Eso es lo que no puede ser; la nota no me la puede quitar sino quien me la puso. Julián no me la quitaría; y yo se la pegaría á él, y el que pringa á los suyos con su lepra, los enferma y no sana, tía Beatriz. Así es, que ambos bajaremos á la tierra: el que me infamó, con el cáncer que su rostro le roe; y yo, la infamada, con el que me roe el corazón.

Cuanto decía Agueda lo sentía profundamente; y así era que desde que el Alcalde la echó á la cara la ignominia, Agueda, grande en su humillación como la palma en el árido desierto, se había aislado, y había cortado toda relación con Julián. Por más que éste había insistido, Agueda se había negado á toda comunicación con él. Cuando oía la infeliz la voz de Julián, que pasando por delante de la reja del corral cantaba, como para señalar su presencia y atraerla, estas y otras coplas:

¡El clavel que tú me diste
El día de la Ascensión,
No fué clavel, sino clavo
que clavó mi corazón!

¡En Enero no hay claveles
Porque los marchita el hielo.
En tu cara los hay siempre,
Porque lo permite el Cielo!

Agueda lloraba amargamente, besaba el clavel de todo el año, que periódicamente le volvía á brindar la maceta, como si quisiera recordarle aquella primera prenda que su amor diera á su amante. ¡Pero la ventana permanecía cerrada!

Julián estaba desesperado, no hallando medio directo para combatir aquella decidida repulsa y entenderse con Agueda. Pero, como dice el refrán que más discurre un enamorado que cien abogados, dió al fin con éste.

Un día entró *Mi niño* en casa de Simón, en donde desde que había contribuído á la salvación de Agueda era recibido con el mayor agrado. Venía con un pretexto tan sin gracia como él, y habiéndose acercado á Agueda le dijo en voz que procuró hacer queda, pero que parecía el zumbido de un moscón:

—Agueda: me ha dicho Julián que te diga que lo que estás haciendo con él es una mala partida.

—Dile —respondió Agueda al poco olímpico Mercurio,— que su padre, al quitarme la honra, no me ha dado descaro.

—¿Y puede remediar Julián, me querrás decir, el que tenga el villano de su padre lengua de hacha, así como tiene alma de cán-

taro y puños de hierro? A mí me tiene aborrecido desde que le estropeé el caballo padre, y dice que soy bárbaro y medio; pero ¡esto se me da!..

Mi niño puso la gran uña de su dedo pulgar debajo de uno de sus grandes dientes, y dió un chasquido.

—¡No lo puede remediar, lo sé! Como sé que tampoco puede remediar el mal que nos ha hecho su padre; que «palabra y bala suelta no tienen vuelta». Así, dile —añadió la pobre joven, á la que ponía el dolor lágrimas en sus negros ojos, y la indignación una amarga sonrisa en sus blancos labios,— que la muchacha deshonrada no tiene más cama de novia que la tierra.

—¡María Santísima, y qué *fúnebre* estás! Si tienes nota, él te la quitará casándose contigo: ¿te enteras?

—¡No puede ser, Joaquín! Que quien no mata la araña, no extingue la telaraña.

—Mira que se va á desesperar, Agueda.

—Así viviremos iguales —contestó la pobre niña.

—Mira que él no te olvida; testigo yo —dijo *Mi niño*, dándose un tremendo golpe en su ancho pecho.

—Lo creo —repuso Agueda;—el olvido no entra de sopetón como un tabardillo. Pero

sabido es que el recuerdo camina hasta el camposanto, y allí se quedan en una misma sepultura el recuerdo y la recordada.

—¿Pues qué? ¿Te vas á morir? —preguntó con extrañeza *Mi niño*.

—¿No me ves? —contestó la pobre enferma.

Mi niño la fijó con sus grandes é insulsos ojos, y dijo con la cruda franqueza campesina:

—Verdad es que pareces *tábida*. Pues mira: á pesar que dice el refrán «que el hermano quiere á la hermana, y el marido á la mujer sana», Julián, que es porfiado, no ha de querer más novia que tú, y desde ahora te digo, que si haces la barbaridad de morirte, va haber entre Julián y el *reteindino* de su padre una que va á ser sonada. Ya lo verás.

—¡No lo veré! —contestó Agueda.— Pero, si llega el caso, dile á Julián que nada remedia con eso, que á los muertos sólo Dios los resucita.

—Me voy —dijo *Mi niño* dando algunas zancadas hacia la puerta;— me voy por no oirte hablar más de muerte; que estás hoy que pareces un *profundis*. Mira, Agueda: yo no soy abogado, aunque á Julián se le haya figurado; ni tengo como ellos un celemín de razones y la lengua ligera como paletas de

vapor; así, sólo te daré un consejo: déjate de escrúpulos y sal á la reja. Allí se entenderán ustedes, y verás cómo te pones buena y Julián me deja á mí el alma en paz, pues yo no sirvo para el paso; y adiós.

Diciendo esto, *Mi niño* le volvió la espalda, y en dos zancajadas atravesó el patio. Pero de repente desanduvo sus zancajadas, y dijo á Agueda:

—Me se olvidaba con tus *goris patoris* decirte de parte de Julián que me des el clavel.

—Dile —contestó Agueda, ocultando el clavel de todo el año que en el pecho tenía,— que

En Enero no hay claveles,
Porque los marchita el hielo.

—Verdad es —murmuró *Mi niño*.— ¡Pues mire usted el otro la *embajáa* que me da! ¿Se querrá burlar de mí, como hacía *denantes*?

Apenas se hubo ido, cuando Agueda, ahogada de sollozos, se echó sobre su lecho. Este continuado y heroico esfuerzo de su dignidad para combatir su amor, la larga prisión de su padre, la ceguera de su buena abuela y la miseria en que habían caído, que forzó á ambas á vivir de la limosna, habían destruído á tal punto aquella suave y aun tierna planta,

que perdió el vigor para sostenerse, y cayó marchita y ajada.

Poca felicidad había igualmente en casa del que había sido Alcalde. Este, además del terrible padecer físico que le aquejaba, se había enajenado por sus procederes todo el cariño de su único hijo, el que, si bien nunca faltaba al respeto á su padre, había puesto con su frialdad tal distancia entre ellos, que se podía decir que no era hijo sino en el nombre y en la obediencia ostensible.

Las desgracias referidas eran causadas por un hombre; y casi todas las que vemos tienen el mismo origen.—Decimos que la vida es amarga: ¡los amargos somos nosotros!





CAPITULO VIII

Simón había tenido el dolor de ver matar á fuerza de malos tratos á su pobre burra, que por segunda vez había sido vendida. ¡Cuánto no hubiese dado cuando la encontraba coja, enflaquecida, cubierta de mataduras, y agobiada bajo pesadas cargas, por haber podido libertarla de tantos sufrimientos! Esto lo comprenderán los que miran á los animales, no como *cosas*, sino como *seres* que sienten y sufren, y los que, como tales, los aman y compadecen. ¡Cómo destroza el alma un impotente deseo, sobre todo cuando el corazón y la conciencia nos animan á abrigarlo diciéndonos que es bueno!

Hacía Simón ahora sus viajes á Sevilla á pie, y como es de suponer, las ganancias de estos viajes se habían reducido á corta cosa.

Una noche había entrado más cansado que nunca, porque había llovido y el camino se había puesto pesado y resbaladizo. El infeliz se sentó rendido, conservando puesta la ropa

mojada, pues no tenía otra con que remudarla.

—Agueda, hija, ¿cómo te sientes?—le dijo á ésta que se había recostado sobre el hombro de su abuela.

—Bien, padre—contestó Agueda sonriéndose; pero sin que se formasen ya en sus escuálidas mejillas aquellos hoyuelos que tan gracioso y juvenil encanto prestaban á su rostro.

—¿Ha comido?— preguntó Simón á su madre.

La anciana no contestó. Ni una ni otra habían aún probado bocado aquel día.

—No he tenido gana—respondió la niña cuando su padre reiteró la pregunta.

—¡Hija!—dijo Simón, que á duras penas contenía sus lágrimas al mirarla:—pasé por una confitería, vi unos bizcochos que acababan de salir del horno, quería traértelos; cuatro cuartos valía media cuarta; pero... ¡si no los tenía! Dos reales traigo ganados hoy, que escasamente alcanzan para media hogaza de pan, el aceite y el carbón para hacer unas sopas.

En este instante se oyó la campana de la iglesia que hacía la señal de salir Su Majestad. Simón se puso en pie y se quitó el sombrero. Su madre rezó el Padre nuestro, aña

diendo al fin: *¡En gracia te reciba el alma que te desea!*

—¿Para quién sale Su Majestad?—preguntó Simón cuando hubo concluído el rezo.

—Para el Alcalde, hijo; que se ha agravado mucho por haberle sobrevenido un flujo de sangre.

—Si tuviese capa iría á acompañar á la Majestad; aunque no me obliga, pues no soy ni pariente ni amigo del que van á sacramentar—dijo el buen cristiano.

—¡Hijo, ve!—repuso su cristiana madre;—por lo mismo que va para un hombre que tanto mal nos ha hecho, ve, hijo mío, aunque sea sin capa. Ya que no la tienes, lleva á esa solemnidad compostura y devoción, que le den al Señor el decoro que con tu apariencia no puedes darle. Dios mira sobre todo los corazones; y engalanado llevas el tuyo con el perdón que así ostensiblemente demuestras á tu enemigo. ¡Dios le coja en buena hora!

—¡Qué rendido estoy, madre! y ¡cómo me pesa la ropa mojada! Y lloviendo que está, que se desgajan los cielos; pero... ¡allá voy!

Simón fué á la iglesia, cogió un farol y acompañó á Su Majestad en casa del enfermo.

Cuando la santa ceremonia hubo concluído, le dijo el cura:

—Un recado había mandado á tu casa, Simón, para que vinieses, pues el enfermo quiere verte.

—¿A mí?—exclamó absorto Simón.

—A ti, sí. Deja ese farol, que llevará Miguel, y entra, que urge.

Simón entró en el cuarto del paciente, en el que había aún gran número de personas reunidas. Profunda fué la lástima que sintió cuando miró á aquel hombre que había tenido buena cara y robusta persona, reducido por su padecer á un descarnado esqueleto, envuelto el carcomido rostro en vendas, sin fuerzas, sin vida, sin esperanzas... pero con alma aún, pues, apenas vió á Simón, cuando extendiendo hacia él sus descarnados brazos, exclamó con vehemente acento de corazón:

—¡Simón, Simón: perdóname!

Honda fué la impresión que en todos los presentes causó esta deprecación del moribundo. El arrepentimiento que se confiesa, el perdón que se pide y se otorga, la reconciliación que se efectúa, esas tres cosas, las mayores entre las grandes, las más elevadas entre las altas, las que más se acatan entre las respetadas, esos santos frutos de la simiente del Evangelio, ese glorioso triunfo de la cristiana humildad sobre el antecristiano orgullo, anonadan con su legítima sublimidad

cuantas sublimidades heroicas forja el hombre con un vano oropel, y con su verdadera luz, cual la del sol que alumbra á un mismo tiempo lo alto y lo bajo, lo chico y lo grande, llenan todas las inteligencias y conmueven todos los corazones! Tráelos la Religión, y circunda con ellos el lecho del cristiano moribundo, como con un destello de la luz del Cielo, que ha hecho ya penetrar en su alma.

Pero si á todos conmovió aquel grito, que brotó del corazón del moribundo, enajenó á su hijo, que hasta entonces, continuamente abatido y grave, se había mantenido silencioso á los pies del lecho, y que exclamando ahora:

—¡Padre mío!—se arrojó sobre una de sus manos, que cubrió de besos y bañó de lágrimas.

—¡Señor Alcalde, por Dios! ¡Qué está usted diciendo!—repuso el buen Simón con enternecida sorpresa.—¿Quién se acuerda de lo pasado?

—Digo, ¡sí, sí!... digo...—déjame hablar, Simón,—prosiguió el primero haciendo señas á éste que quería interrumpirle;— que mucho daño te he hecho! La muerte abre los ojos del alma á aquel á quien Dios no dejó del todo de su mano; merced á que —aunque pecador—no le volvió la espalda. Así es, que su Divina Majestad me ha dejado tiempo para

enmendar en parte el mal que hice. Señores: sean ustedes testigos...

— ¡Calle usted, señor, calle usted, por María Santísima! ¡que me está su mercé partiendo el corazón!—exclamó Simón, por cuyas mejillas corrían abundantes lágrimas.

—No callo, Simón; que he confesado, y quiero morir como cristiano, no me lo impidas, pues lo eres. Señores: he calumniado á Agueda, esa inocente, la he desacreditado!... con el fin de que no se casara con mi hijo, porque era pobre, que el demonio me tenía cogido por la codicia! La difamación fué pública, y pública ha de ser la satisfacción. Lo que es á ti, Simón...

— ¡Calle usted, señor; calle usted, por Dios!—volvió á repetir Simón, que notó lo fatigado que estaba el enfermo:—ya ha hecho su mercé más que cumplir como cristiano.

—¡No, Simón; no! La puerta del cielo está cerrada al pecador; el aldabón es el arrepentimiento. ¡Lo tengo asido! ¡Déjame que golpee, para que me oigan los hombres y rueguen por mí y me oiga Dios y me acoja!

Habían llegado en esto la tía Ana y Agueda, á quienes fueron á requerir, y se mantenían en pie cerca de la puerta, guiada la pobre ciega por la enferma, apoyada la pobre enferma sobre la ciega.

El reconciliado fijaba con dolor sus miradas sobre aquellas tres personas á quienes había un año no veía, y que tan trastornadas por los sufrimientos hallaba. Al ver las canas de Simón y su ropa destrozada y calada por el temporal; al ver los ojos, —antes de tan dulce y grave mirar— de la anciana, muertos y cubiertos por sus cerrados párpados como por una losa; al ver á Águeda, aquella bella y fresca flor, caída y ajada... corrosivas lágrimas brotaban de sus moribundos ojos!

—¡Esta es mi obra! —murmuraba,— ¡por enemistad!... ¡por codicia!... ¡por no cejar á tiempo en la mala senda!... ¡Y si no hubiese sido por mis maldades, hubiéramos vivido todos felices... y en gracia de Dios! Porque, sépanlo todos: yo he sido el primero que he tenido la vida más amarga que la retama. ¡Perdí la paz de mi alma! El alimento no me sabía, ni mi sueño era dulce. No tuve amigos, sino lavadores de cara... ¡que bien los distingue el corazón! Me enajené el cariño de mi hijo...

—¡Señor! ¡Padre! ¡No digáis eso por Dios! —exclamó Julián.— ¡Si os he faltado, perdonadme!

—No me has faltado, no; hijo del alma! Pero también distingue el corazón entre el

cariño obligado y el voluntario. ¡Hijo! —prosiguió el Alcalde con vehemente emoción,— ya que vivo no me pudiste querer, quiéreme muerto, y atiende á mi último consejo. ¡No abrigues nunca enemistad alguna!

El moribundo se había inclinado con sus últimas fuerzas hacia su hijo, en cuyos brazos cayó con un síncope.

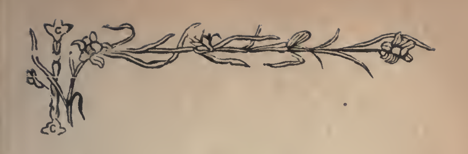
Al cabo de algún tiempo, y merced á los auxilios que le fueron prodigados, abrió sus amortiguados ojos, y fijándolos en el cura, murmuró:

—¡Esta es la agonía!... ¡esta es la muerte!

—¡Miradla cara á cara y con tranquilidad! —repuso el sacerdote;— resignado á la expiación, confiado en la salvación. ¿Tenéis algo que disponer?

El moribundo hizo una débil seña á Águeda y á su hijo, que se acercaron sollozando. Quiso juntar sus manos, pero no pudo; y miró al cura, que comprendió su deseo, y las puso unidas en las yertas del agonizante, que murmuró en entrecortadas palabras:

—¡Hijos míos! sed felices... ¡yo os bendigo!... Julian, Simón es desde hoy tu padre... y todos vosotros... que sois buenos... rogad por mí... pecador... pero... por la gracia de Dios... ¡arrepentido!



EPÍLOGO

Año y medio después de la muerte del Alcalde, el tiempo había pasado su suave esponja sobre los anteriores tristes cuadros, y la vida variable había dibujado otros muy distintos en lá existencia de las personas de que nos venimos ocupando.

Era la tarde de un domingo. Debajo de nuestro antiguo amigo el emparrado,—que aquel año, para seguir la moda, había vestido en lugar de su traje de tafetán verde uno de tisú, al que ponía el otoño trajes de oro,—estaba la buena anciana. A su lado se hallaba Mariquilla Albóndiga, que se había hecho una moza de cántaro, la más típica de esta denominación; por lo cual estaba á la sazón trocado su nombre de niña en el de Maricota. Su madre había visto con dolor reventar en su bien medrado cuerpo las cinturas, espaldas y mangas de sus vestidos, sus enaguas más talares trocarse á poco en boleras,

y la había oído quejarse cada quince días de que le apretaban los zapatos. Reemplazaba ahora á Agueda en la asistencia de su abuela.

Como no sabía contar sino hasta diez, hallábase en este momento apurada, porque no sabía el cómo contestar á su abuela, que le preguntaba por el número de racimos que en la parra sobre sus cabezas colgaban, como nuevas espadas de Damocles; el número de naranjas, que como estrellas salpicaban la sombría copa de los naranjos; el número de pájaros que cantaban; la multitud de pollos que piaban, y la cantidad de nietos que chillaban.

—¡Madre: se pierde la cuenta!... y de todo sobra más de la mitad—contestó Simón Verde, que, envigorizado y erguido, y con su cara alegre de antes, llegó trayendo una brazada de la consabida robusta hortaliza.—Maricota: tú has crecido como el río cuando hay arriada, mucho y aprisa; pero en cuanto á las luces del entendimiento, no te las han despavilado los años. ¡Mire usted, no saber contar! No saber contar es como no saber andar. Deja esas naranjas, que están verdes, lambrucia; y en tu vida comas fruta hasta que no la coman los soldados.

Apareció entonces debajo del emparrado una mujer joven, lozana, que resplandecía

de salud y de alegría. Tenía puesto un vestido de linó con faralaes, y por viso pomposas enaguas almidonadas. Traía sobre la cabeza un hermoso pañolón de espumilla de Manila, color de yema de huevo, cuyos flecos le arrastraban hasta los pies: calzaba bien, y traía un clavel encarnado en la cabeza. Llevaba en los brazos con una soltura—como si jamás hubiese hecho otra cosa,—una criatura recién nacida, que lucía una envoltura de tul de ilusión, con sus encajes de algodón y su viso de seda—aunque de un rosa pariente demasiado cercano del encarnado,—su capillito con encajes para dos, y su brevetín de raso blanco y plata. Seguíala un joven airoso y bien parecido, con su rica capa de paño azul y vueltas de terciopelo carmesí.

—¡Agueda, hija, ya has salido á la calle! —exclamó Simón Verde cuando la vió.

—Esta mañana fuí á misa de parida, padre. Y no había de salir sin traerle á mi madre Ana á mi niña; madre abuela,—prosiguíó poniendo á la criatura en brazos de la anciana:—aquí tiene usted á mi hija. Es un lucero, un sol, un serafín.

Brillaba en sus bellos ojos la santa alegría de madre, y en sus mejillas se dibujaban más encantadores que nunca, los dos hoyuelos

que habían vuelto á su rostro con su lozanía.

—¡Lo que pesa! Se diría que tiene tres meses,—dijo la pobre ciega,—que hacía el solo elogio que podía hacer de su biznieta. ¡Dios la bendiga!—añadió.—¿Y cómo se llama?

—Ana.

—Hija: ese es nombre de abuela.

—¡Pues por lo mismo! Para que llegue á serlo, y tenga nietos que la quieran tanto como la quieren á usted los suyos.

—Julián—dijo Simón:—¿por qué has consentido que salga esa niña á la calle á los ocho días de parida? Eso es un *gitanerío*.

—*Pae* Simón: porque mientras viva yo, no ha de hacer Agueda más que su gusto.

—¿Esas tenemos? Pero mira, hombre, dices bien, al fin y á la por partida hacen las que se visten por la cabeza, lo que en ella se les mete. Conque así, en dejándolas, se quita uno de predicar en desierto. Oye, y tú, *Mi niño*, ¿por qué no entras?—prosiguió Simón dirigiéndose á éste, que había venido con Julián, y se había quedado afuera del emparrado.—No seas corto en tu vida, sino para dar.

—Es que viene á pedir—dijo Julián;—y me trae á mí de padrino.

—¿Pedir? ¿y qué? No será ni carne ni peso... que le sobran—dijo Simón.

—Pues ambas cosas son—repuso Julián soltando la risa,—pues viene á pedir á Maricota, que como no tiene padre, toca pedírsela á usted.

—*Mi niño*—dijo Simón:—si otra hija tuviera, te la diera, porque te estimo. Pero como con una hija no se pueden tener dos yernos, no hay que hablar de eso. En cuanto á Maricota, aunque parece melliza de la Torre del Oro en lo fornida, está naciendo ahora, y tú, *Mi niño*, eres talludito. ¿Cuántos años tienes?

Mi niño se rascó la oreja y no contestó.

—¡Capaz eres de no saberlo! Porque tú, *Mi niño*, eres de lo más cerrado de sentido que se ve, perdona la franqueza, que no lo digo por ofenderte.

—Voy á preguntárselo á mi madre—dijo el pretendiente dando algunas zancajadas en retirada.

—Aguarda, aguarda; que yo lo sabré poco más ó menos — le gritó Simón Verde. — Cuando el percance primero que me puso en manos de la justicia tenías tú veinte y cuatro años, porque en aquel sorteo ya no entraste en quinta. Mariquilla Albóndiga tenía entonces siete, y mi Aguedilla trece. De esto hay

nueve años: por manera que tienes ahora la edad de Cristo, y Maricota tiene diez y seis; eso está *esproporcionao*. Para trabajar estás en la flor; pero para novio de Maricota eres viejo, *Mi niño*.

Mi niño, que nunca había pensado en su edad, se quedó tan asombrado de hallarse viejo y tan hecho estatua, que en su abierta boca se coló una abispa.

—Anda, *Mi niño*—prosiguió Simón Verde:—cásate con una viuda, que es lo que te pega; que quien adama á la viuda, la vida tiene segura. A mí no me entras por el ojo.

—¿Y quién es quien se va á casar, usted ó la novia que él pide?—sonó desde lo interior de la casa una voz recia y clara.

—¡Vaya con la niña! que estaba escondida, pero con más oídos que una liebre—exclamó Simón Verde.—¿Con que están ustedes en un sentir? ¿Lo que quiere decir que la pechecilla estaba enamorada? ¡Habráse visto! ¡y yo que nada sabía! Dice el refrán que «por más que te afanes, no has de saber de tu casa los desmanes».

—Padre,—dijo Agueda riéndose:—debería usted haber caído, porque *Mi niño*, desde que la quiere, está más en Babia que nunca, y ella está tan en Belén, que se la va á olvidar hasta el modo de andar.

—Verdad es que debería haber caído,— dijo Simón Verde riéndose.—Pero es por aquello de que en el barrio de Santa Justa, Dios los cría y ellos se juntan. También recuerdo ahora que oía de noche, como entresueños, una voz como la del cañon gordo del órgano de la iglesia, que cantaba siempre la misma copla:

¿La Mujer chiquitita
para qué es buena?—¡
Para echarla en la olla
por berengena.

¿Quién se había de figurar que venía eso *dirigío* á la zarangullona de Maricota, que se come las naranjas verdes? Pero para que lo sepas, te advierto, *Mi niño*, que Maricota no tiene más que lo encapillado; y para eso las naguas le están cortas, y el monillo ajustado.

—De eso no se cuide usted, *pae* Simón,— dijo Julian,—que es cuenta de Águeda, que será la madrina de la novia, puesto que yo soy el padrino del novio.

—Pues á ello, y sin tomar resuello! *Mi niño*, cásate.

¡Cásate... y tendrás mujer,
si bonita, que guardar;
si fea, que aborrecer;
si rica, que contemplar;

si pobre, que mantener.
¡Cásate!... y tendrás mujer!

Y ten presente que dice el refrán: dos días buenos las mujeres dan; el que al tálamo vienen y el que á la tumba se van; y atiende á que, el hombre de vista larga, por temor de la cruz, perdona la palma!

—Padre: ¿va usted á descorazonar al novio? —dijo Águeda.

—¡Descorazonar á un novio! ¡fácil era!— ¡Mas fácil sería hacer una raya en el agua! Con que... Maricota, ¿le doy el sí á *Mi niño?*: responde.

Esta vez, la voz como la persona, permanecieron ausentes.

—¡Vaya con la niña, que no quiere responder!—gruñó Simón.

—Padre,—dijo alegremente Àgueda:— como va usted para viejo, se va haciendo gruñón; y se le ha olvidado que el *sí* no se da sino en la reja.

—¿Regañón tu padre? ¡qué estás diciendo, mujer!—exclamó Julián.—¡Pues si es como el sol de Mayo, que no hace más que reirse!

—¿Y sabéis por qué, vosotros?—repuso Simón Verde.—Pues el refrán lo dice: «¿Por qué no riñe tu amo?—Señor: porque no es casado.» Pero sábete tú, Aguedilla, que no sería extraño que lo hiciese, pues el

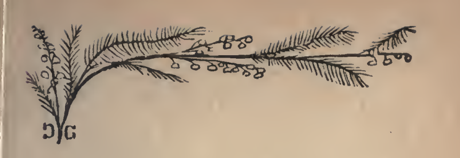
hombre cuando es chico es como el gallo, cantando; cuando es mayor, como el borrico, trabajando, y cuando es viejo, como el cochino, gruñendo. Pero ante todas cosas, ¿qué dice usted, madre?

—Digo,—contestó ésta, que quería bien á *Mi niño;*—que más vale onza de juicio que quintal de talento. Digo que Dios los haga bien casados. Digo que ayer un bautizo y mañana una boda. ¡Qué más me queda que decir sino que ¡bendito, y alabado y reverenciado sea el SEÑOR, que mejora sus horas!

Y nosotros añadiremos: ¡Benditas sean, y dichosas son aquellas almas que pasan por las pruebas de esta vida llevando por báculo y guía los sentimientos que infunde la ley de CRISTO y las reglas que prescribe su católica Iglesia!

FIN

LA FARISEA



A MI AMIGO

EL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO CABANILLES

PARA demostrar con un obsequio su amistad, su aprecio y su gratitud, el que tiene jardín, ofrece un ramo de las más bellas flores que en él se crian: el que tiene vergel, brinda los mejores frutos que en él maduran. Yo no poseo este recurso; y para lograr el placer de ofrecer á usted una expresión en testimonio de aquellos sentimientos, no tengo sino esta novelita, sencilla flor de mi corazón, pobre fruto de mi entendimiento, que le suplico reciba, teniendo presente este lindo pensamiento que tan bien expresa una frase popular:

Quien esto da, os diera
cosa mejor, si la tuviera.

FERNAN CABALLERO.



CAPÍTULO PRIMERO

Paseaban por el campo que une al continente de la isla la ciudad de Puerto Rico el brigadier D. Agustín Campos, coronel de un regimiento recientemente llegado de la madre patria, y un joven teniente, su ayudante. El entusiasta cariño que este joven demostraba á su anciano jefe había sido y era el tema de burlas y censuras poco benévolas entre sus compañeros, los que, no pudiendo comprender que un joven de brillantes prendas, formado para agradar y sobresalir en cualquier reunión, prefiriese á todas ellas la sociedad de un austero anciano, atribuían esta preferencia, el uno á baja adulación, el otro á orgulloso desdén, otros, en fin, á extravagancia, en vista de que no hay intolerancia más acerba que la de la medianía hacia la superioridad. Pero todos estos desahogos de la malignidad se ceñían á sonrisas burlonas, á indirectas y chistes embozados; tal era el respeto que la conducta digna, cortés é inta-

chable del joven teniente había sabido inspirarles.

—Todas las galas de la Naturaleza se aglomeran en esta isla para hacer de ella un Edén — decía el referido teniente Luciano Encina al brigadier.— Como raudales de líquida plata de una cueva de esmeraldas, salen sus límpidos ríos por entre esos árboles gigantes que están siempre verdes y llenos de savia como la lozana juventud; serpentean entre prados que nunca se ven secos ni exhaustos, como los corazones ricos de amor; se deslizan entre las cáñas, que son dulces y flexibles, como unidas lo son la condescendencia y la bondad; y cual claros espejos reproducen, embelleciéndolos, los objetos que á su paso encuentran. Los bejucos, que todo lo unen, enredan y alegran con la inimitable gracia de los niños, enriquecen aún esta poderosa y frondosa vegetación, sobre la que descuellan las altas palmeras, buscando espacio para abrir sus brazos al cielo.

—Luciano, hijo mío, —repuso el brigadier:— á veces me quiere parecer que te han dado una enseñanza por demás literaria para la carrera que sigues, á la que basta un código, el del honor, y un manual, la Ordenanza. Esta enseñanza ha hecho de ti un poeta, y si la poesía se sobrepone á la realidad, todo lo desbarajusta. Más valiera que en

lugar de entusiasmarte con la Naturaleza, te afligieses por el mal efecto que causa el clima de esta isla á nuestra tropa. ¿Cuántas bajas tiene el regimiento?

—¡Ciento cuatro, mi brigadier! —contestó el teniente.—No crea usted que porque mi corazón se impresione por lo que es poético, desatienda mi mente lo que por obligación debe ocuparla. Creer á la poesía incompatible con la vida práctica es una preocupación de cerebros estrechos, indigna, señor, de su imparcial y elevado juicio.

—¿Qué quieres, Luciano? —repuso el brigadier;— no es este mi sentir hijo de una prevención hostil: es la consecuencia de mi vida de acción. Sabes que desde soldado que fuí en la guerra de la Independencia he subido por grados, y sin nunca descansar, la escala que me ha traído al puesto en que me ves, y que considero inmerecido.

—No sé —exclamó el teniente— lo que sea más de admirar, si el que la fortuna, sin ser solicitada, premie el mérito callado y modesto, ó el que considere usted inmerecidos sus justos premios.

El brigadier calló un rato como fluctuando entre su habitual y digna reserva y la honrada sinceridad que era la base de su carácter; pero venciendo esta última á la primera, dijo á su joven interlocutor:

—Repugna á mi delicadeza dejarte en lo que es en parte un error, á ti, Luciano, que, aun siendo tanto más joven que yo, miro como á mi mejor amigo, ó más bien como á hijo. He tenido un generoso protector, Luciano, el que mientras vivió, y notoriamente cuando fué Ministro, no dejó de alargarme nunca su protectora mano y de darme pruebas de aprecio, siendo la última el haberme encargado en su lecho de muerte á su hijo. Este protector, Luciano, fué tu padre; conoce, pues, la verdad contenida en uno de esos refranes, frutos sazonados de la experiencia: NO HAY HOMBRE SIN HOMBRE.

—Cierto es, señor, que no hay hombre sin hombre —contestó Luciano;— es esta una verdad que cada día confirman los hechos, como una gran lección de Dios, que así nos enseña la fraternidad cristiana. Yo le referiré á usted otro suceso que confirma y prueba igualmente esta verdad; atiéndame: «Un joven tan noble como bondadoso, tan bizarro como tierno, había entrado á servir en un regimiento, en el que á poco fué querido de todos, pero en particular de su asistente, que era el mejor, el más honrado y más aventajado soldado del regimiento. Vivía aquél unido con otro alférez, su íntimo amigo y su pariente. Aún no se habían hallado estos primos en ninguna acción, y ambos, animados

y llenos de aquel santo patriotismo que defiende su fe, su Rey, su país, su hogar y la independencia nacional, aguardaban con impaciencia esta ocasión de gloria.

»El gran día por el que con tanta impaciencia y entusiasmo anhelaban, era llegado. Batíanse ya las primeras filas, cuando recibió su compañía la orden de avanzar; así se ejecutó. El asistente, que no perdía de vista á su alférez, notó con zozobra la lívida palidez de su rostro, que denotaba una profunda emoción, y lo extraviado de su mirada, que indicaba el trastorno de su mente; no obstante, seguía avanzando; pero al llegar al punto de la refriega, lo ve pararse, extremecerse; ¡á sus pies yacía en una laguna de sangre, desencajado el rostro por una dolorosa agonía, el cadáver de su primo! La compañía seguía avanzando, y aquel joven permaneció inmóvil y petrificado ante el cadáver que á sus pies tenía.»

El brigadier se había parado, y seguía con ávido y creciente interés el relato de su ayudante, fijos en él sus asombrados ojos.

—Ya en la confusión de la refriega,—prosiguió el narrador,— volvió el fiel asistente con imponderable angustia la vista. Su alférez ya no estaba allí, pero tampoco se hallaba entre los combatientes; el corazón del hombre leal y valiente se oprimió. —¡Se

pierde! pensó con dolor. Trastornado su ánimo juvenil y aun tierno por la pena y por el horror, una impresión del momento, un vértigo, se ha apoderado de él y ha subyugado su grande y noble corazón.—No lejos de allí había unas ruinas; el generoso asistente, guiado por el instinto de su corazón, corre hacia ellas; allí encuentra al que busca, llorando sobre el cadáver de su compañero.—*¡Allí se baten!*—le grita sacudiéndole por el brazo, que le había agarrado como para despertarle de un letargo. El alférez despierta, se sacude, alza su caída cabeza, empuña la espada, corre como ebrio á lo más encarnizado de la pelea, se porta como un Cid, gana aquel día una cruz de honor, y llega con los años á ser uno de los jefes más bizarros y entendidos del ejército. Aquel joven, que el horror paralizó por un momento, era mi padre. Aquel leal amigo que por un brazo le sacó del precipicio en que iban á hundirse su vida y su honor... ¡era usted!... Ya ve usted, señor,--añadió el joven, por cuyas mejillas corrían abundantes lágrimas, echándose en los brazos del brigadier,—¡ya ve usted cuán cierto es que NO HAY HOMBBE SIN HOMBRE!

—¡Y tu padre te ha contado esto, que sólo él y yo sabíamos!—dijo el brigadier con voz trémula por la fuerza de su emoción;—¡oh, qué imperdonable imprudencia!...

--Diga usted más bien, ¡qué gran lección dió á su hijo,—repuso Luciano,—enseñándole á desconfiar de sí propio, á menospreciar la arrogancia y á dar hereditario culto á la gratitud!





CAPÍTULO II

Don Claudio Fajardo pasaba por uno de los propietarios más ricos de aquella colonia. Era viudo y tenía tres hijos.

La mayor, que se llamaba Bibiana, había pasado de los treinta años sin haber amado á nadie, ni haber tenido pretendiente alguno para su mano. Lo primero consistía en tener Bibiana uno de esos egoísmos, que tan comunes se van haciendo, y que enfrían á la criatura para todo amor que no sea el de sí mismo; es esto, sin duda, un antídoto eficaz para las pasiones del corazón. ¡Lástima grande que el remedio sea peor que el mal, por la sencilla razón de que los daños del egoísmo no tienen cura! Lo segundo, esto es, permanecer soltera, consistía en que ninguno de los pretendientes que se habían presentado había satisfecho su altivo orgullo, que era el digno compañero que con el egoísmo formaba todo el ser moral de la hija mayor del señor de Fajardo. Fuese por indiferencia, dejadez ó desdén, Bibiana rara vez se alteraba, y no sabía interesarse en nada ni por

nadie. Las personas frías, ó aquellas que guardan todo el calor que tienen para sus intereses individuales, suelen adquirir la fama de prudentes, reservadas y sensatas, formándose esta opinión sobre los efectos, y no sobre la causa que los produce. Así sucedía que Bibiana pasaba en su casa y fuera de ella por una mujer de madurez anticipada, de excelente carácter, de buenos sentimientos y de intachable conducta; ella admitía este incienso como merecido, y es dable que lo creyese así. ¿Quién se conoce? Nadie. El amor propio pinta á gran parte de las criaturas lo negro blanco, como la cal de Morón.

Bibiana no era bonita: su tez era biliosa y no tenía frescura; sus marcadas facciones tenían algo de fuerte y de varonil, poco ameno; en sus ojos negros había algo, no de altivo, sino de seco y descortés, que repelía, y desde luego se notaba que aquella mujer no estaba satisfecha, no iluminando nunca su impasible rostro ni un rayo de satisfacción, ni un reflejo de contento interior, ni un destello de simpatía. Ella, que conocía su falta de belleza, no se curaba de su rostro, contentándose con alisar su cabello, y desdeñando todo peinado ó tocado de cabeza. En cambio, cuidaba con esmero de su talle, y siendo alta y bien formada, tomaba aires y porte de princesa con admirable propiedad.

El segundo de los hijos de D. Claudio, que se llamaba como su padre, era un inculto *gibaro* (así denominan allí á los campesinos), que pasaba su vida, ó á caballo, ó tendido en una hamaca fumando y bebiendo café, ya en sus ingenios, ya en sus cafetales.

La tercera, que se llamaba Feliciana, era una niña bastante bonita, sin vicios ni virtudes, criada *á su amor*, y sin más ideas que aquellas que unas á otras se transmiten las vacías cabezas de las niñas desocupadas y sin educación, sobre modas, sobre flores, sobre novios y sobre chismes. ¡Qué no resultaría de semejantes entes superficiales si no tuviesen las niñas de esta especie, que son muchas, dos grandes maestros en la vida, que son el amor de esposa y el amor de madre! Así vemos que niñas insufribles para todos los que no sean *pollos*, se hacen amantes y ejemplares madres de familia, las cuales dicen de corazón y enseñan á sus hijos la santa palabra de Dios, que antes repetían como papagayos. Abolid, abolid la familia vosotros que osáis apellidaros regeneradores, que con ella desaparecerán las virtudes religiosas, morales y sociales de que son la fuente, y que tan noblemente se oponen á vuestro desenfreno.

Pocos días después de la conversación que hemos referido en el anterior capítulo, tenía

lugar esta otra entre las dos hermanas, que acabará de darlas á conocer:

—¿Con que — dijo la hermana mayor á la menor—decididamente has autorizado á Villareza para que te pida?

Villareza era un capitán del regimiento que mandaba el brigadier, y paisano suyo, y era novio de la interpelada.

—Sin hacerme de rogar sino lo necesario para dar valor á mi consentimiento, — contestó ésta;— así pues, aunque no tenga el tuyo, puede darse mi casamiento por hecho.

—O no,— opinó Bibiana.

—¿Que no?... ¿Y por qué?

—Porque puede que el *sí* del padre no sea tan fácil de conseguir como lo ha sido el de la hija.

—Pues ¿qué es lo que puede oponer padre á Villareza, que es español, que es tan bueno, y á quien su mismo jefe celebra tanto? ¿Sobre qué fundaría su negativa?

—Sobre que no es más que un *alférez poca ropa*, un triste capitán.

—Y sería alegre por ser coronel? — preguntó con impaciencia Feliciana.

—Su boda, al menos, no sería una triste boda.

—Las bodas de los que bien se quieren nunca son tristes—repuso Feliciana.

—Te aconsejo por tu bien y por el lustre de la familia que no te cases — dijo en tono grave Bibiana.— Cumplo con mi deber de hermana mayor aconsejándote que no insistas con poco seso en hacer un disparate.

—¿Para que me suceda lo que á ti, que te has quedado para vestir santos?

—Prefiero vestir santos en mi esfera á no descender de ella,— repuso Bibiana;— además, me parece que tú te apresuras más de lo que lo hace el tiempo en colocarme entre las solteras incasables.

—¡Con treinta y cinco años á cuestas!— exclamó la niña.

—Tengo treinta — repuso Bibiana;— no tengo la mezquina vanidad de negar mi edad, como la tendrás tú en breve.

—Pues aparentas más — respondió Feliciana;— será á causa de tanto estar soltera é impaciente de que no llegue un Infante de España á sacarte del infeliz estado. Por mí, estoy en que así que te mires esa cana sobre la sien, te arrepientas ya de no haberte casado con el cirujano mayor, que estaba muy enamorado de tu dote. ¡Ojalá hubiese cargado con ambos, contigo y con el dote!

—De otra suerte hablabas, — repuso Bibiana sin alterarse,—en los momentos en que me necesitabas á tu cabecera cuando estu-

viste tan mala; lo has olvidado, según parece.

—No he olvidado que cuando, agradecida, te quise abrazar, pensando que iba á morir, me rechazaste por temor de que te pegase el mal.

—No era necesario abrazarte para cumplir con mis deberes de hermana.

—¡Deberes! ¡deberes! Yo no agradezco nada de lo que se hace por *deber*.

—Y yo nada hago para que me lo agradezcan.

—Y lo logras.

—Pues si no agradeciste mis cuidados, menos agradecerás mis consejos, y me excuso de darlos—dijo Bibiana, levantándose erguida y encaminándose hacia la puerta.

—Eso se llama un *porte de reina...* — dijo Feliciana, y añadió riéndose: — ¡Reina sin vasallos! ¡Qué dolor! ¡Toda esa majestad en vano!

En aquel momento entró un negro y anunció al brigadier, coronel del regimiento recién llegado.

—¿El viejo?—exclamó Feliciana;—por fin viene á esta casa, que se le ofreció desde su llegada. Mira, Bibiana: ese Matusalén es un jefe, y, por lo tanto, digno de tratar contigo de igual á igual. Ve de conquistar ese torreón, y serás coronela y brigadiera; te po-

drás poner galones en una manga y entorchados en la otra. Por lo que á mí hace, que voy á ser subalterna, me alejo respetuosamente de este Estado Mayor.

Diciendo esto, desapareció.





CAPITULO III

Tres meses después de esta primera visita en casa de D. Claudio Fajardo se hallaba el brigadier con Luciano en su despacho. El primero estaba preocupado, el segundo estaba triste.

Después de un rato de silencio, dijo el primero con algún embarazo al segundo:

—¿Qué te parece Bibiana Fajardo, Luciano?

—No me gusta, señor,—contestó éste sin titubear, como si hubiese estado preparado á la pregunta.

—¿Y por qué?—preguntó el brigadier.

—Por instinto, señor,—contestó el interrogado.

—Atrevido es fijar nuestros juicios sobre semejante base,—repuso el brigadier.

—No lo crea usted, señor. El instinto es la vista del alma, la inspiración del corazón.

—No se juzga á una persona por inspiraciones, Luciano, sino por hechos y por realidades.

—Tampoco, señor, se clasifica á una mujer como á un quinto.

—Convenido, hijo mío; entre ambas apreciaciones hay un medio término, que es el que te debe servir para asentar tu opinión sensatamente. Bibiana Fajardo es una señorita de juicio, ¿no es verdad?

—Es la fama que tiene, y cierta será, si es favorable.

—Tiene talento, prudencia y compostura.

—Todo el mundo le reconoce esas ventajas.

—Es buena hija.

—¿En qué lo ha demostrado?

—Su padre lo pregona.

—En ese caso, cierto será,—repuso con una media sonrisa Luciano.

—Es amable,—prosiguió el brigadier.

—Puede que con usted lo sea.

—¿Y por qué no sería amable con otros, y sí conmigo, que soy un hombre de edad, y que no soy ni petimetre ni galante?

—¡Oh! usted es brigadier.

—Excelente recomendación para una muchacha,—dijo riéndose el brigadier.

—La mejor para la que quiera ser brigadiera,—repuso el ayudante.

—Luciano, —dijo el brigadier:— formula de una vez y claramente los motivos que te inducen á tener esa prevención contra una persona que no puedes dejar de conocer que me interesa.

—En ese caso debo callar.

—De ningún modo, cuando como prueba de amistad exijo de ti que no lo hagas.

—En ese caso, señor, le diré que esa mujer nunca me agradó; y ahora que he visto todos los hilos puestos en juego para hacer caer á usted en el lazo, añado que me es antipática.

—¡Ella poner en juego hilos para formar un lazo!... Luciano: ¡qué poco conoces la nobleza y dignidad del carácter de Bibiana!

—Si la araña urde su tela es porque no tiene hilandera que la teja por ella; no es este el caso de la señorita de Fajardo, que tiene amigos que saben prevenir sus deseos, y más si les tiene cuenta. Tales son el cirujano mayor, que en un tiempo pretendió con poca fortuna la mano de Bibiana y piensa ofrecer la de su hija á D. Claudio cuando, casadas las suyas, le pese la soledad; y el compañero de negocios del padre, que desea alejar á la hija, que es un perspicaz vigilante de sus intereses.

—Aunque esto fuese, nada probaría en disfavor de Bibiana.

—Lo que no le hace favor es no tener bajo su estrecho y emballenado corpiño un corazón que sienta y lata, y que en su lugar sólo haya un absorbente egoísmo,—exclamó el ayudante.

—Creo lo que dices un juicio aventurado, Luciano, —repuso el brigadier;— pero, caso que fuese cierto, nadie, y yo menos que nadie, puede aspirar á hallar una mujer perfecta; y puesto que todas han de tener alguna falta, ¿crees tú que la del egoísmo sea una de las capitales? ¿Piensas que pueda sobrepujar en la balanza sobre otras mil buenas prendas esenciales? ¿Abrigas la persuasión de que no se pueda vivir feliz con una persona egoísta, aunque posea mil otras virtudes?

--Creo que nadie, y menos que nadie usted, —respondió Luciano,—puede hallar la felicidad unido á una persona orgullosa y egoísta. ¿Qué liga pueden hacer lo que atrae y lo que repele?... ¿Un corazón abierto como una iglesia, y otro cerrado como una cárcel? El egoísmo es un mal crónico que no sale á la cara; pero que no tiene cura y crece siempre. El egoísmo es la caja de Pandora, señor; son innumerables los males que de él proceden; y á su lado, bajo su estéril sombra, no puede florecer ninguna noble y generosa virtud.

—¡Cómo te exaltas, Luciano! —dijo con bondadosa sonrisa el brigadier.— Casi me hace sospechar tu inconcebible encono si habrá en todo esto, sin tú mismo conocerlo, algún despecho amoroso, algún despecho de

joven al ver á una muchacha inclinarse á un anciano.

—Señor,—repuso sentido Luciano:— tengo veinticuatro años; desde que salí del colegio estoy, por disposición de mi difunto padre, al lado de usted; ¿dónde, pues, habría aprendido la falsía que se necesita para hablar mal de aquello de que bien se piensa?

. . . .

. . . .

Poco tiempo después era Bibiana la señora brigadiera Campos.

El cariño y los cuidados que tenía con su anciano marido eran tanto más naturales y desembarazados cuanto que eran sinceros, y que Bibiana se gloriaba de ellos.

Triunfaba del público, de sus hermanos y de sus compañeras, que habían predicho que el brigadier no se casaría; y triunfaba, sobre todo, de Luciano, cuya enérgica oposición al casamiento del brigadier no le había quedado oculta. Sabía que el ayudante, cuya adhesión á su jefe le era bien conocida, no la había creído capaz de apreciarle en lo que valía, ni de amarle como lo merecía, y hallaba un vanaglorioso placer en probar lo contrario. Nunca nombraba á su marido sin anteponer la tierna pero poco usada calificación de *mi;* para *su* Campos todos los elogios eran escasos; para *su* Campos todos los mimos y cuidados

eran pocos. Sus más pequeños gustos eran estudiados y satisfechos por Bibiana, que era rica, con el mayor esmero y sin reparar en gastos; á tal punto, que hubiera sido empachoso este perseverante sistema, á no haber recaído en un hombre tan bondadoso, á quien difícilmente había incomodado nunca la hostilidad, y al que, por lo tanto, nunca podía incomodar lo que dimanase de afecto.

Habíase establecido una extraña rivalidad de querer entre la mujer y el amigo del brigadier, los que no podían disimular su mutua antipatía. Bibiana sabía que tenía en Luciano un competidor en el afecto y aprecio de su marido. No podía disimularse á sí misma la nobleza, la altura y superioridad del cariño de Luciano, tanto más profundo y desinteresado, cuanto que el ayudante pertenecía á una gran familia y tenía parientes en la Corte, harto más propios á poderlo proteger en su carrera que no aquel hombre modesto y sin conexiones, de influencia nula, y que nunca había sabido pedir ni para sí.

Luciano, por su lado, llegaba á veces á reprocharse el instinto que le llevaba á mirar con hastío y á graduar de moneda de poco valor intrínseco aquellas ostensibles y recalcadas demostraciones de cariño con que Bibiana abrumaba á su marido; pero los es-

fuerzos de su razón no alcanzaban á vencer los instintos de su sentir, ni lograba que la franqueza de su carácter los disimulase.

Bibiana, que había adquirido, sin que lo pareciese, un gran ascendiente sobre su marido, intentó en vano alejar á Luciano, ó, al menos, impedir que fuese su comensal. Su marido, que á todos sus deseos cedía por bondad y por cariño, en cosas que se rozasen con su honra, su lealtad ó sus sentimientos era inamovible como lo son las rocas, contra las que en vano se estrellarían todas las olas que pudiese levantar el mar.





CAPÍTULO VI

En lo que sí pudo influir Bibiana fué en la determinación que tomó el brigadier de hacer lo que nunca había hecho antes: escribir al Ministro, que era un antiguo subalterno suyo, pidiendo su relevo y traslación á la península. Era este el vehemente deseo de su mujer, así como el hacer escala en París. Por lo cual, algunos años después, hallamos á Bibiana, á la sazón generala Campos, más feliz, más sobre sí y más orgullosa que nunca, en una tertulia de la Corte, sentada en un sofá, siendo objeto de las atenciones de la señora de la casa; de los obsequios de algunos militares de graduación, que hacía años conocían y apreciaban á su marido, y de la curiosidad de todos.

Bibiana, recién llegada de París, traía su cabello con la misma poco graciosa sencillez de siempre; vestía un traje alto de raso negro, estrictamente ceñido á sus buenas formas, con un rico cuello de encaje de Malinas; una gruesa cadena de oro caía sobre sus hombros y venía á sujetar un reloj en su

cintura. No hablaba sino con personas escogidas, y tenía el arte de no mirar á nadie, sino á las personas que conceptuaba dignas de esa merced, sin afectar por eso tener la vista distraída ni fija en algún objeto indiferente.

Bibiana, que había visto desde su llegada el afecto y el respeto con que era tratado su marido, aumentado á la sazón por la notoriedad de sus relaciones de amistad con el Ministro; Bibiana, que conocía igualmente que las deferentes atenciones que ella misma recibía eran debidas á ser la mujer del agasajado, se deshacía en ternura, y realzaba los elogios de su marido, prodigando hasta la saciedad el indefectible *mi;* lo que las señoras hallaban muy tierno, pero de muy mal gusto.

Cuando entró en la tertulia el General acompañado de varios amigos, aunque al punto que entró fijó en su mujer sonriendo su benévola y cariñosa mirada, ella, desde luego, conoció que venía contrariado.

—¿Qué trae mi Campos?—preguntó á uno de los antiguos compañeros de su marido que se había acercado á saludarla.

— Sus cosas, sus cosas — contestó el interrogado; — el Ministro le quiere dar la Capitanía general de Madrid.

— ¿Y bien? — exclamó Bibiana, en cuyo poco expresivo semblante brilló como un

fuego fatuo una ráfaga de ansioso orgullo.

—¡Y bien! no quiere admitir el cargo, —contestó el amigo.

Las gruesas cejas de Bibiana se contrajeron con indecible desasosegado coraje; pero reprimiéndose instantáneamente, dijo con la mayor moderación:

—Sus razones tendrá; nunca hace cosa mi Campos que no sea inspirada por las más loables y honrosas causas.

Como muchas mujeres, comprendía Bibiana por instinto arcanos de fisiología y ardides diplomáticos que, expresados por Maquiavelo y por La Rochefoucauld, han dado tanto renombre á sus poco simpáticos autores. Comprendía, por tanto, que un pedestal, sea el que sea, alza á la persona colocada en él.

—Loable y honrosa es la modestia; pero si se exagera, llega á propia desconfianza y degenera, — repuso el amigo. — Señora: las virtudes exageradas pueden volverse defectos.

—Nunca he visto las de mi Campos llevadas hasta ese extremo, — dijo Bibiana. — ¿Y en qué se funda para negarse á admitir el honroso puesto que se le ofrece?

—En que ni el cargo es para él ni él para el cargo: ¿lo concibe usted, señora?

—El que así sea, no; pero que así lo piense él, sí,—respondió Bibiana.

—En lugar de admitir,—prosiguió el amigo,—pide uno de los mandos que se van á dar en la división que se está organizando para ir á sofocar la rebelión de Cataluña; debe usted oponerse á esto, señora, pues si se lo diesen, tendría usted que separarse del marido que tanto ama.

—¡Yo!... ¡yo separarme de mi Campos! —exclamó Bibiana con aquella tranquila sonrisa con que se afirma una cosa que no admite duda;—no, señor. Nunca lo he hecho desde que tengo la suerte de ser su mujer, y siempre le seguiré á todas partes; pero donde pueda necesitar de mis cuidados con más motivo, aunque fuese vestida de vivandera.

—Es usted el modelo de las buenas esposas, señora,—dijo el amigo.

—No, señor; él sí es el modelo de los esposos, como lo es de todo lo bueno. Para poder afirmar esto con la convicción con que lo afirmo yo es necesario conocerle á fondo, vivir á su lado y en su intimidad, como mi buena suerte me lo ha proporcionado; sólo así se puede apreciar en lo que vale ese mérito que oculta su modestia como las blancas nubes el esplendor del sol; esa honradez y buena fe quijotesca, si quijotesco es llevar las virtudes á su apogeo; esa caridad, que no se

contenta con socorrer con las manos, si el corazón no consagra con lágrimas el socorro; ese apego á las personas que le rodean, que toma todas las formas, la de protector, la de amigo, la de padre, y señaladamente la de esposo, en que las reúne todas, de manera que si el profundo cariño que le tengo no fuese de esposa, sería de agradecida.

—¡Esto es saber elogiar!—dijo el amigo.

—No, es saber hacer justicia,—dijo Bibiana.

—Debe usted ser muy feliz, señora.

—A tal punto, que no cambiaría mi suerte por la de mujer alguna, y que al lado de *mi* Campos preferiría una choza á un palacio en el que no le tuviese por compañero.

Bibiana sentía lo que decía; las *chozas* en hipótesis son otras que las *chozas* en realidad.

La persona á quien iban dirigidas estas palabras, que era tío de Luciano, dijo á éste al separarse de Bibiana:

—Tu general, hijo mío, tiene una media naranja como una tortolita, que arrulla cariñosamente con el sonoro dejito americano.

El franco semblante de Luciano se veló con una nube de disgusto ó contrariedad, y no respondió.

—Noto que no te electriza este modelo de amor conyugal, — prosiguió su tío; — no te *piace* la Generala, según parece.

—Ni es, ni parece; yo aprecio y venero cuanto pertenece al hombre á quien miro como á mi segundo padre, — contestó Luciano.





CAPÍTULO V

Fácil es conjeturar los esfuerzos que haría Bibiana para disuadir á su marido de su propósito de ir al teatro de la guerra, y para determinarle á que aceptase el brillante puesto que le había sido ofrecido: esfuerzos tanto más francos y apremiantes, cuanto que en esta ocasión podían gastar el mismo lenguaje el interés del cariño y el interés de la ambición.

A la mañana siguiente, hallándose en el almuerzo discutiendo sobre este punto con su marido, entró Luciano.

Este, después de la salida del General de Puerto Rico, había pedido su traslación á la Península y se hallaba con licencia en Madrid. Cuatro años habían pasado, y ahora unía Luciano al entusiasmo del joven la sensatez del hombre hecho.

Bibiana sintió al verle entrar la más violenta contrariedad. Un secreto instinto le decía que nunca estarían de acuerdo en aquello que concerniese al General, y una latente pulsación de la conciencia le murmuraba

que el interés de Luciano por aquel que llamaba su segundo padre era más puro, más noble y más digno de admiración que el suyo.

En breves palabras enteró el General á su joven amigo del asunto de que trataban, acabando por pedirle su parecer, ó por mejor decir, su apoyo para el suyo. Luciano, empero, permaneció callado.

Bibiana, que no había hablado una palabra, sintió encenderse sus mejillas por el coraje al notar el silencio que guardaba Luciano.

—Quien calla, otorga —dijo con acerbo tono.— La decantada amistad por *vuestro segundo padre*, como llama usted á mi marido, va hasta desear para él la muerte de los héroes. ¡Es claro! para su infeliz y abandonada viuda sería esta muerte una desgracia sin consuelo. Usted, que es *poeta*, se consolaría con componerle una elegía.

Luciano sentía hacia Bibiana tal desvío, separaba á sus almas tan inmensa distancia, que los tiros de sus ataques nunca le alcanzaban. Así es que contestó con la mayor sangre fría:

—Señora: creo la suerte de los militares tan eventual y tan rodeada de peligros en todas circunstancias, que me abstengo de aconsejar en lo que es ciertamente un juego

de la suerte; pero no tengo por qué negar que si me diesen á escoger, preferiría figurar en la lucha de la espada y no en la de los partidos políticos. El General me enseñó desde niño que los militares no tienen sino un código, el del honor, y un solo manual, la Ordenanza.

—¿Lo ves, Bibiana? —exclamó el General.

—Veo —contestó ésta,— que se arrostran fácilmente las balas en cabeza ajena.

—Señora —repuso Luciano:—mi primera súplica al General sería, y lo es desde ahora, la de que en caso de ir á la guerra me lleve consigo de ayudante.

El General miró á Luciano con su bondadosa y apacible mirada, y le alargó la mano.

—¡Desgraciada la mujer —dijo Bibiana en tono que quiso hacer melancólico, pero que sólo fué áspero y desabrido;— desgraciada la mujer que halla interpuesta entre sí y el marido á quien ama la influencia de una persona extraña!... Y ¿con qué derecho? ¿Con el que puede prestar la amistad? Y ¿qué es la amistad para querer competir con el cariño de esposa, cariño tan profundo, tan entretejido en la vida, tan único, tan absoluto, que á su lado son todos los demás como la luciérnaga comparada con esa estrella, que es á la vez Venus y Véspero, la estrella

de la mañana y la estrella de la tarde para el hombre?

—¡Qué injusta eres! —exclamó con dolor el general Campos.— ¡Perdona, Luciano!

—Señor: no me quejo, ni me puedo quejar de una injusticia que es sólo debida al cariño que le profesa á usted la Generala. El exclusivismo es, según veo, la órbita de aquella estrella.

El General salió con Luciano y fué al Ministerio á pretender el mando que apetecía, y á pedir se le nombrase á Luciano por ayudante.

—No quiero rehusar un puesto sin pedir otro —dijo á Luciano,— para que nunca se puedan interpretar de un modo desfavorable las causas que me llevan á no admitir el primero.

—Le comprendo á usted, señor —repuso Luciano;— nada hay más lógico y más consecuente que el recto sentir.

Y no obstante, cuando salió D. Agustín Campos de casa del Ministro, era Capitán General de Madrid; y cuando Luciano le demostró su sorpresa, el General le contestó en voz queda:

—Mañana estalla una revolución en Madrid.

Luciano calló. La renuncia no era posible.

Bibiana recibió la noticia de la aceptación de su marido y de su desistimiento de la ida á Cataluña con un alborozo y un aire de triunfo que enternecieron al General, que vió en ellos sólo el contento de la buena esposa, tanto como chocaron á Luciano, que vió en ellos sólo la vanagloria y el orgullo satisfechos.





CAPÍTULO VI

Lo que se había anunciado, se verificó á los pocos días. La población de Madrid, encerrada en sus casas, oía con angustia y horror el toque de los tambores, el galope de los caballos, las descargas de fusilería y artillería, y veía todo ese lúgubre y atroz aparato que levantan las pasiones de los hombres en este siglo que se precia de culto, de humanitario y de progresista en sus instituciones.

El Capitán general, teniendo á su lado á Luciano, daba acertadas disposiciones, y se veía siempre en donde era mayor el peligro.

La rebelión había sido vencida; sólo un numeroso grupo resistía aún. El General, para evitar la efusión de sangre, mandó hacer alto á sus tropas, y dió unos pasos adelante para proponer á los amotinados la rendición. Uno de éstos se adelantó y apuntó su fusil al General. Luciano, cual el rayo, se echó sobre el villano, y aunque no pudo impedir el disparo, desvió su dirección, y el General recibió en la rodilla el tiro destinado á

su pecho. Las balas silbaron cual fantásticos áspides alrededor de Luciano; pero ninguna le tocó, como si la suerte hubiera querido premiar su bella acción.

Cuando Bibiana vió entrar en parihuelas á su marido, las muestras de su dolor y de su asombro fueron imponderables. Día y noche veló á su cabecera con completa abnegación, sin permitir que nadie la relevase por un momento en su incansable asistencia; no se cuidaba de su alimento ni de su vestir, ni aun apenas de las personas que se apresuraban á tributar homenajes al héroe de aquel memorable día, contándose entre éstas las más notables de la Corte.

Hasta el tercer día no recobró el herido el conocimiento; quedóse algunos momentos callado, y como si la luz de la memoria fuese poco á poco despabilándose y alumbrando sus recuerdos, de pronto exclamó:

—¿Y Luciano?

—Aquí estoy,—contestó éste acercándose con pasos quedos y reprimiendo su emoción.

—Cedo el puesto,—dijo Bibiana, apartándose de la cabecera de la cama.

—¡Bibiana, hija mía, le debo la vida!—exclamó el paciente.

—¡A él sí!... á mí no me debes nada,—replicó Bibiana, con esa propiedad que tiene el

egoísmo de anteponer lo propio á lo ajeno en todas las circunstancias de la vida.

—Señor,—observó Luciano:—á los asiduos y esmerados cuidados de la generala es á los que se debe la conservación de vuestra preciosa vida.

El paciente hizo á ambos una seña de que se acercasen á él, y tomando en las suyas una mano de Bibiana y otra de Luciano, las unió y dijo enternecido:

—Sois los dos ángeles de mi vida, y puesto que me amáis, amaos por amor mío. Confiesa tú, Bibiana, que hay amistades que no necesitan, para ser tipos de cariño y de abnegación, de los vínculos de la sangre, ni tampoco que los enaltezca y arraigue un sagrado lazo; y tú, Luciano, conoce que el apego de una mujer propia es bien sincero y profundo cuando se siente y demuestra como lo hace el de Bibiana.

—Bástame,—dijo ésta,—con que tú reconozcas mi cariño; en cuanto á mí, estoy tan exclusivamente satisfecha con el tuyo y con el que te tengo, que no cabe en mí otro sentimiento alguno.

Diciendo estas palabras, se alejó.

Entonces Luciano se echó al cuello del General, y murmuró en su oído:

—Padre mío: con nada puedo pagar la deuda del que me la dejó en respetada herencia.

A medida que el General se iba restableciendo, Luciano se iba retirando de su casa, fuese á causa del desvío cada día más marcado de Bibiana hacia él, ó del que, justa ó injustamente sentía Luciano hacia ella. Sucedió, pues, que el excelente General vió con dolor que se apartaba de su intimidad. En vano buscó Bibiana los medios de indemnizarle de esta para ella tan grata pérdida; en vano reunió en torno del convaleciente su más apetecible sociedad, esto es, sus antiguos compañeros de armas. Nada bastó para consolarle de la ausencia de aquél que miraba como su hijo.

Era, por cierto, extraña, aunque no única en su género, la triste situación en que las rivalidades de dos tan distintos cariños ponían al pobre General, que era tan pacífico, tan confiado, tan tolerante. Atormentar por amor, era para él una faz incomprensible de este sentimiento, que para él y en él era todo dulzura, condescendencia y abnegación.

Un día entró Luciano con paso acelerado y demudado semblante.

—Está usted depuesto—dijo al General.

—¡Depuesto!—exclamó con tanta indignación como asombro Bibiana.

—Mucho lo celebro, hijo mío—dijo el General.

—Es que está usted desterrado—prosiguió Luciano.

—¿Desterrado?—exclamaron á un mismo tiempo el General con dolorosa sorpresa y Bibiana con pálidos y trémulos labios.

—Así es: el partido contrario ha triunfado en otro terreno. El Ministerio ha caído, y con él todos sus adictos, sin consideración á sus méritos y servicios.

—Yo no era adicto á partido alguno—dijo el General.

—Pero era usted amigo del Ministro,—repuso Luciano.

—Y á mucha honra,—exclamó el honrado anciano.—¿Y esto me hace reo político?

—Ya lo está usted viendo, señor.

—¿Debí acaso renunciar un puesto en el que había peligro? Esto no era sólo contra la disciplina; era contra la honra.

—Dice usted bien; mas esto no alza su destierro. Le enviaban á Palma; mi tío ha conseguido, á instancias mías, que le señalen á usted para cuartel Hinojosa, que es su pueblo.

—¡Cuánto se lo agradezco, Luciano! — le dijo el General.

—¡A Hinojosa!... ¡Un villorrio cerril en el riñón de Extremadura!—exclamó Bibiana.—¡Asombroso trueque!... ¡Agradecidos debemos estarle á usted!... ¿Quién le sugirió tan peregrina idea?

—El deseo de complacerme, y ha acertado,— respondió á esta pregunta el General.

—En que te complace,— repuso con disimulada amargura su mujer. — Parece que poco tomas en cuenta lo que pueda complacerme á mí.

—Nunca pudiéramos pensar, ni Luciano ni yo,— dijo el General,— que pudieses preferir á mi pueblo otro que te fuese igualmente desconocido.

—El señor,— replicó Bibiana,— que no es ni tan anciano, ni tan modesto, ni tan... oscuro como tú, por demás pudo pensarlo.

El General levantó la cabeza, miró sorprendido á su mujer, y no contestó.

—Señora, — exclamó Luciano: — ¿cómo había yo de figurarme que para un destierro, que necesariamente ha de ser corto, no eligiese usted el pueblo de su marido en la Península, que lo es igualmente de un cuñado, donde está establecido con una hermana de usted?

—No había de elegir para mi residencia un pueblo de campo porque vivan en él oscuros parientes de mi marido, á los cuales no conozco, y de los que quizás apenas se acuerde Campos; ni había de querer habitar un mal pueblo, á causa de estar condenada á vivir en él una hermana descastada, con

la que no me trato por haber casado á disgusto mío.

—Voy á ver á mi tío para que rectifique la instancia, —dijo Luciano, tomando su sombrero.

—De modo alguno,— exclamó el General.

—¿Por qué? — preguntó impaciente Bibiana.

—Lo uno, porque nada quiero pedir,— contestó su marido; — lo otro, porque esta segunda petición, después de la primera, sería ridícula; pero si tanta oposición sientes á venir á Hinojosa, — añadió con bondad,— permanece en Madrid, hija mía. Mi destierro no puede ser largo, y levantado que sea volveré á tu lado.

Bibiana vaciló un instante; pero creyendo notar una imperceptible sonrisa en los labios de Luciano, contestó con solemnidad:

—Verdad es que mi permanencia aquí podría serte útil; pero no: ¡nada ni nadie nos separará nunca, sino la muerte!

Dos días después partieron el General y su señora, sin que hubiese consentido éste que la herida en la pierna, que no estaba aún del todo curada, le sirviese, como era justo, de motivo para diferir el viaje.



CAPÍTULO VII

Hinojosa es un pueblo de Extremadura, grande, tranquilo y triste, asentado en una llanura; sus horizontes los forman montes que lo encierran en su llano y hacen difíciles todas las comunicaciones. Apartado de las pocas carreteras que cruzan á España, puede que deba su sosiego á su aislamiento.

Al salir de una dehesa de encinas se atraviesa un llano ó prado, en el que en el verano se disponen las eras, y se llega á una gran cruz de piedra, que sobre su frente lleva el pueblo en señal de cristiano; álzase sobre gradas, que sirven de asiento á los paseantes. A la entrada del pueblo se ve el *pilar* (1) de la abundante fuente, á la que van las mujeres por agua, ocupación que da siempre un aire patriarcal á los pueblos que escapan del sacudimiento de lo que llaman *adelantos.*

En una de las calles del pueblo, nombrada Corredera de San Diego, se veía una casa de-

(1) Así se denominan las fuentes allí.

poca apariencia y de un solo piso, como lo son todas. Sobre la puerta tenía unas grandes armas, toscamente esculpidas, y que cubría por partes una capa de ese verdín ó musgo negro y amarillo, que crean unidos el tiempo y la intemperie.

Entrábase en esta casa por un vasto zaguán, el cual á ambos lados tenía grandes puertas, que comunicaban á dos salas, las que no se abrían sino en las grandes solemnidades de la vida humana, esto es, cuando acontecía un nacimiento, una boda ó un entierro; tres divisiones de la vida del hombre: principio, objeto y fin, que tan solemnes son, y en las que llama éste á la religión para que las presida, aun cuando en otras ocasiones la olvide.

Al frente del zaguán había otra puerta por la que se entraba en una gran pieza, denominada *cuerpo de casa,* que al frente tenía otra que daba á una rústica galería ó techadizo, el cual precedía á un espacioso corral, en que estaban las cuadras, la tahona, el horno, los pajares; en fin, las oficinas todas de la labor, con entrada separada.

A ambos lados de esta puerta, en el cuerpo de casa, había dos grandes piezas: era una la cocina de los señores y la otra la de los criados. En la primera, en la que no se guisaba, y que más propiamente se hubiera podido

llamar comedor, había una enorme chimenea, cuya campana ocupaba todo el testero. Ardía en ella de continuo en invierno un fuego magno, en el que se echaban árboles enteros. A ambos lados había, arrimadas á las paredes laterales, tarimas cubiertas de cojines de lana, que serían tan admitidas y elegantes como lo son en las ciudades modernizadas las banquetas, si en lugar de la de *tarimas* llevasen aquella *elegante* denominación. En huecos practicados en la pared, nombrados *vasares*, había colocados en simetría grandes cántaros llenos de agua con exquisito aseo; sobre éstos, en tablas, se ostentaba bien dispuesta una colección de búcaros de Salvatierra, de diferentes tamaños y hechuras.

En la embaldosada cocina de los criados estaba el tráfago de la casa, y una escalera de piedra que subía á los *doblados*, esto es, á los graneros y desvanes, que se hallaban entre el tejado y los techos de las habitaciones. A ambos lados del cuerpo de casa daban las puertas de las salas y alcobas, que tenían ventanas, unas á un jardín, las otras á un huertecito, en los que se criaban flores, hierbas medicinales y las legumbres más precisas. Estas habitaciones interiores, que comunicaban con las salas, tenían en sus ventanas cristales; mientras que las de las salas, que

daban á la calle, tenían encerados. Consistía esto, en que las mal inclinadas *esperanzas de la Patria*, esto es, la generación que ha de suceder á la actual, había jurado odio mortal y exterminio á los cristales; la muchachería, pues, que ha sido soberana antes de ahora, se había amotinado contra los cristales, y había triunfado sin barricadas con su acostumbrado proyectil.

En la cocina de los señores, que hemos descrito, se veía una tarde, sentada cómodamente ante el fuego en una excelente butaca americana, á una mujer joven, primorosa, pero sencillamente vestida. Tenía en brazos un hermoso niño, al cual criaba; una negra, sentada en el suelo, se ocupaba en arreglar los preciosos rizos de una niña de tres años, y un muchacho de cinco corría hacia la puerta al encuentro de un hombre joven. Vestía éste un traje de fino atezado de ciervo, que consistía en una chaqueta y unas calzonas que caían sobre unas polainas de lo mismo.

—Taita, Taita (1), ¿y Cimarrón?

—Pues qué, ¿no ha entrado?—respondió el cazador, que dió un silbido, precipitándose en seguida en la cocina un hermoso perro

(1) Así denominan los niños en América á su padre.

de caza, hacia el cual, después de besar la mano á su padre, corrió el niño, poniéndose ambos, el perro y el niño, á acariciarse mutuamente.

La niña de los rizos se desprendió de las negras manos que la retenían, y corrió hacia el cazador, que la recibió en sus brazos, y la criatura que mamaba soltó el pecho para sonreirle.

—Una liebre y dos perdices te traigo, Feliciana,—dijo el cazador, dirigiéndose á la joven sentada en la butaca.

— Y yo en cambio te aguardo para darte una noticia tan grande y sorprendente como inesperada.

—Si es de política, guárdala y echa la llave.

—¿Me ocupo yo de política? Es una noticia de familia muy grata.

— Qué, ¿han salido bien hechos los chorizos?

—Nada de cosas de comida, glotón; es cosa de más monta: es que vienen aquí mi hermana Bibiana y el General.

— ¡Qué me cuentas!... ¿Te lo ha escrito ella?

—No; ella se acuerda poco de mí, y no ha contestado á mi carta en que le preguntaba por su marido cuando lo hirieron. Lo ha dicho el primo del General, el tío Miguel, á quien se lo ha escrito encargándole casa.

—¡Tu hermana, la parisiense, la Capitana generala de la corte... en Hinojosa! ¿Cómo es eso?

—Parece que al General no sólo le han depuesto, sino desterrado.

—¿Al general Campos?

—Al mismo.

—No puede ser.

—Puede ser, puesto que es. ¡Ay, Pepe, qué de gracias tenemos que dar á Dios, mis hijos y yo, de que te retirases del servicio!

—Tú lo quisiste; tú deseaste que se asegurase en fincas tu caudal.

—No el mío, Pepe: el nuestro, el de nuestros hijos. No te habrá pesado, pues has tenido tan buena mano, que has aumentado el patrimonio de tus hijos, y que vives aquí en tu pueblo, entre los tuyos, feliz, contento y tranquilo.

—No me ha pesado, no, y tú has contribuído á ello, haciéndome grata nuestra posición, porque á ti te lo era. ¡Cuánto mejor es esto que no invertir uno su patrimonio en vana pompa, como lo ha hecho tu hermana, que tanto se preciaba de razón y de superioridad.

—Como no tiene hijos...—dijo disculpando á la acusada su hermana.

—Tampoco los deseaba.

—Eso lo diría para ocultar su desconsuelo á su buen marido.

—Te engañas, Feliciana. El egoísmo en su apogeo no quiere sino á su propio individuo; no ama á padres, marido ni hijos.

—No seas injusto; Bibiana quería á Campos.

—Quería al General que la hacía Generala.

—Amaba á padre.

—Amaba en él á su dinero. Si hubiese quebrado, puede que ese decantado amor hubiese descendido á la más completa indiferencia.

— ¡Qué cosa tan fea estás diciendo! —exclamó Feliciana en tono de reconvención.

—Lo que no impide que sea una verdad como un Evangelio.

—Nunca has querido tú á Bibiana.

— Esa es una verdad como una Epístola: no he hecho más que pagarla en la misma moneda.

— Niñada mía fué repetirte que se oponía á nuestro casamiento.

—Y ahora que eres mujer, ¿serías más disimulada?

—No; pero sería más prudente.

—Para recibir á tu gran señora de hermana, — dijo Villareza, recostado en la tarima y calentándose los pies en la hermosa candelada, — espero que te quitarás ese vestido de percal catalán y ese pañuelo de la India que

llevas al cuello; pues aunque por cierto te sientan muy bien, es necesario que te pongas corsé, vestido de seda, cuello de encaje, adorno en la cabeza...

Feliciana interrumpió á su marido con una alegre carcajada, y exclamó:

—¿Te estás burlando? ¿Criando... corsé? ¿Para ver á mi hermana, sacar mis descoloridas y ajadas galas? Ya soy vieja para moños.

—Ya verás cómo se presentará ella,—dijo el marido.

—Ella es esclava de su alta posición y del gran mundo en que vive. Yo, hijo mío, soy libre en mi tranquilo círculo; independiente en mi dulce vida privada.

—¡Tanto clamar por la libertad! —dijo alegre Villareza,—y quien menos la aclama más la disfruta. Pero ello es que cuando nos vea Su Excelencia pensará: «¡Qué gansos!»

—Sí, — repuso Feliciana; — pero cuando nos trate pensará: «¡Qué felices!»

La conversación fué interrumpida por la madre de Villareza, que era viva, dispuesta, buena y algo gansa, y que entró diciendo:

— Vamos á merendar, hijos: tú Feliciana, que es necesario te alimentes para satisfacer las agallas de ese robusto extremeño. Tú, hijo, que has estado cazando, y traerás la co-

mida en los talones; y estos niños, que tienen movimiento y apetito perpetuo.

—Madre abuela, — dijo el niño, — Cimarrón también tiene hambre.

— Pues comerá, hijo mío, — repuso la abuela.—En la casa que Dios bendice hay para todos: para sus dueños, sus allegados, sus criados, para los pobres y para los animales de Dios.





CAPÍTULO VIII

Poco tiempo después llegaron el General y su mujer á Hinojosa. Esta última venía tan en extremo displicente, que ni aun deseos demostró de disimular su displicencia. No notó ni quiso notar el completo cambio de su hermana, aquella niña malcriada y voluntariosa; cambio que habían producido, sobre un buen fondo, los años, la suave y buena dirección de un marido de talento y buen juicio, y el amor á sus hijos. Así sucedió que la cordial acogida que recibió de Feliciana fué fríamente rechazada. En cuanto á los parientes de su marido, á los que el excelente hombre recibió con los brazos abiertos, tuvo el dolor de verlos recibidos por ella con tal desvío y altivez, que siendo el pundonor tan susceptible y arrogante en el pueblo español, ninguno de ellos volvió á pisar la casa de la parienta, que parecía menospreciar su trato. El General reconvino con su natural bondad á su mujer; pero, no sólo fueron desatendidas sus obser-

vaciones, sino agriamente combatidas, opinando ella que los deberes de la mujer podían obligar á la que cumplía estrictamente con ellos á seguir á su marido á un villorrio; pero que no se extendían á obligarla á vivir en la intimidad de toda una soez parentela.

El General extrañó la proposición, y aún más el tono perentorio, seco y arbitrario con que fué emitida. Sus respectivas posiciones se habían trocado de repente y sin transición. Del hombre tan encumbrado por su mujer no quedaba ya sino un inválido apartado del mando; un desterrado, sin salud, nervio, medios ni voluntad para reconquistar su posición; una hoja de servicios brillante, pero inútil, y una excelencia sin pedestal. Sucedía, pues, que el hombre inútil para su ambición y su enaltecimiento había caído de un golpe de la cumbre de la adulación á la sima del desprecio. El egoísmo, que no se abrigaba ya bajo el manto del amor conyugal, aparecía en su acerba y brutal desnudez. El General, á pesar de su falta de mundo y de su carácter sencillo y bondadoso, entrevió la verdad que tan patente y ostensiblemente se le mostraba; pero cerró los ojos para no ver.

Bibiana se dignó, pasado algún tiempo, devolver las visitas á las pocas personas notables del pueblo que la habían ido á ver, y en

esta ocasión se hacía indispensable ir á casa de su hermana. Atavióse, pues, como lo hubiera hecho en la corte en igual ocasión de hacer visitas. Vestía sobre su emballenado corsé un rico traje de seda, hecho en París y guarnecido desde el cuello hasta el fin de la falda de riquísimos adornos de pasamanería y graciosos caireles; cuello y mangas de un precio fabuloso, y velo de encaje; y sólo había omitido las joyas, que en aquellas circunstancias la hubiesen puesto en ridículo. El General, que andaba con suma dificultad, la acompañó, no apoyado en el brazo de ella, sino en el de su asistente.

Cuando llegaron á casa de Villareza, la madre de éste quiso llevarlos á la sala; pero su hijo y su nuera, que estaban, como solían, en la pieza llamada cocina, rodeados de sus hijos, quisieron recibirlos allí.

Bibiana entró con su consabido aire de reina. Feliciana se levantó para ofrecerle su butaca; pero ella no quiso admitirla, y se sentó en una silla después de haberla sacudido con su rico pañuelo de olán y de encaje.

—Señora,—le dijo picada la madre de Villareza, que era una extremeña muy viva y aseada,—aquí todo podrá ser tosco; pero todo está limpio.

—Difícil es eso en una *cocina*,—repuso Bibiana;—y si no, vea usted,—añadió seña-

lando con el pie unas cáscaras de castaña que sobre la silla había puesto el niño.

—Villareza,—dijo el General para cortar la contienda:—no recordaba bien su casa; pero por las armas la conocí.

Esta observación que ponía en relieve la nobleza del marido de su hermana, en ocasión en que se veía rodeada de la plebeya parentela de su marido, mortificó en sumo grado el orgullo de Bibiana, que dijo en desquite:

—Esas armas tan grandes al frente de esta casa tan chica y mezquina me recuerdan un letrero que pusieron en la grandiosa portada erigida por su dueño en una pequeñísima finca, y fué éste: *Compra huerta ó vende puerta.*

—Las armas no aluden á la casa, señora, —dijo Villareza;—aluden á la familia.

—Y esa merece todo lo grande,—intervino el General.—Aun recuerdo el refranete que corría en boca del pueblo:

Los señores de Villareza,
Chico caudal y grande nobleza.

—La nobleza la tienen ellos más en el corazón que en la sangre, que es lo que importa,—añadió Feliciana.

Un fuerte grito de Bibiana, que fué el de *¡Aparta!* sobrecogió á todos; pero principal-

mente al niño, que admirado de la guarnición, y en particular de los caireles que adornaban el vestido de su tía, había ido poco á poco acercándose á ella, hasta tomar con la mano, en que poco antes tenía la castaña, uno de los caireles: lo que notado por su dueña, le había arrancado aquel grito de indignación.

El angelito dió una huída atrás, se puso muy encendido, y puesta su manita sobre el lado izquierdo del pecho, se refugió al lado de su madre, á la que dijo:

—¡Jesús... madre! ¡Qué *aparta! Hasta el corazón me se menea.*

Su madre lo cogió en sus brazos riendo, besándolo y chillándolo.

—¡Chillar una travesura á un niño!—dijo con amarga sonrisa Bibiana.—¡Educación modelo!... como de y para Hinojosa.

—No es la travesura, es la gracia,—repuso su abuela.

—¿Y no sabe otras?—preguntó con la misma sonrisa Bibiana.

—Si sabe,—contestó su madre;—sabe cantar. Canta, hijo mío, para que te oigan tus tíos.

El niño se encogió de hombros, y sin dejar de apoyarse en la butaca pasó á un lado, en el que mirando á la lumbre permaneció callado.

—Déjenle ustedes,—dijo el General;—los pájaros y los niños cantan sólo cuando quieren: no comprenden el canto, sino con la alegría que lo inspira.

—No sólo el cantar, sino todo, lo hacen los niños consentidos por su voluntad, y no por obediencia,—opinó Bibiana.

—Canta, Paco,—le dijo su padre en tono suave, pero decidido.

El angelito miró á su madre con cara triste; ésta se sonrió con cariño, lo cogió de un brazo, lo trajo al frente de ella y le dijo:

—Canta, hijo mío, que lo manda padre.

El niño, con la cara enfurruñada, cantó con bien entonada vocecita:

La mañana de San Juan
Llevé mi caballo al mar;
Mientras mi caballo bebe
Echó mi niña un cantar.
Dicen las aves del campo
Que se ponen á escuchar
Mientras que canta la niña:
«¡Qué serenito está el mar!»

—¡Qué preciosa vocecita tiene! —dijo el General;—¡Qué gracioso! y lo que vale aún más, ¡qué obediente es! Ven, ángel mío, que te acaricie; voy á mandar por un sablecito para regalártelo.

—Ahora,—dijo la madre, que estaba tan hueca y satisfecha como lo hubiese podido

estar la madre de Rubini oyendo cantar á su hijo, — ahora dirá con Mariquita la relación que ha aprendido en la amiga, para que vean que ella también es obediente.

La niña, que no era corta, y sí dócil, se puso en pie delante de su madre, que hacía de apuntador, y dijo sin acabar de pronunciar algunas palabras, y desfigurando otras con esa dulce algarabía de los niños, que comprenden las personas que los aman:

¿Quién era aquella Señora
Que por la sierra venía?
Era la VIRGEN MARÍA
Que traía á un niño en brazos;
Abierto por los costados,
Agua y sangre le corría.
¿Con qué lo limpia MARÍA?
Con su pañuelo bordado.
En llegando San Miguel
Con su espada y su broquel,
Su plumero de colores,
Pregunta por los pastores,
Estos van de romería.
Santa Ana parió á María,
Y María parió á Dios:
Diga usté, ¿cuál de las dos
Parió con más alegría?
Unos dicen que Santa Ana,
Y otros dicen que María.

Con la última palabra de la relación se puso Bibiana en pie.

—Vámonos, Campos,—dijo.—No tenemos tiempo de entretenernos oyendo relaciones.

de niños; tenemos que ir á otras casas, y aquí se come elegantemente á la una en todas partes.

—En cada país hay sus usos, — replicó el General;—á mí me gusta comer temprano. Las cenas que ahora se llaman comidas no me caen bien; pero á Bibiana le gustan...

Apenas se hubieron ido, exclamó la madre de Villareza:

—¡Jesús, y qué manojo de abulagas!... Feliciana, ¡mentira parece que sean ustedes hermanas!

— Las desgracias agrían... — repuso ésta.

—A los soberbios,—añadió su marido;—ve cómo no está agriado el General.

—Ese es angelical,—repuso Feliciana.

—Sí, sí,—opinó su suegra;—se conoce que á él se le caen los calzones de hombre de bien; ¡pero... ella! ella, hija mía, está con un pie aquí y otro en el infierno.





CAPÍTULO IX

Varios meses habían pasado. Volvía la primavera, Hebe de la naturaleza, con todas sus alegrías, que encantan, resplandecen, embalsaman y vivifican los días, y que quitan á las noches su lobreguez. El cielo sacudía sus nubes como la pura fe sus dudas; el viento trocaba sus tristes amenazas en suaves arrullos, y el hombre veía brotar, verdes como la esperanza, las mieses que sembrara repitiendo la oración que su mismo Criador le enseñó: —Dános, Señor, el pan nuestro de cada día.

Era una noche callada y de calma: la luna, en su lleno, no resplandecía, pero alumbraba, como lo hace en nuestra mente el buen sentido. Esparcíase su modesta luz perpendicularmente sobre el llano en que se extiende Hinojosa, que aparecía como el rodezno de una enorme rueda en el centro del llano.

Dirigíase hacia ella un viajero joven con su guía. Este viajero era Luciano Encina, en cuyo semblante resplandecía uno de esos

goces que buscan su complemento en que otros participen de ellos.

Apenas hubo llegado al mesón y entregado su caballería, cuando tomó las señas y se dirigió á la casa del General.

Sentada estaba Bibiana á una mesa de tresillo, en la que la acompañaban con el debido respeto algunos individuos de la numerosa falange de administradores que pululan en toda la Península, donde no hay pueblo, por insignificante que sea, en que no se encuentren. Dignábase censurar ásperamente una jugada del más torpe de ellos, cuando con sorpresa vió entrar al antiguo ayudante del General. Nunca su tedio hacia el consagrado amigo de su marido fué más violento en su corazón ni más patente en su semblante; nunca exaltó más el despecho que contra él sentía su mala conciencia.

—¿Usted por acá?

Con esta frase, desabridamente pronunciada, correspondió la dueña de la casa al saludo de Luciano.

—Sí, señora,—contestó éste,—y es porque tengo que hablar con el General; pero no le veo.

— No es extraño, — repuso mezclando los naipes Bibiana; — mi sociedad no le agrada tanto como la de mi hermana, en cuya casa pasa su vida.

Luciano disimuló una desdeñosa y amarga sonrisa, y salió para inquirir de los criados las señas de la casa de Feliciana; pero lo que supo fué que el General ya hacía mucho tiempo que había vuelto de allí, y que se hallaba en su aposento.

Luciano corrió apresuradamente hacia la habitación que le indicaron; abrió la puerta, y se precipitó en ella; pero al entrar se quedó inmóvil al ver el cuadro que se le presentaba. Sentado el General en aquel desnudo y desabrigado albergue sobre una tosca silla, desprovisto hasta de la más sencilla y usual comodidad, tenía extendida sobre un banquillo una pierna horrorosamente hinchada y cubierta de llagas, sobre las que, con buena voluntad y torpe mano, aplicaba parches y ceñía vendajes su fiel asistente. Había adelgazado el anciano en tales términos, que su pierna abultaba más que su cuerpo; su semblante estaba de tal manera caído, marchito y doliente, que Luciano creyó ver en estos estragos los precursores de una cercana muerte. Su corazón se oprimió; su sobresalto le impidió moverse ni pronunciar una palabra.

—¡Luciano! ¡hijo!—exclamó con alborozo el General abriendo los brazos.

Luciano se echó en ellos, y permaneció con el rostro oculto sobre el hombro de

aquel que amaba como padre, dando libre curso á sus lágrimas.

—¿Por qué lloras, hijo mío?—dijo con paternal y bondadosa voz el anciano.

—De alegría, señor,—repuso Luciano, incorporándose y haciendo por sonreir;—vengo á decirle á usted que está levantado su destierro, y que puede volver á Madrid.

—¿Se lo has dicho á Bibiana?

Esta pregunta fué la expresión del efecto que produjo en el General la inesperada nueva que le traía Luciano.

—No, señor,—respondió el interrogado;—no he hecho más que llegar y buscar á usted.

—Avisa á la señora que deseo verla para comunicarle una noticia que le será grata,—mandó el General á su asistente, que salió á cumplir su cometido.

—Señor,—dijo Luciano cuando estuvieron solos:—¿cómo se ha exacerbado la herida hasta el punto de poner á usted en el estado en que le encuentro?

—Los fríos, hijo mío; la vida sedentaria á que no estoy acostumbrado.

—Unidos á la falta de cuidados y de asistencia para prevenir estos malos efectos.—le interrumpió con dolor Luciano.—¿Quién le asiste á usted?

—El cirujano de aquí,—respondió el General;—y creo que no es muy diestro.

—¡Y qué! ¿no se ha mandado á la próxima capital por un profesor consumado en su ciencia?—exclamó Luciano.

—No ha querido,—dijo al entrar en el cuarto Bibiana, que había oído la pregunta de Luciano.—Los señores de la edad de Campos se hacen tercos y no escuchan consejos.

El *mi* había quedado suprimido; lo cual, después de lo que había visto, no pudo sorprender á Luciano, que exclamó con amargo dolor:

—Señora, estas cosas se hacen sin el consentimiento del paciente.

—Nunca he hecho yo nada sin consentimiento de mi marido,—repuso en tono de severa dignidad Bibiana; — un celo exagerado sólo sirve para contrariar á un enfermo.

Luciano, cuya sangre hervía de indignación, iba á contestar; pero el excelente General le previno diciendo:

—Dice bien Bibiana, hijo mío: no he querido dar más importancia á mi dolencia de la que realmente tiene. Sabes que no soy aprensivo, y que, por el contrario, soy enemigo de andar con médicos y botica; y mira que si tanta importancia das á este mi padecer, que la sola primavera con su suave aliento curará, me vas á infundir aprensión.

—No me pesará, si esto contribuye á que se ponga usted formalmente en cura,—repuso Luciano.

—Me alegraré que consiga usted lo que no he podido conseguir yo,—dijo Bibiana;—pero á todo esto, ¿cuál es el motivo por el que se me ha obligado á dejar mi partida? ¿Es para oir al señor censurar sin datos, y sólo movido por el afán de ostentar un celo y un interés por tu salud, superior á todos los demás; oirle, digo, condenar el método curativo del cirujano que te asiste?

—No, hija mía, no,—repuso el General;—es para decirte que, gracias sin duda á las activas gestiones de Luciano, está levantado mi destierro y obtenida la licencia para volver á Madrid.

—Al fin te hicieron justicia,—repuso friamente Bibiana, que supo disimular la inmensa alegría que le causó esta noticia;—nos pondremos, pues,—añadió,—inmediatamente en camino.

—Cuando tú dispongas, — respondió su marido.

—Y si el facultativo le halla á usted capaz de emprender tan largo y molesto viaje,—opinó Luciano.

—El cirujano de aquí, que no tiene la ventaja de merecer vuestra confianza, no puede ser voto en la materia,—repuso Bibiana.

Luciano no contestó; pero, sin decir adónde iba, partió á la madrugada, y á la noche del día siguiente estaba de vuelta, trayendo consigo al mejor facultativo de Córdoba, que está á catorce leguas de Hinojosa.

El profesor, después de examinar al paciente, declaró la cura completamente errada; opinó que falta de tono la naturaleza del paciente por la dieta, las evacuaciones de sangre y la vida sedentaria, habían perdido los humores su natural equilibrio, habíanse hecho sus llagas crónicas, y, lo que era aún peor, causado un principio de hidropesía de humores. Como único medio de salvación, propuso los cercanos baños de *Aguas-Calientes.*

Esta perentoria ordenanza, que destruía de un todo los planes de Bibiana, fué muy mal acogida por ella, que no creía á su marido de tanta gravedad, y que se figuró ver al médico cohibido por las alharacas de Luciano; así que, sin atreverse á desecharla positivamente, la combatió con cuantas objeciones pudo formular, las que cayeron todas ante los claros y patentes argumentos del facultativo.

Luciano, que conocía cuanto pasaba por la fría y egoísta mente de aquella mujer, callaba indignado. El General, que comprendió que lo que deseaba su mujer era volver á

la capital, dijo al cirujano, con aquella abnegación de sí mismo y aquel sincero cariño hacia su mujer que le eran propios.

—Señor: yo no tengo ninguna fe en esos baños; los tomaría con suma repugnancia, y estoy persuadido de que un remedio que se toma sin fe no aprovecha.

—Esa es la suerte de los charlatanes,—repuso el profesor,—el inspirar más fe y confianza que nosotros. Por mí no puedo ni debo sino insistir en mi dictamen, y suplicar á usted encarecidamente lo siga, aun sin tener confianza en él. El axioma moral de que la fe salva no lo es físico, y solemos salvar á enfermos por medios que les repugnan y que combaten.

— Mi presencia sería conveniente y necesaria en Madrid, donde se me destina,—objetó el General.

— Pero tiene usted para no ir la más válida de las disculpas,—repuso el médico.

— ¿Disculpa? ¡Si supiese usted qué mal se aviene la palabra disculpa con la de disciplina! — dijo el veterano; — en toda mi vida he hallado una para interponer entre mi deber y mi conducta.

—Lo que dice usted, señor,—exclamó el cirujano—es ó una exageración ó un pretexto.

— Lo que dice mi marido no es lo uno ni lo otro, — dijo sentenciosamente Bibiana;—

obra en esta ocasión como lo ha hecho toda su vida, acertadamente.

—El General yerra, — exclamó sin poder contenerse por más tiempo Luciano:—yerra llamando deber á lo que no lo es; yerra llamando disculpa á lo que no lo es tampoco. Señor, — prosiguió dirigiéndose al General: — tomará usted los baños que le han de devolver la salud. Doloroso es decirlo; pero está usted más malo de lo que piensa, é insensato sería no poner en práctica los medios de curación indicados por la ciencia. ¡Qué escándalo sería,—añadió con creciente exaltación,—el que las personas que le aman no le hiciesen cariñosa violencia para que trate usted de conservar su preciosa vida! En cuanto á mí, no tendré nunca que reprocharme el no haber contribuído á ello con todas las fuerzas de mi razón, de mi corazón y de mi alma.

— Siendo así, está decidido el viaje á los baños, porque sabemos la influencia que sobre mi marido tiene usted, — dijo con aparente calma Bibiana.—Si no le sentasen bien, yo me lavo las manos.

—Es que yo no respondo de la cura,—dijo exasperado el facultativo;—de lo que sí respondo, señora, es de que si hace el General el proyectado viaje á Madrid, si llegase en vida, será para perderla á los pocos días.

Forzoso es, en vista de la oposición que hace usted á mi dictamen, que hable con esta claridad, que poco conmoverá al General, porque es un valiente.

—¡Padre! ¿se opondrá usted aún? —exclamó Luciano, estrechando con vehemente súplica la demacrada mano del General entre las suyas.

—No, hijo mío, no,—repuso el General:—la propia conservación es el deber del cristiano. Iré á los baños, estaré un mes. Tú, Bibiana, partirás para Madrid; me disculparás con la autoridad y con mis amigos, y cuidarás de establecerte convenientemente y á tu gusto, para que cuando, mediante Dios, vuelva á tu lado, te halle ya sosegada y fuera de todos los embarazos de la instalación.

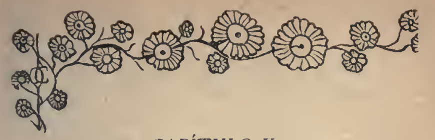
—Pero ¿quién te acompañará á los baños? —dijo con dulcificada voz Bibiana.

—Juan, mi asistente, que está hecho á mis mañas.

— Le acompañaré yo, señor, — exclamó Luciano.

—¿Tú, hijo?—preguntó enternecido el General.

—Sí, yo, vuestro hijo; que un hijo no desampara á un padre,—respondió Luciano.



CAPÍTULO X

QUINCE días después hallábase instalada Bibiana en el lucido estrado de la casa que había tomado y montado con todo lujo en Madrid.

El lujo, cual la luz á las mariposas, había atraído allí á un crecido círculo de gentes ociosas; y el buen recuerdo del General, que tenía muchos amigos, había reunido al rededor de su mujer militares de graduación y de categoría, por lo cual Bibiana vió con indecible satisfacción á su tertulia mencionada en las gacetillas de los periódicos.

Estaba intrigando y esperaba conseguir el ser convidada á un banquete que debía darse en Palacio; así, pues, había llegado esta mujer al apogeo de su constante afán de figurar y de su anhelo por la pompa vana.

En la embriaguez que le causaban sus satisfacciones y sus lauros, leía con distracción las cartas que recibía de su marido, y con impaciencia las postdatas que solía añadir Luciano, al que encargaba el General que cerrase las cartas. En ellas le decía que el

estado del General empeoraba por días, y que éste, sólo por lo sufrido que era y por no alarmarla, se lo ocultaba en sus cartas.

—Quiere asustarme,—pensaba Bibiana;—estará aburrido, y querrá venirse y que le releve yo; pero se engaña: él que con tanta bambolla de cariño se ofreció á acompañarle, que cumpla lo ofrecido.

Entretanto, veía Luciano con dolor que los baños, que meses antes hubieran podido restablecer al General, ya no alcanzaban á salvarle. Inseparable del paciente, ponía en juego, en lo material, todos los recursos de su entendimiento, y en lo moral, todos los de su corazón, para endulzar al notable y excelente anciano los últimos días de su vida.

Mucho sufría Luciano, porque, triste es decirlo, pero ello era que la postración de las fuerzas físicas había traído consigo, á pesar de la varonil serenidad del General, un gran decaimiento de ánimo. Una profunda melancolía al presentir la muerte se había apoderado de aquel que tantas veces la había mirado cara á cara sin pestañear; y lo que más contribuía á aumentarla era la ausencia de aquella compañera á la que Dios dió por misión ocupar con el Angel de la guarda la cabecera del compañero moribundo.

La cercanía de la muerte estrecha los lazos de nuestras afecciones, esperando quizá por

ambas partes que no se atreverá la cruel á desatarlos. ¡Vana ilusión!... ¡Lugar á los venideros!—dice la implacable aposentadora: —á vos la mansión eterna y sin límites, en la que hay sitio para todos.

—¿Vendrá?—decía una noche que, más postrado que otras, se hallaba el General.

Luciano, que desde luego comprendió que una vez lanzada en las grandezas y honores aquella mujer de corazón vano y seco no vendría, contestó:

—Señor: como siempre le escribe usted que sigue sin novedad, es de creer que no piense en hacer este penoso viaje, y que le aguarde allí.

—Verdad es que no he querido alarmar su cariño; pero me siento hoy muy grave, y tanto, que no me es posible escribirle; hazlo tú en mi nombre, hijo mío, y dile que antes de morir quiero verla.

Luciano quiso contestar, pero no pudo, porque las lágrimas ahogaron su voz, y se levantó para cumplir los deseos del General.

Pasaron algunos días sin que llegase respuesta de Bibiana.

Una tarde le dijo el médico al General:

—Tiene usted una buena esposa, señor: hoy he recibido una carta suya, en la que, llena de interés y de cuidado, me pregunta por el estado en que usted se halla, queriendo,

si no hubiese mejoría, trasladarse á su lado. Por lo visto, le ha ocultado usted que, desgraciadamente, estas aguas no han surtido el deseado efecto.

—No he querido darle esa pena,—contestó el excelente hombre.

—Luciano,—dijo el General cuando el facultativo se hubo ido,—toma este reloj, que fué de tu padre y que me legó á su muerte. Él ha señalado una por una muchas de las horas de nuestra vida, y entre estas horas no hay una cuyo recuerdo haya podido despertar un remordimiento ni hacer sonrojar nuestra serena frente. Sean las horas de tu vida que señale de aquí en adelante como las anteriores, puras, honradas y felices; y cuando hagas la elección de la compañera de tu vida, deja á la aguja dar muchas vueltas antes de fijarla.

—Por fin conoce usted...—exclamó involuntariamente Luciano.

—Que eres el mejor de los amigos y el más tierno de los hijos,—le interrumpió el General;—por lo cual te dejo mi último y secreto encargo.

—Diga usted, señor,—exclamó Luciano.

—¡Dile que la perdono!... Y ahora, hijo mío, manda llamar al padre cura.

—¡Señor!...—repuso consternado Luciano.

—Compláceme, hijo. Las disposiciones religiosas no apresuran la muerte y tranquilizan el espíritu.

Algunos días después de esta escena estaba Bibiana enajenada de placer y radiante de orgullo satisfecho.

Había sido convidada al banquete regio.

Ostentando un traje magnífico, aunque, según su costumbre, serio, estaba delante de su tocador colocándose las últimas joyas de su rico joyero, cuando le fué entregada una carta.

—No me puedo detener á leerla,—dijo contrariada.—La marquesa de F., con la que voy á palacio, me está aguardando.

—Es que viene de Aguas-Calientes,—repuso la doncella.

—¡Cómo! Si no es la hora de la llegada del correo.

—La trae un propio.

Bibiana se detuvo y quedó un momento pensativa.

—Alguna nueva alarma de Luciano,—pensó;—pero sea lo que fuere... ¿qué puedo yo hacer á esta hora? Nada. Si acaso contiene la carta alguna cosa grave, lo que no creo, que necesitase tomar disposiciones, sean de la clase que sean, hasta mañana nada se podría hacer; un instante después que hubiese llegado, me habría encontrado fuera.

de casa. ¿Qué hago con leerla? Dado caso que traiga alguna mala noticia, que pida alguna consulta ó algún medicamento nada se podría hacer á estas horas. Leerla sería, pues, proporcionarme inútilmente una mala noche que me impidiese corresponder á la honra que me ha hecho la Reina.

Bibiana guardó la carta sin leerla, se puso su abrigo, y partió.

Cuando entró á la madrugada siguiente, abrió la carta y la leyó.

Era la respuesta del cirujano, que Luciano enviaba con un propio, añadiendo dos renglones, en que le decía que su marido iba á ser administrado.

Al leer esta carta, Bibiana sintió uno de esos terribles sacudimientos con que á veces se ablandan los corazones más empedernidos; porque el sentimiento del deber, sofocado, desoído, menospreciado, combatido y al parecer vencido por los sofismas del amor propio, existe en todo aquel que haya oído la palabra de Dios, ó siquiera haya sentido la influencia de la cultura moral.

—¡Morir! ¡Morir!... ¡Jesús! — repitió con creciente angustia. — ¡Morir! ¡Yo ausente! ¡Qué se dirá!!

Bibiana mandó apresuradamente por una silla de postas. Escribió á un façultativo de fama para que la acompañase; se vistió, lo

arregló todo con admirable tino y precisión, de manera que pocas horas después todo estaba pronto y ella lista para partir... cuando, al dirigirse á la puerta para verificarlo, abrióse ésta de repente, y en ella se presentó Luciano.

—Es tarde, señora,—dijo con voz solemne.

—¿Tarde? ¡Cómo!... ¿Y Campos?

—Ya no la aguarda.

—¡Es decir, que ha muerto!!

—Como se lo previne.

—Llegó tarde la carta.

—¿Y las anteriores?

—¡Dios mío! ¡No le creí!

—Como yo nunca he creído á usted.

—¿Viene usted á insultarme?

—No, señora; vengo á entregarla esta llave.

—¿Qué llave?

— Con esta llave encerré en su féretro, después de haberle cerrado los ojos, al abandonado esposo, al desatendido compañero.

Bibiana cayó sobre un sofá, convulsa y deshecha en lágrimas.

—¡Sabe usted llorar! ¡sabe usted llorar!— dijo con amarga ironía Luciano. — Preciso era que de la tumba se alzase el remordimiento, cual la vara de Moisés, para hacer brotar fuentes de las rocas.

—Advierta usted,—repuso Bibiana, levantándose erguida, — que me ha visto atribu-

lada, pero no arrepentida. ¿De qué pudiera yo estarlo?

— De haber merecido el perdón que la traigo; ese último suspiro de aquel que no quiso creerme cuando en su día le dijo: «Creo que nadie, pero menos que nadie usted, puede hallar la felicidad unido á una persona fría, orgullosa y egoísta.» Ahora, señora, — añadió con amargo desdén Luciano, — cúbrase con su luto, ostente sus tocas de viuda; no se las vuelva á quitar; persuada al mundo que es usted la perfecta viuda, como le persuadió de que era la perfecta casada, engañándole con su dolor como le ha engañado usted con su cariño.

—Ahora, como antes, apareceré y me tendrá el mundo por lo que he sido y soy,—repuso Bibiana, disimulando con un aire altanero su furor y su humillación.

—A veces,—replicó Luciano,—se asientan los juicios del mundo, y aun descansa nuestra propia percepción sobre un colchón de viento, cuyo vacío asombraría al que llegase á palparlo.

— No turbará la constante é incalificable malignidad de usted mi conciencia, — dijo Bibiana con altivez.

—No lo dudo,—contestó alejándose Luciano;—¡cuando el egoísmo paraliza el corazón... la conciencia está inerte!



EPÍLOGO

La casa de la viuda del general Campos se reputaba como el santuario de la austeridad digna, ejemplar y piadosa; como el santuario de los recuerdos y la mansión del luto eternal. El orgullo puede tomar todas las formas, y hasta fingir los bellos sentimientos del corazón para obtener el lauro que éstos alcanzan.

En la sala de la viuda se ostentaba un magnífico retrato de cuerpo entero del General, de gran uniforme, en un suntuoso marco. Sobre la chimenea, en un cajón de terciopelo cubierto con un fanal, estaba su espada. Sobre el sofá estaba colgado un hermoso cuadro, en el que se representaba el cementerio de Aguas-Calientes, y en él el suntuoso mausoleo de mármol levantado allí por la Semíramis, que en no interrumpido luto presidía la grave reunión de personas que simpatizaban, las unas con sus recuerdos, las otras con sus virtudes, otras con su gravedad.

Un día que salía de aquella casa el tío de Luciano, que hemos mencionado en otra ocasión, encontró á su sobrino, y le dijo:

—Luciano: ¿sabes que, á pesar de aquel disonante y ridículo *mi* y de aquellas recalcadas celebraciones que tanto me chocaban antes, me he convencido de los nobles sentimientos de la generala Campos, así como del profundísimo cariño que tuvo á su excelente marido?

El interpelado no contestó.

—Me parece, Luciano,—añadió su tío con alguna extrañeza,—que hay poca consecuencia de tu parte en el extraordinario cariño que tuviste á Campos y en el ostensible desvío que tienes á su mujer.

Luciano abrió los labios para contestar; pero se retuvo y permaneció callado.

—No hallo,—prosiguió el tío,—razón alguna que motive ó disculpe esta inconsecuencia, que llama mucho la atención. No podrás negar lo que es notorio y está á la vista de todos, esto es, que la Generala es un dechado de virtudes y de méritos.

—Hay virtudes que sólo tienen de tales la corteza, esto es, lo exterior,—repuso Luciano.

—Hijo: esa es una sutileza que no alcanzo, aplicada á una mujer como Bibiana, que es austera...

—Sin virtud, — repuso impaciente Luciano.

—Devota...

—Sin religiosidad.

—Limosnera...

—Sin caridad.

—Dadivosa...

—Sin generosidad.

—Perfecta viuda.

—Sin haber sido buena casada.

—De manera que la Generala es á tus ojos un ente anómalo, un tipo nuevo,—dijo sonriendo su tío.

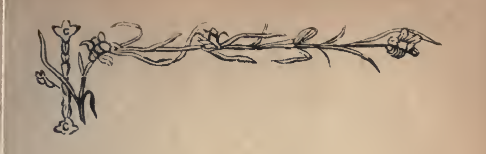
—No, señor; es muy antiguo.

—¿Y cómo lo denominas?

—La Farisea, señor,—contestó Luciano.



VULGARIDAD Y NOBLEZA



DEDICATORIA

El Autor suplica al afamado y erudito Barón Wolf, tan admirable y respetado en su sabia patria como en todos los países cultos, y el que con tanta benevolencia ha juzgado y dado á conocer el primero en Alemania sus sencillos escritos, que le permita dedicarle este Cuadro, en muestra de una gratitud que quisiera y no sabe demostrar de una manera más expresiva y digna

FERNÁN CABALLERO.



PRÓLOGO

No son los extranjeros (que eso nada de extraño tendría), son los españoles los que nos hacen un cargo de pintar las cosas de nuestro país sólo por su lado favorable.

Es muy cierto, y todo el mundo sabe, que en España, como en todas partes, hay gentes y cosas malas; nunca hemos pensado en negarlo ni en hacer de España una Arcadia, y esto lo prueba los muchos tipos malos que, si bien no en primer término, se encuentran en nuestras novelas y cuadros de costumbres, como necesarias sombras en la composición. Lo que sí no hemos querido es tomarnos la ingrata, poco interesante y menos útil tarea de poner en primer término los tipos malos y de dar publicidad á las cosas que lo son. Lo hemos dicho ya en otras ocasiones: la crítica y la pintura de lo malo, que rebaja al hombre, es un correctivo ineficaz al mal; el elogio ó la pintura de lo bueno, que lo enaltece, es el más dulce de los

estímulos al bien. Otros críticos poco benévolos dicen que inventamos lo que damos por cosas ciertas. Agradecemos el favor grande que con esta censura se hace á nuestro ingenio, pero sin admitirlo: lo uno, porque tenemos en mucho más el ser verídicos que ingeniosos, y en más alta estima el que se nos *crea* que el que se nos *admire*, y lo otro, que es cosa de harta más importancia el que se tenga dentro y fuera de España un exacto conocimiento de la índole, del carácter, de las costumbres y hasta del modo de expresarse de nuestro pueblo meridional, que puede serlo el que un escritor de nuestra insignificancia esté ó no esté dotado de ingenio. Téngase en cuenta que rebuscamos los granos de la buena semilla en un campo que se está cegando, y déjesenos conservarla en estas hojas, puesto que estatuas, monedas y otros efectos de pasadas épocas se suelen extraer de excavaciones, pero no así las cosas de la esfera intelectual, que son sentimientos que se entierran para siempre con los corazones que los abrigaron, palabras que se pierden en el aire en que se pronunciaron, y usos que pasan sin dejar rastro. Es de advertir, que si diésemos al público como fruto de nuestra inventiva los cuadros de costumbres que trazamos, se nos echaría en cara con la misma hostilidad que dábamos por

nuestro lo que no lo era, y entonces la crítica tendría razón.

El sencillo argumento del presente cuadro, del que puede decirse que se encierra todo en la última frase de la mendiga, lleva consigo su auténtica en la imposibilidad que hay de que tal frase se invente; semejante energía, laconismo y profundo sentido en la locución no los halla sino el noble corazón de una madre del pueblo español. Las gentes cultas comprendemos lo sublime y solemos ahogarlo en las flores de la retórica; el pueblo católico español, sin comprenderlo, lo realiza á veces, y lo presenta en toda su verdad y sencillez, como lo hace la Biblia.

Se nos vitupera igualmente nuestro patriotismo por aquellos que, llenos del espíritu cosmopolita moderno, clasifican el amor á la patria de necia preocupación de los siglos bárbaros; y adviértase que así lo hacen cuando se trata del que nos apega al país que nos vió nacer, á su carácter, á sus costumbres, á sus tradiciones, á sus creencias, á sus instituciones, al respeto y cariño á la enseñanza de nuestros mayores; pero cuando la palabra patriotismo se escribe en la bandera enarbolada por los que quieren destruir todo esto, entonces es á sus ojos sublime, santo, padre de héroes, y apuran para aplicárselas las calificaciones más retumbantes. Enton-

ces existe.—No; entonces se profana su nombre.

Dice el pueblo que para todo se necesita entendimiento, hasta para barrer; y nosotros decimos que para todo se necesita justicia, pero sobre todo para la crítica, so pena que ésta produzca el efecto contrario al que se propone el que la ejerce.

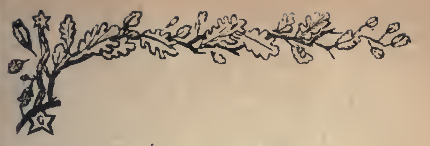
Nada que argüir tenemos á aquellos á quienes nuestros cuadros no gustan, no sólo porque en materia de gusto no cabe discusión, sino porque participamos de su opinión, ya que no en cuanto á los argumentos (que son todos, en parte ó por entero, ciertos y muy buenos), pero sí en el modo de presentarlos, que es inhábil y defectuoso, y que pocas veces nos deja satisfechos. Pero ya que no hay cajas de plata en que conservar cosas tan bellas, consérvense aunque sea en cajas de peltre.

En este como en los más de nuestros cuadros, el argumento es cosa sencilla y poco complicada, por lo que carece de ese movimiento, de esas intrigas, de esas pasiones, que son, en particular en Francia, la esencia de la novela; por eso hemos tenido cuidado de no denominar á estas composiciones *novelas*, sino *cuadros*, para que todo aquel á quien no agrade el estudio de las costumbres, del carácter, de las ideas y del modo de ex-

presarlas de nuestro pueblo, no las lea.—El que quiera brillantez, movimiento, bien urdidas intrigas, pasiones y arte, búsquelo donde lo halle, y no se venga á sentar al sol de Dios con nosotros.

Réstanos el dar las gracias á las simpáticas y benévolas personas que con tanta indulgencia han acogido nuestros escritos, empezando por los dignos y sabios sacerdotes, y á los distinguidos literatos españoles y extranjeros que se han servido darnos su aprobación inapreciable, la que, como los rayos del sol al arbusto, á quien vigorizan y hacen producir nuevas ramas, nos han alentado tiempo ha con su benevolencia á seguir publicando nuestros escritos.





CAPÍTULO PRIMERO

El cuerpo lo viste el oro,
pero el alma la nobleza.

CALDERÓN.

DESPUÉS de haber atravesado Córdoba, ve el Guadalquivir al camino de hierro acercársele y saltarle por encima de su afanosa carrera de trajinero, y sin cuidarse de él, prosigue en su pausado andar de caballero, dejándose llevar de las inclinaciones del terreno como el que pasea, y llegando con esa majestad de todo lo que es grande y tranquilo á la Vega de Sevilla.

A la izquierda, y como prólogo de su historia, que cuenta Sevilla con sus monumentos, encuentra el río al magnífico convento de San Jerónimo, que, abandonado y faltó del cuidado que le prestaban sus monjes, se desmorona como un cuerpo en que ya no late el corazón; y más abajo, á la derecha, halla á la Cartuja metida entre sus naranjos, como si, no habiéndole bastado la soledad y el silencio, hubiese buscado la sombra. Baña

después los robustos pies del hermoso puente de piedra y hierro que lo vadea, se acerca á las Delicias, cuyos frondosos árboles refleja en sus aguas como una dulce impresión que recibe, é inclinándose á la derecha, camina entre mimbrales hacia San Juan de Alfarache, sentado al pie de la vertiente de un monte, que unido á otros, forma un grandioso vallado al llano de Triana.

Vestidas las vertientes de aquéllos de apiñados olivares, como los merinos de su crespo y espeso vellón, ostentan sus cimas blancos pueblecitos, como si intentasen estos pigmeos imitar á las nevadas cumbres de los Alpes.

Entre Tomares y Castilleja de Guzmán se halla el más considerable de estos pueblecitos, Castilleja de la Cuesta, á quien atraviesa el camino que conduce á Aljarafe, esa comarca tan fértil, tan hermosa y tan rica en viñedos.

Es ocasión de anotar aquí, ya que en Castilleja de la Cuesta nos encontramos, que el *Pedro Jiménez*, ese vino que es hoy día el de más precio que crían las afamadas viñas de Jerez, fué trasplantado á ellas de Castilleja, donde primero fué aclimatada la vid que lo da por un vecino del mismo pueblo llamado Pedro Jiménez, soldado de los tercios de Flandes, y que, hombre industrioso, se hizo

á su regreso de sarmientos de las viñas del Rhin, las cuales, perdiendo en este suelo y bajo este sol el sabor acidulado de su mosto, lo trocaron en el pastoso y dulce del vino generoso que hoy se conoce con el nombre de su introductor en nuestro país.

Tampoco olvidemos que en este pueblo murió Hernán Cortés, y que la casa en que tan insigne y esforzado varón dió su último suspiro, ha sido comprada y restaurada por los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier, con ese atinado buen gusto y ese celo por los recuerdos gloriosos y religiosos del país, que hacen de los augustos Señores los ángeles reparadores de las santas históricas ruinas.

Si hubiese en nuestra triste y revuelta época más amor á la verdadera patria, habría más gratitud hacia los que la enaltecieron en sus pasadas grandezas, y ya se habrían levantado estatuas á príncipes tan admirables en todos conceptos. Pero el tiempo venidero se encarga siempre de pagar con creces las deudas que el presente no salda por completo.

Desde Castilleja empieza la mencionada comarca del Aljarafe, llamada por los romanos los *Jardines de Hércules*. Cubren este gran distrito muchos pueblecitos, que deben con preferencia su bienestar al cultivo de la

viña. La inmensa cantidad de uva, y la no menos considerable de mosto que suministran á Sevilla, son origen de su modesta prosperidad.

Años atrás, no obstante, y cuando se hallaba España en la postración y abandono que fué natural consecuencia de la heroica guerra de la Independencia, en que la nación entera, cual aquellos grandes y nobles caballeros que iban á la guerra santa, todo lo abandonó para defender su independencia y probó venciendo

> Que en tocando á Dios y al Rey,
> á nuestras casas y hogares,
> todos somos militares
> y formamos una grey (1).

Años atrás, decimos, aquellas fincas rurales, como todas las demás, estaban abandonadas, destruídos sus edificios, perdidos sus plantíos, y habían caído por improductivas en gran menosprecio. Sus dueños, arruinados como ellas, no se hallaban en disposición por entonces de hacer los costosos adelantos de reparación que plantíos y edificios necesi-

---

(1) La hermosa décima que con esas palabras concluye, inclusa en nuestra novela *Elía*, ha sido traducida con la novela al francés, y lo ha sido también admirablemente al alemán, y publicada en Viena por el señor Barón de Wolf.

taban, y que, según la expresión del país, *pedían* aquéllos, pues la tierra de Dios es tan agradecida y propicia, que sólo pide al hombre que la labre y cultive á sus hijas las plantas para cumplir la misión que de Dios recibiera de colmarlo de sus dones.

En esa época, pues lo que vamos á referir es de fecha atrasada, vendíanse las fincas arruinadas en bajo precio, y un sujeto de clase humilde, pero que había adquirido en América un bonito capital, con el que regresó á la Península, escogió á Sevilla para su residencia, y determinó hacerse allí propietario. Entre las fincas que le fueron propuestas, lo fué una hacienda de viña en un pueblo del Aljarafe, la que determinó ir á ver con el corredor que le había propuesto su compra.



CAPÍTULO II

Hallábase esta hacienda de viña á la entrada de un lugar, y como ya hemos observado, gracias á la solidez de su fábrica, manteníase en pie en su lucha con el tiempo, como un gladiador que no se rindiese, doblase ni cayese sino para morir.

Veíanse en sus erguidos muros las arrugas que imprime la vejez y el color mustio que dan los temporales á los edificios, como se lo dan á los rostros de los hombres que viven de continuo á la intemperie.

La grandiosa portada se alzaba tan derecha, entera y altiva, cual si quisiera ocultar á las miradas de los transeuntes el abandono y ruina que tenía á sus espaldas; pero la puerta, desvencijada y rajados sus tablones, las ponía bien á pesar suyo á la vista de todos.

Sobre la puerta de la portada había practicado un nicho, en el que, detrás de un enrejado de alambre, se veía una pequeña imagen de bulto de la Virgen, de cuya advocación, que era la de la Paz, tomaba la hacienda su nombre.

El cuerpo alto de la casa estaba inhabitable á causa de las muchas goteras, así como el lagar y las vacías bodegas anejas á la casa, que parecían tener cribas por techumbre.

En los bajos vivía con su numerosa prole el hijo del que había sido capataz de la viña cuando se labraba, el que, aunque no recibía salario, seguía guardando el edificio por la ventaja de vivir casa sin tener que pagarla.

Las tapias, que como guardianas rodeaban á los corrales, confiadas en que nada había que guardar en aquel edificio abandonado, por complacer á sus amigos los lagartos, habían abierto grietas que les sirviesen de albergue, las que habían aprovechado también las preciosas plantas parásitas para extenderse y florecer á sus anchas, formando sobre las tapias pabellones y colgaduras, que imitan en sus ornatos los tapiceros, pero nunca con tanta gracia.

En los corralones habían crecido á su amor las higueras silvestres, las zarzas, los solanos, las adelfas, el lentisco y otras hijas naturales de la tierra, que formaban un rústico verjel para recreo de los pájaros cantadores, de las gallinas busca-vidas y de unos tímidos y silenciosos conejos caseros, que llevaban todos allí una vida de príncipes.

A espalda de la casa, la parra, que había perdido los sostenes del emparrado, se había agarrado á los hierros de una ventana para trepar, sin miedo de la podadera, como una volatinera al tejado, mientras dejaba colgar, como lo hace el sauce, otra de sus ramas, en las que bailaban las ligeras pespitas, sirviéndoles sus colas de balancín; daba con sus ramas menores sombra á los nidos de golondrinas, que, agradecidas, le contaban con su gran verbosidad maravillas de lejanas tierras. Las malvas crecían por todas partes, ofreciendo sus buenos y suaves servicios como hermanas de la Caridad.

Las amapolas, á quienes preguntaba el viento si lo querían, respondían moviendo sus ruborizadas cabezas, que no, que no.

Los gorriones se peleaban sin reparo y con insolentes pitidos delante de los comedidos y finos palomos, que huían al tejado escandalizados. Los conejitos formaban círculo, como convidados á un festín, alrededor de los desperdicios de la verdura de la olla, que les había tirado la casera. Las gallinas se apresuraban á acudir al llamamiento del gallo, que había encontrado una mina en las barreduras de la cuadra.

Entre las matas pastaba silenciosa y grave una burra blanca, que era la decana de aquella colonia, sin cuidarse de las carreras

y saltos con que gozaba á su lado su precioso ruchillo del brevísimo ocio concedido á la miserable existencia de este tan inofensivo, manso, paciente cuanto infeliz animal.

Una porción de niños, que venían á unirse á los del casero, reían, jugaban y cantaban sin freno y á su albedrío, como crecían allí las plantas, sin estorbar y sin ser estorbadas por nadie.

Formaba, pues, todo lo referido el más completo desorden, mas no el desorden que constituye en la vida ordinaria un vicio que, como la polilla, es muy pequeño, pero que así en las cabañas como en los palacios causa grandes estragos, que en los negocios es la ruina y en las ideas el enemigo de la lógica y del buen sentido, sino aquel que en la naturaleza es un encanto más, como es en los niños una gracia más su misma torpeza y confusión de ideas.

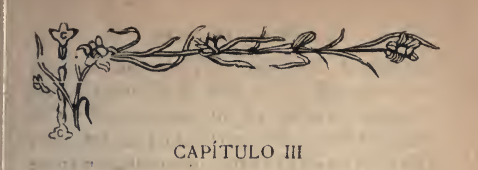
Pero el más bello comensal de aquel lugar era un grandioso moral. Aquel árbol magnífico, encumbrado como un rey, elevado y majestuoso como un patriarca, rico, pródigo, lozano y airoso como un joven caballero, digno y firme como un anciano hidalgo, se hallaba situado al lado de un pozo, cuyo brocal había caído por tierra. Formaba así caído un lecho para solaz de la hiedra, cuyas ramas habían trepado por el tronco

del moral hasta enlazarse con las suyas, formando una espesa Selva Negra para ocultar los nidos de los pájaros.

El casero y su familia formaban en medio de esto una pacífica colmena; así es que, el que veía medrar á la colonia, á la colmena y al verjel en aquella perdida y desatendida hacienda, podía convencerse de que Dios y la naturaleza no conocen lo que el hombre débil, inconstante, cruel é inexorable ha creado, y nombra... ABANDONO.







CAPÍTULO III

DELANTE de la puerta de la cocina, que era la que daba al descrito corral, hallábase una mañana sentada al sol Cipriana, la mujer del casero. Tenía colocado sobre su cabeza, para preservarla del contacto inmediato de los rayos del sol, un pañuelo doblado en cuatro dobleces cuadrados, de manera que caía uno de sus picos hacia delante como una visera. Estaba ocupada en remendar una camisa de mujer que había lavado, y que era un conjunto de remiendos de telas blancas de varios gruesos y géneros.

Desde el moral á una de las rejas de la casa se extendía un tendedero, del cual colgaban pañales, fajas y camisitas, á quienes el sol acababa de dar un blanco esplendente. Una gallina cacareaba dando parte que había dado á luz con toda felicidad un robusto huevo, mientras las demás se solazaban al sol. Las abejas, y su parodia las avispas, zumbaban por el aire como diminutas zambombas. Un suave viento poniente vivificaba aquella tranquila naturaleza, ya meciendo

suavemente los pañales y camisitas, como en su cuna mecía su madre al pequeño dueño de estas prendas; ya introduciéndose en la copa del moral y despertando á las dormidas hojas que de esta libertad murmuraban entre sí; ya entrándose á aullar por una encrucijada para asustar á los niños; ya obligando á las erguidas adelfas á bajarle sus bellas cabezas en un cortés saludo; ya subiendo quedito á la torre del lagar para coger descuidado y por detrás al gallo puesto allí de veleta, lo que nunca había podido conseguir, y después, como veleidoso, queriendo ausentarse, ir para despedida á besar la frente de los niños, arrebatar su fragancia á una mata de reseda nacida en la vieja y recta pared, como una sonrisa en el rostro de un austero anacoreta, trayéndosela para su solaz á Cipriana, y murmurando suave y consoladoramente al oído de una pobre anciana, que á la sazón entraba agobiada: «*La vida y las penas son un soplo como yo*,» y acabar por remontarse á altas regiones á buscar celajes diáfanos y nubecillas transparentes para trastornarlos á su fantasía.

Un grupo de niños había sentado sus reales debajo del potente moral, y uno de ellos, como de tres años, estaba tendido á la larga, sirviéndole como de almohada un perro, acostado como él en el suelo.

— Juaniquillo, — le dijo su hermana, que tenía cinco años,—no te eches sobre Cubilón, que te va á dar pulgas.

—¡Qué había de dar!—opinó un mozo de siete años;—se llevará las que tenga, que las pulgas están más á gusto con los perros, que no se meten con ellas, que no con las gentes, que las cogen y las matan.

—¿Sabes tú, Purita, que el coco y la pulga se quieren casar?

—¿Quién te lo ha *decío*?

—La gente. Pero es el caso que

La pulga y el coco
se quieren casar,
y no se han casado
por falta de pan.

Salió una hormiga
de su hormigal:
«Hágase la boda,
que yo pongo el pan.»

Albricias, albricias,
que ya pan tenemos;
ahora la carne,
¿dónde la hallaremos?

Asomóse un lobo
por aquellos cerros:
«Hágase la boda,
yo pongo un carnero.»

Albricias, albricias,
ya carne tenemos;
ahora la berza,
¿dónde la hallaremos?

Saltó un cigarrón
de entre aquellas huertas:
«Hágase la boda,
yo pongo la berza.»

Albricias, albricias,
ya berza tenemos;
pero ahora el vino,
¿dónde le hallaremos?

Salióse un mosquito
de un calabacino:
«Hágase la boda,
que yo pongo el vino.»

Albricias, albricias,
que vino tenemos;
ahora la cama,
¿dónde la hallaremos?

Acudió un erizo
tendiendo sus lanas:
«Hágase la boda,
yo pongo la cama.»

Albricias, albricias,
que cama tenemos;
por falta de cura
no nos casaremos.

Se asomó un lagarto
por una hendidura:
«Hágase la boda,
que yo seré el cura.»

Albricias, albricias,
que cura tenemos;
ahora el padrino,
¿dónde lo hallaremos?

Salió un ratoncito
de un montón de trigo:
«Hágase la boda,
yo seré el padrino.»

Albricias, albricias,
padrino tenemos;
ahora la madrina,
¿dónde la hallaremos?

Salió una gatita
de aquella cocina:
«Hágase la boda
yo soy la madrina.»

En mitad la boda
se armó un desaliño;
saltó la madrina,
y se comió al padrino.

Mientras Pura escuchaba con la boca abierta la relación de la boda de la pulga y el coco, había entrado en el corral una anciana, que era de tan pobre traza y humilde aspecto, que, sin hablar, pedía elocuentemente socorro.

—Ahí está,—dijo Pura,—la tía Ana Panduro. Joselillo: bien podías darle el cuarto que te ha dado tu madrina.

—Conque estoy juntando desde ayer para mercar un trompo, y no he *juntao naa*,—respondió su hermano,—¡y le iría á dar mi cuarto! Caramba contigo, ¡y qué dadivosa eres con lo que no es tuyo!...

—Y de lo mío lo propio; y para que lo sepas, roñoso, le voy á dar el huevo que me puso mi gallina.

Y esto diciendo, encaminóse la niña hacia la pobre vieja llevando su huevo en la mano, tan radiante y ufana cual si llevase á la Reina un estandarte ganado en Tetuán.

Entretanto decía Cipriana á la recién venida:

—Siéntese usted, tía Ana, que ya le estoy acabando de remendar la camisa que la he lavado, y le sacaré en rematando unas habitas de un guiso que tengo puesto.

—Dios te lo pague,—contestó la mendiga.—¡Ay, hija mía! Si no fuese por las buenas almas, ¿qué sería de tantos pobres que como yo ni lo tienen ni lo pueden ganar?

—Por eso mismo manda Dios que nos socorramos los unos á los otros, y nos miremos como hermanos.

—¡Las penas me están crucificando sin acabarme de matar, Cipriana! ¡No hallo descanso ni de día ni de noche, pues los dolores del cuerpo y las penas del alma á la par me acosan!

—Señora,—contestó Cipriana,—ya sabe usted que el camino del cielo es cuesta arriba y muy penoso y cansado, y el del infierno es cuesta abajo, muy gustoso y ligero de andar. Así vamos caminando con valor cuesta arri-

ba, que mientras más agria, empinada y penosa de subir sea la cuesta, más pronto y seguro se llega.

En este instante, como las puertas estaban enfiladas y abiertas, vieron pararse ante la portada una calesa, de la que bajaron dos señores, al propio tiempo que lo hacía de su caballo un hombre que los acompañaba, y que llamó á Joselillo para que llevase aquél á la cuadra.

—¿Qué es esto?—preguntó la anciana.

—Pascual, que ha ido á Sevilla,—contestó Cipriana,—porque el encargado de los herederos del difunto Marqués lo mandó llamar para que viniese con ese señor y le enseñase la posesión; por lo visto la quiere comprar.

—Mujer: me alegraría que la comprase,—repuso la anciana,—para que tome á Pascual de capataz, como corresponde á éste y conviene al comprador.

De los dos que se habían apeado de la calesa el uno era un corredor y el otro un sujeto, ni bajo ni alto, ni grueso ni flaco, ni viejo ni mozo, y que venía vestido de pies á cabeza de una tela gris, habiendo atendido en la forma y tela de su traje antes á la comodidad que á la moda.

Este sujeto, cuya fisonomía y modales no eran, ni altaneros ni amables, ni vivos ni

parados, empezó sin detenerse á inspeccionarlo todo con no interrumpida atención, sin que demostrasen ni su rostro ni sus palabras la impresión que le causaban las cosas que examinaba, sin celebrar la grande extensión y solidez del edificio, y sin que su deterioro y abandono le diesen pábulo á menospreciarlo.

Por la tarde, después de haber ido á ver la viña y tierras pertenecientes á la hacienda, y habiendo descansado el caballo de la calesa, de seguida emprendieron los dos viajeros su regreso, sin más saludo al casero y su familia que una ligera y silenciosa inclinación de cabeza.

—Oye, Pascual,—dijo Cipriana á su marido cuando se hubo alejado la calesa. —¿Quién es ese caballero?

—No es un *caballero*, es un *rico*,—respondió el marido.

—Ya me lo quiso á mí parecer,—repuso la mujer,—pues no tiene ni pizca de crianza. ¡Ni dijo al entrar: Dios guarde á usted, ni al salir: quédese usted con Dios! ¿Es de Sevilla?

—No. Es un indiano, que dicen que trae de por allá más onzas que arenitas tiene el mar.

—Quiéreme parecer, Pascual, que ese hombre ha estado por allá avecindado con los

indios bravos. Apostaría una peseta contra dos cuartos á que ese señor, con la cara parada como Juanillo el tonto, que vió aquí la pobre tía Ana, que es la estampa de la miseria, que está que parece que va caminando por sus pies al cementerio, y que siendo tan rico no le dió una limosna, tiene el alma de corcho. ¡No permita Dios que compre la hacienda!

—Calla, Cipriana, que ustedes las mujeres son más súbitas en sus juicios que un arcabuz, y parece que tienen en la boca un nido de avispas. Acuérdate siempre, mujer, antes de sacar la tijereta, que... de buenos es honrar.





CAPÍTULO IV

Al querer empezar la no interesante biografía del sujeto que venía en la calesa (y cuyo nombre era don Anacleto Ripio) por indicar el pueblo de su nacimiento, tenemos que confesar que no hemos podido averiguar cuál fuese; baste saber que había nacido en una provincia del norte de España, y que un maestro de escuela, hermano de su madre, á costa de mucho tiempo y trabajo, le había enseñado á escribir mal, á leer pésimamente, y á contar muy bien, por tener una aptitud grande para ello. Niño aún, embarcóle su padre para América, en donde fué colocado por un paisano suyo, á quien iba recomendado, detrás de un mostrador, donde permaneció más de veinte años vendiendo efectos navales, tiznado de brea y llevando cuentas; después de lo cual, consumado en éstas y con nota de trabajador y honrado, salió de la casa con un pequeño capital á practicar sus cálculos en propio provecho. Hízolo, aunque siempre sobre seguro, á las mil maravillas, contes-

tando á los que le reconvenían sobre su pusilanimidad en negocios, que la gala del nadador era guardar la ropa.

Colocóse, en consecuencia de su asiduo trabajo, prudentes y atinados cálculos, en la honrosa categoría de los hombres *independientes,* es decir, independientes, no en la esfera de las *ideas*, sino de la *realidad;* no de los hombres no asalariados por el Gobierno, categoría que tanto estima y anhela el en este caso bien entendido orgullo y amor á la independencia de los ingleses, y que es una de las causas de la prosperidad, riqueza y orden de que goza su país.

En aquella época hizo don Anacleto por fines mercantiles un viaje á Norte-América, donde no trató sino con gentes de su categoría, y donde adquirieron sus ideas *positivas* diez arrobas más de peso y se ensancharon sus cálculos y conocimientos desde la circunferencia de un real hasta la de un peso duro.

De lo dicho se deducirá que don Anacleto, aunque entonces sólo contaba poco más de treinta años, tenía ya toda la prudencia, la calma, la solidez y el estacionamiento de un señor mayor, como una fruta que se pasa sin madurar.

De la misma manera que antes de constituir la Oceanía la quinta se reducía el mundo

para los geógrafos á cuatro partes, así para don Anacleto se reducía éste (y quizás el otro) á las cuatro reglas de la Aritmética. No obstante, don Anacleto no era avaro, porque la avaricia es una pasión, y este *buen sujeto* (pues de tal fama gozaba, y con razón lo habría sido si bastase la ausencia de lo *malo* para constituir lo *bueno*), porque este buen sujeto, decimos, no era capaz de sentir ninguna, por lo cual se hallaba exento de los siete pecados capitales; siendo de esta suerte uno de esos buenos sujetos cuyo valer consiste en cualidades negativas y que tienen el mismo mérito en el mal que dejan de hacer que aquellos que ayunan, no por espíritu evangélico, ni por intención de hacer penitencia, ni por acatamiento al precepto, sino por natural inapetencia.

Era el Sr. Ripio el más perfecto tipo de la insensibilidad, por lo que no sabemos si tenía buen ó mal corazón, puesto que éste jamás tomó parte en ninguna de las cosas que hizo su dueño. Podría suceder que, por una distracción de la naturaleza, hubiese nacido sin ninguno; pero, caso que lo tuviese, podemos afirmar que lo tenía cloroformizado á perpetuidad.

Don Anacleto, que sólo gozaba en los números, á la manera que Rossini en las notas de música y Murillo en los colores de su pa-

leta, no comprendía absolutamente otros goces que la realización de sus cálculos, gozando más en el éxito de sus operaciones que en la ganancia que le pudieran reportar.

Para don Anacleto el dinero era únicamente hijo y padre de los negocios, y no conocía ni los goces ni las ventajas que pueden proporcionar, ni el de los gastos superfluos, ni la satisfacción del obsequio ó ayuda al amigo, ni la dulzura del socorro al necesitado. Comprendía á la perfección la regla de substraer, pero con su peculiar definición de *quien debe y paga*, que nunca hubiera podido sustituir con la de *quien tiene y da.*

Don Anacleto, á quien la naturaleza había dotado de cortísimos alcances y de sangre muy pausada, criado exclusivamente en la monotonía de los negocios, era, por lo tanto, rutinario como un reloj, siguiendo en todo el giro que aquéllos le habían dado. Si hubiese caído soldado, hubiera aprendido á marchar al son del tambor y habría seguido haciéndolo sin oirlo.

Nunca don Anacleto se había reído, no porque estuviese abstraído de las cosas de la tierra que á risa mueven, ni porque fuese hipocondríaco, adusto, ni menos melancólico, sino por absoluta falta de propensión á este festivo desahogo, así como al del triste desahogo del llanto. De la misma manera

que en un retrato de fotografía, en vano se hubiese buscado en su fisonomía moral color alguno, pues sólo presentaba medias tintas y sombras. A nada con más propiedad podemos comparar á este individuo de la variada especie humana que á un día de calma y nublado que carece de sol, de brillo y de calor, de rosada alegría en su oriente y de purpúrea majestad en su ocaso.

Finalmente: don Anacleto, por lo material y poco elevado de sus aspiraciones, lo estrecho y positivo de sus ideas y lo mezquino y personal de su círculo de acción, por su completa ineptitud para comprender y apreciar lo bello, así en la esfera social como en la física, tenía pleno derecho á personificar lo *anti-ideal*.

Nunca habría pensado este original señor en casarse, á no haberle propuesto un amigo suyo, corredor, un casamiento desde el interesante punto de vista de un negocio..

—La hija de don Fulano conviene á usted por estas y otras razones,—dijo este corredor universal á don Anacleto;—cásese usted.

—No tengo inconveniente,—contestó éste, que nunca había visto á la propuesta novia.

Esta, que era la más impasible de las americanas de escalera abajo, y que tampoco conocía al novio que la propusieron, contestó en los mismos términos, y al mes esta-

ban unidas estas dos sosas y secas medias naranjas. A los tres días convinieron en paz y concordia en apartar aposentos, porque don Anacleto, que no conocía la pereza, se levantaba temprano, lo que incomodaba á su mujer, y porque la señora, que todo lo hacía tarde, hasta el acostarse, incomodaba con ello á su marido.

Pensamos que nuestros lectores no dejarán de conocer personas que se asemejen al tipo que hemos diseñado, aunque tengan mejor educación y que por su más frecuente roce con la sociedad hayan adquirido ese barniz que disimula lo áspero de la corteza y el cinismo en la forma de su espantosa vulgaridad.

La antítesis de la vulgaridad es la nobleza, de la que ha dicho un autor francés que después de la santidad es la flor más bella del alma. Pero ¡qué perdida anda!!! Vamos á buscarla; ¿podremos hallarla? No la encontraremos por cierto tan á mano como hemos encontrado la vulgaridad.





CAPITULO V

En el antes descrito estado, entró en el dominio de su nuevo dueño la hacienda de la Paz, que los herederos de su joven amo, muerto en la guerra de la invasión de Napoleón, le vendieron. Pero un año después nadie la hubiese reconocido; tal era la transformación que en ella había obrado el hábil y acertado restaurador don Anacleto Ripio.

Veíase ahora el caserío deslumbrando con el descarado y económico blanco de la cal; admirábanse sus grandes y pesadas rejas negras, pintadas de un verde del mes de Abril, como viejas compuestas; habíase achicado su grandiosa portada, porque, ruinosa como estaba, habría ocasionado un gasto tan cuantioso como *inútil* consolidarla, habiendo quedado sólo los dos pilares y caja de umbral necesarios á la sujeción de la puerta, lo que le daba, cuando ésta se hallaba abierta, la amena y pintoresca apariencia de una horca. Había quedado, por consiguiente, suprimido el nicho, y la imagen de Nuestra

Señora de la Paz que contenía, la que fué recogida con gran devoción por la familia del capataz, y colocada en su habitación en una urna de caoba y cristales, que, imponiéndose gozosa mil privaciones, le costeó. El nombre de la Paz, que de dicha efigie tomó la hacienda, había sido sustituído por el de *La Abundancia*, que simpatizaba más á su nuevo dueño, que lo había mandado escribir en el umbral con humo de pez sobre la quebradiza superficie de la cal. Las armas del dueño anterior, esculpidas en mármol, y colocadas sobre la puerta de la casa, se habían quitado, porque daban, al parecer de don Anacleto, un aire de antigüedad y vejez nada ventajoso al edificio, y gravaban sus muros con innecesario peso.

En el interior no era menos notable el tino, acierto y buen gusto de la restauración, dirigida por el ínclito nuevo poseedor.

Las tapias, á las que habían arrancado todas las floridas plantas hijas de sus entrañas, mal remendadas, mal enlucidas y coronadas de pedacitos de cristal para que no se pudieran escalar, desafiaban todo asalto, como las murallas de Sebastopol.

En el gran corral, las zarzas, higueras, adelfas, solanos, malvas, amapolas y demás intrusos habían sido desterrados sin piedad, ocupando su lugar un liliputiense sembrado

de cebada, cuya cosecha, según esperaba su amo, bastaría durante un año á la manutención del mulo del capataz.

Las gallinas habían sido constituídas prisioneras en un sombrío y estrecho corral. El Herodes de su dueño había dispuesto otro 28 de Diciembre para los inocentes conejitos. Los alados músicos habían sido ahuyentados con tiros y algún espantapájaros formado de una levita y un sombrero viejo del señor, con quien, por lo tanto, conservaba en lo garboso alguna semejanza. A la *decana*, por más que en señal de asombro empinó sus orejas, que aparecieron como dos enormes puntos de admiración, se le había intimado con razones de acebuche que se fuese con el ruchillo á otra parte. Los niños de la vecindad habían recibido la intimación de no dejarse ver en la hacienda por ningún pretexto, porque al nuevo amo le eran, como es de suponer, antipáticos los niños.

No miró este señor con más conmiseración á las golondrinas, cuyos nidos fueron bárbaramente destruídos. En vano le hizo presente la mujer del capataz que esos suaves é inocentes seres, queridos en todas partes, que buscan el amparo del hombre y confían en la hospitalidad como en tiempo de los Patriarcas, traían en cambio ventura á las casas que se la daban; en vano le manifestó

que eran tan buenas y morigeradas, que, en una ocasión, habiendo sido por sus maldades excomulgado un poderoso caballero, todas abandonaron su residencia y se fueron á la de un varón justo, lo que, visto por el pecador, le hizo entrar en sí y reconciliarse con la Iglesia, volviendo entonces á su castillo las buenas golondrinas. Don Anacleto declaró con toda la altanería del positivismo (que es más detestable aún en la esfera moral que en la material) que esas eran *antiguallas y supersticiones* (¡qué prosaico tonto, que confundía un inofensivo y poético aserto del corazón con las austeras enseñanzas de la fe!); que eran necedades buenas para contar á los niños, pero no á él, hombre ilustrado, que había viajado y estado nada menos que... en los Estados Unidos.

Don Anacleto coronó su obra mandando echar abajo el magnífico moral, que era, con la torre de la iglesia, la más bella y encumbrada gala del lugar. Al fin Erostrato, cuando cometió el crimen de destruir el templo de Diana, llevaba una idea que, aunque errónea y absurda, tenía alguna grandeza; pero don Anacleto, al cometer este otro crimen, análogo á aquél, no tenía más idea (si idea puede llamarse) que la que sugería el necio y mezquino temor de que pudieran dañar las raíces del árbol á los cimientos del pozo.

¡Antibello positivismo: cómo no recompensaste á tu adepto don Anacleto con tu medalla del maravedí pendiente de una cinta! Vióse aquel moral, gloria y prez de la naturaleza, atado con sólidos cables, que á distancia se sujetaron fuertemente en el suelo; en seguida fué su sano y robusto tronco aserrado por el pie, y mojados después los cables, produjeron al encogerse la caída del gigante, con gran satisfacción de don Anacleto, que había inventado y dirigido el aparato que lo derribó, siendo esto en lo material un traslado de los miserables medios de que se valen hoy los hombres para lograr la caída de las cosas y personas grandes y elevadas.

Cuando vió consumado su crimen de lesa majestad y vió caída aquella soberbia y hermosa obra maestra del gran arquitecto, la naturaleza, construída con fuertes ramas y bellas hojas, don Anacleto observó con placer que la cantidad y tamaño de aquéllas produciría más cantidad de leña de la que había calculado.

Los chiquillos del capataz se abalanzaron á coger con toda comodidad sus frutos, sin considerar, en su ávida ansia y loca alegría, que serían los últimos que daría. La capataza dijo:

—¡Qué lástima de moral, que me daba sombra cuando sacaba agua del pozo!

Y sólo los pajaritos le hicieron el duelo viniendo á posarse pitando tristemente sus elegías y endechas fúnebres sobre sus ramas muertas, como habían cantado alegremente sus idilios y bucólicas sobre sus ramas vivas. En cambio se había levantado á una pequeña altura un mazacote brocal alrededor del pozo, formándole una gran boca con que aplaudía este vulgar desacato, como todo lo que es bajo aplaude la caída de todo lo que es elevado.

No faltará quien piense que el que ha descrito el abandono y la restauración de esta hacienda es algún apóstol de la desidia y de todas sus consecuencias. No tal: quien esto escribe es amigo como el que más de lo útil; pero no quisiera separarlo de lo realmente bello, porque no es necesario, y sólo pueden querer hacerlo espíritus estrechos y vulgares y la ávida y estúpida codicia. La belleza reclama su parte en la vida externa del hombre, como en la interna reclama la suya la expansión del alma, que se deleita en meditaciones en unos, y en alegría en otros. Por eso las fiestas de buen origen son una necesidad en el pueblo, por más que entre millares de gentes inofensivamente alegres se halle algun díscolo ó perverso que en ellas se porte como quien es.



CAPITULO VI

Don Anacleto pasaba casi toda su vida en su hacienda, sin tenerle apego ni agradarle el campo, sólo con el objeto de vigilar las labores de la viña y la venta del vino que llevaban los arrieros. Su mujer pasaba la suya en Sevilla, sin que le gustase y aun sin conocerla, por no moverse de su butaca, acompañada de una negra que la había criado y hacía bien el café y los dulces. Así sucedió que, sabiendo don Anacleto que esta señora no había de ir nunca á la hacienda, no dispuso el cuerpo alto de la casa, desde donde se disfrutaba una hermosa vista, para ser habitado, sino para graneros, contentándose con arreglar en el bajo para habitación suya una salita con poca luz, contigua á una estrecha alcoba, que no tenía ninguna.

Esta habitación brindaba la ventaja de que, siendo don Anacleto bastante cominero, podía observar desde ella cuanto pasaba en la casa, las personas que entraban y salían, lo que traían y lo que llevaban.

—Pascual,—le dijo un día al que había sido casero y era hijo del difunto antiguo ca-

pataz de la hacienda, á quien, á fuer de inteligente y honrado, había confiado el nuevo amo el puesto de su padre; — Pascual: ¿me querrás decir á qué entra y sale tanto aquí esa mendiga, que parece la vieja que engañó á San Antón?

—¿La tía Ana Panduro, señor?

—¿La qué... Panduro? ¡Vaya un apellido!

—No es apellido, señor; es apodo que le han puesto los muchachos, porque la pobre es tan mirada y tan humilde, que cuando el hambre la obliga á pedir pan, lo pide duro.

— Esa, — dijo don Anacleto, que tenía la más profunda aversión á los pordioseros y el mayor aprecio á los hospicios, con tal de no tener que contribuir á sostenerlos, — esa no vendrá aquí á traer nada, sino chismes, y sí á *llevarse* todo lo que pueda.

—Señor: va su merced errado, — contestó Pascual; — que la tía Ana es la paz de Dios en todas partes, y no es capaz de malmeter en las gentes; y en cuanto á llevarse, no se lleva lo que puede, sino lo que le dan. La pobre con todo lo que le sale se ayuda; limpia y hace mandados donde la llaman, y anda, aunque sea una legua, por un pedazo de pan. Ahora hace aquí los mandados que se ofrecen, porque como su merced no quiere tomar moza, y mi mujer tiene que hacer las haciendas de la casa y guisar, no puede salir

á la calle, por aquello de que no se puede repicar y andar en la procesión.

—¿Y no tiene otra persona de quien echar mano? ¿Por qué no vas tú?

—Señor,—contestó sin arrogancia, pero con tesón Pascual:—yo soy el capataz y no el mandadero de su merced.

Don Anacleto se tragó la altiva respuesta de su criado, que le era necesario por su inteligencia y honradez, sin responder, y sin que esto le costase gran esfuerzo, porque el orgullo es una de las pasiones de que, como sabemos, carecía este señor, en el que sólo crecía musgo sin raíces.

—Pues te digo que las visitas de esa vieja, que parece hecha de alambre, que está más encorvada que una alcayata, no me gustan.

—Verdad es, señor, que la infeliz parece desertada del camposanto, porque las penas acaban, y el pan de la limosna mantiene, pero no engorda. No tengo más que treinta y dos años, señor, y la he conocido cuando chaval con su pasar muy bueno, y un parecer mejor todavía; pero ha sido muy desdichada, y más la han acabado las penas y las miserias que los años. Cipriana se vale de ella para hacerle ese bien.

—Que será á costa mía,—observó don Anacleto.

—¡Allá va esa agua hirviendo!—repuso el capataz.—No, señor; que ese bien se lo hacemos nosotros, pues en mi jornal tienen parte los pobres más pobres que yo. No sea su merced desconfiado, que la desconfianza cría canas.

—¿A que come aquí todos los días?

—No, señor; alguno que otro lo hace, si está presente cuando vamos á comer, y yo le digo: siéntese usted, señora, y coma, que este plato, si alcanza para tres, alcanzará para cuatro. ¿Pues me querría usted decir, señor, quién es quien puede comer delante del que tiene hambre y no darle parte? Además, apenas come la infeliz, que se pasa de mirada, porque tiene desgano; de lo que se alegra, porque dice que el desgano mantiene.

—¡Así está tan bien mantenida!—opinó don Anacleto, moviéndole esta desgarradora expresión del necesitado, no á lastima, sino á burla.—Sabes,—añadió tomando su gran sombrero de paja para salir é ir á la viña,—que no me gustan los pordioseros. En el mundo no hay un país más pobre que esta España, pues ninguno se ve más combatido de la plaga de pordioseros.

—Los pordioseros no prueban que un país sea pobre, señor,—repuso Pascual.

—¿Pues qué prueban?—preguntó impaciente su amo.

—El que hay muchos que dan limosna, señor.

—Pues no los aumentaré yo con las mías; así, ve que ninguno pase el umbral de la puerta, inclusa la tía esa que me choca.

—¿Qué decía el amo?—preguntó su mujer al capataz cuando aquél hubo salido.

—Que la tía Ana le *achoca*, y que no quiere que aporte por acá.

—¡Pues aportará por cima de su voluntad y tres más, caracoles! — repuso impaciente su mujer;—si no, ¿quién hace los mandados, no pudiendo hacerlos yo, que estoy aquí más sujeta que un cerrojo? ¡Vaya un *ipotismo!* Vaya, que bien se dice que de rico á soberbio no hay un palmo entero.

—Sí, esas rachas le dan; lo mismo le sucede con las cosas del campo. Yo cuando manda una sinrazón (pues á veces para aprovechar el afrecho desperdicia la harina), le digo que sí, y hago lo que conviene, diciendo para mi chaleco: éntrome con la tuya, y sálgome con la mía.

—¿Y no se enfada?

—Se enfurruña; pero no se arremanga, porque sabe que voy bien guiado, que es lo que le importa.

—Te digo, Pascual, que el amo con todos sus dineros me parece muy ruin y muy ganso, y todas sus cosas muy terrestres.

—Como rico de ayer,—contestó su marido.—A mí me gusta la riqueza y señorío de *abinicio*, y no esas medias tintas; pero lo peor de todo, Cipriana, es que no tiene caridad como la tenían los dueños de *denantes*, y sin ella no quiero yo dineros, que

Si la caridad te falta,
aunque los bienes te sobren,
bien te puedes llamar pobre.





CAPITULO VII

En una prima noche de otoño, en que llovía de ese modo que ha dado lugar á la usual expresión de que se desgajan las nubes, entró don Anacleto en la cocina de su capataz, que halló sentado al amor de la lumbre. Lo había enviado á la viña por una de las mezquinas y superfluas providencias que solía discurrir en su estrecho cerebro; así fué que al verlo tan arrellanado, le dirigió la siguiente pregunta:

—¿Volviste ya?

—Sí, señor.

—¿Y pudiste, por lo visto, vadear el arroyo, que debe venir muy crecido?

—Señor: para tales casos, y no ahogarme, tengo yo una oración.

—¿A qué santo?

—A Santa Prudencia.

—Me alegro. ¿Y cuál es?

Pascual contestó sin perder su seriedad:

—Arroyito mío,
muy crecido vas;
ahí te quedas tú,
yo me vuelvo atrás.

—¿Conque esto es que no llegaste á la viña?—dijo incomodado don Anacleto.

—Señor: ni soy pez, ni soy pájaro, ni llevaba puente en las alforjas,— contestó Pascual.

—Lo que tú eres es un camastrón y un zumbón del dianche, que te has figurado que no has de hacer sino tu voluntad y que no has de estar sujeto á la mía.

—Sujeto sí, atado no,—respondió el capataz; — pero siéntese su merced un rato aquí á la lumbre, que alegra más que unas seguidillas, y no le arredre que sea en la cocina, que la tiene Cipriana tan limpia, que parece que no ha pecado.

—Aquí, — añadió la capataza arrimando una silla;—en este mismo sitio se sentaba el difunto amo, que en gloria esté, y nos repartía á los chiquillos que éramos entonces *motas* y *duendecillos* (1).

—Mal hecho,—dijo don Anacleto, ocupando, aunque mal humorado, el asiento.

—¿Por qué, señor? — preguntó la capataza.

—Porque los niños no deben jugar con dinero, que eso los hace avariciosos.

—¡Qué!... no, señor; y á la vista está que no es asina, pues ninguno de nuestra gente,

---

(1) Piezas de á dos cuartos y realitos.

aunque pobres (y puede que por lo mismo que lo somos), ha sido nunca ruin ni avaricioso. Siempre hemos tenido presente que al preguntarle á uno que había estado endemoniado cuáles eran los enemigos que hacían más daño á los hombres, contestó que eran tres, á saber: cierra corazones, cierra bocas y cierra bolsillos.

—Así les luce á ustedes el pelo, — replicó don Anacleto; — toda su vida, como quien dice, han tenido ustedes de padres á hijos un buen acomodo, y no tienen ahorrado ni para mandar rezar á un ciego.

—Señor,—repuso Pascual:—y no me pesa, que yo pobre nací y pobre me iré al hoyo, tan descansado y sin turbieses en la conciencia, que Dios nos crió para ganar los bienes eternos y no los de la tierra, y sus leyes, así como las de los hombres, dicen: sé honrado, pero no dicen: sé rico.

—Con esas cosas que dicen,—exclamó don Anacleto, — y aquella otra que siempre tienen en la boca: que Dios no le falta á nadie, harían ustedes creer que Dios manda la pereza y no el trabajo, y que se debe vivir á la birla-birlonga. Bien dicen en los Estados Unidos que los españoles no son amigos de trabajar.

—Señor,—repuso Pascual:—¿cree su merced que no sabemos que, al contrario, Dios

ha dicho al hombre: comerás tu pan con el sudor de tu frente? ¿Me ha oído usted alguna vez decirle que no se haya hecho alguna labor por falta de brazos, y no es su merced quien siempre me encarga que despida trabajadores, que se quedan desconsolados cuando les falta el trabajo?

En este momento llamaron á la puerta y entró en la cocina la tía Ana, mojada, calada y tiritando de frío.

—¡Jesús! —exclamó el ya mal templado don Anacleto,—¿hasta con esta noche viene usted aquí?

—No tenía otra,— contestó sonriendo humildemente la vieja.

—Pues no haber venido.

—Y se hubiera usted quedado sin cenar, —intervino la capataza;—pues la tía Ana trae el par de huevos que para su cena necesita.

—Pues qué, ¿no ponen las gallinas?—preguntó el señor, que con el temor que expresaba su pregunta, no paró su atención en el celo y eficacia con que aquella infeliz había buscado por todo el pueblo en tan espantosa noche, y conseguido encontrar los huevos para su cena.

—No, señor,—le contestó Cipriana;—desde que en lugar de andar sueltas y á su amor por toda la hacienda, están encerradas en aquel corralillo, no ponen.

—Pues matarlas,—mandó su dueño.

—Tía Ana,—dijo el capataz fingiendo no haber oído la orden de degüello del déspota:—acérquese usted aquí á la candela para secarse sus ropas, que estarán caladas, y calentarse usted, que estará arrecida.

—¿A qué, Pascual? —repuso la mendiga, que se había retirado á un rincón apartado,—si me tengo que volver á mojar.

—No se mojará usted, mediante Dios, —opinó el capataz,—que la luna está saliendo y va espantando las nubes. Dígole á usted que se acerque y se siente á la vera de Cipriana, que este hogar es mío, y mientras lo sea calentará á todo el que tenga frío.

La pobre anciana se acercó tímidamente y se acurrucó al lado de Cipriana.

Don Anacleto conceptuó que era contra su dignidad de ricacho estar sentado en la misma rueda con una mendiga; pero como tenía frío y no era altanero, no se levantó, y se contentó con poner su desgraciado é insulso semblante todo lo imponente que pudo.

Pero como lo imponente es, según el diccionario, lo que infunde respeto, admiración y miedo, y al campesino andaluz se le infunde el primero fácilmente, la segunda pocas veces, y lo tercero nunca, don Anacleto hizo su ostentación de aires imponentes en balde; la conversación se prosiguió, pasan-

do estos aires desapercibidos ó desatendidos.

—Señor,— dijo Pascual: — ahí tiene usted á la tía Ana, que si no se hubiese emperrado en que no era muerto su marido, hubiera podido volverse á casar cuando hubiera querido, porque ha sido una hembra de las de punta, y hubiera tenido quien la mantuviese, no pasando tantas miserias como pasa. ¿Todavía, señora, está usted esperando saber de su marido y de su hijo, después de más de veinte años que desaparecieron?

—Sí, Pascual, — contestó la pobre anciana;—porque siempre he oído decir que entre el cielo y la tierra no queda nada oculto.

—No queda nada oculto á Dios, señora.

—Ni á los hombres, Pascual; que aunque malicia oscurezca verdad, no la puede apagar.

—Eso no es artículo de fe, sino sentencia de los hombres, que por mucho sentido que lleve y mucha certeza que le dé la experiencia, algunas veces marra.

—Mire usted,—dijo Cipriana, dirigiéndose á don Anacleto con el fin de interesarlo en la suerte de aquella infeliz mendiga,—que es cosa grande, grande, grande, grande, no me canso de decir grande, lo que le ha sucedido á la tía Ana: el ver salir de su casa á su marido, que era más bueno que el pan y más

noble que el oro, y á su hijo, que era el mejor mozo y la honra del pueblo, con un viaje de vino para Sevilla, como de costumbre tenían, pues eran arrieros bien acomodados, y no volverlos á ver entrar por sus puertas, sin haber sabido de ellos ni hoja ni rama, por más que ha endilgado su merced, pues no ha hecho otra cosa desde entonces; ¿no digo, señor, que esto es grande y horroroso con cien erres?

Don Anacleto no contestó, y por unos instantes sólo se oyó el acongojado llanto de la mendiga.

—¡Pobrecita! No llore usted,—dijo compadecida la capataza;—que esta vida es un soplo, y en la gloria, donde á fuer de buenos aguardan á usted esos pedazos de su corazón, hemos de estar todos consolados y felices en la presencia de Dios. ¿No es asina, señor don Anacleto?

El interrogado no contestó.

Entonces Pascual se levantó, y dirigiéndose á su amo, le dijo en recia voz, pues al acercarse notó que este señor, mientras refería su mujer el terrible y extraño infortunio de la anciana, cuyos sollozos le hacían aún más conmovedor, se había dormido al amor de la lumbre:

—Señor: la tía Ana ha andado todo el lugar y se ha calado hasta los huesos la infeliz

para traerle los huevos frescos para la cena; bien podía su merced darle para que comprase un almud de picón para calentarse, y un bollo de pan para que cenase.

—¿No pago yo á tu mujer por que me asista? — contestó don Anacleto entreabriendo los ojos;—á ella toca, pues, pagar los mandados.

—Dice usted bien,—repuso indignado Pascual. — Cipriana: dame media hogaza de pan.

Y habiéndola recibido, y dándosela á la pobre con una moneda de dos reales que sacó de su bolsillo, le dijo:

—Tome usted, tía Ana; remédiese usted esta noche, que mañana dará Aquel que nunca se cansa de dar.

—Pascual,— repuso la anciana:—Dios te lo pague, que es buen pagador; pero con la media hogaza tengo yo para tres días. Así, guarda tus dos reales, que del pobre no se debe tomar sino lo que meramente se necesite, pues justo no es que á mí me sobre y á ti te haga falta.

Diciendo estas palabras, salióse apresurada sin tomar el dinero.

—Tú, Pascual,— dijo entonces don Anacleto, que, á pesar de su estupidez, no pudo dejar de reconocer con cierta contrariedad que la conducta de su capataz le avergonza-

ba, — tú tienes partidas de duque, que maldito lo que te pegan.

—No me creía yo tan *remontao*, — contestó sonriendo el capataz; — pero ni siquiera rumboso, señor; y cuenta, con que después de valiente, es el ser rumboso lo que más encumbra á un hombre; pero eso no lo pueden ser los que como yo son pobres.

—Y siempre lo serás, — repuso su amo.— ¿Por qué no ahorras en lugar de dar?

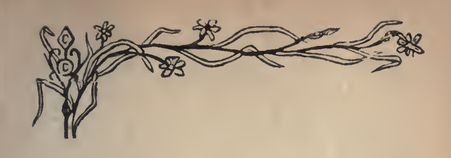
—Señor,—contestó Pascual:—lo que ahorre lo dejaré por acá, y lo que dé me lo llevaré conmigo.

—¡Dale con los textos de la Escritura! Estos no te han de sacar de pobre.

—¡Pues ya se ve! No se han escrito para eso. Pero, señor, ¡qué empeño tiene su merced en que yo me afane en salir de pobre! En haciéndose un pobre codicioso,

> Los ojos se abalanzan,
> los pies se cansan
> y las manos no alcanzan;

y asina se está uno en un vivo penar. Yo estoy bien avenido con mi pobreza y no quiero afanes que me quiten el comer y el dormir, la tranquilidad de mi vida y de mi espíritu, que ha de saber usted que así en mi casa como en la portada de la hacienda de su merced, pláceme más... *la paz que la abundancia*.



CAPITULO VIII

Señor, — dijo pocos días después Pascual á su amo:—de resultas de la mojadura de la otra noche, tiene la pobre de la tía Ana una pulmonía, que me parece que no la ha de contar.

—¿Y yo lo puedo remediar? — dijo don Anacleto.

—Remediar el mal, no; pero aliviar á la enferma con un socorro, sí, — repuso Pascual.

—¿Y quién te mete á demandante suyo?— respondió impacientado don Anacleto.

— Señor: como que tomó la enfermedad por servir á su merced y que no le faltase su cena, paréceme...

—Lo que á ti te parece,—interrumpió don Anacleto, — es que es contra tu dignidad el hacer mandados, pues á mí me parece que es contra los intereses de mi bolsillo el costear las enfermedades de los pobres de tu pueblo. Si yo estuviese enfermo, maldito cuidado que te daría ni á ti ni á ella. No me vuelvas á pedir, que sabes que no me gusta que me

pidan; basta que me pidan para quitarme las ganas de dar. Esas caridades con bolsillo ajeno son fáciles de hacer, pero son lo más chocante del mundo; conmigo no tienen resultado, pues te repito que no me gusta que me pidan.

—¡Ya se ve! á nadie le gusta que le pidan; así es que no lo he hecho para agradar á su merced, sino para ver si le podía procurar un bien á aquella desdichada; y ya que no se ha conseguido la petición mía, veremos á ver si tiene más suerte la que de su parte vengo á hacer á su merced.

—¡A mí! ¿Qué petición puede ser ésa?

—Que se llegue su merced allá en caridad de Dios, que tiene que hacerle un empeño.

—¡Un empeño! Dios me asista y favorezca; ¡esto es casi peor que el limosneo! Son los empeños la plaga de este país, los falsificadores de la justicia, los socavadores de las leyes, los más impertinentes *métome en todo*, los más importunos y audaces de los pretendientes, el cáncer del Gobierno, los corruptores del régimen constitucional, el puñal que los Diputados ponen al pecho de los ministerios, son á la vez el abuso del favor y el del poder; ¡y querer meterme á mí, á mí, en semejante manejo inmoral é infame! ¡á mí empeños! ¡Pues ya!

—Dice su merced bien, tan bien, que ni emprentado,—repuso Pascual,—que ya sabemos por demás lo que es ser ahijado de uno que va á Madrid á *diputar*. Pero no se trata de esa clase de empeños, señor; que hay empeños y empeños. El de que se trata es de aquellos que suelen hacer las señoras que no piensan en diputar, sino en hacer bien, y toman á su cargo los empeños como toman los Santos las peticiones de las pobres criaturas para presentárselas al que puede remediar sus males. Estos empeños son, señor, los medianeros entre el desvalido, el olvidado, el impotente y los que pueden; son la voz del mudo, el lazarillo del ciego, las muletas del tullido, las alas del postrado; y así como la limosna es el mejor uso que puede hacer el rico de su dinero, son los empeños para los necesitados y los vejados el mejor uso que puede hacer el que los tiene de sus relaciones y de los medios que Dios le ha dado. Si hay, como dice muy bien su merced, empeños malos, que son puñales, los hay buenos, que son ocasiones de hacer justicia y beneficios; empeños que hacen tanto bien á los desamparados como las madres á sus hijos; y esos son aquellos que se hacen sin más interés que el bien del prójimo desvalido, sin más estímulo que la caridad, sin más recompensa que un *Dios se lo pague*, y

estos son los que hacen las buenas almas. De estos empeños se trata, señor, y no de sacar un empleo á un perdido.

—Pues ni buenos ni malos hago empeños; en mi vida he pedido á nadie que los haga por mí, y así no estoy en el caso de hacerlos por nadie; puedes decírselo á la tía ésa, que no sabe qué discurrir para incomodarme...

—Es que el señor cura me encargó que dijese á usted de su parte que le rogaba que fuese, porque la pobrecita tiene el espíritu muy desasosegado, y eso le daña mucho.

—¿El señor cura lo dijo?

—Sí, señor; con esas mismas razones.

—Pues iré por respeto á él, pues en lo demás es una gana de incomodarme. No hay pobres más atrevidos que los españoles. ¡Caramba con ellos! ¿Cómo había en los Estados Unidos de tener pobre alguno la desfachatez de mandar llamar á su zahurda á una persona respetable? Saben que se daría aviso á la policía.

—Pues, señor, lo que aquí saben los pobres,—contestó Pascual,—es que hablan en nombre de Dios, y así piden sin miedo y sin vergüenza.

—Ahora sí que has dicho una verdad como una casa, que yo perfeccionaré diciendo que lo hacen con atrevimiento y desfachatez. ¿Pero qué puede tener que pedirme esa mujer?

—Eso no sé yo,—contestó Pascual.

Don Anacleto, guiado por su capataz, llegó á una pobre casa, cuyo patio atravesaron, y entraron en un corral en que había un cuartito pequeño, terrizo, y sin más luz que la que le entraba por la vieja y desquiciada puerta, que no tenía cerradura ni pestillo.

Sobre unas tablas levantadas del suelo por unos ladrillos colocados unos sobre otros, estaba un mal jergón de paja, y en él, cubierta con una manta raída y agujereada, yacía la pobre mendiga. Una silla basta y medio rota, y una caja vacía, que colocada boca abajo servía de mesa, componían todo el ajuar de aquella miserable vivienda.

En la pared, sujeta con cuatro clavitos, estaba una estampa de la Virgen, y sobre ella pendía una cruz de madera, en la que se veía enclavado un Señor hecho de metal, única prenda que conservaba su dueña del buen ajuar y de los bienes que en otros tiempos había poseído.

Un objeto había, no obstante, que brillaba entre aquella miseria como una estrella en la noche, y que á otro que no hubiese sido don Anacleto habría llamado la atención.

Sobre el cajón que servía de mesa hallábase colocado otro pequeño que se había cubierto con un paño muy blanco, y sobre éste aparecía sentado en un primoroso silloncito

de caoba un Niño Dios, de soberbia escultura, ricamente vestido con una túnica de tisú de oro bordado de perlas y un cíngulo, también de perlas, con borlas de lo mismo. Lo más notable era el que en la mano tenía un precioso bastoncito de doctor con puño y contera de oro, y sus cordones y borlas de seda negra.

Era esta lindísima efigie propiedad de un convento de monjas, y tenía infinitos devotos que ansiaban por tenerla á su lado cuando se hallaban enfermos de gravedad. Las monjas á ninguno negaban este consuelo, de manera que el amado y reverenciado Dios Niño iba así á las casas de los ricos como á las de los pobres, pues sólo la religión entiende y practica, no la soberbia, sino la santa igualdad.

Al mirarlo así tan cándidamente investido de las insignias de doctor, se sentía la dulce ilusión de estar en los tiempos primitivos de la fe de Cristo, cuando ésta tenía toda su pureza, eficacia y afectividad por la reciente comunicación y contacto de Dios con el hombre á quien creó. ¡Con qué dulce emoción le parece á uno oir á las monjas decir á su Santa Imagen, al sustituir en su mano á la bola de oro coronada de una cruz, que figura el mundo, el mencionado bastón: *Ve, Señor mío; ve, Niño de mi alma, á la casa*

del pobre enfermo que te llama. Cura sus dolencias si le conviene, y, sobre todo, cura y salva su alma, que por ti ansía; y nunca el Dios Niño había desatendido las súplicas del enfermo que lo llamaba, y de sus devotas intercesoras.

¡Conventos! arcas santas de la fe cristiana, asilos de la pureza de corazón, de espíritu y de costumbres, cuando vemos á vuestras moradoras al través de sus rejas tan tranquilas, tan alegres, al frente de nosotros los atribulados y afligidos, no halla nuestro conmovido corazón á qué compararos, sino á esos inocentes canarios que en la iglesia cantan alegremente en sus jaulas, mientras por fuera rugen las tempestades y las demás aves no encuentran en su angustia ni amparo ni refugio contra sus embates!

La enferma tenía sus ojos fijos en la sagrada Efigie, mientras sus labios articulaban repetidas veces esta oración:

Niño Jesús: por tu Padre,
Por tu Madre, por tu Cruz,
En la hora de mi muerte
Dame luz.

—Dios premie á usted, señor don Anacleto, la caridad tan grande que tiene en haber venido á tan pobre y humilde casa,—dijo con débil voz la enferma.

Don Anacleto no contestó, y Pascual fué el que repuso á la anciana:

—Tía Ana: ahora poco entró aquí Dios.

—Ya,—dijo la buena mujer,—para Dios no hay ricos ni pobres.

—Verdad es, señora, que para su Divina Majestad no hay sino buenos y malos,—contestó Pascual;—pero diga usted, tía Ana, el empeño que quería hacer al amo.

—Señor,—dijo la interpelada haciendo un esfuerzo para incorporarse y apoyarse sobre su codo:—desde el día en que nada sé de mi hijo ni de mi marido, he ido muchas veces á la Audiencia de Sevilla por ver si la Justicia había descubierto algo sobre su paradero. Siempre en aquellas oficinas me hicieron buena acogida y me contestaron con buen modo, que así lo tienen mandado los señores del Tribunal; ¡Dios se lo premie! Pero la respuesta que me dieron fué siempre la misma, que nada se sabía. Hace algún tiempo, señor, que me han ido faltando las fuerzas para llegar hasta Sevilla á pie, que es como iba. Ya que su merced, según dice, se vuelve allá mañana, era mi empeño, señor, que tuviese la caridad de llegarse á la Audiencia á preguntar si algo se ha descubierto de ellos, y que mandase la respuesta por escrito al señor cura, que me la dará á mí; porque no me quisiera morir sin saber qué ha sido de ellos.

—Yo no conozco á nadie en la Audiencia, porque, á Dios gracias, nunca he tenido nada que ver con los Tribunales,—contestó don Anacleto; pero la enferma no lo oyó, porque, arrastrada por el anhelo de su corazón, había abusado de la palabra, sobreviniéndole en su consecuencia un violento acceso de tos.

—Poco le cuesta á usted prometerle á esta pobre mujer lo que pide,—dijo á media voz el cura á don Anacleto,—y aun hacerlo, porque para tomar informaciones en los Tribunales no se necesita tener conocimiento con las personas á cuyos cargos están sus dependencias.

—¿Qué me dice su merced?—preguntó con visible agitación la enferma á don Anacleto.

—Que se hará,—contestó éste, que en seguida añadió:—¿Se le ofrece á usted otra cosa? que no tengo tiempo para detenerme.

—No señor, no señor,—respondió la anciana;—sino decirle con toda mi alma, que de tan buena obra como hace, sea Dios el premio.

Don Anacleto saludó al cura y salió del cuarto y de la casa sin detenerse, y sin decir á la enferma siquiera un *usted se alivie.*

—Oye, Pascual,—dijo en el patio una de las vecinas al capataz, que seguía á su amo: —¿qué quería la tía Ana?

—Pedir al amo que tomase en Sevilla noticias de su hijo y de su marido.

—¿Y qué dijo él?

—Dijo que sí, que lo haría; pero ya sabes, Andrea, que mensajero frío, tarda mucho y vuelve vacío.

—¿Y le ha dado algún socorro á la infeliz? —preguntó otra.

—¡Dar! ni una hiel,—contestó Pascual;—pues por no dar, no da su merced ni los buenos días.

—Pues ¿para qué quiere sus dineros?

—¡Toma! para juntarlos y que procreen.

—Pues si tiene las voces de ser un señor bueno y de conciencia si los hay.

—Andrea, mujer: ¿ahora te desayunas tú que siempre han corrido, y en el día corren que es un contento, monedas falsas por el mundo?

En este momento pasó cerca de los que hablaban el cura, que salió y alcanzó á don Anacleto.

—¿A que va á pedirle un socorro para la pobre tía Ana?—dijo una de las mujeres, observando lo que pasaba del lado de fuera de la casa.—Y mira, atiende, Pascual: dicho y hecho, tu amo mete la mano en el bolsillo y le da una moneda.

—¿Que le da una moneda? ¡Pues dígote,

mujer, que al cura se le puede rezar como á santo, pues hace milagros!

El cura entraba en este momento, y entregó la moneda á una de las vecinas, que más particularmente cuidaba de la asistencia de la desvalida anciana.

—María: ¿es de oro?—preguntó la que había hablado con Pascual.

—¡Qué había de ser de oro!—dijo éste.—¡Es una peseta!

—¡Y napoleona!—añadió con desaliento y considerándola, la mujer que de las manos del cura la había recibido (1).

(1) Con la importación en España de los napoleones, se han importado también algunos francos, que denomina el pueblo pesetas *napoleonas,* y que valen la octava parte menos en los pagos que las pesetas españolas.





CAPITULO IX

Necesario se hace ya el que no dejemos por más tiempo al lector en la misma incertidumbre en que lo estaba la pobre anciana sobre la suerte de su hijo y de su marido.

Hacía entonces veinte años, es decir: que era por los años de 1824 ó 25, cuando caminaban dos hombres bien portados, de semblantes honrados y enérgicos, tras una recua de mulos y burros; el sonido agradable y monótono de las esquilas que de sus cuellos pendían se esparcía por la soledad y por el silencio del campo, como los suaves rayos de la luna al través del silencio y soledad de la noche. Caminaban hombres y animales con un paso tan sostenido, uniforme y compasado, que parecían las ruedas de un mismo reloj que recorre su esfera en armonía sin alterarse ni pararse.

—Padre,—dijo el más mozo de los arrieros á su compañero:—¿trata su merced, á pesar de lo que hemos platicado sobre el asunto, de pagar esta vez también el impuesto que ha-

establecido por su propia autoridad el escribano de Mollares?

—Como que es poca cosa, hombre,—contestó el interrogado,—más vale hacer lo que los otros: pagar, por no meterse en cuestiones.

—Verdad es, — repuso el mozo, — que es poca cosa; pero como somos muchos los arrieros que por el pueblo este tenemos que transitar, se ha creado ese malvado escribano un mayorazgo á costa de nuestro sudor, sin que derecho alguno le asista, y sin que nosotros hagamos valer el que tenemos de no pagarle, y cosas hay, que tan gordas se ven, que no se pueden roer.

—Razón llevas, hijo, que esta es una vejación de las enormes; pero hablé con los compañeros, y dicen *toos* que mejor quieren pagar los maravedís que meterse en dimes y diretes con los escribanos, y señaladamente con éste, que es un hombre malo si los hay, con más *ipotismo* que un Nerón, más soberbia que Lucifer y más vengativo que todo lo que se diga.

—Pues, padre, mi parecer es, que de los sufridos se hacen los atrevidos, y que no paguemos más esa sacaliña, ni pasemos la plaza de tontos engordando á ese bribón con nuestra sangre. ¿No ha preguntado ya su merced en las oficinas de Hacienda y le han enterado

de que no hay semejante derecho establecido?... ¿Qué más quiere usted?

— Hijo: eso necesita pensarse; ese hombre es mal enemigo, y si no pagamos, se va á poner con nosotros de malas. Yo no quiero despertar al león que duerme, ni contiendas con gente de pluma.

—Déjemelo usted á mí, padre; que aunque venga hecho un toro de fuego, yo sabré pararlo, porque la razón tiene más fuerza de lo que parece.

— ¡Qué había de tener, hijo! La razón es una para los hombres de bien y es otra para los pícaros, que se quedan encima, porque tienen más malicia y más malas tretas que aquéllos.

—Pues acudiremos á los Tribunales.

—Y no adelantaremos nada.

—Señor: ¿y por qué?

—Porque en los Tribunales sucede lo que en la pila: el que no tiene padrino no se bautiza.

—Pues entonces que nos coja él la delantera poniéndonos por justicia por no pagarle su impuesto, sin meternos en dimes y diretes.

—No lo has pensado malamente, hijo. Vamos á probar á ver por dónde las toma; pero no te metas tú en el asunto, que tú tienes la sangre caliente y podrías subirte á mayores si él se propasa, como no dejará de hacerlo cuando nos neguemos al pago; déjamelo á

mí y no tercies tú, que siempre se ha dicho que un sordo oye mejor al que le habla quedo que no al que le grita.

Poco después de este coloquio llegaron á Mollares, en donde, como de costumbre, les salió al encuentro el escribano, reclamando su arbitrario impuesto.

— Perdone usted, señor escribano, — dijo con templanza, aunque con tesón, Juan Isidro Alfaro, que era el arriero de más edad;— nosotros no lo pagamos.

—¡Que no lo pagan ustedes!—repuso el escribano sorprendido y con tal expresión de encono que demostraba á las claras el trascendental interés que para él encerraba la primera negativa á pagar el arbitrario impuesto que había creado (negativa que al divulgarse podría á un tiempo privarle de la pingüe renta que gozaba y descubrir tan criminal proceder).—¿Qué no pagan ustedes?— repitió,—¿y por qué?

— Porque he inquirido en las oficinas de Hacienda que semejante impuesto no está mandado.

Al oir mencionar las oficinas de Hacienda el escribano se inmutó; pero, serenándose luego, dijo fingiendo calma:

— Es claro que allí no consta, porque este es un impuesto municipal que no atañe á la Hacienda, sino al Ayuntamiento.

— Señor, — repuso el arriero: — yo seré tonto hasta donde me ha hecho Dios; pero no hasta donde me lo quieran hacer los hombres; los transeuntes no están bajo el dominio de los Ayuntamientos de los pueblos por donde transitan.

— Dejémonos de cuestiones, Juan Isidro, y respetemos lo establecido, — dijo el escribano con aparente calma; — ustedes la gente del campo son avaros y ladinos, y por dejar de pagar, por poco que sea, sacan razones hasta del centro de la tierra; paguen ustedes como lo hacen todos, y ustedes han hecho hasta aquí, y sigan su viaje en paz y gracia de Dios.

—Y así lo seguiremos,—interrumpió indignado el joven arriero.—¡Oiga! ¡con que nos afrenta usted con decirnos avarientos y ladinos porque no queremos pagar lo que no debemos pagar! Pues ¿me querrá usted decir cómo llamará al que cobra sin deber cobrar, y engaña para conseguirlo, señor escribano?

El apostrofado clavó la vista un rato en el joven arriero con una mirada preñada de todo el encono, de toda la rabia y de todo el ansia de venganza que hervían en su mala alma, y dijo después con honda voz y tardas palabras:

—¿Con que ustedes no pagan?

—No, señor;—contestó el mozo,—y si usted insiste, á fe que acudiremos á la Justicia para que le haga á usted devolvernos los dineros mal cobrados, que pleito claro no ha menester letrado.

—Mala lengua tienes, muchacho,—repuso el escribano con mal reprimida ira,—y más te valiera enfrenarla, que á mí nadie se me ha subido á las barbas, y juro á Dios que te ha de pesar haberlo hecho.

—¿Amenazas?—dijo con desdén el mozo.

—Y ten entendido,—prosiguió el escribano,—que las mías se cumplen.

—Señor,—interrumpió Juan Isidro:—¿hay razón para eso?

—Déjele usted, padre,—repuso su hijo;—con amenazas se deslía la bolsa y se amedrenta sólo á los cobardes.

—Te engañas,—dijo el escribano;—las mías no se hacen ni para amedrentar ni para procurar el pago, sino para vengar un agravio, y tocan á tu persona de más cerca, y júrote que cumplidas se han de ver.

—Señor,—exclamó el padre:—mala jura en piedra caiga. Vámonos, hijo, vámonos,—añadió arreando los mulos.

—Voy, señor,—contestó obediente el hijo, preparándose á seguirle; pero antes, volviéndose arrogante al escribano:—Si es así,—dijo,—y que sólo á mi persona tocan las ame-

nazas, descuidado voy, porque mi navaja tiene un letrero que dice: *Soy defensa de mi dueño* (1).

(1) Mote de los puñales de Albacete, como de las espadas de Toledo lo es: *No me saques sin razón, ni me envaines sin honor.*





CAPITULO X

Aquella tarde el escribano, que conocía á cuantos desalmados y perdidos había por aquellos contornos, tenía convocados á su casa á un desertor y á un cumplido de presidio, y les participaba que al día siguiente pasarían por allí, en su viaje de retorno, el arriero Juan Isidro Alfaro y su hijo con una crecida suma, producto de la venta de sus pellejos de vino, añadiendo que á la salida del pueblo atravesarían un espeso olivar, que podría ocultar para siempre, no sólo un robo, sino á los robados.

Almas que por desgracia están dispuestas al crimen, de poca instigación necesitan para cometerlo; son la pólvora en la escopeta. ¡Ay de aquel ó aquellos que para mal fin la disparan!

En el olivar indicado por el escribano á sus cómplices entraban al día siguiente, según lo había anunciado aquél, el honrado Juan Isidro Alfaro y su hijo, bien ajenos de que nunca habían de volver á salir de él, y sin sospechar que el sonido suave y triste de

las esquilas que llevaban sus acémilas era en aquella ocasión para ellos el fúnebre toque de una terrible agonía, y que los que las llevaban habían de ser los mudos testigos del horrendo crimen que terminaría tan trágicamente su tranquila existencia.

—Nada nos ha pedido el escribano, y ni se ha dejado ver,—dijo su hijo al arriero.—¿Ve usted, padre, cómo vence por sólo su poder, que no hay quien le contrarreste, la razón á la sinrazón? Señor: al que se hace de miel se lo comen las moscas.

—Ese hombre,—repuso el padre meneando la cabeza,—nos la ha jurado, y será nuestro enemigo mientras el cuerpo le haga sombra.

—Estoy para mí que nose la hace,—repuso riendo el hijo,—y que le sucede lo propio que al Marqués de Villena, que por tratar con el diablo se quedo sin ella. ¡Pues eso faltaba!—añadió con energía,—el que por ser insolentes y provocativos los pícaros tuviesen avasallados á los hombres de bien!

—Pues, hijo, eso ni más ni menos sucede en el mundo; y lo verás, porque la cosa no ueda asina, y nos ha de jugar una mala pasada como lo tiene jurado.

—Palabras y plumas se lleva el viento.

—Amenazas de pícaros no, hijo.

—Con amenazas se come pan.

—Es que las cumplirá.

—¡Qué! la mano cuerda no hace todo lo que dice la lengua; además, señor, tanto vale un hombre como otro, ¡y ya se guardará!

—¡Hijo! no vive más el leal que lo que quiere el traidor.

En este momento partieron simultáneamente dos bien asestados tiros de detrás de dos olivos. Oyóse, en el silencio que sucedió, la caída de dos cuerpos al suelo, y dos voces que á un tiempo gimieron:

—¡Dios me ampare! ¡me han matado!

—¡Jesús me valga! ¡soy muerto!

En vano aguardó aquella noche la que era madre del uno y mujer del otro arriero á los dos seres que con tan entrañable cariño amaba. Pasaron días, pasaron meses, pasaron años, sin que ninguno trajese noticias de ellos. Por más gestiones que hizo la Justicia, por más que se afanó en inquirir informes, aquella infeliz mujer ¡nada supo! Un misterio, oscuro como una noche sin estrellas, recóndito como los centros del mar, impenetrable como lo por venir, daba al dolor que ésta sentía un desasosiego y un espanto que no dejaban al tiempo ejercer sobre él su influencia calmante, ni á la infeliz á quien destrozaban el consuelo de rezar sobre la paz de una tumba.

En tanto, la Justicia perseveró en sus siempre infructuosas pesquisas; pero las gentes,

arrastradas por el curso de nuevos sucesos, cesaron de ocuparse del que tanto les conmovió al acaecer, y nada quedó de él sino un dolor constante en el corazón de la madre y esposa, una remota y vaga esperanza, la que, cual la pequeña áncora, resto de una naufragada nave, se mantenía enclavada en el fondo de un mar de amargura.

Destrozada por su dolor, aniquilada por los pasos que sin cesar daba para adquirir informes, abatida por la creciente miseria en que se hundió, después de haber vendido cuanto poseía, sin fuerzas y sin salud para poder trabajar, acudió á lo que el pueblo, en su cristiano y poético lenguaje, llama *la bolsa de Dios*, bolsa que, como de quien es, nunca se ve vacía.

Más de veinte años habían pasado, y aquella infeliz, en su lecho de muerte, suplicaba á un hombre sin corazón que le hiciese la caridad de dar algunos pasos para inquirir y ver si podía darle, antes de entregar su martirizada alma á Dios, alguna noticia de los que tanto amaba. Hemos visto de la manera que recibió el encargo ó súplica, siempre sagrada, de un moribundo, aquel buen sujeto que nunca había tenido que ver con la Justicia.

¡Qué terrible contraste forman, cuando están frente á frente, la angustia y la indiferencia! Son el fuego y el hielo. En la natura-

leza física, el fuego derrite el hielo; pero en la moral, el fuego de la angustia y el hielo de la indiferencia se tocan, y es tal la dureza de este hielo, que el fuego ardiendo no lo derrite.

¡Dulce compasión! si, como lo hemos dicho, el amor hace *bello* al objeto que lo inspira, tú haces más que aquél, pues lo haces *querido;* de modo que el ser más abyecto, y aun el animal más inmundo, si sufren y gimen, no te rechazan ni hastían. ¡Divina compasión! danos, por amargas y corrosivas que sean, tus lágrimas, pues sirven, si no de alivio, de consuelo á los sufrimientos y de agrado al Dios-hombre, que nos enseñó á verterlas.





CAPITULO XI

Después de la partida de su amo, tuvo que ir Pascual á Sevilla para llevarle las cuentas. Al despedirse para regresar al pueblo, le dijo:

—Conque, señor: ¿se ha acordado su merced de su promesa?

—¿Qué promesa?—repuso don Anacleto.

—La que hizo á la tía Ana de inquirir en el Juzgado si alguna luz había habido sobre la muerte de Juan Isidro Alfaro y su hijo.

—¿Hablas con formalidad, Pascual?

—¿Por qué me hace su merced esa pregunta?

—Porque parece chacota el suponer que una vieja que está maníaca, me hiciese á mí, con toda mi formalidad, ir á preguntar en los Tribunales por unos tíos cualesquiera, de quienes no se sabe hace más de veinte años, ni se sabrá nunca.

—Eso está por ver, señor; que dice la tía Ana, y dice bien, que aunque malicia oscurezca verdad, no la puede apagar.

—Parece que la tía esa te ha pegado su chochera,—repuso don Anacleto. —Anda, Pascual, dile, si la encuentras con vida, que sí la encontrarás, porque los que no sirven más que de estorbo no se mueren nunca...

—Eso es porque Dios, á los que tienen esas vidas arrastradas é infelices, no se las quita, para que tantos padeceres y trabajos les sirvan de provecho, y la paciencia con que los lleven, de mérito para la vida eterna,—dijo el capataz.

—Erraste la vocación, Pascual,—repuso su amo;—debías ser cura, pues eres más místico que los Santos Padres, y sabes más textos de la Escritura que un predicador.

—¡Qué, señor! ¡si no sé más que la doctrina!

—Pero la metes en todo como el tomate.

—Señor, para eso se nos dió,—contestó Pascual.

—Pues bien: tú que eres místico, dile que para saber de su gente le pida á Dios que haga un milagro.

—Así lo hará, señor,—contestó Pascual á su antipático amo.

Emprendió el capataz su viaje de vuelta, y al pasar por Mollares notó una extraña efervescencia entre las gentes del pueblo. La causa que la motivaba era la siguiente:

Habiendo salido del lugar aquella mañana una bandada de chiquillas, que con sus espuertas colgadas del brazo iban alegres á coger espárragos al cercano olivar, ufanas se diseminaron en él, pues abundante se les presentaba la cosecha, habiendo sido muchas y tempranas las aguas de otoño.

—Tengo más de media espuerta llena,—dijo á poco una de ellas;—al pie de aquel olivo cogí más de veinte.

—Oye, ¿por qué crecen las esparragueras siempre al pie de los olivos?—preguntó otra.

—Porque allí las siembran los pájaros que se posan en sus ramas.

—¡Qué *espilfarro!*—opinó la mayor de todas.

—Pues ¿por qué es?

—Porque los arados no pueden llegar tan á la vera de los olivos que los arranquen.

—¡Si tú eres marisibidilla, que todo lo sabes!—opinó la primera que había emitido su opinión.

—Para eso,—respondió la otra,—que tú no sabes nada sino menear la lengua para *despotricar* y las quijadas para engullir.

—¡Acudid, acudid todas!—gritó de repente con azorada voz una de las chiquillas que á alguna distancia exploraba las espesas esparragueras que rodeaban el pie de un olivo,—¡venid y veréis qué espanto!

Las muchachas corrieron al sitio, y al desviar las ramas de las esparragueras, vieron con asombro salir de la tierra el dedo de un hombre, que derecho é inmóvil parecía señalar al cielo.

Sobrecogidas y horrorizadas, soltaron las espuertas y se echaron á correr, llegando desaladas al pueblo; y llenas de terror y con los semblantes desencajados, llevaron cada cual á su casa la noticia de lo que habían visto.

En breve se formaron corrillos en las calles, y todos se reunieron luego en casa del Alcalde para participarle lo ocurrido y pedirle que fuese con la Justicia á cerciorarse del hecho y averiguar su causa.

El Alcalde hizo avisar al escribano, al cirujano y al Aguacil; convocó personas que sirviesen de testigos y trabajadores con azadas, y marchó, seguido de una porción de gentes del lugar, entre las que estaban las niñas para que indicasen el sitio en que habían visto aquel objeto de terror.

En este momento llegaba Pascual al pueblo, y encaminándose la Justicia y su séquito en la misma dirección que él llevaba, se agregó á ellos.

Caminaron de prisa y llegaron en breve al indicado lugar, pudiendo todos convencerse de que las niñas habían dicho la verdad. Negro y como curtido por la intemperie, con la

uña disformemente crecida, se veía salir de la tierra un dedo humano como para señalar dónde yacía el cuerpo de que formaba parte.

Un estremecimiento de horror, mezclado de lástima, de interés y de grave y ansiosa curiosidad, fué sentido por los concurrentes, que tuvieron la lúgubre convicción de que al pie de aquel olivo se ocultaba un criminal misterio, y el solemne presentimiento de que se preparaba un juicio de Dios severo y patente.

El Alcalde mandó que en el acto se apartase la tierra para que fuese descubierto lo que pudiese ocultar.

Cumplida esta disposición, presentóse á la vista de todos un esqueleto, á cuya descarnada mano derecha estaba adherido el dedo que, secado y curtido por el viento y por el sol, había quedado en estado de momia, con la extraña circunstancia de haber seguido creciendo la uña después de la muerte. A su lado se halló otro esqueleto de las mismas dimensiones que el primero.

Un hosco silencio reinó por algunos segundos; entonces las mujeres entonaron unánimes la oración por los difuntos, á la que, descubriendo sus cabezas, se unieron en honda voz los hombres.

El respeto es la cosa que con la castidad asemeja más el hombre á los ángeles; pero

cuando ante una tumba se unen el respeto á lo divino y el respeto á lo humano, alcanza éste su sublime apogeo, y sobre cada descubierta cabeza y sobre las cruzadas manos, desciende, á no dudarlo, una paternal y complacida mirada del que crió á los hombres, no para que hiciesen de la tierra un paraíso, sino para merecer el eterno.

—Señor Alcalde,—dijo el cirujano, que fué el primero que habló:—el estado de estos esqueletos indica que pasa de veinte años el tiempo transcurrido desde que dejaron de pertenecer á cuerpos con vida.

— ¡Jesús! ¡Jesús! — exclamaron las mujeres;—¡más de veinte años que los cuerpos de dos cristianos no descansan en tierra santa!!

—Visto se está, señores,—dijo una anciana, — que aquí ha habido una gran maldad oculta, hasta que Dios se cansó de no verla castigada, y envió á estas inocentes para que, por medio de ellas, fuese descubierta.

—¡Juicio de Dios! ¡El dedo de Dios!—exclamaron todos.

— Descubiertos han sido unos esqueletos; pero nada más, tía María, — dijo el cirujano. —¿Quién sabe si son del tiempo de los franceses de Napoleón, y no hay ni semejante maldad ni semejante misterio?

— Esta gente, — añadió el escribano,— siempre quiere hacer de cada cosa un ro-

mance ó un milagro. Este descubrimiento, ya lo ven ustedes, es meramente una casualidad.

— Es que hay casualidades que parecen providencias, — repuso una de las mujeres.

— Francés de Napoleón no ha sido éste, — dijo uno de los hombres que apartaban la tierra, — porque aquéllos no gastaban marsellés.

Y esto diciendo, alzó de la fosa una chaqueta de las así denominadas, que estaba medio deshecha.

— ¿Un marsellés? — dijo el Alcalde al mirarlo; — verdad es, y así está claro que su dueño fué español, y de la tierra nuestra.

—Muy deshecho está,—observó el que tenía el marsellés en la mano;—pero la faltriquera, que es de lienzo, se conserva entera; y mire su merced, señor Alcalde, dentro tiene un papel.

—A verlo,—esclamó el Alcalde alargando la mano; y cogiendo el papel, lo desdobló añadiendo: — Es una *carta de seguridad*, como entonces se llevaban. Señor escribano: léala usted, que necesariamente traerá el nombre de su dueño.

Y así diciendo, se la entregó al interpelado, á quien todos rodearon ansiosos.

Pero apenas hubo aquél echado la vista sobre la carta, cuando exhaló su pecho un ge-

mido parecido á un rugido, giró alrededor de sí sus desencajados ojos, se echó hacia atrás, y cayó al suelo desplomado.

—¿Qué es eso? ¿qué ha visto?—exclamaron todos con asombro.

El Alcalde, que se había apresurado á recoger el papel, leyó en alta voz:

—*Carta de seguridad á favor de Juan Isidro Alfaro.*

— ¡Jesús María! — exclamó Pascual;—ese es el arriero de mi pueblo que desapareció con su hijo hace más de veinte años!

—Visto se está que él y su hijo deben haber sido muertos aquí, y aquí mismo enterrados,—opinó el Alcalde.

—Se debe inferir, — añadió el cirujano;— y que aquí se ocultaba un crimen que hoy arroja de su seno la tierra.

— ¡Y decía el escribano,—exclamaron las mujeres, — que en todo veíamos milagros de Dios! ¿Qué dirá ahora?

— Lo que hay que hacer ahora es llevar este hombre á su casa, señor Alcalde,—dijo el cirujano, señalando al accidentado escribano; —no lo creía hombre de tan poco espíritu.

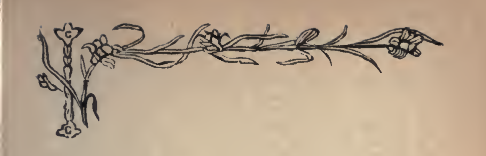
— No es poco espíritu, es otro juicio de Dios para castigarlo de no creer en ellos, — repuso una mujer.

—Puede, puede que sea eso,—añadió pensativo y preocupado el Alcalde. —Señor,—

añadió dirigiéndose á Pascual: — haga usted el favor de ayudar aquí y prestar su mulo para llevar sobre él á este hombre al pueblo... Pero ¿qué hace usted ahí?—prosiguió, viendo que aquel á quien se había dirigido cortaba y pulía dos desiguales trozos de una rama de olivo.

—Una cruz, señor,—respondió Pascual;—y no me iré sin haberla dejado clavada en este olivo, para que reclame en favor de estos infelices las preces y sufragios de que por tanto tiempo han carecido sus almas.





CAPITULO XII

El escribano fué llevado á su casa, recibiendo en seguida la asistencia que reclamaba su estado; pero apenas recuperado de su accidente, fué acometido de una violenta calentura con delirio, en el cual se estremecía, sin dejar de repetir:

—¡Yo no! ¡Yo no he sido! ¡Mis manos están limpias de sangre! ¡Juan Cano y José Salas han sido! ¡Ellos, ellos, que no yo!

Estas palabras, que á gritos repetía, fueron recogidas por las personas presentes, las que se vieron precisadas á testificarlo en la causa que sobre el descubrimiento de los dos esqueletos enterrados en el olivar al momento se instruyó.

Sin demora y con sigilo fueron aprehendidos los que en su delirio nombró el escribano, cuyos nombres eran ya conocidos en los Tribunales. Cual si todo en este desenlace lo guiase á las claras la mano potente de la Providencia para que patentizase un hecho sepultado en el misterio, en el olvido, en la

impunidad, estos hombres, al saber que era el escribano la causa de su arresto, sin la circunstancia, que se les ocultó, de ser involuntaria su delación, declararon á su vez toda la verdad, manifestando cómo por un deseo de venganza habían sido inducidos por el escribano á perpetrar el crimen.

Incomunicados los reos, hallados conformes en sus respectivas declaraciones, hasta en los más mínimos pormenores, y unido á esto las de otros arrieros, que declararon recordar que por aquel mismo tiempo habían tenido Juan Isidro Alfaro y su hijo palabras y desavenencias con el escribano por una tarifa arbitrariamente impuesta por éste, la convicción del crimen y de sus causas quedó patente ante los ojos de los jueces. Así fué que en breve se sustanció la causa, recayendo pena de muerte para los asesinos, y de cadena perpetua, después de presenciar con argolla la justicia de sus cómplices, para el escribano.

La pobre mendiga apenas empezaba á convalecer cuando llegó á su conocimiento haber sido hallados los restos de su marido y de su hijo, vilmente asesinados en la espesura de un olivar.

Veinte años de angustia y de temores no habían preparado bastante todavía aquel amante corazón de esposa y madre á recibir la in-

fausta nueva de tamaña desgracia, que la sobrecogió y llenó de amargo desconsuelo, como lo habría hecho el mismo día en que aconteció.

El ser moral del hombre tiene una aptitud inmensa para el sufrimiento, así como para soportarlo tiene su ser físico no menor resistencia, por lo cual la pobre anciana, que todos comparaban á una pavesa, no murió, no tuvo recaída, sino que, al contrario, parecía haberla vigorizado el dolor para hacerla sufrir más; ¿ó era acaso que Dios la conservaba por tenerla destinada á ulteriores miras?

Todo lo providencial que había en el hallazgo de los esqueletos y en el descubrimiento del crimen y sus autores excitó de nuevo y con más intensidad el latente interés de todos los convecinos de la infeliz anciana. Vióse sin cesar rodeada de buenas, rectas y compasivas almas, que la prodigaban á porfía expresivas muestras de compasión é interés, consolándola, llorando con ella, y demostrando con energía su profunda indignación por tan cruel é inaudito delito, hijo de una vil é injusta venganza.

Un día, varios vecinos se habían reunido con este objeto á su lado en su miserable vivienda.

—Se creían quizás esos malvados,—decían con esa energía y esa vehemencia, que en su

modo de sentir y expresarse tiene el pueblo, hijas de su caliente corazón,—que se creían libres y seguros porque estaba oculto su delito; pero se habían olvidado de que Dios consiente, más no para siempre.

—¡Y pensar,—exclamaba la una,--que esos perversos, reteperversos, han visto las lágrimas y la miseria de usted, tía Ana, durante veinte años, y se han quedado tan frescos y como si tal cosa! ¡Si esto clamaba al cielo, y el cielo lo oyó!

—¡Si con cien vidas que tuviesen no pagaban!—opinaba otra.

—Hasta el día que los vea sentados en el banquillo,—añadía un hombre,—no creeré yo que hay justicia en este mundo.

—Pues no tardarán en estarlo, que la causa va viva,—dijo Pascual, que se hallaba presente;—y asina había de suceder siempre, y no dormirse los jueces, como suele acontecer; bastante tiempo han andado esos villanos libres, y olvidados de que Dios puede más que el diablo.

En este momento entró en el miserable albergue de la desconsolada anciana el cura, acompañado de otro sujeto, y después de saludar á la mendiga, le habló en estos términos:

—Tía Ana: sabido es que por las benignas y cristianas leyes de España influye en el

rigor del castigo de los delincuentes el perdón de los ofendidos, esto es, de las personas más allegadas á las víctimas de los crímenes cometidos por aquéllos. No parece sino que los religiosos legisladores que las hicieron quisieron á un tiempo dar ocasión á los unos de hacer una obra de piedad insigne, y procurar á los otros un alivio en su pena, que la Justicia no podía concederles sin faltarse á sí misma. ¡Qué magníficas, qué nobles, qué generosas son las instituciones humanas, en cuyo establecimiento ha predominado el espíritu religioso en toda su calma y en toda su pureza! Este señor que me acompaña ha llegado á mi casa para que con él viniese á la de usted con objeto de preguntarle si, como buena cristiana, que gracias á Dios es usted, perdona á los que dieron muerte á su marido é hijo y á quien los indujo á ello.

—Sí, señor,—contestó sin detenerse, sencillamente, sin esfuerzo, como sin ostentación, la afligida anciana.

Ninguno de los que estaban presentes, ni aun los que antes con más vehemencia clamaban contra los culpables, extrañaron, contrarrestaron, ni menos motejaron la respuesta dada por la buena cristiana.

El perdón para el católico pueblo español es, no solamente una cosa moral, generosa,

noble y debida, es una cosa *sagrada*. Habrá, quizás, arrastrado por la pasión, quien no lo ejerza; pero nadie que por tal no lo tenga.

— De manera, — dijo el que venía con el cura, — ¿que no tendrá usted dificultad en ratificar ante los Tribunales el perdón que dice usted al señor cura que otorga?

— No, señor,—contestó la interrogada.

—Tía Ana,—dijo el cura: — ofrezca usted á Dios el perdón que concede en sufragio por las almas de los que llora; más les aprovechará que el castigo y última pena que sin él sufrirían los reos.

Al día siguiente era conducida la pobre mendiga en una buena mula, con todo miramiento y cuidado, á Sevilla, é introducida en el palacio de la Audiencia.

Después de exigirla el juramento, viendo el Juez que la anciana no podía sostenerse en pie, tales eran su debilidad, su cansancio y su conmoción, mandó que se trajese una silla, sobre la que cayó la infeliz desplomada.

Preguntóle el Juez solemnemente:

—Señora: como agraviada, ¿perdona usted á Juan Cano y á José Salas, asesinos convictos y confesos de su hijo y marido, y al escribano N. N., convicto de haberlos inducido á cometer el delito?

—Sí, señor,—contestó conmovida y hecha un mar de lágrimas la infeliz anciana.

Entonces, y mientras se estampaba este perdón en la causa, perdón que libraba la vida á los dos asesinos, conmutando esta pena en la inmediata de presidio perpetuo, y al escribano de la ignominia de presenciar con la argolla al cuello este suplicio, el sujeto que había ido el día antes con el cura á la casa de la anciana, y que era próximo pariente del escribano, se acercó á ella, y excitado por la satisfacción de ver á su familia libre de la última infamia, la dijo:

—Señora: no tema usted ya por su porvenir, que, como es justo, corre de nuestra cuenta, y á fe que de aquí en adelante no pedirá usted más limosna, pues recibirá el pago del bien que á otros ha hecho.

Pero todos los presentes fijaron sus sorprendidas miradas en aquella miserable, agobiada y anonadada pordiosera, al ver que, levantándose derecha y erguida, alzaba su inclinada cabeza, y que recobrando sus amortiguados ojos toda la vida y animación perdidas, los fijó en el que había hablado con una mirada en que ardían el más arrogante desdén y la más noble indignación, exclamando:

—¡¡¡PAGO!!! ¡ESO NO! YO NO VENDO LA SANGRE DE MI HIJO...



CAPITULO XIII

Pasadas unas semanas que tuvo precisión de permanecer en Sevilla, regresó don Anacleto á su hacienda.

—Señor,—le dijo el capataz el primer día de su llegada:—sepa su merced que no he encontrado quien me haga los mandados de balde ó por un pedazo de pan, como los hacía la pobre tía Ana; todos quieren que se les pague su trabajo con dinero.

—Pues, y la tía Ana, ¿por qué no los hace?—preguntó don Anacleto.

—No puede hacerlos: la infeliz está postrada, y no se puede mover ni aun para salir á pedir limosna; bien pudiera su merced socorrer esta necesidad, que es de las mayores que se ven.

—¡Yo!...—exclamó indignado don Anacleto.—¿Yo había de cometer la necedad de socorrer una necesidad voluntaria, que puede tener alivio y lo rechaza? ¡Pues ya!

Pascual miró con asombro á su amo, y por la primera vez en su vida no halló réplica.

—No estimulo soberbias,—prosiguió don Anacleto,—ni paso la plaza de tonto.

—¡Soberbia!—exclamó Pascual;—¡señor, si la tía Ana es más humilde que la tierra!...

—Pues si no lo es rehusar el socorro que le ofrecen los que causaron su daño y tienen obligación de prestárselo, será rencor.

—¡Señor,—exclamó Pascual:—si á la tía Ana, visto se ha estado, le reboza el perdón en el corazón, como á la Reina.

—Pues será por tontería, — opinó don Anacleto.

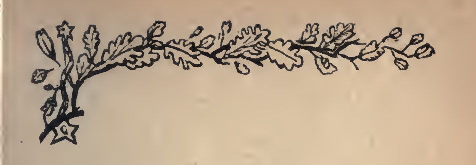
—No es, y mucho le falta para ser tonta á la tía Ana,—dijo Pascual.

—Pues ¿qué es ese aferramiento en no querer tomar lo que le dan aquellos que deben hacerlo? ¿me querrás decir?

—Es *nobleza*, señor,—contestó Pascual en voz grave y con la dignidad del que tiene y comprende la nobleza de alma.

—Por vida del diablo tonto (que también los hay),—exclamó don Anacleto;—pues si le ha dado la chochez por ahí, que perezca de puro noble.

—No perecerá,—replicó el capataz;—hasta hoy no le ha faltado el pan, ni le faltará hasta su muerte, que somos muchos en el pueblo que, aunque pobres, si antes le dábamos como uno, ahora le damos como dos, con el fin de que el perdón que otorgó tan sólo por caridad cristiana lo lleve á la gloria puro y santo como lo concedió.



EPÍLOGO

Hemos dicho al principio de este relato que buscábamos la nobleza; y no por haberla hallado entre los harapos de una mendiga hemos de dejar de ponerla, con veneración y entusiasmo, á la luz del día.

El Cristianismo, no sólo enseña é inculca lo bueno y lo santo, sino también lo bello y lo elevado.

Los soberbios aspiran en vano á la nobleza, que no se puede amalgamar con el vicio, que de todos es el más descarado y despótico. Los humildes la tienen, sin buscarla, practicando las virtudes cristianas.

DEUDAS PAGADAS



PRÓLOGO

AL dar á luz en el folletín del periódico nominado *El Reino* el precioso *Cuadro* de FERNÁN CABALLERO que hoy se presenta de nuevo al públíco en este volumen, corregido y considerablemente aumentado, se estampó la siguiente nota:

«En uso del derecho que nos concede la ley de propiedad literaria, queda prohibida la reimpresión del presente *Cuadro de costumbres*, que el ilustre autor se propone publicar por separado, destinando el producto de su venta á los inutilizados en Africa.»

Pocos días después el que traza estos renglones recibía carta de FERNÁN, y en ella los siguientes párrafos:

«He visto en su periódico que la impresión suelta que se va á hacer de *Deudas pagadas* por cuenta de S. A. R. el Duque de Montpensier, aparece como hecha á mi costa; esto no puede pasar, porque no es cierto.»

Y más adelante:

«Sería una gran fatuidad y una cosa en extremo fea, que pase yo ó me dejase pasar por tan generoso sin serlo, aunque no por falta de voluntad.»

Tal es nuestro admirable pintor de costumbres: siempre la verdad y la rectitud por guía; siempre por auxiliares los más nobles sentimientos del corazón.

Ahora cúmpleme indicar de qué provino la equivocación de *El Reino.*

Una persona tan distinguida por su talento como apreciable por su carácter, el Excelentísimo Sr. D. Antonio de Latour, para quien expresamente había escrito Fernán *Deudas pagadas*, tuvo la bondad de facilitarme el manuscrito de esta obra, autorizándome á publicarla en *El Reino*. Al entregármelo me anunció que habría de hacerse otra edición por separado, cuyo producto en venta se destinaría á los heridos é inutilizados en la guerra de África, por ser tal el deseo del autor. El Sr. de Latour no me dijo entonces más. Fernán me reveló á poco lo que desde luego debí yo haber adivinado.

Conociendo el noble carácter del insigne literato francés que con tanta asiduidad y benevolencia se consagra al profundo estudio de la lengua y de la literatura española,

y que pone tan particular empeño en examinar nuestras riquezas históricas, tradicionales y artísticas, así como en apreciar imparcialmente los rasgos más imperceptibles de los hábitos y costumbres de nuestro pueblo, no es de extrañar la reserva del Sr. de Latour; sobre todo si se atiende á que mediaba en este asunto el nombre de un Príncipe cuya liberalidad es amiga del silencio. Las almas generosas no se pagan del ruido: para ellas la mejor recompensa de una buena acción en este mundo consiste en haberla hecho. A tan cristiana máxima se ajustan los Serenísimos Infantes de España, Duques de Montpensier y su digno secretario el Sr. de Latour. Tal es también la hermosa doctrina que practica el escritor predilecto de Sus Altezas, el tierno y simpático autor de *Clemencia* y de *Simón Verde*, de *La Gaviota* y de *Lágrimas*.

Pero las buenas acciones á que no suele dar importancia (porque las juzga cosa natural y corriente) el que las aconseja ó las hace, se deben pregonar y encarecer, si no hay en ello ningún impedimento atendible. Harto se propalan todos los días hechos inicuos ó vergonzosos, habituándonos á escuchar con cierta punible indiferencia las ma-

yores abominaciones, para que el que piense con rectitud y ponga interés en el mejoramiento de las costumbres pueda hacer caso omiso de tan inútil y saludable enseñanza. Inclinar el ánimo á la práctica de la virtud; despertar la emulación en el bien; predicar con la elocuencia del ejemplo amor y caridad, se tendrá por noble empresa en todos tiempos, y más aún en los que vivimos. Ofrecer este ejemplo cuando se trata de acudir en auxilio de los que han expuesto generosamente su vida en defensa de la Patria es y será siempre doblemente meritorio.

Y á la verdad que el Señor Duque de Montpensier, cuya ilustración y buen gusto en materia de artes y literatura son generalmente conocidos, no podía costear la impresión de una obra más á propósito que *Deudas pagadas* para el laudable fin á que la destina. Ni hay pluma á quien mejor cuadre pintar el heroísmo y nobleza de nuestros soldados, la agudeza de sus dichos, la bizarría de sus hechos, que á la del escritor eminentemente popular y castizo en quien se hermanan tantas y tan peregrinas dotes.

¿Quién no conoce en España á Fernán Caballero? ¿Quién que tenga amor á la literatura honrada, á la fiel é ingenua expresión

de la vida íntima de nuestro pueblo, no ha leído y admirado alguna siquiera de las obras que, como olorosas flores del campo, esmaltan la corona del autor, salpicadas del rocío inmaculado de la virtud y de los más puros y delicados afectos? ¿Quién no le ha visto en el desdeñado hogar del pobre trabajador, arrebatándole el secreto de sus modestas virtudes, fotografiando, digámoslo así, con pincel inimitable las sanas alegrías del campesino andaluz, la abnegación, la humildad, la sublime dignidad del menesteroso y afligido que soporta con resignación la desgracia y que no maldice ni se abate á las bajezas propias sólo de la insolente codicia?

¿Y quién que de algunos años á esta parte haya visitado la Andalucía baja, no ha procurado conocer personalmente al autor de *Elia*? ¿Quién no lo ha buscado en el florido Puerto que lleva el nombre de la Madre de las madres, de la siempre Virgen *María;* ó en su modesta y *confortable* casita de Sanlúcar de Barrameda, adornada de flores y de pájaros, situada á la sombra maternal de un convento de religiosas; ó bien en el morisco alcázar de Sevilla, junto al arco donde todavía resplandece el león de España ostentando victorioso la cruz con el expresivo mote *ad*

utrumque? ¡Oh, cuántas veces, después de una larga conversación con Fernán Caballero, con esa alma noble y candorosa (de quien no se apartan jamás los que cultivan su ameno trato sin respirar blando perfume de bondad, sin sentir preñado el corazón de dulces lágrimas y ansioso de hacer bien al prójimo) me ha parecido más hermosa la naturaleza, al discurrir por entre los pinos que, como centinelas avanzados del Guadalquivir, lo saludan cuando se precipita en el mar! ¡Cuántas veces he visto con placer inexplicable, en el camino de Chipiona ó de Bonanza, las mismas poéticas gentes del pueblo que el talento observador y benévolo de nuestro autor retrata con tan pintoresca fidelidad y ternura!

Pero no acabaría si quisiera expresar aquí todos los puros sentimientos y tiernos afectos que despiertan en mi alma el solo nombre de Fernán y la dulce memoria de los amigos que en días de amargura templaron mis pesares (y hasta me hicieron olvidarlos) en Sanlúcar de Barrameda. No se trata de dar paso á mis recuerdos, por más que los acaricie y disculpe el más hermoso tal vez de los sentimientos humanos, la gratitud. Trátase de Fernán Caballero, del escritor bueno y sim-

pático por excelencia, y no es justo entretener al lector abusando (como hoy generalmente se abusa) del *yo satánico* de que hablaba nuestro gran Donoso. Volvamos, pues, á FERNÁN.

Sin embargo del vivo empeño con que la ilustre persona que esconde su nombre bajo este seudónimo, tan famoso ya dentro y fuera de España, ha procurado ocultar que es ella la autora de tantos cuadros inmortales, no por eso ha dejado de hacerse público. ¡Puede tanto la curiosidad! ¡Es tan natural que nos esforcemos por saber quién es, por averiguar dónde pára el bien intencionado escritor á quien somos deudores de tantas inocentes delicias! ¿Cómo no empeñarse en conocer y tratar al superior talento que ha conmovido á su antojo nuestro corazón con el sencillo relato de sucesos comunes y de afectos verdaderos, cuya profunda originalidad y belleza consiste precisamente en esa misma verdad y sencillez que todos conocen y sienten, pero que sólo llegan á expresar como FERNÁN lo hace, aquellos ingenios extraordinarios templados para lo bueno y hermoso en fuego que emana del foco mismo de la luz celestial é inextinguible.

El verdadero nombre de FERNÁN ha dejado ya de ser un misterio para la mayor parte

de las gentes que saborean con placer la poesía que rebosa en las ejemplares narraciones del católico y popular autor de *Callar en vida y perdonar en muerte*. Al ver tanta delicadeza en el pensar, tanta dulzura en el sentir, tan fina penetración y agudeza en todo, muchos adivinaron desde luego que sólo era capaz el alma de una mujer de atesorar prendas de tal valía. El corazón de una mujer buena es, en efecto, el más hermoso presente de la Divinidad. Averiguado esto á tan poca costa, lo demás había de ser naturalmente obra del tiempo. Y así lo ha sido. Oigamos, pues, á un testigo muy abonado, al insigne escritor á quien FERNÁN dedica *Deudas pagadas*:

«Algunas personas—dice—me han dispensado el honor de preguntarme si por acaso FERNÁN CABALLERO era la señora Duquesa de Montpensier... No, la augusta hermana de la Reina Isabel no es FERNÁN CABALLERO. Bien sé que S. A. tiene afición suma á la persona y á las obras de este ingenioso escritor; pero, entregada exclusivamente al cuidado de educar á sus hermosos hijos, puedo asegurar que nunca pensó en pintar la Andalucía ni en referir sus leyendas, contentándose con prestar á quien las refiere la atención más solí-

cita y afectuosa. No debe, pues, buscarse al autor de *La Gaviota* en el palacio de San Telmo, sino á dos pasos de él, dentro de la misma Sevilla, en una de las torres del antiguo alcázar morisco construído por don Pedro.

»Semejante vivienda es como hecha de encargo para tal huésped. Al asomarse á la ventana rasgada en el fondo de su salón principal, FERNÁN puede ver á su izquierda la bóveda bajo la cual Sancho Ortiz, el Cid de Andalucía, el héroe de Lope de Vega y de Mr. Lebrun, quitó en duelo la vida á Bustos Tavera, hermano de su prometida. (1) Al frente tiene el Archivo de Indias, en que duerme la Historia de la España americana esperando al encantador que ha de sacarla de entre el polvo de tantos manuscritos; y á su derecha ve, en fin, la Catedral y la Giralda, pasión

(1) El Sr. de Latour acepta de buen grado la tradición poética difundida y acreditada desde que Lope de Vega dió á luz *La Estrella de Sevilla;* pero esta tradición carece, en mi opinión, de verdadero fundamento histórico. Lope quiso, sin duda, pintar en su obra, el trágico fin de Escobedo, y la persecución de que fué víctima el secretario de Felipe II Antonio Pérez; y como estaban demasiado recientes tales sucesos para sacarlos al teatro sin rebozo alguno, los atribuyó al rey Don Sancho *el Bravo*, y á los imaginarios Sancho Ortiz y Bustos Tavera.—*M. C.*

de los artistas. Tan poéticos monumentos circuyen una plaza ovalada con acacias y naranjos. Así por poca atención que Fernán Caballero preste hacia aquella parte, la brisa le lleva durante el día todo el rumor de la vida popular, y por la noche las dulces conversaciones de los amantes que se sientan en los bancos. Pero á la hora en que el sol dora con sus últimos rayos los desiguales techos de aquellos monumentos, si Fernán sube á su torre y alza y lleva más lejos sus miradas, desaparece de su presencia la obra del hombre para ceder el puesto á la del Criador; ó mejor dicho, se le presentan las dos mezcladas y confundidas, porque los grandes paisajes despiertan grandes recuerdos. Allí se extienden las inmensas cuestas del Aljarafe, coronadas de olivos, y á las que todavía la tradición da el nombre de jardines de Hércules; aquí se encuentra el poético convento de San Juan de Alfarache, ciudadela romana un tiempo, después castillo morisco, y hoy santa ruina, al lado de sus dos cipreses que parecen velar por ella y consolarla. Al pie de la roca que sirve de pedestal al convento, hay una aldea encantadora, cuna del héroe de Mateo Alemán y de Lesage, tan poco parecido por cierto á los

de FERNÁN CABALLERO; más lejos, subiendo la cuesta, se perciben las blancas casas de Castilleja, donde murió Hernán Cortés, olvidado de su Rey y de la España, bajo un techo que á lo menos está seguro de no perecer. (1) Al pie de aquellas ricas colinas pasea el Guadalquivir sus hermosas y pacíficas aguas. Allí el observador mira, el novelista escucha, y el escritor no tiene que hacer más que recordar.

»Pero forzoso es haber aprendido en alguna parte á mirar, á escuchar, á observar y, sobre todo, á escribir. Ya he confesado que FERNÁN CABALLERO puede bien ser una mujer; pero, si lo es, de seguro es andaluza. Abriéronse sus ojos por vez primera bajo aquel hermoso cielo y en aquellas hermosas comarcas, y de aquí proviene su amor á la

(1) Débese, en efecto, á la generosidad y patriotismo de los Sermos. Sres. Duques de Montpensier el que se conserven restaurados y convenientemente custodiados los restos de la casa donde falleció Hernán Cortés en Castilleja de la Cuesta. Los mismos insignes Príncipes han costeado también la restauración de la Rábida, que ya amenazaba ruina, y levantado de nuevo la capilla de Nuestra Señora de Valme, fundada por el Santo Rey Don Fernando en término de Dos-Hermanas. Estos rasgos de piedad, religiosa y amor á los antiguos monumentos históricos, desatendidos ó maltratados por el vandalismo y por la incuria, no necesitan encomios.—*M. C.*

Andalucía y el entusiasmo con que la pinta. Sin embargo, FERNÁN no conoció bien todo el encanto de su país natal hasta que vió otros. Es una andaluza que ha recorrido la Francia, la Inglaterra y la Alemania, y que además lleva sangre alemana en sus venas(1). Por instinto había conocido los encantos de su Andalucía; pero, cuando la vió de nuevo fué cuando la vió bien, y cuando aquella tierra privilegiada se le presentó con toda su gracia y esplendor. Pudiendo compararla con las otras, túvola más afecto y conságrole preferencia más ilustrada; y el día en que descubrió que poseía el talento de pintarla, no hizo lo que esos artistas que, apenas se figuran haber puesto el pie en tierra desconocida, no perdonan ni el más leve pormenor, y perjudican á la misma verdad de la copia á puro querer que en ella figure todo. No; FERNÁN CABALLERO no aspira á ser el Cristóbal Colón de Andalucía. Sus rápidas excursiones fuera de España le pusieron en

(1) ¿Seré imprudente recordando en este lugar el nombre insigne y por siempre memorable del erudito alemán D. Juan Nicolás Bohi de Faber, tan querido y venerado de FERNÁN CABALLERO, y á quien es deudora España de la más rica y bien ordenada *Floresta de Rimas antiguas castellanas*?—*M. C.*

aptitud de escoger y admirar atinadamente, y esa relación involuntaria que por sí misma se forma en la imaginación del pintor ó del escritor es la que á entrambos proporciona el verdadero punto de vista. Los cuadros y narraciones de Fernán Caballero, como los de Walter Scott, cuyo nombre se viene naturalmente á la memoria y á los labios siempre que se habla de Fernán, tienen esa verdad interesante que proviene de una observación sincera y profunda, y no de la sorpresa de un encanto pasajero.

»Una docena de años habrá, á lo sumo, que aparecieron las primeras publicaciones de Fernán Caballero. En un principio fueron apreciadas tan sólo por limitado número de amigos, en quien se mezclaba cierto asombro é incertidumbre con una admiración tímida y recatada. Saboreaban ésos su lectura, que interesaba y conmovía; pero tenían, por decirlo así, repugnancia para saludar de buenas á primeras, y sin tomarse tiempo de pensarlo, como á inteligencia selecta y talento superior á la amiga del día antes, á la que, según la costumbre española, se designaba aún por su nombre de pila. No fué, ciertamente, profeta en su país Fernán Caballero hasta que, admitida su fama fuera de

Andalucía, tornó de nuevo á pasar la Sierra-Morena, y hasta que ofrecieron sus Novelas á la admiración del lector los nombres más imponentes de la literatura española. El misterio que por algún tiempo todavía encubrió la personalidad del autor no perjudicó á su popularidad creciente, porque España tiene afición á encontrar en todo algo de romancesco.

»Mucho tiempo había vivido Fernán Caballero sin figurarse que más tarde debía referir á sí misma y á los demás, fijándolas en una forma duradera, las patéticas historias que iba reuniendo en su memoria, y sin saber que estaba llamada á representar en todo su esplendor aquella rica naturaleza en cuyo seno tanto le gustaba vivir. Abeja diligente, libaba flores con la intención de guardar la miel para sí sola; pero llegó un día en que se abrió la corteza de encima, y la miel se derramó.

»La primera obra de Fernán Caballero (y cuidado que ella no creía haber escrito una obra) fué *La Familia Alvareda*. Había oído el autor referir la anécdota en que estriba el argumento de esa narración interesante, bajo los mismos olivos en que acaeció, y recibiendo con ella impresión muy viva, al

volver á su casa escribió en alemán sus trágicos pormenores, dando después al olvido el manuscrito.—Cuando con nuestro amigo Dauzats estuvisteis, querido Taylor, encargado por el Rey Luis Felipe de una misión en España, y frecuentabais una de las raras casas de Sevilla en cuyos salones había entonces chimenea, ¿pudisteis figuraros, por ventura, que en aquella despierta Marquesa que os recibía con tanta gracia se ocultaba un escritor delicioso?

»Creo que el Barón Taylor no obtuvo ninguna confidencia literaria de la que sobre doce años más tarde había de ser FERNÁN CABALLERO. Washington Irving, que pasó por Sevilla algún tiempo después que el Barón Taylor, algo de ello hubo de figurarse, sin duda, porque le fué permitido leer *La Familia Alvareda*. Sorprendido y encantado quedó; y no sé cómo no tomó de aquel talento, que así se le ponía de manifiesto, el arte de dar colorido local más verdadero á sus lindos *Cuentos de la Alhambra*. Pero, sin duda, había ya entonces levantado el sitio y volvía de la conquista de Granada.

»Transcurrieron algunos años, fecundos por cierto en pruebas de más de un género, y en los cuales FERNÁN CABALLERO buscó en

las letras una distracción venturosa. Entonces fué cuando escribió *La Gaviota.* Redactóla sucesivamente en español y en francés, con intención, según dicen, de publicarla en Francia. He hojeado el manuscrito francés; pero, como en aquella época hubiese aparecido *La Gaviota* en castellano, me detuve, no tanto (lo confieso) en la obra misma, que ya había leído con placer en el verdadero idioma del autor, como en ciertas ilustraciones *á la pluma* que advertí en las márgenes del manuscrito, comentario expresivo de una mano querida... ¡ay! helada ya para siempre.

»Si Fernán hubiese abrigado en realidad el pensamiento que le suponen, indudable es que hubiera llegado á obtener un puesto honroso en nuestra muchedumbre de novelistas. Pero si tuvo efectivamente aquel pensamiento, debe creerse que pronto renunció á él, y que comprendió, afortunadamente para todos, que mejor le estaba ser el primero en Madrid que el segundo en París. Gracias á esta resolución, España ni siquiera supo el riesgo que había corrido de perder al mejor y más amable narrador que ha poseído desde aquel que no se puede comparar á nadie, desde Cervantes.»

Los preciosos datos biográficos que anteceden (tanto más preciosos cuanto más difícil era obtenerlos, merced al tenaz empeño de FERNÁN en que no se hable de su persona) serán sin duda del agrado de los curiosos. Pero, ya que debemos al Sr. de Latour estas noticias, que vienen á confirmar la general sospecha de que el autor de *La estrella de Vandalia* pertenece á la más hermosa mitad del género humano, oigámosle exponer con gran tino en breves palabras las dotes que principalmente resplandecen en las producciones de nuestro admirable y querido autor:

«Ninguna de sus obras—dice el señor de Latour—deja de dar alta idea de la moralidad que avalora las acciones de FERNÁN CABALLERO, ni de recomendarse por el brillo y verdad de las descripciones, por el interés de la narración, por la originalidad del diálogo y por la profunda sencillez de la acción; pero llaman la atención todavía más el especial carácter de la invención y el orden de la composición en el autor de tantas novelas distinguidas. FERNÁN CABALLERO, hasta cuando inventa, parece como que recuerda: tal es el don supremo del que narra. Y con efecto, el verdadero narrador, lo que hace aquí frecuentemente es recordar; pero con

la circunstancia de que el hecho que saca del fondo de su memoria llega al remate de su pluma transformado é idealizado. FERNÁN CABALLERO ve mucho, observa sin cesar y retiene sin esfuerzo. Después viene el sentimiento moral y la pasión interior, sin que apenas caiga en ello, á dar colorido y vida á lo que vió, observó y retuvo. No creo que, á excepción de una sola vez (como ya he dicho) se haya empeñado en combinar situaciones, ni la he visto jamás complacerse en las mil astucias del oficio: esta sola palabra la horrorizaría. Sabe dónde va y lo que se propone conseguir; pero no creo que cuando toma la pluma se cure mucho de lo que desde luego han de decir ó hacer sus personajes. Nunca se da prisa al empezar. Se pone en viaje como el que, estando seguro de que ha de llegar, no repara ni en la hora ni en el camino. Detiénese á sus anchas á admirar el paisaje, á describir sus héroes y á oirlos hablar entre sí; y no se hará de rogar para meter baza y echar su reprimenda al tiempo actual, cosa que acaso le sucede más de lo que correspondiera. Pero, en cuanto el drama se apodera de la escena, desaparece el autor de repente y la acción se precipita con irresistible energía. Así sucede con frecuencia

que, después de una primera parte llena de gracia, de amable descuido, de finas advertencias y de interesantes pinturas, en la segunda no se encuentra más que pasión é impetuosidad; ya no hay nada inútil; todo lo lleva un mismo soplo, hombres y cosas, hacia el desenlace inevitable, arrebatado á veces como con el filo de la espada.

»Y al lado de ese tacto exquisito, de esa dignidad innata y de esa particular afición á todo lo que es noble, generoso y elevado, de esa fina inteligencia de las necesidades y hábitos de la sociedad culta, ¿qué puede haber más sorprendente que su aptitud particular para pintar el pueblo, la gente sencilla y el hombre del campo, gracias al envidiable don de interesarse por los pequeños, de entrar con simpatía en el fondo de sus miserias, de saber analizar sus ideas, preocupaciones y pasiones, sin que jamás una sensación desagradable venga á turbar la tierna compasión que inspiran los sentimientos del pobre? Verdad es que en FERNÁN CABALLERO (es menester no cansarse de repetirlo) la inspiración es profunda y sinceramente cristiana» (1).

---

(1) *REVUE BRITANNIQUE* (Janvier, 1860): FERNÁN CABALLERO, par M. Ant. de Latour.

Hasta aquí el señor de Latour.

¿No es cierto, amigo lector, que me agradeces (perdona la confianza) las noticias y observaciones aquí transcritas, más que si hubiera yo hablado de mi cuenta y riesgo engolfándome en una remontada disertación acerca de la novela, ó dandome aires de crítico *trascendental* para explicarte en qué consiste el singular mérito del precioso cuadro que vas á leer? ¿Acaso no conocerás tú su ingenua belleza sin necesidad de explicaciones, cuando sientas que asoman á tus ojos, y que no las puedas reprimir, lágrimas de ternura y de entusiasmo? Lee, apresúrate á leer *Deudas pagadas*, y, si después de esta lectura no crees como yo que, si aquí abrigásemos todos el acendrado patriotismo de FERNÁN, España sería la primera nación del mundo, dígote que no lo entiendes.

A FERNÁN CABALLERO no le alcanza en manera alguna la responsabilidad del mal inevitable y profundo que causa la literatura romancesca importada de Francia, y que tanto allí como entre nosotros, y como en todas partes, se esfuerza por efectuar en los sentimientos y en las costumbres una revolución tan desfavorable á los principios de la moral cristiana como á los afectos tiernos

y delicados, benévolos é indulgentes. La literatura que escandaliza en los libros con un descaro que ningún escritor decente se atrevería á usar ante personas que lo fuesen, y que se propaga impunemente en alas de una fecundidad tan pasmosa como funesta, es el polo opuesto de la que cultiva nuestro inestimable autor. Por eso se ha dicho y repetido, con razón harta, que los libros de Fernán Caballero no son sólo buenos libros, sino buenas acciones. Cuando ingenios corrompidos, tocados de la lepra más contagiosa y repugnante, prostituyen la inspiración y la belleza pugnando por divinizar los más brutales apetitos, las doctrinas más disolventes y absurdas, las más punibles aberraciones del entendimiento humano, el escritor en quien el mal epidémico no hace mella, que se conserva puro en una atmósfera viciada, y que tiene el valor de hacer frente al mal, predicando constante y generoso el bien, merece por tal heroicidad inmarcesible corona.

Todos los ramos de la literatura, aun los que menos se prestan á ello, participan hoy de un carácter polémico que suele perjudicarles mucho desde el punto de vista del arte, pero que da á las obras cierta importancia

de *actualidad* en la que estriba todo su mérito, y á la que deben las más veces el efímero y poco envidiable laurel que ciñe su frente, como ceñían la suya de flores las heroínas de la prostitución griega y romana. Pero de todos los géneros literarios, el drama y la novela son los que más dócilmente se han puesto á devoción de las doctrinas antirreligiosas y antisociales, con la satisfacción del muchacho de mala índole á quien se da carta blanca para entregarse á toda clase de excesos. Ambos son, á no dudarlo, de los instrumentos más eficaces que emplea el siglo, en su afan destructor, contra los principios verdaderamente salvadores. ¿Nacerá el bien de la intensidad y extensión misma del mal? Los que ponen tan vivo empeño en abatir los fundamentos del orden social, la religión, la autoridad bien entendida, el deber, el respeto, la resignación, todas esas grandes columnas de la humanidad, sin las cuales tarde ó pronto se vendrían á tierra las naciones, y los pueblos se convertirían en manadas de fieras sin otra ley que el instinto, ¿llegarán al cabo á sobreponerse á escritores como Fernán Caballero, que ofrece al hombre en cada dolor un consuelo, en cada infortunio una esperanza, para

cada virtud una perdurable recompensa? Renegaría de la ley del progreso, tan invocada en este siglo, si tal llegara á suceder.

Entretanto que inteligencias superiores ventilan y resuelven un problema tan difícil é importante, séame dado encarecer de nuevo la fe inquebrantable de Fernán, y recomendar á las madres de familia los hermosos ejemplos de moral pura y acendrado patriotismo que contienen todas sus obras. A pesar de los reducidos límites de *Deudas pagadas*, y del carácter especial de este opúsculo, también los hay en él, y de tal especie, que es necesario ser de piedra para no enternecerse al leerlos, ó tener el corazón completamente pervertido para no ansiar imitarlos. ¡De qué modo tan natural, con qué maravilloso artificio mezcla Fernán Caballero en este sencillo *Cuadro de costumbres* lo verdadero y lo fingido, lo histórico y lo verosímil! ¡Qué talento de combinación el que de tantos rasgos sueltos discordantes sabe formar tan admirable conjunto! Lo repito: las heroicas hazañas de nuestros soldados tendrán cantores que las celebren en estilo más elevado, historiadores que las aprecien y juzguen en cualquier sentido de una manera más épica; pero de seguro no habrá

pluma que arrebate á Fernán Caballero la gloria de dar en solo cuatro pinceladas cabal idea de la índole generosa de nuestros valientes, del espíritu cristiano y guerrero que los anima, del entusiasmo con que luchan por su Reina y por su Patria, de su jovialidad y sufrimiento, de su frugalidad y constancia, del chiste y agudeza con que suelen mostrar, á veces en los mayores conflictos, que no hay penalidad ni trabajo superior á la resistencia de su espíritu.

Sin alterar en lo más mínimo la verdad, antes bien, poniendo particular esmero en no apartarse de ella poco ni mucho, Fernán nos interesa y conmueve, acrecentando, si cabe, el amor á nuestros soldados y á nuestro pueblo, dignos por su patriotismo y por su fe de los altos destinos á que parece llamarlos de nuevo la Providencia. Escritor eminentemente popular, conoce como ningún otro el secreto de pintar al verdadero pueblo, guerrero y útil en los campos de batalla, laborioso y utilísimo en otros campos. Desde Cervantes hasta nuestros días nadie puede disputar en España á Fernán Caballero el lauro de perpetuar en sus libros (documentos históricos aún más verdaderos é importantes que la historia misma) el ca-

rácter y fisonomía de la gente del pueblo, no ya sólo desde el punto de vista de sus hábitos y costumbres, sino con relación á sus creencias, pasiones y sentimientos; agradándose siempre en lo bueno, condenando y compadeciendo lo deforme.

Para un escritor de esta índole la guerra de Africa debía ser, y ha sido efectivamente, despertador eficacísimo. Podría asegurar desde luego, sin temor de equivocarme, que cada victoria de nuestros soldados, cada rasgo de abnegación, de nobleza ó de humanidad de los muchos que honran en esta campaña el nombre español, ha resonado en el alma sensible y hermosa de nuestro autor como música del cielo. Cada grito de dolor, cada lamento de agonía exhalado por nuestros valientes compatriotas en el suelo inhospitalario del Africa al sucumbir luchando con el fanático enemigo de nuestra religión y de nuestra raza, lejos de la madre, de la esposa, de la amada, de todas las más caras prendas, ha encontrado eco en el compasivo pecho de Fernán y arrancado una bendición y una lágrima de lo más íntimo de su corazón: la bendición para el valiente; la lágrima para los deudos, para la esposa ó la madre. En esto, como en todo, el gran pintor

de costumbres ha ido á una con el común pensar y sentir de los buenos españoles.

Y ya que se trata de la guerra de Africa, supuesto que en ella se funda el sencillo é interesante argumento de *Deudas pagadas*, y que á beneficio de los heridos en esta lucha nacional ha de expenderse el presente opúsculo, costeada su impresión por un Príncipe que ha solicitado una vez y otra con vivo ardor compartir las fatigas y penalidades del sufrido Ejército de su Patria adoptiva, permítaseme consignar en este sitio (á fuer de español, aunque el más humilde de todos) el sentimiento de admiración y gratitud que me inspiran las virtudes de los defensores de mi Reina y de mi país. Pobre es la ofrenda, pero ninguna más desinteresada y sincera. El envenenado aliento de nuestras discordias políticas no ha viciado aún mi corazón, ni la adversidad ni los reveses lo han cerrado á los sentimientos generosos. Gracias á Dios, para mí todo interés se anula ante el interés de la Patria; sea ella grande y venturosa, y siga yo siendo, mientras viva, el último y más obscuro de sus hijos. ¡Desdichados los que piensen de otro modo! ¡Desdichados los que antepongan cualquier interés egoísta al bien, á la salud ó

á la gloria del suelo que les vió nacer! ¿Qué mayor debilidad, qué mayor desgracia que no comprender así, en circunstancias como las presentes, lo que debemos á nuestra madre España cuantos hemos tenido la dicha de abrir los ojos á la luz del sol bajo el azul de su hermosísimo cielo? ¿Quién más digno de compasión y de lástima?

Si es nuestro enemigo el que vence y humilla la soberbia del infiel en defensa de la bandera española, bendigamos y ensalcemos á nuestros enemigos. El rencor es estéril como las arenas del desierto. La injusticia que desconoce el mérito del adversario porque es adversario, es todavía más estéril. La envidia que se lo niega es la mayor calamidad que puede caer sobre pueblos y naciones. Nunca los pensamientos mezquinos produjeron cosas grandes. Los cálculos del egoísmo casi siempre se vuelven contra el que los fragua. Y aunque no suceda así y se realicen á medida del deseo, nunca logran despertar en nadie estimación ni simpatía. El corazón, en cambio, podrá engañarnos algunas veces; pero, aun de ese modo, nos honrará con la aprobación y el aplauso de los hombres de bien, que nunca desconocen lo que se debe á la rectitud y á la nobleza.

Por desgracia, no es la mejor para medrar en el mundo; mas ¿qué importa? ¡Ay de aquel que sólo atiende al provecho! ¡Ay del que tiene por única norma de conducta la ciega y bastarda aspiración de la conveniencia! Aunque puesto en boca de una gitana, prefiero seguir el concepto de Cervantes:

Haga yo lo que en mí es
Que á ser bueno me encamine,
Y haga el cielo y determine
Lo que quisiere después.

Dos palabras para terminar estos mal aliñados renglones. Fernán Caballero siente aún latir en su pecho el antiguo patriotismo español, sin mancha que lo enturbie ú oscurezca. ¡Dichosos héroes los que han merecido el aplauso de un alma tan generosa! ¡Feliz Patria la que todavía tiene hijos cuyo valor y cuyas virtudes son con justicia admiración de propios y extraños! ¡Dichosa guerra la que suministra al escritor verídico rasgos tan hermosos y envidiables como los que han reunido en *Deudas pagadas* la cariñosa solicitud y el claro ingenio de Fernán!

Madrid, Marzo de 1860.

Manuel Cañete.



AL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO LATOUR

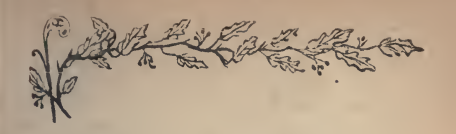
SEÑOR Y AMIGO:

ME pide usted que le escriba algún cuadro de costumbres, por más que muchas causas que usted no ignora se hayan reunido para privarme de todo deseo, de todo gusto y posibilidad de hacerlo. Pero ¿cómo rehusar nada de lo que de mi voluntad dependa á quien tantas y tan lisonjeras muestras de aprecio debo, á quien tantas y tan dulces pruebas de amistad agradezco?

He recurrido, pues, en mi impotencia, para imaginar, en mi completa falta de propio caudal, á la *verdad*, que me ha proporcionado algunas hojas sueltas de su archivo, y á la tradición, que me ha dado algunas flores de su siempre fresco y precioso herbolario, para colocarlas en aquéllas y formar un conjunto en que nada habrá mío, sino el hilo que las una. Pueda hallar este mi trabajo (en vista de los materiales que lo componen) el aprecio y la simpatía que no dudo le con-

cederá el noble extranjero que, cual su regio señor, ha venido á España para pagar tan ampliamente á los españoles el respeto, el aprecio, el amor y las simpatías con que éstos los han acogido.

FERNÁN CABALLERO.



DEUDAS PAGADAS [1]

CAPITULO PRIMERO

En la vida he dicho yo un *perdone usted por Dios*. ¡Bendita sea la misericordia divina!

Un pobre campesino.

Aunque los pueblos de las sierras de Andalucía, por su elevación, gozan en el estío de una temperatura más templada que los de los llanos en las horas denominadas *del sol*, reverberando éste en

---

(1) Habíamos pensado citar en nota los periódicos de que hemos tomado cada hecho, cada pormenor y cada extracto de los que han servido para formar este *Cuadro;* pero después nos ha parecido que sería un trabajo inútil, tanto más, cuanto que la mayor parte han sido traídos por varios periódicos. El primer hecho con que principia la vida de los dos jóvenes que ponemos en escena lo hemos tomado del excelente periódico *La Alhambra* de Granada, y sucedió en aquella provincia. Mucho nos pesa que la pequeñez de esta narración no nos permita insertar en ella sino un número tan corto, de entre la multitud de hechos heroicos que se suceden, y casi se atropellan, en la actual guerra de Africa.

las rocas que se hallan en los terrenos montañosos, se siente allí un calor seco y ardoroso, más pasajero, pero más irritante que en los llanos. Sufren principalmente sus abrasadores efectos los segadores nómadas, que, después de concluir en su provincia la recolección de las mieses, van á buscar trabajo en aquellas que aún se lo pueden proporcionar. Gran parte de estos segadores, de la provincia de Granada, llegan á la sierra de Ronda, en la que son bien venidos y recogen el fruto de sus penosas tareas, siempre que la enfermedad, esa plaga del pobre, no los postra y acaba con sus ganancias ó con sus vidas.

En tiempos piadosos se estableció un pequeño hospital para los pobres forasteros en Bornos, que es uno de los pueblos que como ramos lleva la sierra orlando su falda; hospital que en invierno permanecía cerrado, pero que en verano recogía á muchos de estos pobres segadores que la intensidad del calor hacía enfermar y que no tenían allí casa ni hogar.

Por los años de mil ochocientos treinta y tantos, en la tarde de uno de los días más abrasadores del estío, se hallaba sentada á la puerta de su casa en el mencionado pueblo una mujer de semblante dulce, bondadoso, ocupada en picar el tomate y el pimiento, y

en migar el pan que había de servir para el sano, nutritivo y sabroso gazpacho de la cena; no lejos de ella, en la calle, jugaban sus dos hijos, un niño de siete y una niña de cinco años.

Como el pueblo se halla en gran parte circundado de huertas y naranjales, situados en la vertiente de la planicie en que aquél se asienta, y que son regadas á esas horas por las claras y abundantes aguas de sus manantiales, traía la brisa de entre las hojas de los árboles de aquellas huertas, con el canto de los pájaros que despedían al sol, un ambiente fresco y perfumado, como si la naturaleza, esa buena madre, hiciese abanico de sus árboles para refrescar con él la frente de su predilecto ser: el hombre. La fachada de la casa gozaba ya las dulzuras de la sombra, mientras que al frente doraba aún el sol los objetos que desde allí se veían, esto es, los montes, que, pasado el valle, se alzan con sus desiguales crestas, como dóciles camellos que han recibido la carga de viñas, olivares y sembrados que les confía el hombre.

La madre, abstraída en su faena, no había notado que otro niño de muy pobres trazas se había acercado á los suyos, ni había oído el siguiente diálogo:

—¡Ah!—dijo el niño de Bornos al forastero—yo no te conozco: ¿cómo te llamas?

—Miguel: ¿y tú?

—Gaspar.

—Y yo me llamo Catalina—añadió la niña, que quería también ser conocida de su nuevo compañero.

—Yo sé la relación de Santa Catalina—dijo éste.

—¿La sabes? Pues *ímela*.

El niño recitó la siguiente:

¡Santa Catalina! mañana es tu día,
Subirás al cielo con santa alegría,
Y dirá San Pedro al verte llegar:
—¿Qué mujer es esta que viene á llamar?
—Yo soy Catalina, que quisiera entrar.
—Entra, palomita, en tu palomar.

—¡Qué preciosa es!—exclamó la niña.—¿Sabes otra?

—Mira, Catalina—gritó su hermano, que estaba comiendo habas tostadas;—mira, en esta haba hay un coquito muerto, un coquito tostado.

Y se puso á cantar:

El coquito se ha muerto,
Dios lo perdone.
A enterrarlo lo llevan
Los cigarrones.

—¿Me das habas?—suplicó el niño forastero.

—Sí, toma. ¿Te gustan mucho, muchísimo?

—Sí, que me gustan; pero te las pido porque tengo mucha hambre.

—Pues qué, ¿no has comido?

—No.

—¿Ni *almorzao*?

—No.

—*Mae, mae*—gritaron ambos niños dirigiéndose á la suya:—este pobrecito niño no ha comido ni almorzado, y tiene mucha hambre; dénos usted pan para dárselo.

—¿Que no ha comido?—dijo la buena mujer, dando un pedazo de pan al niño con esa caridad cariñosa tan propia de las mujeres hacia los niños.—¿Pues no tienes padres, hijo mío?

—Sí; pero no tienen pan que darme.

—¡Pobrecito! Y ¿dónde están tus padres?

—Allí,—contestó el niño, señalando con el dedo hacia una callejuela que hacía esquina con la calle, y que formaban las tapias de los corrales inmediatos.

La buena mujer, seguida de los niños, se dirigió allí.

Sobre la hierba seca, arrimado á una tapia, estaba tendido un hombre miserablemente vestido, con la cara vuelta á la pared: tenía un pañuelo liado á la cabeza; á su lado yacía una hoz caída de su inerte mano, y se le hubiese creído abandonado cadáver, si en el suelo á su lado no hubiese estado sentada

una mujer que, apoyada su escuálida mejilla en la descarnada mano, clavaba en él sus miradas al través de las lágrimas que, después de llenar sus ojos surcaban su triste semblante, como en días de temporal surcan filtrados caños de lluvia las abandonadas paredes de las ruinas. El sol, al ponerse, alumbraba este lastimoso grupo con los rayos que se introducían por aquella callejuela, y que eran lánguidos y tristes como las miradas del que se despide.

Al verlos, preguntó la buena mujer, que se llamaba María, á la mujer forastera:

—Señora: ¿qué tiene su marido de usted?

—¡Una calentura de tabardillo que se lo lleva!—contestó prorrumpiendo en sollozos la interrogada.

—¡Ay Jesús! ¡Ay María Santísima!—exclamó compadecida la madre de los niños; — y usted ¿por qué no avisa y pide auxilio? ¿Estamos aquí acaso en tierra de herejes?

—Yo no conozco á nadie en esta tierra.

—No le hace; para gastar projimidad no es menester *conocencia*. ¡Pues qué! ¿ha de morir este infeliz como en tierra de moros? No en mis días.

En este momento llegóse á ellos un hombre de cara bondadosa, enérgica y serena.

—*Pae, pae,* —gritaron los niños: —ese pobre hombre se está muriendo, y dice éste, que es su hijo, que no tiene pan que darle.

—Juan José,—dijo á su vez la madre de los niños,—este infeliz está aquí sin amparo; esto es un dolor. Anda, si quieres, lo recogeremos en casa y avisaremos al médico.

—¿Pues no he de querer? —respondió su marido. — *En la vida he dicho yo un* «Perdone usted por Dios,» *¡bendita sea la Misericordia Divina! Siempre ha habido en mi cocina un rinconcito para los pobres, y más si llegan de noche, van de camino ó están malos, y siempre han tenido un pedazo de pan del que yo he comido* (1). ¿Acaso no lo sabes tú, mujer?

—Pues á ello, — dijo ésta; — *á levantálo,* Juan José; que yo le cogeré por un brazo y su mujer por el otro.

Como fué dicho fué hecho. Los niños cogieron: el uno la hoz; el otro el sombrero; el tercero un pequeño y miserable lío de ropa, y todos se encaminaron hacia la casa.

Colocado sobre una de esas gruesas esteras de anea que sirven en los cortijos y viñas á los trabajadores de camas, una zalea y unas sábanas, fué acostado en ella el en-

(1) Textuales palabras de un campesino, anotadas al oirlas pronunciar.

fermo, que permanecía completamente aletargado, mientras Gasparito, con el encargo de *ir por los aires*, corría á llamar al médico. Acudió éste, que declaró al enfermo de mucho peligro, y que le recetó varios medicamentos, que se le hicieron con ese celo é inteligencia de enfermeras, que es una de las muchas prerrogativas del sexo que llaman *bello*, y que, con más propiedad pudiera llamarse piadoso.

Después de habérselos suministrado, y merced á una copiosa sangría, quedó el enfermo más sosegado, y al parecer dormido con un sueño natural y benéfico, y entonces pensó la familia en cenar su fresco y nutritivo gazpacho y esas frutas tan abundantes en este país y á que tan afecto es este pueblo, frugal, fino y elegante hasta en sus más materiales apetitos.



CAPÍTULO II

Tradición: Noticia de alguna cosa que viene de padres á hijos.
(*Diccionario.*)

Excusado es decir que los primeros llamados á participar del *rancho*, como decía el amo de la casa, que había sido soldado, fueron la forastera y su hijo.

—¿Y de qué pueblo son ustedes? — preguntó Juan José á su huéspeda, presentándole la cortada de una magnífica sandía, que brillaba como encendido granate.

—De Treveles, en las Alpujarras, — contestó la interrogada.

—Allí he estado yo cuando servía al Rey, — repuso Juan José; — aquellos son pobres pueblos. Treveles está *espernacao* sobre el barranco de Poqueira.

—Verdad es, — repuso la pobre mujer, cuya apagada y triste mirada se animó un momento al recuerdo, tan de todos querido, del lugar en que nació y en que radicaba su hogar doméstico.

—Por más señas, —prosiguió Juan José,— que desde allí se columbran los picachos de Mulasén (Mulhá Hasem) y el de Veleta, que no llega al cielo porque su Divina Majestad no quiso, que no por falta de haberlo intentado.

—Oye, Juan José, ¿y por qué le llaman al picacho aquel de Veleta? ¿Tiene alguna?

—No la *vide*.

—No la tiene; pero la tuvo en tiempos atrás, — dijo la forastera, — cuando andaban moros y cristianos revueltos peleando por las Alpujarras. La guardaba un ángel, haciendo que señalase hacia España, y entonces ganaban los cristianos; pero si se descuidaba, venía el diablo y hacía que señalase hacia Berbería, y entonces ganaban los moros.

—Pero por más que hizo el diablo los echamos; ¡toma! ¡y más que hubieran sido! — opinó el ex soldado.

—¿Y usted ha estado por esas alturas — preguntó la dueña de la casa á su huéspeda.

—Yo no, — respondió ésta; — pero sí mi Manuel un ciento de veces. En una ocasión fué á llevar á un inglés que quería verlas. Entre ambos picachos hay una hondonada que está llena de agua, y es una caldera que hicieron los diablos. En sus centros se oye un ruido muy asombroso, que lo hacen los mar-

tillazos que dan los diablos componiendo su caldera. Todo aquel sitio es un yermo, rocas peladas, y tan solitario y pavoroso, que dijo el inglés que aquello se parecía á semejanza de un mar muerto que hay por esos mundos.

— ¡Ay, *Mae!* ¿Y por qué se ha *morío?* — preguntó la niña.

—Qué sé yo, — contestó su madre.

—*Pae*, — tornó á preguntar la niña, — ¿por qué aquel mar se ha *morío?* ¿Lo mató el moro?

— ¡Qué espilfarro! — contestó su padre, que no quiso, como lo había hecho su mujer, manifestar su ignorancia del hecho; — se ha muerto porque en este mundo todo se muere, hasta las mares.

—Y qué, — preguntó María, — ¿todo aquel monte está *asina?*

—No, que más abajo hay arbolado, castaños, encinas y monte bajo, y unos manzanos muy hermosos que plantaron los moros, y cuyas manzanas se llevan á vender á Granada.

—Y me dijeron, — añadió Juan José, — que hay allí unas cabras montaraces y bravías que corren más que agua cuesta abajo, saltan como cigarrones, y son tan prevenidas, que tienen á una siempre de centinela en una atalaya, que, en viendo peligro, golpea la roca con el pie, y entonces parten las

demás y desaparecen como una volada de perdigones.

—Mucha verdad que es, — repuso la huéspeda, — y que también hay cárabos (1), que son unos pájaros con alas y cara de gente.

—¿Qué está usted diciendo, señora? ¿Quién ha visto nunca semejantes avechuchos? — exclamó Juan José.

—Los ha visto mi Manuel y todo el que ha subido á aquellos vericuetos; y ha de saber usted que los cárabos y las cabras monteses lo son desde los tiempos que andaba Jesús por el mundo, que llegó por aquellos andurriales, que eran entonces unos frondosos verjeles en que pastaban cabras mansas y hermosas, guardadas por sus pastores. El Señor, que venía cansado, entró en una cabreriza y pidió á los pastores que le preparasen á él y á San Juan y á San Pedro, que lo acompañaban, un cabrito para cenar. Los pastores, que eran ruines moros, le respondieron que no tenían ninguno; pero el Señor insistió, y entonces, ¿qué hicieron esos desalmados? Mataron á un gato, lo guisaron y se lo pusieron sobre la mesa. Pero ¡ya se ve! el Señor, que conoce los corazones y sabe todo lo que pasa, por más oculto que se crea, es-

(1) Especie de buho.

taba al cabo de lo que habían hecho los pastores, se sentó y dijo:

Si eres cabrito
mantente frito,
y si eres gato
salta del plato.

Al punto se enderezó el animalito y echó á correr. El Señor, para castigar á los pastores, los convirtió en cárabos y á sus cabras en montaraces.

En este momento se oyó un quejido; todos acudieron al lecho del enfermo. Su alivio había sido momentáneo; la calentura había subido, originándole un ataque cerebral que en breves horas le causó la muerte, sin que por un instante volviese á su conocimiento.

Fácil es describir un dolor desesperado que se agita violentamente, grita y se subleva contra el infortunio; pero no lo es describir el dolor profundo, callado, humilde y resignado. La pobre viuda, que todo lo había perdido, hasta las fuerzas para trabajar, alzó los ojos al cielo, cruzó sus manos, hincó su cabeza, y su muerto corazón fué parando con su frío la débil vida orgánica de aquella infeliz.

No se vió despedida por la buena y caritativa familia que la había amparado; pero conoció que iba á ser para ésta una pesada carga, y aunque sumisa á su voluntad, rogó

al Señor de la *Buena Muerte,* del que era especial devota, que se la concediese cuanto antes como término de sus padecimientos, y el Señor se la concedió.

Una noche vió con indecible consuelo el lecho en que yacía postrada rodeado de buenas, devotas y compasivas almas; la casa se iluminó; un altar se alzó frente á su pobre cama, en el que se veía la efigie del Señor de la *Buena Muerte*, con los brazos abiertos al que le imploraba; todos traían flores, esas universales intérpretes de los sentimientos humanos, que así realzan las más augustas solemnidades, como poetizan y hermosean las más alegres fiestas, y que, cual si fuesen dones de los ángeles, se hallan, como éstos, lo mismo en las chozas que en los palacios, en los regios jardines que en el campo.

Sonó á lo lejos una campanilla que con su son argentino parecía decir: *Aquí viene el Señor de la Buena Muerte.*

Y así fué, porque, concluído que fué el solemne acto de recibir la enferma los Santos Sacramentos, alzó ésta sus ojos, en los que volvió á brillar su perdida alegría.

—Yo voy á dejar este valle de lágrimas, —dijo con débil voz,—y mediante la misericordia de Dios, voy á su presencia á pedirle que mire por este pobre niño desvalido, por este pobre huérfano...

—¡Qué huérfano!—exclamó Juan José;—pues ¿no sabe usted que es hijo nuestro?

La moribunda apoyó su pálido rostro sobre la frente de su hijo, en la que quedó sellada una lágrima, y le dijo:

—Hijo de mi alma, paga tú á nuestros bienhechores tu deuda y la de tus padres; por mí, sólo puedo pedir á Dios que los bendiga como yo los bendigo.

—Juan José,—dijo el cura,—la bendición de los moribundos es la herencia de más valor que pueden legar á los que les sobreviven.





CAPITULO III

El que es bien nacido
es agradecido.
(Refrán.)

En 1853, Gaspar y Miguel, criados como dos hermanos, habían llegado á ser hombres, y eran trabajadores y honrados, como el padre que los había guiado. Catalina era linda joven, recogida y hacendosa, como la madre á cuyo lado se había criado. Miguel, que tenía un corazón amante y noble, y por tanto, agradecido, amaba á la familia que le había prohijado con apasionada ternura, en particular á Catalina, hacia la cual sentía todo el cariño de un hermano y toda la ternura de un amante por la que desea hacer la compañera de su vida.

Muchos días de tranquila felicidad disfrutaron aquellos seres tan buenos y tan unidos; pero como la ventura y el azul del cielo no pueden ser permanentes, porque la tierra para dar sus frutos necesita la lluvia, y el hombre para aprender á apreciar bien esta

vida y la otra necesita las lágrimas, llegó el caso de que se vertiesen muchas en aquella casa para probar á sus moradores que su beneficio, casi con preferencia, se lo concede Dios á los pobres y á los buenos.

La quinta se promulgó, y ambos hijos entraron en suerte.

El que conozca la apasionada ternura de las madres del pueblo por sus hijos podrá comprender el dolor y desconsuelo de María. A ambos hijos creía amar igualmente; por ambos temía con igual angustia; con el mismo fervor rogaba á Dios y á su Madre porque saliesen libres el uno y el otro; pero cuando volvieron del sorteo y supo que la suerte de soldado había caído al hijo suyo, el grito que arrancó esta nueva á su corazón de madre:—¡Hijo de mis entrañas, á ti te había de haber tocado!—probó que el cariño de una madre no puede ser igualado por ninguno.

Miguel presenció con el corazón partido el dolor de María; dolor que todos los consuelos que tanto él como su marido la prodigaron no pudieron disminuir ni calmar.

Al día siguiente fué Juan José á llevar á su hijo á la caja de depósitos en que había de ingresar; pero ¡cuál no sería el asombro de ambos cuando le dijo el Comandante á Gaspar que estaba libre, y que podía volverse á su casa!

—¡Cómo!—exclamó estupefacto Gaspar;—¿y por qué?

—Porque tienes un sustituto,—contestó el jefe.

—¿Yo?—tornó á preguntar cada vez más asombrado Gaspar.—¡Si eso no puede ser!

—¡Cómo que no puede ser! ¡Si está ya recibido y alistado el que lo es!

—Pero ¿quién es?—preguntó atónito Gaspar.

—Este mozo,—contestó el Comandante, señalando á aquel que la caridad de sus padres había criado como á hijo.

—Miguel: ¿qué has hecho?—exclamó conmovido Gaspar.

—Lo que mi madre al morir me encomendó, pagar una deuda;—contestó Miguel.

—Tú no tenías conmigo deuda ninguna, —repuso Gaspar;—yo sí que la tengo ahora contigo, y quiera Dios darme ocasión de podértela pagar, hermano; que si se me presenta, á fe mía, no la despreciaré; no.





CAPITULO IV

¡Viva España! ¡Viva la Reina!
El pueblo español.

Dos años después de estos referidos sucesos aguardaba una pena aún mayor á esta buena familia, tan unida y tan amante, como suelen serlo todas en los pueblos del campo. Miguel salió soldado, como antes Gaspar, y teniendo, por tanto, que servir su propia plaza, hubo de ser llamado de nuevo á las filas el hijo de sus padres adoptivos, á quien ya no podía sustituir. Transcurrieron cuatro años más; y cuando esperaban que, cumplido su tiempo, regresase Miguel á su casa, y Catalina preparaba sus vestidos de novia, resonó un grito que, dado por la Reina de España, se esparció por el país como la chispa eléctrica propia á despertar el genuino entusiasmo, el verdadero patriotismo español: *¡Viva España! ¡Muera el moro que la ultraja!* Este grito fué repetido por todos los ámbitos de la Península, acompañado de la vibración de la espada del guerrero, y por la del oro del pudiente, que ca-

yó en aras del honor del país; fué repetido por el pueblo, que dió su sangre; por el santo episcopado, que bendijo la causa del país y del cristianismo, y su voz arrastró tras sí, no sólo á las conciencias religiosas y timoratas, por su santidad, sino á todas, por su sabiduría, prudencia y acierto. Las hermanas de la Caridad ofrecieron sus consagrados servicios, las monjas elaboraron hilas y santos escapularios de la Virgen; las señoras hicieron también á millares hilas y vendajes, que humedecieron con sus lágrimas, y hasta los niños, entusiasmados, pidieron ir á la popular guerra del moro (1).

Miguel, que participó de la unánime exaltación por el general patriótico impulso, al

(1) Con muchos ejemplos podríamos acreditar este aserto; pero basta con transcribir aquí la carta que escribió un sobrino nuestro, hijo del Marqués de C..., y que aún no ha escrito sino planas, como se podrá notar por su manera de firmar.

«Señor gobernador:

»Aunque soy un niño de ocho años, *me escito* á decir á usted que quisiera perder mi vida por la patria, y que teniendo afición á las cosas militares me permita ir á pelear contra los moros.—La hizo *P. P.*»

Es de advertir que el carácter de este niño es dócil, y su índole más dulce y humilde que osada y arrogante.

Otro sobrino nuestro, algo mayor, que tiene dos tíos oficiales de Artillería, y un gran entusiasmo por seguir esa carrera, hallaba muy mal, y se desespe-

recibir su licencia se reenganchó, sin querer recibir premio de reenganche, por el tiempo que durase la guerra de Africa.

Juan José, que por el invierno se ejercitaba en la arriería, á la vuelta de uno de sus viajes, en que había visto á sus hijos que servían ambos en el regimiento del Rey, trajo esta nueva á su casa. Al saberla, la pobre María prorrumpió en llanto.

—¡Bien se dijo el año pasado cuando el cometa que parecía un galápago, que venía anunciando guerra contra el moro!—exclamó desconsolada.

—El cometa no era un galápago,—respondió su marido con bélica animación;—bien sabes que lo que se dijo fué que era la misma estrella que guió á los Reyes que vinieron á Belén á manifestar que era Cristo el Mesías verdadero; pues bien, los nuestros irán al moro á manifestar que ya están hartos los cristianos españoles de sufrir las barbaridades é insultos de la condenada morisma.

---

raba porque no les fuese permitido á los niños ir á la guerra de Africa. Pero niño,—le dijo el asistente de uno de sus tíos al oir sus lamentaciones,—si vinieses no podrías entrar en el colegio, como tanto lo deseas.—Lo deseo,—contestó el niño,—para *aprender* á ser artillero, y en la guerra lo aprenderé mejor que en los libros.

— Pero es que en esta guerra van á morir muchos, Juan José, y eso es un dolor; por más que con tus terriblezas digas que no.

—Ya, tú quisieras que esta guerra fuese como la que tienen entre sí las *señás* mujeres, guerra abierta, pero sin muertos; pues hija, la guerra entre los que se afeitan, y más si visten la casaca del Rey y llevan por delante la bandera de España que guardar, es otra cosa; ahí de lo que se trata es de vencer ó morir.

—Pues por lo mismo,—repuso angustiada María,—¿no hubiera podido después de cumplido venir á su casa á estarse sosegado?

—¡Ya se ve!... Como tú, á la copa é hilando; pero has de saber que ninguna embarcación nueva y velera quiere ser pontón; ¿estás?

María y Catalina seguían llorando.

—Si siquiera me hubieras dicho que ibas á verlos,—dijo la primera,—te hubiese dado, para que se los llevases, unos escapularios de la Virgen.

—Ya los tienen, ya los tienen, y bendecidos por el señor Obispo de Málaga; te lo he dicho ya, mujer; esta es una guerra santa que ha de alegrar á San Fernando en el cielo. ¡Por *vía* de las lloronas éstas!—añadió impa-

ciente, viendo que su mujer y su hija seguían derramando lágrimas;—pues ¿qué querías? ¿que se quedasen aquí como mujeres, en lugar de irles á meter el resuello para dentro á esos condenados que no creen en Cristo, que niegan su Santa Madre, que nos dicen á los españoles «gallinas y perros cristianos?» ¡Por mí la cuenta, que el caldo que le hagan estas gallinas no les ha de saber á más! No cogen á un español, mas que sea en tiempo de paz, que no empalen ó descuarticen; ¡mire usted que esto hace hervir la sangre á todo español! Yo no sé cómo me contengo que no me voy también; porque habéis de saber que los pies me hacen hormiguilla, y el día que menos lo penséis agarro el fusil y la manta, y allá me encampo.

—¡Juan José! Por María Santísima, ¿no basta con tener allá á tus hijos? ¿Nos ibas á dejar solas?

—Por poco tiempo sería.

—Calla, calla; Dios sabe por cuánto tiempo sería, que aquella gente está en su tierra, defienden sus casas y sabes que son feroces, bravías, arrojadas y valientes.

—Sí, que lo son; pero en cuanto á arrojados y valientes, más lo somos los españoles.

—¡Y Dios sabe las hambres y necesidades que van á pasar!

—No lo creas; mas cuando eso fuese, en dándole al soldado español agua, agua, va va listo. ¡Vamos, si la alegría de aquella tropa al embarcarse era para vista! ¡Cascabeles, y que no me fuese yo con ellos!

—Juan José, por María Santísima, no tengas esos disparos de mozo, mira que tienes sesenta y cinco años.

—Tengo hoy veinte, mujer, tengo veinte; ¿estás?

—Tus bríos te engañan, y no he de consentir en que te vayas á la guerra teniendo en ella dos hijos.

—Y si tuviese más allí estarían; pues ¿acaso piensas que he de ser yo menos que el padre del primer soldado muerto en la toma del Serrallo, que cuando lo supo llamó á otro hijo, se fué al Alcalde de su pueblo y le dijo: —Mi hijo ha muerto en el ejército de Africa, aquí traigo á otro que lo reemplace?

—Por lo visto ¿eres capaz de haber empujado á Miguel á que fuese al moro?

—No necesitaba Miguel que lo empujasen; Miguel ha hecho bien, y *asina* se lo dije. Anda confiado, le grité al despedirme, que la veleta de tu tierra señala para España; no te amilanes si hay algún revés, que en la guerra, como no sea por un milagro de Dios, alguno ha de haber; pero pocos han de ser, y poco ha de arrimarse el diablo á la veleta del pi-

cacho de las Alpujarras, porque el que á la presente cuida de ella es un Arcángel, tu patrono Miguel y el de la España, y ése no se descuida y tiene á raya al diablo.



CAPITULO V

Sí, que los manes de Guzmán el Bueno,
Del gran Cortés, de Córdova y Pizarro,
Por ti constantes velan, madre España;
Y el mundo todo, de respeto lleno,
Aún ha de verte en el triunfante carro
Y ha de admirar hazaña tras hazaña.

(Fernando de Gabriel.)

ALGÚN tiempo después fué Juan José con su mulo por una carga de peros á Ronda. Allí supo que podría llegar sin mucha dificultad al campamento cristiano en Africa.

—Pues, señor, — pensó entonces, — lo mismo podré vender mis peros allí que lo haría en Jerez ó Málaga; pues allí me voy; *asina* veré á mis hijos y aquel teclado, que será digno de verse.

Y como lo pensó lo hizo.

Muy ajenas de esto estaban María y Catalina, cuando á los seis ú ocho días regresó Juan José á su casa, y después de haber llevado el mulo á la cuadra y arreglado sus cosas con mucha cachaza, se sentó y dijo á su mujer y á su hija:

—Muchas memorias de los muchachos, y que desean que al recibirlas gocen ustedes de perfecta salud, como la que disfrutan ellos.

—¿Qué estás diciendo, Juan José?

—Digo que muchas memorias de los muchachos.

—¿Has tenido carta?

—No, que la carta soy yo.

—¡Tú! Pues ¿qué quieres decir con eso?

—Que fuí y vengo de Berbería sin haber perdido la derechura, con mi mulo Orejero, que empinó poco las suyas cuando al llegar por aquellos vericuetos se halló tanta algazara, tanto moro, tanta fiesta y tanto tiroteo.

—¡María Santísima! ¿Y á qué fuistes, temerario?

—A vender unos peros, que me pagaron retebién; á ver á los muchachos, que hallé buenos y más contentos que unas pascuas, y á matar á tres moros, que no le volverán á decir «perro cristiano» á ningún bautizado. Con que ya ves, mujer, que no he perdido el viaje.

—¡Esto has hecho! ¡Dios nos asista, Dios nos asista! — exclamó santiguándose la buena mujer: — ¿Tres moros mataste? Eso no habrá podido ser sino que fuesen indefensos, vencidos ó rendidos; ¿y esto has hecho?

—María: ¿qué estás diciendo? — repuso su marido. — ¿Acaso no sabes que matar á un

indefenso es contra la honra y cosa de verdugo? ¿No sabes que matar al rendido es una villanía y hacerse carnicero de humanos? ¿No sabes que matar al que pide la vida es de perversos cobardes, que ultrajan con eso el nombre de cristianos y difaman el de español? En buena guerra los maté, María, cuando ellos, armados, me querían matar á mí y á mis compañeros. De sobra sé que la gloria está, no en *matar*, sino en *vencer* al enemigo, y no quisiera yo á la hora de mi muerte tener que recordar una muerte mal dada. Te digo, así Dios me asista, que los maté en toda ley, como bueno, y *asina* mueren todos, porque no se quieren rendir, ni con la bayoneta sobre el pecho.

—¡Jesús! —exclamó María. — ¿Y por qué?

—Porque sus santos les han hecho creer que los españoles son tan feroces como ellos y que queman vivos á los heridos y prisioneros que cogen. A ti te parecía que para la guerra no servían sino los chavales, y que con mis sesenta y cinco años no servía yo para el caso; pues te engañaste, te engañaste, que yo soy de buena *caliá,* y aunque se gastó el acero, queda el hierro, ¿estás? Y que soy buen soldado, pero no asesino, ¿estás?

—Perdona, Juan José; no me paré...

—Pues ya se ve que no te paraste, ni te has acordado de que tu marido es cristiano

viejo y español bien nacido, que sabe arremeter á los enemigos de su fe, de su Patria y de su Reina; pero que jamás se deshonra por matar á un indefenso, ni se envilece con acabar al vencido, ni se hace tigre negando la vida al que se la pide, más que fuese éste el mismo Barrabás en persona.

—¿Iban ganando los nuestros, Juan José?

—¡Vaya! Ganando siempre, ahora, antes y después.

—Pero es que he oído decir, Juan José, que vienen muchos más moros con un hermano de su rey que le dicen *Muele-Habas*.

—¡Que vengan! que eso es lo que se desea; pero no creas tú que esos moros de rey sean como los del Riff, que son los más valientes y bravíos, y que nada han podido todos contra sólo la división de Echagüe, que se ha llenado de gloria como el sol de rayos; ¡por *vía* de sanes, que ya puede la Reina Isabel estar ufana con la tropa que tiene! Como te lo estaba diciendo.

Cuando llegué á Algeciras me embarqué con mi mulo y con mis peros; y cuenta que eso de embarcarme no me hace ni chispa de gracia, porque los borricos que andan por las veredas del mar, si se caen no se levantan. Desembarqué en Ceuta, y de allí me fuí con mi mulo y mis peros al campamento, y no bien vi allá arriba en el Serrallo la ban-

dera de España, se me ensanchó el corazón que no me cabía en el pecho. Llegué al campamento y vendí mis peros por el aire, que allí no falta plata, ni humor para gastarla. ¡Qué algazara, María! Aquello parecía una feria de las más alegres; no se oía más que guitarras, cantes y vivas á la Reina.

Viva Isabel segunda,
Porque ha dispuesto
Su tesoro y sus joyas
En favor nuestro.

No te digo más sino que el General en jefe ha tenido que prohibir que haya de noche tanta guitarra y cante, porque á los condenados moros les servía de puntería. Preguntando estaba por el regimiento del Rey cuando tocan la corneta, agarran los nuestros el fusil, gritan: «¡Viva Isabel II! ¡Viva España!» y se ponen en marcha. Yo dejé el mulo y me fuí detrás, y me podéis creer que aquello era digno de verse, y le hubiese descuajado la sangre á un muerto. Cada soldado de los nuestros era un Bernardo; cada oficial un Pizarro; cada general un Cid. No parecía sino que Santiago en su caballo blanco iba por delante: de tal manera arrollaban á los moros, que son todos guerreros y tres veces más. No os pudiera referir todo lo que vide, ni con cien bocas que tuviese. Yo vide al General Quesada coger un fusil y cargar-

los el primero á la bayoneta.—¡Ah, buen hijo de buen padre! dije para mi chaleco, que yo serví con aquél y era otro de los de punta. ¡Pero qué digo yo otro, si de punta lo son todos! Yo vide más balas pasar por cima de la cabeza del General en jefe que grajeas un día de Carnestolendas. Yo vide al regimiento de Granada, con su valiente coronel D. Miguel Trillo á la cabeza, dar gritando ¡Viva la Reina! una carga á la bayoneta que hizo huir á los moros espantados, y oí al General en jefe que le decía que aquella hazaña merecía dos entorchados, á lo que aquel generoso jefe respondió:—«Nada para mí, mi General; todo para mi batallón.»—Oí al General en jefe preguntar á unos soldados del regimiento de Zamora:—«¿Qué tal, muchachos? ¿Habéis ya recibido el bautismo?»—Sí, señor, mi General, contestaron los soldados, y se lo hemos roto á muchos moros.» En fin, María, si fuese á referir cuanto allí vi, habría para no acabar hasta el día del juicio. Pero á quien yo no quitaba ojo, María, era á nuestros hijos, y ¿cómo no se batirían cuando lo notó el General en jefe que estaba por la cercanía, y acercándose á Miguel le dijo:—«Bien te has batido; di ahora ¿qué quieres?—Seguir batiéndome, mi general,» contestó Miguel, y al punto le dió el General la cruz de San Fernando. Yo no sé lo que por mí pasó; pero me

pensé que se me iba la chaveta: no fuí dueño de mí y corrí á abrazarle, cuando vi uno de aquellos lobos aulladores herir á uno de los nuestros, que cayó á la vera mía.—«¿Sí? dije, cogiendo el fusil del herido: no matarás tú otro valiente cristiano;»—y lo despaché, y una vez metido en danza despaché otros dos, y di con los muchachos una carga á la bayoneta que le puso alas á los pies de los moros, que, si bien son de mano pesada para la embestida, son de pies ligeros para la huída. Después, viniéndose la noche, entregué el fusil y me vine á buscar mi mulo, al que por lo visto no le cuadró aquella fiesta de moros y cristianos, y que, según me endilgaron, se había encaminado como mulo de paz al abrigo de las murallas de Ceuta.

Aquella noche se desencadenó una tempestad que estoy para mí que desde que el mundo es mundo no ha habido otra. Yo me pensé que entre la mar, el viento y la lluvia, acababan con el mundo entero. Pero á la mañana siguiente estábamos todos como si tal cosa, y si por acaso envió el diablo aquella y otras por empeño de su amigo *Majoma* para amilanar á sus contrarios, pudieron ambos quedar convencidos de que á los españoles no los amilanan los bramidos de los elementos ni los aullidos de sus moros bravíos. Y ahora que miento esa palabra, has de

saber, mujer, que la gente *civilizá* le dice á nuestros soldados *bravos*.

—¡Oiga! ¿Y por qué?—preguntó María;—¿por rudos?

—¡Qué por rudos! Por valientes, guapos, denodados, bizarros, como en mi tiempo se decía.

—Pues ¿y por qué?

—Porque aquellas voces son viejas y no están de *moa*.—Pero, como te iba diciendo, por la mañana me levanté y me encaminé al campamento á platicar con los muchachos, pues, como referí, el día antes no nos lo había permitido el moro. Cuando llegué me hallé al regimiento del Rey formado por completo, con su música y todo.—¿Qué será esto? pensé. El Hacho, que es la vigía, no ha dicho esta boca es mía; de manera que no hay moros en la costa. ¿Por qué estará formado este regimiento y los otros no? Aquello me iba haciendo á mí tilín. Me acerqué, las músicas tocaban que era un contento, cuando se pone delante el Coronel y manda que haya silencio,—y dice en voz recia para ser oído de todos:

—«El General en jefe se ha enterado con gran satisfacción de que en la tarde del 24 de Noviembre un soldado del regimiento del Rey, que me honro en mandar, encontrándose herido su compañero y amigo y en po-

der de los moros, este valiente soldado, animado de los más nobles sentimientos, armó su bayoneta, y lanzándose heroicamente sobre los moros, y matando á los que le retenían, les arrebató á su amigo herido, le cargó sobre sus hombros, atendiendo más á su vida que á la propia, y arrancándole de una muerte segura, se incorporó con él á la compañía; y deseoso de recompensar de un modo ostensible al que de una manera tan admirable reúne el valor del guerrero y la piedad del cristiano, le remite la adjunta medalla de oro que el Ateneo de Cádiz costea y mandó grabar con el objeto de que fuese galardón insigne de un hecho que en ambos conceptos unidos sobresaliese, debiéndose entregar al frente de su regimiento formado, para que le sirva de estímulo al referido denodado y generoso soldado...»

Al anciano, hasta allí tan animado, en este instante le faltó la voz para proseguir.

—Y bien,—preguntó su mujer hondamente conmovida por la relación que oía,—Juan José: ¿por qué te paras? Sigue.

—Es que no lo puedo decir, se me anuda la garganta, porque al que llamaron, y el que salió de la fila para recibir de manos de su coronel la medalla de oro, era...

—¿Quién era? ¿Por qué te perturbas?

—Era... mi hijo, ¡era Gaspar! (1).

—¡Hijo de mi alma! ¡Y la Virgen me lo sacó ileso!—exclamó María.

—¡Hermano de mi vida! ¡Y salvó á Miguel!—murmuró Catalina.

—¡Y mató tres moros! ¡Ah, buen hijo, honra de mis canas!—añadió con entusiasta ternura Juan José.

Hubo un rato de silencio en que las lágrimas no dejaron á aquella infeliz familia sino cruzar sus manos y alzar sus ojos al cielo.

Algo repuesto Juan José prosiguió su relación en estos términos:

—Concluído el *auto*, me fuí á buscar á mis muchachos. ¡Yo no puedo decir, María, lo que por mí pasó cuando los vide, al uno con su medalla de oro y al otro con su cruz de San Fernando. Lo que sí puedo decirte es que ni la Reina Isabel, que Dios bendiga y guarde, puede estar más ufana con su cetro y su corona que lo estaba yo con mi Gaspar y mi Miguel. Si contento estaba Gaspar, más lo estaba Miguel, al que se le saltaban los ojos de la cara. El otro estaba á modo de parado. ¡Bien, hijo, bien! le dije; *asina* se portan los españoles cuando pelean por su tierra,

---

(1) El soldado en quien recayó el premio á que se alude se llama Francisco López, y es natural del pueblo de Fuentes, en Andalucía.

por su Reina y por su fe, teniendo presente que el que es valiente sin ser piadoso es valiente á lo bruto, como lo son ellos. Has merecido la medalla, hijo mío, y la bendición de tu padre.

—Pues, señor, ¿qué es lo que he hecho? —dijo Gaspar, que como todo valiente legítimo no es arrogante ni vocinglero, y no se tiene en más, sino en menos de lo que es.

—Has salvado la vida á tu hermano, dije yo.

—Y con una acción tan heroica—añadió Miguel—que se estampará en letras de oro.

—¡Qué! No, hombre,—respondió nuestro Gaspar, pasando su brazo al cuello de su hermano;— lo que he hecho es *pagar una deuda.*

—Pues también á la morería se la pagó España con *reitos*, dije yo; y estoy para mí que no le han de quedar ganas de volverse á entrampar; *asina*, ya ves, mujer, todos los bienes que nos ha traído la guerra. ¡Viva la guerra!

—Juan José,—contestó su mujer,—porque á nosotros nos haya sido favorable, y eso será por la bendición de aquella madre moribunda, no debemos olvidar los muchos males que origina; los infelices que sufren, los que quedan inutilizados, los que mueren, y las muchas familias que á estas horas lloran

y visten luto; que la guerra es una calamidad, y así debemos pedir á Dios con toda nuestra alma y corazón por la paz, que el cántico de los ángeles es: «¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»





CAPÍTULO VI

Lo que mucho vale
mucho cuesta.
(Refrán.)

Dos meses después, era á mediados de Enero, estaban sentados una noche alrededor del brasero Juan José, su mujer y su hija. El cielo hacía muchos días que se hallaba cubierto de una espesa capa de nubes, como un sudario, que vertían las aguas que contenían con una perseverancia poco común en los temporales. El viento que venía de Levante mugía, cual si para espantar á España trajese los amenazadores aullidos de los salvajes hijos de Africa y los bramidos de sus leones.

—¡Qué estarán pasando! —dijo en queda y ahogada voz Catalina.

—¡Ay, Dios de mi vida! —añadió su madre; —¡pantanos por suelo, tiendas que se calan por abrigo y el cólera que los diezma, y el Moro que los acecha y persigue traidoramente, y estas noches eternas que se tragan los días! No hay fuerzas ni espíritu que pueda resistir á tantos males.

—Y no es esto lo peor, — añadió Juan José con la impremeditada franqueza campesina, dando con el pie un fuerte golpe en el suelo, y alzando los ojos al cielo.

—¿Que no son esas las cosas peores? — preguntó ansiosa y asombrada María — pues ¿qué más queda, Juan José? ¿Qué más, di?

—¡El hambre! — contestó con fúnebre voz su marido.

—¡María Santísima! — exclamó aterrada la pobre madre; — ¡qué dices hombre! Pues ¿y las provisiones?

—Las provisiones no las hallan allí, y tienen que ir de España y embarcadas; y aunque bastantes llevan, tienen que renovarse, y con estos temporales, que no tienen tregua ni fin, no pueden pasar el Estrecho ni los pájaros. Esos son, María, los azares de la guerra; y si á Dios plugo cabalmente en estos días mandar todos sus temporales, será, María, para probar nuestro valor y constancia, para que acudamos á Él y le pidamos su poderoso auxilio, y para que, comprada más cara, sea más brillante y más celebrada la victoria.

—O más sentidos y llorados los padeceres y muertes de los nuestros, — repuso su mujer; — ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Inclemencias del tiempo, epidemia, enemigos fieros y traicioneros por

todas partes, y hambre! ¿A quién no decaen los ánimos?

—Al soldado español, María.

—Y los Generales y los usías se vendrán.

—Ni uno, María, ni uno; y si alguno por heridas ó males tuviese que venirse, lo hará desesperado y á más no poder; yo los conozco, María, yo los conozco.

—Pues qué, ¿van todos á perecer?

—No lo creas, que Dios y María Santísima los sacará con bien; esto tenlo por artículo de fe.

—Pues pidámoselo, — gimió la pobre madre. — ¡Madre mía de los Desamparados! ¿Dónde están mis hijos? ¿Qué es de ellos? ¿Son vivos? Si lo son, ¡qué no estarán pasando, y qué van á pasar si Tú no los amparas! ¡Qué angustiados estarán sus corazones! ¡Qué caídos sus ánimos! ¡Si siquiera, Madre mía, tuviese noticia de ellos! Roguemos á la Señora para que interceda por ellos.

La familia empezó á rezar el rosario con ese fervor que trueca la angustia en esperanza, y el desconsuelo en resignación: y no bien habían concluído, cuando un chiquillo gritó desde la puerta:

—Tío Juan José: dice mi padre que en el correo tiene usted una carta, y que es de allá del campamento de los cristianos.

Juan José, con la agilidad de los veinte

años, se precipitó fuera de la casa, mientras María y su hija habían caído de rodillas levantando sus cruzadas manos hacia una imagen de la Virgen.

Juan José volvió con un compadre suyo que sabía leer, el cual leyó en alta voz la carta que en su trémula mano traía aquél.

«Mis queridos padres (1): Espero que al recibo de ésta estarán ustedes en cabal salud, como la que para mí deseo. Yo y Miguel estamos buenos, para lo que ustedes quieran mandar. El cólera vuelve á ensañarse, pero nos reímos de él. Cada día de fuego es para nosotros un día de gozo y de placer, sólo por cubrir de lauro á nuestra patria y ver el ardor de todos, pues cada día va siendo más, así en nosotros los *come-rancho*, como en los oficiales y generales, á cual más. Eso del rancho, escasillo ha andado estos días atrás; porque la mar estaba más bravía que los mismos moros, y no podían llegar los barcos con los socorros; pero ¿qué le hace? ¡Lo peor era que no teníamos tabaco! Asina sucedió que el General en jefe, que andaba animándonos como un padre muy *respetuoso*, pero muy cuidadoso, se llegó á mí y me dijo: — ¿Qué

(1) Esta carta, en casi su totalidad, está compuesta de retazos de cartas de soldados, de las que unas han sido impresas en los diarios y otras hemos visto originales.

tal, muchacho? ¿Tienes mucha hambre? Y yo le contesté: — El hambre no es cosa, mi General, y si tuviese... si tuviese un cigarrillo... — Pues ¿saben ustedes lo que hizo? se fué á su tienda y sacó un cajón de cigarros diforme que le había regalado S. M. la Reina para la campaña, y diciendo que S. M. se alegraría que hubiese servido para aliviar en sus fatigas á sus fieles soldados, nos lo repartió todo. Recibimos víveres, gracias á la Marina, que en esta ocasión no parecía la hermana, sino la madre del ejército; y á ese valiente y activo general Bustillo no le pagamos ni con cien vidas que tuviésemos. ¡Viva la Marina, padre! más que á su mercé no le guste la mar.

»Padre: ha de saber usted que ha llegado aquí un Príncipe de casa real de Francia. Aunque alto y de gallarda presencia, es criatura y no tiene más que diez y siete años. Si lo hubiese visto su mercé, habría dicho que era chaval y que no servía para el caso; pero ya habría usted mudado de parecer viéndolo arremeter al Moro. ¡A fe que desde Santiago acá creía yo que sólo los españoles arremetían de aquella manera á la morisma. Acá nos pensamos que lo que quería hacer era otra hazaña como la que contaba la madre de Miguel, de Hernando del Pulgar allá en su tierra de Granada, y que iba á enclavar el *Ave*

María en la tienda de D. Manuel Habas, y lo hubiera hecho si no lo detienen... Mire usted, padre, que es una cosa muy noble y digna de admirarse; ¡venirse, sin que nada le obligue, á esta guerra que tiene tres pares de tacones, sólo por acreditarse de valiente! Verdad es que tener ese renombre vale más que todo el oro del mundo, y le *alevanta* á uno una cuarta del suelo.

»Padre: más de cuatro cargas á la bayoneta hemos dado como aquella en que tomó su mercé parte. Esas cargas no les gustan mucho que digamos á los moros, que oyendo el toque de la calacuerda (1), á la que le hemos puesto por nombre la polka del general Prim, pierden pie, color y posiciones (2).

»Miguel me da muchas memorias, y que sepa Catalina que no la olvida, y que diga á usted, padre, que razón llevaba en lo que dijo, que su santo no descuidaría la veleta que siempre ha señalado para España, pues ni una vez hemos sido derrotados, y cuenta con que los moros son valientes hombrones,

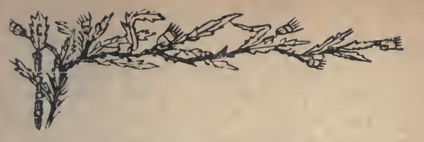
(1) Toque de atacar á la bayoneta.

(2) Este es el lugar de consignar que esa misma división, con su general Prim, al hacer un reconocimiento, á dos leguas de Tetuán, encontraron á una pobre mora anciana, desfallecida y abandonada por los moros, y que trayendo una camilla sobre sus hombros, la condujeron á Tetuán como hermanas de la Caridad.

y que pelean desesperadamente y con coraje. Con esto se despide pidiendo á ustedes su bendición, su hijo—*Gaspar*.

»Madre: no entro una vez en fuego sin encomendarme á la Virgen, como me lo tiene usted *aprevenido*.»

Fácil será comprender el enajenamiento de los padres al oir leer tan alegre y animada carta, cuya lectura fué muchas veces repetida, porque desde que cundió por el pueblo que había carta de Africa, se les fué llenando la casa de gentes, ávidas de saber noticias de la más nacional y popular guerra que ha habido en España después de la de la Independencia.



CAPITULO VII

> Sí; que al Africa llevando
> La victoria con la lucha,
> Lauros de Isabel primera
> Renueva Isabel segunda.
> *José González de Tejada.*

Pasaron días, y volvió á apoderarse la inquietud del corazón de la tierna madre.

—Juan José,—le decía á su marido;—nada se sabe, y eso es que no podrán entrar en Tetuán.

—Calla, simple,—contestaba su marido,—que donde entra el sol entran los españoles; pero ¿no sabes tú que no se ganó Zamora en una hora, y que no puede pasar la artillería por pantanos y tienen que hacerle una calzada? A las señás mujeres, que no entienden de guerra, se les figura que tomar una plaza fuerte en país enemigo es quizás un buñuelo que se echa á freir.

Pero el día 5 de Febrero, un arriero que venía de Jerez trajo á Bornos la noticia, llegada allí por telégrafo, de haber habido el

día antes una reñida acción frente á Tetuán, en que, como en las anteriores, habían salido victoriosos los españoles, habiéndose hecho dueños de cinco campamentos enemigos, aunque á costa de grandes pérdidas.

El entusiasmo, unido á una angustiosa inquietud, hicieron á Juan José no poder permanecer en el pueblo, y se puso en camino para Jerez. Allí supo que los heridos en aquel memorable día debían ser conducidos á Sevilla, y saliendo un tren de materiales del camino de hierro en aquella dirección, suplicó que lo admitiesen en él.

Amaneció el día 7 de Febrero, día para siempre memorable en los fastos de España. No rayaba aún el alba, cuando las sonoras campanas de la catedral de Sevilla, que tanto conmueven, esparciendo, autorizando y solemnizando la alegría, anunciaron al dormido pueblo el grande y fausto acontecimiento de la toma de Tetuán. No es posible dar una idea de la impresión causada por aquellos sonidos, pues ¿quién es el que puede escribir el apogeo del más unánime, ardiente y nacional entusiasmo? Pero hablen algunos hechos.

Los sacerdotes que acudían á las iglesias para decir misa, unidos la dijeron solemne, y en seguida cantaron el *Te Deum*, ese augusto himno de gracias al Señor.

Los respetables generales Guajardo y Hernández, autoridades militares del distrito, y veteranos ambos, que no tienen una hoja en su corona de laurel que pueda marchitar el tiempo, cuando se vieron, no pudieron pronunciar una palabra y cayeron en brazos uno del otro, arrancando la vista de este noble espectáculo lágrimas á los oficiales que estaban presentes. Cuando el Alcalde se presentó al Arzobispo á pedir su consentimiento para sacar en procesión á la Virgen Pura, patrona de España, y el estandarte y espada de San Fernando, el venerable Príncipe de la Iglesia prorrumpió en llanto, haciéndoselo derramar igualmente al Alcalde; lo cual, visto por un hombre del pueblo, se arrojó á él diciéndole: *Señor alcalde: permítame su señoría que le abrace.* El pueblo gritó que quería ver á su venerado pastor, y éste se presentó en el balcón bendiciendo á su grey, que lo vitoreaba con entusiasmo. La Virgen de los Reyes y el cuerpo de San Fernando fueron descubiertos, y á su lado puestos los centinelas de honor acostumbrados. En su magnífica capilla entraban las hermandades de mujeres en procesión; dando á voces gracias á la Señora. Músicas recorrían las calles, seguidas de una muchedumbre ebria de gozo, que vitoreaba á la Reina, á España, al Ejército y á los Generales que le habían con-

ducido á la victoria, y que se detenían ante las casas en que se hallaban jefes ú oficiales heridos en esta gloriosa guerra, para vitorearlos.

En la plaza un vendedor de naranjas abandonó su puesto y su mercancía, dejando un letrero que decía: *El dueño de este puesto se ha vuelto loco de alegría, y ahí queda eso.* Otros rompieron las cántaras de un aguador (cuyo importe abonaron en seguida) diciendo:—¿Qué es esto?—Agua.—Hoy no se bebe en Sevilla sino vino.—Más allá gritaba otro grupo: *¡Nadie duerme esta noche; el que duerma es un inglés!*—¡Qué alegría,—decían las mujeres,—*ni el Sábado Santo*!—Banderas en las torres, colgaduras en todas las casas, el hermoso ruido de la alegría por todas partes.

—Parte telegráfico,—gritaban los ciegos desatinados,—de la entrada de nuestras valientes tropas en la gran ciudad de Tetuán, y de que á los moros se los ha llevado el demonio.—¡Viva España! ¡Viva la Reina! ¡Viva el ejército! ¡Vivan los moros!—Hombre, ¿qué está usted diciendo? ¿que vivan los moros?—Sí, para volverlos á matar.

Tal es el entusiasmo español cuando es unánime, legítimo y de buena ley; acude á sus iglesias, saca en procesión á su Patrona la Virgen Pura, vitorea á su Reina, á sus

prelados, á sus autoridades, á su patria; aclama á su ejército que le da poder y gloria, á su caudillo y á los generales que lo guían, á los que traen de la guerra gloriosas heridas, y el odioso *muera* no lo halla ni para sus feroces enemigos. ¡Y vosotros, que estáis en Africa y tan inmenso regocijo habéis proporcionado á vuestra patria y no podéis ser testigos de la gratitud con que os paga!

Podrá ser que el entusiasmo unánime y frenético inspirado por la toma de una ciudad mora, por grande que sea el hecho de armas que la puso en poder de los españoles, parezca exagerado; pero no lo es, porque, en primer lugar, el pueblo, con su admirable instinto, sabe que el éxito en todas cosas es el que las avalora; siente además que no es sólo una ciudad mora y otras ventajas que pueda reportar lo que ha proporcionado á España su ejército, sino que siente que del fuego marroquí se ha alzado el fénix español, volando hacia un glorioso porvenir; y en segundo lugar, porque con estas demostraciones públicas, con esta ardiente espansión, paga el país á su ejército tres meses de admiración, de interés y de simpatía. Esto se debía por sus sufrimientos, por su constancia, por su valor sin igual, por su humanidad sin límites. Esta deuda tenía la patria, y se la pagaba en amor, en admiración y entusiasmo.

El día 8 continuó la misma alegría: procesiones, salvas y tantos tiros, que hubo quien dijo que se había gastado tanta pólvora como para tomar á Tetuán. Pusiéronle el 9 á una de las calles principales el nombre de calle de Tetuán, lo cual se hizo yendo á las ocho de la noche el Ayuntamiento con el retrato de la Reina.

Pero entretanto, nada sabía María de Juan José. Cundían exageradas las pérdidas á costa de las cuales se había obtenido la gran victoria. María no pudo contener su ansiedad, y partió, como otras muchas madres de los pueblos, para la capital, donde debían ser conducidos los heridos, quienes podrían quizá darle noticias de sus hijos.

Llegaron madre é hija el día 9 al anochecer á Sevilla, y después de descansar unos momentos en un mesón, salieron para tomar informes del lugar á que habían sido conducidos los heridos recientemente traídos.

Un inmenso gentío y un entusiasta clamoreo les avisó que se acercaba la procesión, en la que se llevaba el retrato de la Reina. Subiéronse en el poyete de un zaguán para dejar pasar. Abrían la marcha cinco batidores á caballo y una numerosa música; seguía la guardia municipal á pie; á continuación llevaban cuatro banderas seguidas de una porción de personas con hachones encendi-

dos, y después los heridos de África coronados de laurel, y llevando banderines en que se leían en letras de plata los nombres de las principales victorias alcanzadas por el Ejército. Marchaba luego el Ayuntamiento presidido por el Gobernador civil y por el retrato de nuestra augusta Soberana, llevado por dos concejales, y cerraba la marcha un piquete de infantería con otra banda de música á la cabeza.

—¡Allí vienen los heridos!—decían las gentes apiñadas; y los vivas eran más entusiastas, y las lágrimas corrían presurosas por las mejillas de las mujeres, al paso que se detenían asombradas, antes de ir á perderse entre los negros ó canos bigotes.

—¡Mirad aquél, mirad aquél, pobrecito! no puede andar solo, lo vienen sosteniendo; —decían al lado de María, señalando á un joven que con el brazo y el hombro vendado, coronada su pálida frente con una corona de laurel, y llevando en la mano un banderín con un letrero que decía Tetuán, caminaba con rostro placentero, macilento y modesto, apoyado sobre el brazo de un robusto anciano, cuya mirada orgullosa y enajenada parecía decir á todos: ¡Este valiente es mi hijo!

María, cuyo corazón se hallaba agitado hacía días por el temor, la esperanza, el entusiasmo y la angustia, dió un grito que todos

aquellos sentimientos la arrancaron al reconocer en el macilento y glorioso herido á su hijo, y cayó en brazos de Catalina(1).

---

(1) Este es el lugar de reproducir lo que, concerniente á los heridos que iban en la procesión referida, dice *La Andalucía*, periódico de esta ciudad:

«El que no haya presenciado la escena que la noche del jueves se ofreció en la Plaza Nueva en el momento de atravesarla la procesión que conducía en triunfo el retrato de S. M. y á los heridos convalecientes, no puede tener idea de lo que es un pueblo entusiasta y patriota. Allí las aclamaciones, los disparos y los vivas ensordecían el aire, mientras el espectáculo que ofrecían nuestros guerreros coronados de laurel arrancaba lágrimas de ternura en los pechos más inaccesibles al entusiasmo.

Uno de ellos, cazador de Arapiles, exclamaba. lleno también el rostro de lagrimas:

—¿Quién no se bate después de ver esto?

Otro no podía casi andar, parecía estar incómodo.

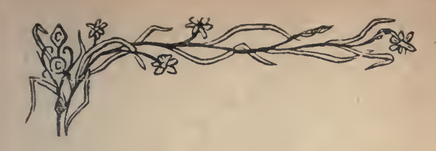
—¿Quiere V. retirarse?—le preguntó un caballero.

—De ningún modo, señor. Estos vivas me dan la vida.

Una mujer quiso hacer un obsequio metálico á un soldado.

—Gracias, patrona. Tengo bastante con la paga que me da la nación, y con esta corona, que para mí es de oro.

Por último, al despedirse los heridos de los señores alcaldes y concejales, una vez concluída la ceremonia, muchos de ellos, profundamente conmovidos, daban las gracias por tantos favores, asegurando que si les cabía la dicha de volver á batirse contra los moros, el recuerdo de Sevilla los alentaría, como el de una madre cariñosa que con sus bendiciones les protegía.



CAPITULO VIII

All well, that end's well.

Meses después se celebraba en Bornos una alegre boda, la de Catalina y Miguel. Asistía á ella Gaspar, del todo restablecido; pero habiendo perdido el uso de su brazo derecho. Si había perdido un brazo, en cambio había recibido una medalla de oro, una cruz pensionada y una renta vitalicia: como inutilizado en la guerra de Africa, ésta; como valiente, la cruz; como benéfico y generoso, la medalla.

—¡Todos los días son días de dar gracias á Dios! ¡No hay padre más feliz que yo!—exclamó alegremente Juan José;—¡no tengo más pena que verte manco, hijo mío! Pero ¡cómo ha de ser! Pagaste como bueno tu deuda á la patria, Gaspar.

—¡Padre,—respondió Gaspar, señalando su medalla y su cruz con entusiasmo;—y cumplidamente me ha pagado á mí la patria las suyas!

—Verdad es, hijo; y así, señores, á brindar. ¡Viva la Reina, y vivan todas las personas generosas y buenas españolas que como S. M. y la Real Familia han contribuído al auxilio de los heridos é inutilizados de la guerra de Africa!





APÉNDICE

No queremos concluir esta pequeña reunión de rasgos heroicos, generosos y tiernos de nuestra guerra de Africa, que darán á conocer el carácter y sentimientos de nuestra nación, sin añadir algunos detalles de sumo interés.

Decía el general Marchessi en su magnífica alocución á los tercios vascongados, al estimularlos con el recuerdo de las gloriosas empresas de nuestros antepasados: *Acordémonos de que todo lo emprendieron en el nombre de Dios, y hagamos lo mismo.* Así es, que cual aquéllos, que al concluir una obra la coronaban con la cruz, nuestros guerreros de hoy han dado cima á la suya, entrando en la ciudad conquistada, no como enemigos exasperados, no como conquistadores fieros y altivos, no como hombres que acaban de ver á sus compañeros y amigos horrorosamente mutilados en los campos de batalla, sino como cristianos, como civilizadores, como generosos, al ver ante sus pies

postrada á una mísera multitud poseída del doble espanto de lo que acababa de sufrir de la bárbara y brutal soldadesca marroquí, y de lo que aguardaba de un conquistador ultrajado y deseoso de venganza; multitud que imploraba su clemencia gritando *¡Viva la Reina de España! ¡Vivan los señores!* Aquellos corazones, poco antes de acero ante el peligro, impasibles ante las tormentas y la muerte, se enternecen y se ablandan ante la desolación, ante la desgracia, ante la miseria. ¡POBRECITOS! este dulce epíteto en que se funden la compasión y el cariño, pues, como lo hemos dicho ya, la compasión es el más puro de los amores; ¡POBRECITOS! palabra mágica de la caridad, que en idioma alguno puede traducirse, dándole su significado cándido, su delicado prestigio, su dulce afecto; esa palabra tan pequeña, que como una chispa enciende la santa hoguera del fuego sacro, fué pronunciada por aquellos mismos labios que poco antes mandaban con energía una carga á la bayoneta, y es repetida por todos los soldados que partían con los míseros hambrientos cuanto llevaban! y esto sin ostentación ni jactancia, con la misma sencillez que lo refiere un soldado en este párrafo de su carta:

Todos les dábamos cuanto podíamos, pues no mirábamos en ellos á nuestros enemigos, sino á los pobres que no tenían que comer.

Un sobrino nuestro, oficial de Artillería, nos escribe estas líneas:

«Me he convencido con íntimo placer de que el soldado español es tan humano como valiente. He visto á los soldados repartir su galleta á los pobres, y á uno llevar á ancas de su acémila á un infeliz judío, al que decía: —¿Por qué no acudís cuando comemos á los ranchos? Nos sobra y os daremos; y ya que tanta necesidad tenéis, ¿qué os importa que esté hecho con tocino?»

He aquí una carta de otro oficial que publica un periódico sevillano:

«Un respetable anciano yacía cadáver horrorosamente mutilado, la cabeza á tres pasos del tronco, y junto á sus manos, crispadas aún por las angustias de la muerte, se veía un cuchillo ensangrentado sin empuñadura; más allá una mujer completamente desnuda, de facciones bastante regulares, pugnaba por coger, con la única mano útil que tenía, á un hermoso niño, como de dos años, que al parecer estaba muerto.

»Al verme, un grito de alegría se escapó de los cárdenos labios de aquella infeliz. En mal español, que me costaba mucho trabajo comprender, me refirió que la noche anterior se habían presentado los moros en su casa, y después de forzar las puertas, asesinaron á su marido y á su padre, al primero

de los cuales sacaron arrastrando á la calle. En la desesperada defensa que emprendió ella, le habían causado una herida en el muslo izquierdo. Después se llevaron cuanto tenían, inclusos algunos quintales de cera. Por fortuna el niño no tenía más que un desmayo producido por el hambre. Merced á un vaso de vino, que no sé de dónde me proporcionó un soldado, conseguimos volverlo á la vida.

»Decirle á usted las demostraciones de júbilo que hizo aquella madre, cuando vió que su hijo abría los ojos, sería una cosa imposible. Me abrazaba pidiendo que no la abandonase, y nos llamaba sus salvadores. Por fin, después de socorrerla cuanto me fué posible, salí de la casa profundamente conmovido.

»Se han emprendido algunas obras, en las que se admiten á todos los hebreos que quieran trabajar, retribuyéndoseles con cuatro reales diarios.

»La espantosa miseria de estos infelices ha dado lugar á hechos de abnegación admirables. Se han hecho infinitas limosnas, y varios soldados se han privado de su ración para remediar el hambre de algunos desgraciados.

»Multitud de hombres se ocupan en limpiar las calles, y se ha publicado un bando para que entreguen estos habitantes todas las

armas que tengan, depositándolas en poder de un moro que, con el título de alcalde, se ha comisionado al efecto.

»El general Ríos, con una actividad y celo dignos del mayor encomio, procede á la organización del Ayuntamiento y á la rotulación de las calles. La plaza Mayor se ha bautizado con el nombre de *plaza de España.*»

Entre los innumerables hechos que atestiguan, á la vez que el ardor patriótico y la constancia de nuestros incomparables soldados del ejército de Africa, el espíritu eminentemente religioso que los anima y fortalece en los combates, citaremos el que hemos leído en una correspondencia escrita desde el campamento frente á Tetuán por una persona respetable que lo presenció.

En el momento de haberse disparado un cañón por un artillero asturiano, observaron sus camaradas el estrago que produjo la metralla en un grupo de moros, y prorrumpieron en estrepitosos vivas y aplausos, abrazando á su compañero. Este sereno y piadoso soldado, lejos de envanecerse por tan merecidas y entusiastas demostraciones, y como inspirado por los sentimientos que embargaban su corazón en momentos tan supremos, se desabrochó el pecho, y enseñando á sus camaradas un escapulario de la Santísima Virgen de Covadonga, que le puso al cuello

su madre al despedirse de ella, les dijo: «A esta Señora, á ésta, que es mi patrona y mi amparo, y no á mí, se debe cuanto yo hago y hago por mi patria y por mi Reina Doña Isabel II.»

En la primer misa celebrada en Tetuán, que fué dicha por un venerable misionero, asistido por capellanes castrenses, y oída por el General en jefe con todo su Estado Mayor y por piquetes de los diversos regimientos, pronunció aquél una plática, en la cual consignó el hecho elocuentísimo de que entre más de cuatro mil heridos y enfermos de nuestro ejército de Africa que había asistido en los hospitales, sólo uno no llevaba al cuello cruz, medalla ó escapulario, y ese uno era un presidiario de los que, para ocuparse en ciertos trabajos, acompañan al ejército.

Pero ¿quién podrá enumerar las pruebas de humanidad tierna y cristiana que han dado en esta campaña oficiales y generales? Sirva de muestra esta hermosa frase que se atribuye al general Ros de Olano, tan bizarro como prudente en la guerra, y tan cuidadoso del bienestar de sus tropas: *Más quiero un soldado vivo que diez moros muertos*; y la delicada bondad de corazón del General en jefe, que, en medio de sus graves cuidados y de la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba desde que la Reina le dijo:

Te entrego los destinos de España, y cuando apenas hallaba tiempo material ni sosiego moral para el necesario descanso, encontró ambos para contestar á la siguiente humilde carta de una pobre madre de un soldado, que reproducimos para probar cuán verídicos son los tipos que de las mujeres del pueblo pintamos.

Una pobre madre, luchando con el temor y cariño que dos personas diversas le inspiran, ha escrito al Conde de Lucena la siguiente carta:

«Ecija y Enero.

»Esentísimo señor conde de Lusena

»—Muy señor mío: una madre que ya ase dos meses que no sabe de el hijo de sus entrañas es la que recurre á usía para mereser de su buen corasón que me haga usía el osequio de sin pérdida de correo mandar á uno de sus secretarios, pues buestra eselencia no es cosa que le escriba á una pobre como yo, cómo está de salud si es muerto ó herido Manuel Carrascosa y Romero, soldado de el primer batallón del Príncipe cuarta compañía número tres ¡ay esselentísimo señor cuánto gusto que tiene mi corasón porque mi hijo esté al lado de usía para defender la Patria y cumplir como soldado con su deber, y cuánta pena tiene mi alma por no tener carta suya!

¡ay señor mío, por el amor de Dios y el de vuestra familia, os suplico que busque á mi hijo y le manden que, sin pérdida de correo, me escriba, y si mi hijo está herido ó muerto, por Dios que usía me lo mande á desir por vuestro secretario, pues si usía tiene hijos sabe cuánto se quieren y cuánta será mi pena por no saber de el hijo de mi alma; así le suplico que no desoiga mis súplicas y que me mande á desir cuanto le pido, pues asta no tener contestación á ésta no dejan mis hojos de derramar lágrimas amargas.

»Su eselentísima se conserve siempre bueno y libre de todo mal, como se lo pide á Dios y á su santísima madre la que ha tenido el atrebimiento de incomodarle y le pide á su eselensia mil perdones por haberlo molestado su más atenta umirde y segura serbidora que besa su mano.—*Josefa Romero.*

»El sobre para Josefa Romero calle de Martín de Parma n.º ocho en

Esija Provinsia
de Sevilla.

»Su Eselensia también me ará el obsequio de desirle á mi hijo, si está en este mundo, que me mande á desir si ha resibido una carta mía en la que le mando una letra de treinta reales, y una estampa de la Santísima Virgen de el valle, nuestra patrona.

»Tengo balor suficiente para resibir cuarquiera nueba desagradable de lo que haya pasao á mi hijo así su eselensia no tenga cuidado en mandarme á desir lo que le haya pasado pues cuarquiera cosa la llebaré con pasensia y conformándome con la voluntad de Dios.»

La lectura de esta carta bastó para que el general O'Donnell mandase que inmediatamente su ayudante el teniente coronel graduado Sr. Rizo se informara del paradero del soldado Carrascosa.

El Sr. García Rizo ejecutó las órdenes de su General; afortunadamente para esa pobre madre, á quien tanto honra su carta, modelo del maternal amor, el soldado vivía y había recibido la letra, y aseguraba que había escrito á su madre.

El Conde de Lucena, entonces, de su puño y letra contestó á la carta y tranquilizó á la pobre y afligida madre, noticiándole el estado de su hijo y asegurándola que, lejos de haberle molestado con su pretensión, le había proporcionado con ella el placer de darle una buena noticia.

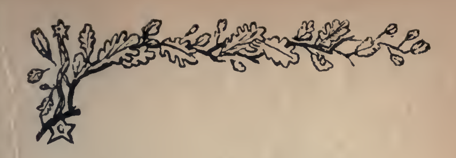
Cómo recibirá la madre de nuestro soldado esta carta, y cómo correrá de mano en mano por el pueblo, fácil es de comprender.

Ultimamente, concluiremos estos ligeros apuntes con un chiste andaluz, para que una

sonrisa en los labios acompañe las lágrimas de ternura que llenan nuestros ojos, y es el siguiente brindis pronunciado en una comida dada en celebración de la toma de Tetuán: «Brindo—dijo el que lo hacía—por el abrazo que daría el Emperador de Marruecos al que le llevó la noticia de la derrota de los suyos.»



LA MALDICIÓN PATERNA



LA MALDICIÓN PATERNA

Vamos á referir un hecho cierto, sin nombrar el lugar en que sucedió, ni las personas á quienes acaeció, trasladando el hecho á otro punto y dando otros nombres á las personas que en él actúan.

Lo que nos mueve á darle publicidad es el considerar el poco ó ningún aprecio que se hace y la solemnidad que ha perdido hoy día, tanto la bendición como la maldición paternas. Verdad es que no puede esto extrañarse en vista de la influencia que necesariamente deben ejercer en el espíritu de un siglo en el que la indiferencia religiosa de los Gobiernos y asambleas gubernativas (que son los tutores de los pueblos) han permitido á los hombres de talento predicar la abolición de la familia, negar la divinidad del Redentor y ensañarse descaradamente contra su Iglesia, de la que dice el sabio Augusto Nicolás «que es Dios reconocido y servido por la humanidad, siendo la revolución la

humanidad emancipada de Dios, revolucionada contra Dios, atacando á Dios».

Y, no obstante, se ven y se tocan los efectos de la maldición paterna, y más generalmente en el pueblo; lo uno, porque, siendo éste más enérgico y menos contenido que las clases cultas, la lanza siempre que la cree merecida; lo otro, porque el pueblo es franco, y cuenta y deja contar lo que le acontece, y con más razón si en los sucesos reconoce la inmediata intervención divina, para que sirvan de lección ó de escarmiento.

La hermosa y robusta fe del pueblo español—y quien dice *fe* dice religiosidad, porque sin *fe* no puede haber ninguna clase de religiosidad, ni tampoco sentido común—respeta y tiene en tanto el poder de una maldición ó anatema dimanada de la autoridad espiritual, que, unida á su sentido poético, lo extiende hasta sobre lo inanimado. De esto hemos traído una prueba en el Prefacio de la *Colección de cuentos y poesías populares*, en el siguiente relato:

«En la iglesia de un pueblo fué robado un vaso sagrado. Fulminado el terrible anatema de la Iglesia contra el sacrílego criminal y sobre el encubridor que retuviese en su poder el santo objeto sustraído, el anatematizado reo, en su angustia, escondió el hurto en el hueco de un olivo. Tan luego éste per-

dió su savia y su lozanía, se secó, y cortado que fué, se halló en su concavidad el vaso robado.» «Demos por sentado — añadíamos en dicho Prefacio, — que el olivo se secó por la casualidad; no motejemos por eso, sino envidiemos al pueblo que cree sin cortapisas esa fuerza é inocencia de su fe voluntaria y no exigida, que cree al olivo encubridor secado por el terrible anatema de la Iglesia, y no ridiculicemos con acre é impío sarcasmo esta superabundancia de fe. Si se arroga el escéptico é impío espíritu del siglo presente el derecho de condenar las sencillas, candorosas y fervientes creencias de pasadas épocas, se hará el Herodes de los inocentes.»

En la provincia de Córdoba, á seis leguas de la capital, á orillas del río Guadajosillo, se halla el pueblo de Castro. Por privilegio concedido por el Rey Alfonso XI, en Écija, año 1351, mandó el Soberano que tomase nombre *Castro* EL LEAL, *porque los que fueron en dicho lugar de Castro guardaron muy bien la verdadera lealtad é servicio de los Reyes onde yo vengo é el mío Señorío.*— Ignoramos si algún día usó el honroso privilegio concedido á su nombre, añadiéndole por epíteto el de la más noble de las virtudes, pues es la lealtad estrella fija y brillante en el cielo de las virtudes; pero en cuanto á

hoy, se denomina con el distintivo material é insignificante de *Castro del Río*.

En 1565 compró D. Alonso Fernández de Córdova, primer Marqués de Zelada, al Rey D. Felipe II el pueblo de Castro en ciento y tantos millones de maravedises. Estaba este magnate casado con D.ª Catalina Fernández de Córdova, tercera Marquesa de Priego y décimanovena Señora de Aguilar.

Los habitantes de Castro, que querían permanecer realengos, llevaron muy á mal esta venta. Desde últimos del siglo XVII se halla unido el marquesado de Priego á la casa de Medinaceli, en cuya época sostuvo el pueblo grandes pleitos con el Duque de este título, solicitando la reversión á la corona.

Hasta aquí la historia, que no es de nuestra incumbencia, pero cuyos hechos hemos presentado para que se pueda comprender el origen de las tradiciones y cosas que vamos á referir, pues lo antedicho explicará una frase muy conocida y usada por los vecinos de los pueblos colindantes de Castro que, para mortificarlos, les dirigen en tono de broma preguntándoles, y es ésta: «¿Usted será de los que dicen: viva el Duque, mi Señor?» Esto lo miran los interpelados como un insulto, y el castreño que la pronunciase afirmativamente, esto es: que reconociese al Duque por su Señor, no sólo lo mirarían sus

convecinos como deshonrado, sino que sería cruelmente castigado por ellos.

Tal sucedió á un pobre despreocupado, que por una libra de tocino que le prometieron, prorrumpió en vivas al Duque, su Señor. Sabido esto por sus paisanos, le dieron un manteo de tal calidad, que salió de él con un ojo y algunos dientes menos. Campesinos de los cortijos inmediatos al término de Castro han intentado obligar á los zagalillos de ganado á pronunciar la anatematizada frase, y no han podido conseguirlo ni aun colgando con brutal crueldad á los pobres niños por los pies á un árbol, y encendiendo debajo una hoguera de hojarasca, cuyo humo los habría sofocado, á no haber hecho cesar á tiempo la bárbara prueba, sin haber logrado su intento.

Esta tenacidad secular en no querer reconocer otro señor que el Rey ha dado lugar á lances serios, y lo ha dado también á chistes y burlas, como no podía menos de suceder en Andalucía, y no es el menos gracioso el asegurar los burlones que, cuando los castreños rezan las letanías, en llegando el que lleva el rezo á la advocación de la Virgen, *Janua Cœli*, entendiendo los demás que dice *Medinaceli*, en lugar de *ora pro nobis*, responden en voz grave: *pase, pase.*

En el patio de una de las casas más humildes de Castro del Río se hallaban las dos vecinas que en ella vivían, ocupadas la una en planchar la ropa de su marido, la otra en remendar la de sus hijos.

— No te se han enfriado todavía las planchas desde anteayer que te sirvieron, — dijo esta última á la primera,—¿y estás otra vez de plancha?

— Sí, hija, — contestó la interrogada; — que Dios nos manda la pobreza, pero no la porquería; ayer volví á lavar, que mañana va mi Juan á Córdoba en *caa* de sus amas, y no quiero que le abochorne algún zumbón preguntándole si su mujer no sabe lavar; además, le precisa hablar con la señora, que me ha encargado moza de mi satisfacción, y la diga que se la he hallado que ni pintada.

— ¿Sí? ¿Y quién es?

— Es Rafaela, la sobrina del tío Prisco, que desde que nació ha sido la *prosulta* (1) de la desdicha. Al nacer ella se murió su madre y fué criada á *traguitos* (2). Pero después murió su padre, que era un infeliz, un pan perdido, de resultas del manteo que le dieron cuando se supo que el muy *sinvergonzón*,

(1) *Non plus ultra.*

(2) Dando á la criatura huérfana el pecho todas las que en el pueblo están criando.

por una libra de tocino que le aprometieron, dijo: «¡Viva el Duque, mi Señor!»

— Y merecido que lo tuvo, — observó su interlocutora con indignación.

— No digo que no, — prosiguió la otra; — pero el desdichado estaba muerto de hambre, y el hambre tiene mala cara; y asina me pienso que en aquel trance diría para su chaleco: «La vergüenza pasa, y el tocino queda en casa»; que asina piensan más de cuatro encumbrados.

— Pues le acaeció al revés, que el tocino se lo comió, y la vergüenza, en cuanto le quedó de vida, no se la pudo quitar.

— Pero cuando murió el padre, ¿no recogió el tío Prisco á los dos hijos que dejó, que lo eran de su hermana?

— Sí, los recogió el tío Prisco, que está *rodeadito* (1) y no necesita trabajar; pero que es el más díscolo y *desamoretado* del pueblo, con un genio de Barrabás, que por todo se *encabrita* como potro cerril y parte como banderilla de fuego. Les ha dado á los sobrinos más hiel que pan; y ahora, para que nada le falte á la pobre Rafaela, le ha caído soldado su hermano, que es una prenda.

(1) Tener algunos bienes.

— Verdad es, esas voces tiene (1), — dijo la vecina. — Cuando muchacho le tomó el señor cura de monaguillo, y como le vió á la par tan humildito y *picudillo*, y se enteró que sabía las letras, aunque no las juntaba, le enseñó la *leyenda* y la *pluma*, y salió muy aventajado, por lo que dijo su mercé cuando supo que le había tocado la suerte que poco había de tardar en salir á sargento y en hacerse *sujeto*.

— Lo que no quita que el tío esté hecho un veneno, porque le va á faltar el jornal que entraba en su casa, pues el sobrino es un trabajador de los de punta; y con eso tenía á los sobrinos siempre con *sed de dientes* (2), sin hacerse cargo de que *la mano es menester de que coma*. La pobre Rafaela, que es un jardín de virtudes, con tantas tribulaciones se ha puesto tan delgada, que parece está estudiando para tabique. Yo la he dicho que para huir del *bracono* de su tío se meta á servir, que yo la llevaré en casa de mis amas á Córdoba, que son unas usías legítimas de antaño, y no de esas medias tintas del día, que gastan *mucho papel y poco tabaco*. Aquella casa es una casa de bendición, en que,

(1) *Voces*, fama.
(2) Hambre.

como en la de San Basilio, todos son santos, hasta el aguador, y en la que es tal la caridad, que resucita á los muertos.

—¿Y qué dice ella?

—Ella desea ir; pero su primo Matías, que la quiere, no lo consiente; por más que hace ella por convencerlo, él se *retranca* y se está en sus trece.

—¡Qué! ¿La habla Matías? —exclamó la interlocutora.

—Ellos lo niegan por miedo del padre, que si lo supiese se pondría hecho un toro de fuego; pero no me se ha escapado á mí.

—Vaya, mujer, que tienes punzones en los ojos que todo lo penetran; bien dice el refrán: «No lo que ve la suegra, sino la vecina que todo lo escudriña.» Paréceme que ella hace malamente en someterse de aquesta manera á Matías, que es tan espino majoleto como su padre; á mí no me atan tan corto, que corto la soga.

—¡Y qué quieres, si ella es un pan de rosas y cada uno vive con su genio! —repuso la otra. —A Matías le quise aconsejar por su bien de ambos; pero él se *retrepó* y me dijo volviéndome las espaldas: «El que no tiene calentura no necesita médico.»

Expuestos quedan en el referido diálogo los antecedentes de la muchacha que pocos años después se hallaba sirviendo, querida y

atendida de sus señoras, en una de las principales casas de Córdoba.

De cuando en cuando la venía á ver su protectora, la mujer del guarda de campo de sus señoras, y siempre acompañada de Matías, que seguía queriendo á Rafaela como quiere el campesino, cuyo primer amor se entreteje en su existencia de manera de no poderse separar el amor y la existencia. Es este amor como un árbol arraigado en el terreno que le es propio; bien podrá el tiempo ajarle sus flores (¿qué amor carece de flores?), pero no puede ser trasplantado; su tronco es inamovible, sus raíces indesprendibles, — este es el amor que la Iglesia consagra y bendice.

El tío Prisco, cuyo genio malo y despótico le hacían contrario á toda voluntad ajena, á toda cosa que no fuese dispuesta por él, había rabiado por haber salido soldado su sobrino; había rabiado por haberse ido á Córdoba su sobrina, que le era muy útil en su casa, y más que por todo rabiaba por los amores de su hijo con ésta, de los que se había enterado.

Teniendo Matías un genio tan violento como el de su padre, nada le había dicho éste á su hijo sobre el particular, aguardando la ocasión propicia para hacerlo de un modo solemne y terminante.

La mujer del guarda, patrocinadora de esos amores, decía en su enérgico lenguaje á su vecina:

—Ambos, padre é hijo, callan porque saben que dan duro con duro, y saben que ninguno ha de cejar, y procuran no encontrarse en la vereda.

De esta suerte pasó tiempo; entonces, por medio del cura, pidió Matías á su padre licencia para casarse, licencia que le fué negada de la manera más terminante, y si no lo fué con ira é insulto, fué debido al respeto que inspiraba la persona intermedia.

Viendo la obstinación de su padre, y conociendo que ésta sería inmutable, se decidió Matías á dejar pasar algún tiempo, y entonces acogerse á las leyes eclesiásticas y civiles, las que, para evitar mayores males, pasado el plazo señalado por la ley, conceden al hijo que es mayor de edad el tomar estado sin este requisito cuando razón de valía no se oponga.

Rafaela, que no había sentido ni inspirado más amores que el de su hermano, —que había marchado con su regimiento á la Habana, — y el de su primo Matías, quería á éste con ternura, y con ésta y la suavidad de su carácter sabía templar los violentos arranques de su genio, por lo cual la mujer del guarda solía decirle:

—Matías: si no fuese por Rafaela, que es tu buen ángel, tan bravío y fiera eres tú como tu padre.

Rafaela, entretanto, había ido empleando su salario en reunir su ajuar con la satisfacción que se siente en poseer y disfrutar los bienes adquiridos con el propio honrado trabajo; pero antes que en lo agradable había pensado Rafaela en lo útil. No se había comprado vestidos ni pañolones de espumilla, sino que había convertido sus salarios en el ruidoso almirez, amado ruiseñor de nuestras maritornes culinarias, el que competía en brillo con el velón; éste, con sus cuatro piqueras que miraban á los cuatro puntos cardinales, parecía, en amor y compaña de los periódicos, esparcir sus luces sobre las cuatro partes del mundo. La caldera para colar la ropa y las planchas para alisarla, esos indispensables auxiliares del aseo; algunas tazas, platos, ollas y cazuelas estaban colocados con grande orden en primer término delante de una cama con su buen colchón, sábanas y vistosa colcha, que era el costoso regalo de novia de su buena señora. Sus señoritas habían ofrecido á Rafaela regalarle el vestido de novia de *lanita*, lo que la había alborozado; pero no así la condición que para dárselo habían puesto, y era que al recibirlo había de decir: *¡Viva el*

Duque, mi Señor! A esto se resistía horripilada.

Un día que las señoritas volvían de haber ido á las tiendas, enseñaron á Rafaela una gran cantidad de muestras de lindas telas, para que escogiese la que más le agradase. Terrible fué para la pobre muchacha, á la que tanta falta hacía aquel vestido; pero no sucumbió á la tentación, y siguió negándose, no diremos obstinadamente, sino digna y valerosamente, pues recordaba el baldón y desgracia que sufrió en parecidas circunstancias su pobre padre.

Entonces, la señora, compadecida, dijo á sus hijas:

—No insistáis, que la hacéis sufrir inútilmente; contentaos con que diga: «¡Viva don Alonso de Aguilar!»

Los lectores recordarán que D. Alonso Fernández de Córdova, Señor de Aguilar, que lo compró al Rey Alonso XI, fué el primer dueño y señor de Castro.

A decir esto no tuvo Rafaela reparo, ignorando los antecedentes, y prorrumpió en un sincero ¡Viva D. Alonso de Aguilar!, por lo cual se encontró feliz poseedora de su vestido de novia.

Hase dicho que las paredes tienen oídos, y se debía añadir que tienen bocas para repetir lo que oyen.

Aunque en la anterior descrita escena no había presentes sino Rafaela y las señoras de la casa, las paredes, á pesar de su aparente formalidad, hubieron de repetir lo ocurrido, con la malicia de aplicar el viva de Rafaela al Duque su Señor.

Sabido es que nada corre más que una mala noticia, á no ser una calumnia, y bajo estas dos agilidades llegó tan luego á Castro del Río la voz de que Rafaela, por tal que la regalasen un vestido, había gritado el ominoso viva.

Pocos días después vino á verla la mujer del guarda, acompañada, como siempre, de Matías; pero la cara de éste, que tenía siempre, según la expresión popular, *fuño*, en esta ocasión estaba tan adusta y sombría, que la pobre Rafaela, pasando en un instante de la más franca alegría á la más viva inquietud, le preguntó azorada:

—Matías: ¿qué traes?

—Seis leguas andadas, — respondió con aspereza el interrogado.

—No es eso lo que te encapota, Matías; algo traes cocido por dentro.

—Pues sábete que vengo á decirte que ya no me caso.

La pobre huérfana, que tan inesperadamente vió quebrarse el solo lazo de cariño que le unía á sus semejantes, puso ambas

manos sobre su corazón, que le pareció iba á quebrarse, y cayó ahogada por sus sollozos sobre una silla.

—Mira tú,—le dijo la mujer del guarda,—mira tú que el muy papanatas ha *dao créito* á las habladurías del lugar, que dicen que por un vestido has dicho tú: «¡Viva el Duque, mi Señor!»

—¡Es mentira, es muchísima mentira, mentira tan descarada como el sol de Junio! —repuso indignada y poniéndose de pie la acusada.

—Ya lo decía yo,—exclamó con aire de triunfo la mujer del guarda dirigiéndose á Matías; pero éste permanecía mustio y desconfiado.

Entonces la pobre muchacha corrió bañada en lágrimas á suplicar á su bondadosa señora que viniese á atestiguar el que no había pronunciado la deshonrosa frase.

La autoridad de aquella noble y respetable señora era tal, tan autorizado su fallo, que Matías, que lo que deseaba era ser convencido, lo estuvo desde el momento que esta señora le aseguró que Rafaela no había dicho «¡Viva el Duque, mi Señor!» y sí sólo «¡Viva don Alonso de Aguilar!»

Pero á veces, y como haciendo paréntesis en las dulces expansiones de la reconciliación, Matías preguntaba con algún recelo:

—Pero, Rafaela, ¿tú á qué santo dijiste: Viva don Alonso de Aguilar?

—¿No ves, —contestaba ella, —que este nombre dijo la señora, que es tan buena, para que se contentasen las señoritas, como hubiera dicho Periquillo Sarmiento ó Juan de las Viñas?

Poco tiempo después, á pesar de la oposición de su padre, que era más violenta desde que había hallado en lo que se dijo de Rafaela una razón en que fundar su oposición, se casaron Rafaela y Matías, y se establecieron en Castro.

Años pasaron, pero no pudieron extinguir ni aun mitigar el injusto, amargo y profundo resentimiento que abrigaba el iracundo y obstinado viejo hacia su hijo y su sobrina. A pesar de ser aquél un cumplido hombre de bien y ella un dechado de esposas y de madres, no hablaba de ellos sino para infamarlos. Esto lo sabía Matías, que, á su vez, y á pesar de las cristianas reflexiones de su buena mujer, abrigaba hondo resentimiento hacia su padre.

La muerte de su madre, baldada hacía años, había traído á Matías á la casa paterna, en la que desabridamente fué recibido por el tío Prisco; esto, y en aquellos momentos, acabó de exasperar á su hijo, que iba allí á cumplir un deber sagrado, y como si lo

que ya había hecho no satisficiese al díscolo y rencoroso anciano, apenas salió el cadáver de la casa, concluídas las ceremonias y cumplidos que son de uso, el padre se encaró con el hijo y le intimó que saliese, añadiendo con rudeza y altivez la orden de no volver á pisar su casa.

—El cuidado será mío,—repuso irritado el hijo,—que me sobra vergüenza para no presentarme donde á mí y á mi mujer, sin motivo ni razón, se nos infama y envilece.

—¿Sin razón dices? — exclamó el padre con violenta explosión de coraje; — ¿sin razón dices, tú que te has casado contra la voluntad de tu padre, tunante?

—Señor,—repuso, pálido el rostro, encendidos los ojos, Matías: — tenga su mercé en cuenta que si soy hijo, soy también hombre, y hombre cuya honra no ha de dejar mancillar ni aun á su padre.

—¡Honra! pues ¿acaso la tienes? — repuso con recalcada expresión de desprecio el padre.

—¡Señor!... — gritó Matías exasperado, — cuenta con lo que habláis, que sanan cuchilladas, pero no malas palabras.

— Envilecido, sin vergüenza, ¿acaso no sabes que el que á los suyos trae la lepra los enferma y no sana, y te has casado á sabiendas con una mujer que, lo propio que su padre, ha perdido la honra?

Al oir estas últimas palabras, Matías, lívido de furor, fuera de sí, se abalanzó al anciano, y su crispada mano cayó sobre el rostro de su padre, que se bamboleó al empuje que recibió, y cayendo sobre la silla en que había estado sentado, exclamó con voz ahogada y estridente:

—¡Maldito! ¡maldito! Has puesto la mano en el rostro de tu padre; permita Dios que no vuelvas á ver más dónde la pones.

Al llegar Matías á su casa dijo á su mujer que sentía un vehemente dolor en el ojo izquierdo, dolor que se le fué aumentando al par que su angustia al sentir igual dolor en el ojo derecho. Cuando llegó el médico que fueron á requerir, Matías estaba ciego.

Habían pasado años cuando tuvo que ir á Castro del Río un pariente de las señoras, en cuya casa había servido Rafaela, y éstas, llenas de bondadoso interés, le encargaron que viese á su antigua criada y les trajese noticias de ella.

Llegado que hubo, preguntó al dueño del mesón por ella y por su casa.

—Y muy buena y propia que la tienen aquí á la vuelta,—contestó el interrogado.—Esas gentes están muy bien *arropaditas*. A la mujer se le murió un hermano que tenía *aguas allá* (1), que desde soldado había as-

(1) América.

cendido á oficial, y que le dejó sus ahorros, con los que compraron unas hazas de tierra y la casa en que viven descansaditos, sin deber nada á nadie sino su alma á Dios. Tan bien están, que se han llevado á su padre de él consigo.

—¿Cómo ha sido eso?—preguntó el forastero.—Mis primas creían que estaban reñidos por haberse casado Matías contra la voluntad de su padre.

—Así fué por muchos años; pero el tío Prisco enfermó, se puso perlático, y aunque era más bravío y amargo que la retama, y malo de *esta que corre*,—añadió señalando una de las venas de su brazo,—que quien dice la verdad ni peca ni miente, la enfermedad y el desamparo lo amansaron, y ya es un sol puesto.

El cura habló á Rafaela, que es la *paz de Dios;* ésta habló á su marido, y fueron ambos á ver al padre y se lo trajeron á su casa, en la que le cuidan y miman á cuál más.

El caballero siguió la dirección que le habían dado y entró en una casa que, aunque pobre, tenía buenas proporciones, y en la que reinaba gran aseo y orden.

Rafaela, que lo reconoció por haberlo visto en casa de sus señoras, salió alegre y obsequiosa á su encuentro y lo introdujo en la habitación común. Allí vió sentado con

semblante sereno y apacible á un hombre como de cuarenta años, al que Rafaela dijo llena de júbilo:

—Matías: aquí está el primo de mis amas, que le han encargado de verme y llevarles noticias de mí. ¡Mira qué bondad tan buena!

El interpelado volvió su sereno rostro hacia la puerta, dando cortésmente la bienvenida al recién entrado, el que entonces pudo notar que el marido de Rafaela estaba ciego, lo que le llevó á hacer un gesto de sorpresa.

Rafaela, que lo notó, le dijo:

—Sí, señor, ¡mi pobre Matías ha perdido la vista! No se le conoce mucho por tener sus ojos sanos y abiertos; pero ¡ay señor! son dos pesetas falsas.

En este momento entró en el aposento, sostenido por una linda niña de diez años, un agobiado anciano, cuyos movimientos entrababa la parálisis.

Al oir sus pasos, el ciego se puso de pie, y Rafaela se apresuró á arrimar un tosco, pero cómodo sillón de anea, en el que, ayudada de la niña, hizo sentar al anciano.

—Pero,—preguntó á Matías el forastero,—¿no ha consultado usted para su curación á algún hábil facultativo?

—En muchas ocasiones, señor, para obedecer á mi padre y dar gusto á Rafaela—contestó el interrogado;—pero todos los médicos

de consuno han dicho que mi ceguera no tiene remedio, y yo me he alegrado.

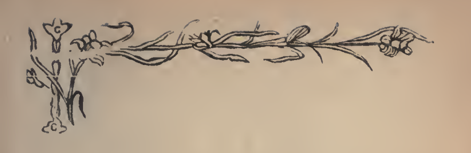
—¡Alegrado!—exclamó el forastero.

—Sí, señor; porque mi ceguera es el dedo de Dios, es un castigo, y *asina*, mientras más sufro y expío mi culpa, más se aligera el pesar y arrepentimiento que me inspira, y se aumenta en mi alma la esperanza del perdón que pido.

—Y yo,—añadió el anciano, en el que la enfermedad y los años habían amansado su genio indómito,—llevo, si no con placer, con resignación, mis crueles padeceres, que son también un castigo, pues no es el que comete la culpa el solo culpable, que lo es también el que á la culpa provoca. Ambos, señor, fuimos culpables, á ambos nos ha castigado visiblemente Dios; ambos sufrimos resignados su justicia, y ambos arrepentidos esperamos de su misericordia el perdón que le pedimos.



LEONOR



LEONOR [1]

I

Conde,—decía una señora á un Grande de España:—he oído hablar de vuestra galería de retratos de familia, y desearía verla, deseos que abrigan igualmente estos amigos míos.

El Conde, que era un hombre tan fino como bondadoso y franco, se apresuró á acceder á un deseo que no podía menos de lisonjearle, y al día siguiente recibía en su galería á aquellas señoras, acompañadas de algunos de sus amigos.

---

(1) Esta historia verídica se escribió á ruegos de un amigo, el difunto Excmo. Sr. Duque de Regla, sobrino de la protagonista. Para que fuese completa la exactitud del relato proporcionó el Duque al que lo escribe, no solamente copiosos datos, nombres y fechas en unos manuscritos, sino el mismo retrato que en la relación se menciona, de la preciosísima heroína.

Mientras recorrían aquel recinto, parando su atención ya en uno, ya en otro de aquellos rostros conservados por la pintura, cuando nada quedaba existente de los originales, como si el corazón hubiese pedido al estable pincel el auxilio que le negaba la frágil memoria humana, dos jóvenes, considerando aquel conjunto de retratos, hacían reflexiones, moneda hoy muy corriente, pero en la que se encuentran piezas falsas, tanto como de buena ley.

—Yo,—decía uno de ellos, gallardo oficial de caballería,—pondría los ricos trajes, las cruces y las mitras con que se engalanan estos retratos á esqueletos, lo cual, no sólo sería incontestablemente propio y exacto, sino también una justa censura de las antiguallas y la vanidad, dos cosas que son un anacronismo patente en nuestra época y modernas tendencias. ¡Qué poesía y qué filosofía habría en colgar una banda y una cruz de los desnudos huesos de un pecho vacío, y en colocar esas mitras sobre huecas calaveras!

—Sí, por cierto,—contestó su interlocutor;—pero tu pensamiento poético-filosófico y palpitante, de actualidad, según la expresión moderna, es un plagio.

—¡Un plagio! ¿Cómo?

—Habiéndolo tenido antes que tú nuestro archicatólico y antiguo pintor Valdés, como

verlo puedes en el santo Hospital de la Caridad, fundado en Sevilla por el católico don Miguel de Mañara. Desengáñate, capitán, cuanto de bueno pueda decir la filosofía está dicho antes y mejor en el Evangelio; cuanto pueda hacer la filantropía, lo ha hecho antes y mejor la caridad cristiana. Pero, hablando de bandas y cruces, ¿sabes que me han dicho que te han negado la de San Fernando?

—¿Cómo puede ser eso,—exclamó sorprendido é irritado el Oficial,—si el juicio contradictorio que se ha instruido me da derecho á ella?

—Porque dice el Ministro que esas distinciones son únicamente pompa vana, y que debiendo morirte algún día y volverte esqueleto, no te debes cruzar.

—¿Si habrá salido el tal Ministro de la Caridad de Sevilla?

—Tal vez,—contestó su amigo,—ó acaso de las aulas filosóficas. Pero lo que de cierto no ha brotado de ningún sentimiento caritativo es tu encubierta y pomposa crítica sobre conservar á los retratos las distinciones que merecieron y obtuvieron los que representan. Yo haría más si fuese dueño de esta galería y descendiente del hombre á quien representa el retrato ante el cual nos encontramos en este momento; yo escribiría al pie de esta noble figura de uno de los españoles ca-

ballerosos, espléndidos y amantes entusiastas de su país y de sus reyes, que el caballero que está en él representado, y cuyo pecho decora la cruz de Calatrava, modelo de los antiguos españoles, regaló á Carlos III un navío de guerra de caoba y de ochenta y cuatro cañones, construído á sus expensas, y cuyo costo no bajó de veinte millones de reales, porque tales rasgos honran, no sólo á las familias de aquellos que los hicieron, sino al país de que son hijos.

Mientras discurrían así aquellos dos amigos, estaba parada la señora que había deseado ver la galería ante un retrato, del cual no apartaba la vista, y mientras más lo miraba, más parecía agradarle y cautivar su interés. Representaba á una joven en traje de religiosa agustina de la Concepción; su túnica era negra, y celeste el amplio manto que caía de sus hombros; su toca blanca y plegada formaba una punta sobre su frente, y en el semicírculo que describía á cada lado de sus pobladas sienes, se veían las bien dibujadas entradas de una rica y negra cabellera. Aunque la pintura mejicana de este cuadro no era buena por carecer de sombras, tenía aquella minuciosa exactitud de detalles que nada omite y que copia fielmente; así era, que los magníficos ojos negros de aquella joven expresaban á un tiempo una inocencia

de corazón y una firmeza de carácter tan unidas, que no pudo el pintor trasladar al lienzo la una sin la otra. Sus cejas estaban bien dibujadas, así por la naturaleza como por el pincel; su boca era pequeña y fresca como un clavel, y su nariz, un poco corta, demostraba que á veces el capricho hace más graciosa y linda á la hermosura que una clásica y cumplida perfección.

Habiendo también este precioso retrato muy especialmente llamado la atención de las demás señoras, y preguntado al Conde de quién era, díjoles éste que de una tía suya; suplicáronle entonces que les diera cuantos detalles supiese sobre la vida de tan linda religiosa; accediendo galantemente el Conde á sus deseos, les entregó un manuscrito en que estaban consignados estos hechos, que una de las señoras copió, y que vamos á comunicar al lector.

II

A fines del siglo pasado, Méjico, la hermosa hija de España, vivía rica y feliz, digna y próspera, asida á su bandera de oro y púrpura, sonriendo á un porvenir de paz y de ventura.

¿Quién reconocerá hoy en la ciudad que desde hace cerca de medio siglo es teatro de la anarquía, del escándalo, del desenfreno y de las malas pasiones, á aquella magnífica capital, honor y prez del continente americano, á quien España dió alma con su santa fe y vida con el noble pendón á cuya sombra creció tranquila, respetada, creyente, culta y agradecida? ¡Sí, ella es la que aún conserva lo que los hombres no le pueden quitar, su suelo privilegiado, su cielo puro, pero profanados ambos con el horrible espectáculo de la ingratitud, de la traición, de las doctrinas disolventes, anticultas y antirreligiosas que pervierten su índole y destrozan su seno! ¡Qué no sería aquella metrópoli del Nuevo Mundo si hubiese desechado su ingrata emancipación, y seguido, como digna hija, bajo la decorosa y suave tutela de la madre patria!

Pero apartemos la vista de lo presente y retrocedamos á aquellos dichosos días.

Descansaba el mando, en la época en que acontecieron los hechos que vamos á referir, en manos del poderoso virrey D. Miguel José de Azanza, á quien autorizaba la madre patria á dar al elevado cargo que ejercía todo el prestigio, toda la fuerza y dignidad necesarias para revestirlo de la altísima importancia que revelaba su título.

Conforme entonces cada cual con el lugar que la Providencia le destinaba en el escalafón que constituye la sociedad humana, la prosperidad seguía su marcha progresiva, sin disturbios ni pretensiones destructoras del orden establecido. Era la alta clase demasiado digna y señora para ser bullanguera, y demasiado prudente para afanarse por alcanzar una flor de un día, sacrificando el arraigado tronco secular, herencia suya, al par que la clase llana estaba lejos de alzarse con pretensiones que condenaba en la superior. Tranquilo se deslizaba el tiempo como un manso río, sin que corrientes fangosas y extrañas enturbiasen sus aguas ni le hicieran salir de madre.

Pero demos principio á nuestro relato.

Hay una quinta inmediata á Méjico, en la que el arte y la naturaleza se han unido para embellecerse mutuamente. Entre las plantas más bellas y frondosas brotan surtidores de alegres aguas que brillan al sol, como si sonriesen á las flores antes de ir á besarles los pies. Cerca de una de estas fuentes, rodeada de jarrones de China, en que florecían las plantas más raras y bellas, veíase sentado una tarde á un anciano sacerdote, de rostro sereno y digno, cuyos negros hábitos condecoraba la roja cruz de Santiago. A su lado se hallaba una señora joven, ricamente pren-

dida, y ambos fijaban con indecible cariño su vista en otra joven, casi niña, que, vestida de blanco, se entretenía en formar un ramo con las mejores flores que aquellos jarrones contenían.

No podía darse nada más encantador que aquella joven tan engolfada en la confección de su ramo. No era alta, pero sí perfectamente formada. Su cara, blanca y sonrosada, parecía pequeña para contener sus grandes ojos negros, cuya mirada, alternativamente alegre como el sol y grave como la luna, pero siempre inocente y pura, se fijaba en las flores, que cautivaban toda su atención; las manos que las manejaban, notoriamente pequeñas y blancas, parecían jazmines que formasen parte de los ramos. Su alba tez contrastaba con el pronunciado negro del color de su cabello, y sus prominentes y rojos labios parecían retener una alegre y maliciosa sonrisa por respeto á aquel sacerdote. Era éste su padre, el Conde de Nerbas, que, después de haber enviudado, había recibido las sagradas Ordenes. Tenía dos hijas, que eran las dos jóvenes que acabamos de dar á conocer al lector, la más pequeña de las cuales se llamaba Leonor, estando casada la otra, de muchos más años que aquélla, y que la amaba con la ternura de una madre, con el poderoso Conde de Elgra.

—Padre—dijo la Condesa al ver que el sol recogía sus últimos rayos:— ya es hora de retirarme y de llevarme á Leonor, pues es necesario que empecemos nuestros preparativos para el baile que da el Virrey, al que no nos es posible faltar.

—Es cierto — repuso el Conde.— Id, pues, y que Dios os acompañe.

Leonor se levantó alegremente, se acercó á su padre y le besó la mano, diciendo con respeto:

—Esto, como á sacerdote.

Y luego, saltando á su cuello, lo abrazó, añadiendo con ternura:

—Esto, como á padre.

Ambas jóvenes desaparecieron entre los arbustos y las flores, mientras las seguían, como ángeles custodios, las enternecidas miradas del anciano.

La corte virreinal era una semejanza de la de Madrid. El Virrey, que representaba la persona del Soberano, alcanzaba todo el respeto y todas las atenciones que aquél en España, y los títulos de Castilla gozaban en su palacio las mismas consideraciones que los Grandes en el palacio de Madrid. El que ocupaba el Virrey era un vasto edificio, situado en una inmensa plaza, y aunque sin pertenecer determinadamente á orden alguno de arquitectura, era digno y notable por su grandiosidad.

Llenos estaban sus inmensos salones aquella noche de cuantas personas escogidas contenía la gran capital americana, cuando se presentaron la Condesa de Elgra y su hermana Leonor. Llevaba ésta una túnica, ó, como ahora se denomina, vestido de dos faldas, de tul blanco, recogida la superior con ramos de jazmines; una guirnalda de éstos en la cabeza, y adornado su albo cuello con un riquísimo collar de esmeraldas. Todas las miradas se fijaron en ella, llenas de admiración. Salió el Virrey al encuentro de las hijas del Conde de Nerbas, y mientras hablaba con la Condesa, acercósele presuroso uno de sus caballerizos, joven teniente del ejército, para hacerle una pregunta cuya contestación urgía. El Virrey dió ésta brevemente, pero el oficial no se movió; fija la vista en Leonor, absorto y distraído, parecía que toda su atención, su inteligencia y su ser se habían reconcentrado en la mirada que tenía fijada en aquella encantadora aparición.

— ¿Qué os detenéis? — dijo el Virrey.— Id, Camino, que nada tengo que añadir.

Alejóse el Oficial, pero no sin que Leonor hubiese notado aquella mirada del alma, clavada en ella, y que tanto lisonjea á una hermosa, cuando es hija de la admiración y no heraldo del atrevimiento.

Camino, que había llegado á Méjico con el Virrey, y á quien éste profesaba mucho afecto y demostraba gran confianza, era un joven tan modesto y simpático, que se había ganado el aprecio y la benevolencia generales. Contribuía á esto la manera digna y natural con que procuraba huir de todas las ocasiones de figurar en primer término, á pesar de la importancia que le daba la marcada preferencia con que le distinguía el Virrey.

Como suele suceder que la sociedad otorgue ampliamente aquello que no se *exige*, había ésta asignado á Camino un honroso lugar en su seno.

El sarao se animaba. La actividad del baile y la aglomeración de gentes en movimiento y distraídos por él, originaban esa clase de inobservancia que suele animar á los tímidos.

Leonor había notado, desde que empezó el baile, que por todas partes la seguían las miradas del joven favorito del Virrey, y aun sin ver al que se las dirigía, sentíalas posarse sobre ella como dos brillantes y ardientes rayos del sol. Merced á la confusión propia del baile, el joven se acercó á ella y le pidió ser su pareja para la siguiente contradanza. Concedióselo gustosa Leonor, y ya, no sólo bailó con ella entonces, sino toda la noche.

Leonor, que salía al mundo sin el necesario conocimiento de sus usos, y que tenía bajo aquella suave y tranquila apariencia un carácter singularmente decidido y una voluntad muy independiente en su origen, por más que, muy sumisa á lo que conceptuaba deber estarlo, no conoció que con la preferencia concedida á Camino se singularizaba, ni mucho menos previó que esta misma preferencia debía dar pábulo á las esperanzas de aquel joven, aunque es de temer que si lo hubiese comprendido así no se hubiera detenido ante esta consideración, pues no arredraban á su fuerza de voluntad pequeños obstáculos, del mismo modo que esta misma fuerza de carácter la habría hecho someterlo todo á cuanto juzgase que exigían de ella la razón y el decoro. No es de extrañar, pues, que en aquella noche en que brotó simultáneamente en dos nobles y firmes corazones una pasión que había de decidir del destino de su vida, quedasen unidas sus voluntades, como á veces lo están en el cielo la luz del sol y la que de éste recibe la luna.

Con disgusto observó la Condesa de Elgra la ostensible preferencia concedida por su hermana al Caballerizo del Virrey, y apenas se hallaron solas, de regreso á su casa, cuando le hizo notar toda la inconveniencia de su comportamiento.

Oyó Leonor á su hermana con cierta extrañeza y desagrado, contestándole que no comprendía que se pudiese poner objeción seria y fundada á una inclinación cuyo término sería un enlace que no podía causar disgusto grave á su familia.

—¡Cómo!—exclamó la Condesa,—¿puedes ni aun imaginas que un pobre teniente, cuyos antecedentes se desconocen, sea el partido que convenga á una hija del Conde de Nerbas, pretendida por los primeros, más ilustres y poderosos caballeros de Méjico?

— Por lo mismo que tengo bienes de fortuna, no necesito buscarlos en el compañero que elija—contestó Leonor.—Camino es un hombre que por su mérito y valer ha sabido granjearse la amistad del Virrey, y por su comportamiento el aprecio general; esto basta para que se hallen en mí de acuerdo mi juicio y mi corazón.

Todas las objeciones que hizo la Condesa no pudieron conseguir que variase de opinión su hermana, ni todos sus consejos lograron hacerla mudar de propósito.

Anduvo el tiempo, y viendo la Condesa que en todas las reuniones á que concurrían se entregaban los amantes sin rebozo ni recelo á la inclinación que los arrastraba, y que cada día iba en aumento, determinó dar aviso de ello á su padre.

Mucho disgustó á éste la noticia, pues aun en el caso de que su corazón le dictase no oponerse á los deseos de su hija, las exigencias sociales de su época le vedaban consentir que se enlazase con un joven que, sobre estar al principio de su carrera y carecer de fortuna, era de humilde extracción.

Las costumbres é ideas de aquella época lo traían así consigo, y le causó y debió causarle, por tanto, gran sorpresa y dolor que su hija bajase de clase en la elección que había hecho de un hombre para amarlo. Entonces los padres encumbrados exigían, para casar á sus hijas, igualdad, jerarquía y sangre noble; hoy no se exige aquélla, sino posición y dinero. Entonces el orgullo buscaba linaje, hoy la vanidad busca riqueza; ambas cosas son nacidas de malos padres; pero la primera se funda al menos en el respeto á la memoria de grandes hechos, de gloriosos servicios al Rey y á la Patria, mientras que la segunda sólo tiene por base la codicia.

Llamó el Conde á Leonor y la hizo cuantas reflexiones le sugerían su razón, su dignidad y su cariño; todas las combatió y ninguna convenció á aquella niña tan débil, suave y flexible en su físico, y tan entera é inmutable en su parte moral. No trató de persuadir ni enternecer á su padre; sabía que por sus años, por su carácter austero y por

su estado no le movería á variar sus ideas una pasión amorosa. Además, Leonor, era reconcentrada como suelen serlo las personas de mucha fuerza de carácter; no había leído novelas, no creía compatibles con el retenimiento y la modestia anexos, instintivos al sexo femenino, esos descompuestos extremos, esas escenas trágicas en que, por casarse con un hombre á quien quieren, incurren las jóvenes que no respetan á sus padres, á la opinión ni á sí mismas. Por todas estas razones no trató de resistir ni de desobedecer el mandato de su padre cuando le ordenó que no volviese á ver ni á hablar á Camino, y esta orden fué tanto mejor cumplida por ella, cuanto que entonces la autoridad paterna, lo mismo que la sacerdotal, era un valladar que no traspasaban las humanas pasiones sino muy rara vez.

Pasó tiempo: no se había vuelto á nombrar á Camino, pero la paz y el contento habían desaparecido del seno de aquella familia antes tan feliz. El Conde había envejecido; sobre la severa frente de su hija mayor diseñaban los cuidados su triste sello, y Leonor, alternativamente animada por una, aunque remota esperanza, y abatida por el desconsuelo, y excitada de continuo por esta incesante lucha, había caído al fin postrada en su lecho.

Una tarde entró la Condesa de Elgra en la habitación de su padre. Estaba pálida, y abundantes lágrimas corrían por sus mejillas.

— ¿Qué tienes, hija mía? — le preguntó el Conde, que amaba con ternura así á ella como á su hermana.

— Padre, — contestó la Condesa: — acabo de hablar con el médico y me ha revelado que el estado de Leonor es muy grave, y que su pasión de ánimo ataca ya sus órganos vitales. Padre: entre un mal casamiento y un féretro, ¿cuál preferís para vuestra hija?

No pudo proseguir, porque, consternado el Conde, se había levantado y se dirigía presuroso al cuarto de Leonor.

— Hija de mi alma, — exclamó al entrar, estrechando á la postrada enferma entre sus brazos: — desecha el mal que mina tu salud. Si la causa es el no ver realizados tus deseos, renuncio á todas mis esperanzas por tu futuro bienestar, y sacrifico el lustre de nuestra familia, que ha sido el anhelo de toda mi vida y el blanco de todos mis deseos, á ver los tuyos cumplidos, toda vez que lo contrario ha de ser para ti una pena sin consuelo y sin olvido que llegue á poner en peligro tu vida. Por más gestiones que he hecho, tan oscuro y pobre es el origen de Camino, que no he podido averiguarlo; pero voy á dirigirme directamente al Virrey para que me

informe de los antecedentes de su protegido, y como un obstáculo insuperable no lo impida, te prometo aceptarlo por hijo.

Un suave carmín, una sonrisa aún más suave fueron la respuesta de la enferma, que cogió la mano de su padre, que besó con apasionada gratitud.

El Conde se dirigió sin detenerse al palacio del Virrey, y fué anunciado y recibido al momento.

El triple carácter de padre, de ministro del Señor y de esclarecido prócer de que venía revestido, unido á su ancianidad, aumentaban la dignidad del Conde, quien, después de saludar al Virrey, le habló en estos términos:

— No es, por cierto, señor Virrey, una impertinente curiosidad la que me mueve á rogarle como padre, como sacerdote y como caballero que me informe sobre un asunto cubierto con un velo de misterio para todos, pero que la tranquilidad de una familia y la suerte de uno de sus miembros hace forzoso descorrer. Así es que, bajo el triple concepto de padre, de sacerdote y de caballero le suplico me diga quién es, cuáles son los antecedentes del caballerizo don Bernardo Camino.

La fisonomía del Virrey expresaba un embarazo y un pesar crecientes á medida que

hablaba el Conde. Por un momento calló y dijo después:

— Conocí á Camino en Madrid. Sus buenas prendas, poco comunes, me lo hicieron apreciar, y cada día me ha dado nuevas muestras de sus sobresalientes cualidades. Pertenece, como sabéis, á la honrosa carrera de las armas, que le abre un porvenir seguro y brillante. Sus padres son pobres, pero honrados; esto es, creo, cuanto necesitáis saber.

—Bien sabía,—repuso el Conde,—cuando vine á palacio, el mérito de Camino, su carrera y sus lisonjeras esperanzas para lo porvenir. Vuestra respuesta, señor Virrey, es evasiva y no aclara lo que deseo y me precisa averiguar; esto es, la clase á que pertenece y lo que era antes de que lo llamaseis á vuestro lado.

El embarazo del Virrey aumentaba, é iba tornándose en una agitación que no podía ocultar á la enérgica y fija mirada del Conde. Evidentemente ni le era fácil, ni acertaba á contestarle, lo que, notado con pesar por su interlocutor, le dijo con sequedad:

— Señor Virrey: respeto las causas que podáis tener para no darme más amplios informes sobre don Bernardo Camino; pero sabed, si acaso aún lo ignoráis, que, sin tenerlos cumplidos y satisfactorios, no emparentan los caballeros de Méjico con sujetos

que, aunque tengan prendas personales y la ventaja de pertenecer al ejército de Su Majestad, ocultan, sea cual fuere la causa, sus antecedentes. Por última vez, — añadió poniéndose en pie para retirarse,— os requiero, señor, por esta cruz de Santiago que honra mi pecho como honró los de mis antepasados, y que decora el vuestro, que me digáis lo que era Camino antes de que lo hicieseis oficial del ejército y caballerizo vuestro.

La contrariedad que había expresado hasta entonces el semblante del Virrey tornóse en profunda tristeza cuando, después de vacilar unos instantes, contestó de esta suerte:

— Me obligáis, señor Conde, y con ello me dais un gran pesar, á revelaros un secreto que hubiera querido conservar siempre ignorado de todos; pero ya que me habéis comprometido á ello por cuanto puede obligar á quien tiene honor y conciencia, me veo precisado á deciros que Camino, antes de ocupar el puesto en que hoy dignamente se encuentra, era un servidor mío, era mi ayuda de cámara.

El Conde nada contestó; saludó al Virrey y salió.

La dolorosa sorpresa que contenía su alma no se notó tampoco en su grave semblante cuando entró en el cuarto de su hija, á la que no creyó del caso dirigir amonesta-

ción alguna, contentándose con hacerle en breves frases la misma revelación que acababa de oir de boca del Virrey, y alejándose en seguida sin añadir una sola palabra.

El Conde conceptuó que Leonor, criada bajo el régimen y la influencia de aquellos tiempos, renunciaría desde luego á su unión con Camino, graduándola de uno de esos imposibles definitivos é insuperables cuyas consecuencias, semejantes á las de la muerte, no pueden ser modificadas por la voluntad del hombre ni por medios humanos, y que pronto condenaría y desterraría por tanto de su corazón un amor reprobado, ilícito y sin porvenir, como un amor adúltero, pues, á la verdad, esto venía á ser, considerada socialmente su pasión, no ya sólo por pertenecer como pertenecían ambos amantes á distintas clases, sino por la calidad de las funciones que había ejercido Camino. Constábale que su hija estaba amamantada en las severas doctrinas religiosas, el recato en el sentir, el freno en la voluntad, la sumisión á la autoridad paterna y la conformidad en los reveses, y creyó en consecuencia que, no sólo no combatiría con indecorosos extremos los deberes que aquéllos le imponían, sino que se sometería á ellos con suave mansedumbre femenina, muy ajena por cierto del espíritu de emancipación que cunde en nuestros días.

Llévanos este aserto á observar que, si hoy no se presencian más escándalos ni se ven más casamientos á disgusto de los padres es porque las jóvenes contemporáneas se prestan en lo general admirablemente á entrar en los cálculos que forman aquéllos para establecerlas, asignando á la pasión del amor un poder muy limitado y una influencia muy subalterna; disposición que celebramos y enaltecemos mucho en sus efectos, por más que estemos muy distantes de hacer lo mismo en cuanto á sus causas.

El Conde no se equivocó. Leonor recibió la comunicación de su padre como habría recibido la noticia de la muerte de su amado.

Cuanto pasó y sintió quedó oculto y sepultado en su pecho, como en el seno de la tierra cuanto es presa de la muerte.

Leonor calló, no por mutismo, sino por el hábito de reserva que en el austero trato de su digno padre había adquirido, así como también por efecto de esa fuerza de voluntad que le era propia.

Avisado Camino por uno de sus amigos de que el Conde de Nerbas había tenido una entrevista con el Virrey, según había colegido por haber visto el carruaje del primero estacionado ante el palacio, dirigióse hacia allí y penetró, como tenía de costumbre, en las habitaciones del Virrey; pero en la puerta

del despacho de éste fué detenido por el alabardero que en la antecámara se hallaba de guardia.

—¿La entrada me está vedada? —exclamó retrocediendo y consternado Camino.

—Tal es la orden que he recibido, —contestó el alabardero, — con el encargo de entregaros este pliego.

Camino cogió en sus trémulas manos el pliego, y anhelante y poseído de un aciago presentimiento, rompió el sello y lo desdobló. ¡Cuál no fué su asombro al ver en él la orden de marchar á las pocas horas á Veracruz y embarcarse allí en la primera embarcación que se hiciese á la vela para España!

El mandato era apremiante; todo el poder del jefe supremo se ostentaba en él, sin que nada recordase el protector, el amigo.

—¡Así me abandona y desvía de sí el que parecía ser mi segundo padre, el que era mi solo protector! —exclamó Camino dejándose caer sobre un sitial, con ese desconsuelo peculiar del desamparado y ese espantoso vacío del aislamiento.

Escapósele de las manos el funesto pliego, y entonces notó que la cubierta contenía dos; abrió el que aún no había leído y vió que era un despacho de capitán. Cual hiende de improviso un rayo de sol las opacas nubes que oscurecían la tierra, penetró uno de espe-

ranza en el corazón de Camino. La justa guerra contra la República francesa que, feliz en un principio para nuestras armas, guiada por la vencedora y gloriosa espada del ilustre general Ricardos, y funesta después bajo la conducta del valiente pero desgraciado Conde de la Unión, que había de volver á tornarse próspera para España, merced á las altas dotes del sabio general Urrutia, tenía abiertas entonces en la península las puertas de oro de la verdadera é inmarcesible gloria, y todos los españoles de todas clases y condiciones se precipitaban ansiosos por ellas al santo grito de Religión, Rey y Patria, sin necesidad de invocar para nada la unión, pues, unánimes todos en sus generosos sentimientos, no había desunión posible.

Camino comprendió la senda que le marcaba su protector: conquistar un nombre glorioso, adquirir con la espada, genuina fuente de nobleza, el puesto que había de encumbrarlo á la altura de la mujer que amaba, fué lo que le pareció indicarle el despacho que le facilitaba los medios para ello, y en seguir este nuevo rumbo cifró su esperanza, su estímulo y su consuelo, viendo en hacerlo así el único medio, aunque remoto, de que aquella cruel, pero inevitable separación no fuese eterna. Todos estos pensamientos, unidos á los dolores de la ausencia, expresó en

una larga carta que escribió á Leonor, en la que, mezclados, formaban como una corona de ciprés entretejida con rosas, y á las pocas horas partió.

Leonor, al recibir esta carta, la quemó resueltamente sin leerla, después de lo cual cayó de rodillas bañada en llanto.

Todo esto fué ignorado de su familia, en cuya casa no volvió nunca á pronunciarse el nombre de Camino.

Leonor no hizo alteración alguna en su modo de ser y de vivir. Salía, entraba, iba á todas partes adonde su hermana la llevaba.

Dos años pasaron de esta suerte. Alentados los pretendientes á la mano de la rica y bella heredera, recibió el Conde varias proposiciones, y no mostrando Leonor preferencia por ninguno de los que la solicitaban, determinó su padre hablarla é inclinar su ánimo hacia aquel que le parecía reunir más ventajas y más elementos para hacer su destino feliz. Hízolo así, y Leonor le escuchó con acatamiento y calma; pero, cuando hubo concluído, le contestó:

—No he podido ser esposa del solo hombre que he amado y amaré en mi vida, y no lo seré de otro alguno. He querido que una resolución firme é irrevocable, tomada por mí desde el momento en que la suerte nos separó, y que desde aquel día ha sido todo mi

consuelo, no os pareciese pasajera y atropellada y sólo hija de la vehemencia de mi dolor; así es que nada os he dicho hasta el día de hoy, en que se me presenta la deseada ocasión de hacerlo. Han pasado dos años desde que ofrecí á Dios, entero, un corazón que no podía ya ocupar otro sentimiento que el santo amor á El, único amor que proporciona calma y dulzura al corazón, que es inmutable, y que empieza por dar consuelo y acaba por hacer olvidar las penas y dolores de este mundo.

Al oir estas palabras, venciendo el amor paternal á las consideraciones de sacerdote, exclamó el Conde, amargamente sorprendido por la perentoria declaración de su hija, que destrozaba su corazón de padre y destruía sus esperanzas de cabeza de familia:

—Nunca consentiré...

—Señor,—le interrumpió Leonor con templada firmeza: — no podéis desaprobar una determinación que vos mismo tomasteis... Si el esposo que había elegido mi corazón humillaba á la familia, el que ahora elige mi alma la honra y enaltece; debéis, pues, aprobar esta mi determinación, así como debisteis reprobar la otra.

—Si ha de ser para el bien de tu alma,— repuso el Conde, vuelto en sí de su primer movimiento de repulsa, — único bien real á

que debe aspirar el hombre en su transitoria peregrinación por un mundo cuyos bienes jamás han llegado á satisfacer sino momentáneamente al que logre disfrutarlo, hágase según tu voluntad, y que no sea un padre y un sacerdote el que se oponga á ella cuando va bien guiada. Elévense á la par de las tuyas mis esperanzas y mis anhelos. Persuadido de lo premeditada de tu determinación y de la constancia de tus sentimientos, no me opongo á tu resolución, y si pierdo el encanto de mi hogar doméstico, adquiero en cambio un ángel que á Dios ruegue por mí y que me retribuya con oraciones de su candoroso corazón y de sus puros labios las bendiciones que derramo y he derramado durante toda mi vida sobre tu cabeza.

Leonor entró en el convento de Agustinas de la Concepción, y al año profesó con el contento y la alegría que le eran propios en sus primeros años. Todos sus amigos y deudos asistieron al solemne acto de su profesión, y muchas lágrimas de ternura y de admiración fueron vertidas, pues tal es nuestro apego á las cosas mundanas que, al renunciar á ellas por las del cielo, nos parece un heroico rasgo de virtud y un doloroso sacrificio.

Una vez monja Leonor, apresuróse el Virrey á llamar nuevamente á su lado á Cami-

no, quien no se apresuró menos á acudir á este llamamiento, ceñida ya su sien de bien ganados laureles, y lleno además el corazón de dulces esperanzas por imaginar que el amor y la constancia de Leonor, unidos á la amistosa intervención del Virrey en favor suyo, habrían podido vencer la oposición del Conde de Nerbas á su enlace con Leonor y sido causa de su regreso.

Llegó á Méjico, encaminóse desalado al palacio virreinal, y se presentó gozoso á su protector.

—Ya ves,—le dijo el Virrey, que en la intimidad favorecía á Camino con el *tú* paternal que le dictaba su cariño, — ya ves cómo desde que han cesado los obstáculos que se oponían á tu vuelta y motivaron tu ausencia, que era el único medio de prevenir muchos males, me he apresurado á llamarte á mi lado, libre ya de los cuidados y temores que aquéllos me inspiraban.

—¿Y el Conde de Nerbas ha consentido?—exclamó ebrio de alegría Camino, que suponía, como hemos dicho, que el haber cesado los obstáculos á su estada en Méjico era debido á no haberlos ya en sus amores con Leonor.

—Consintió,—repuso el Virrey,—en el deseo de su hija, y á pesar de que destruía todas sus esperanzas de cabeza de una ilustre

y poderosa casa, porque consideró que la primera obligación de un padre es la de mirar por la verdadera felicidad de sus hijos y que debe anteponerse á todas las miras terrenas.

—¡Oh, Dios mío! — exclamó Camino. — ¿Así, pues, Leonor me aguarda?

El Virrey lo miró asombrado, y tornándose poco á poco su mirada triste y compasiva, le dijo con voz solemne:

—Sí, Camino, Leonor te aguarda; pero en un mundo mejor, no en éste, al que ha renunciado, muriendo para él dulce y suavemente en el convento de monjas Agustinas de la Concepción, en que ha profesado.

Camino no oyó más, y sin cuidarse de las reglas sociales, se precipitó, sin añadir palabra, fuera de la estancia de su protector, y sin tomar aliento llegó al indicado convento, en el que pidió que avisasen á la recién profesa, que había en el locutorio una persona que venía con un recado de su padre.

A pesar de la moderación de su carácter, al ver Camino á la que amaba en traje de religiosa, sintió un dolor desesperado que le hizo desahogar su pecho con todo el arrebato y la elocuencia de la pasión, y le impulsó á proponer á Leonor que le facultase á ir á Roma, y echándose á los pies del Santo Padre, obtener que desatase con su poderosa y

autorizada mano lazos anudados tan ligeramente y por razones de tan poco valer en la alta esfera del sentir, y cuyas consecuencias no podían ser otras que causar la desgracia de dos personas que, unidas, habrían sido felices.

Leonor rechazó con dulzura, pero con alta dignidad, tan descabellada proposición, y aumentándose entonces la exaltación de Camino, por el despecho que le causaba la negativa de aquélla, prorrumpió en amargas quejas, acusándola de no amarle ni haberle amado nunca, y de no sentir ni comprender el amor.

—Comprendo y siento,—contestó Leonor,—que no se ama más que una vez en la vida, y que este amor agota las fuentes que le dieron vida, pero no el que este amor se sobreponga en una persona de carácter y de fuerza de voluntad á todas las condiciones sociales, á la razón y al deber de hija. Ese amor de pasión del que pretendéis los hombres hacer casi una virtud, no lo es tal; es sólo una calentura, con todos sus padecimientos y delirios, que, transitoria y fugaz, no se debe fomentar con estímulos, sino serenar con calmantes. Hay otro amor, Camino, de más fuerza, de más duración y de más porvenir, puesto que el suyo es la eternidad. Este crece sostenido por otros móviles que la

pasión terrena, y se satisface muy de otra manera. Decís que no sé amar porque no comparto con vos la violencia que todo lo arrastra, el ímpetu que á todo se sobrepone. Yo creo, por el contrario, que la buena calidad del amor se demuestra más en el exclusivismo y en la constancia que en la pasión, ese fatal estado del hombre, que muchos tratan, por desgracia, de enaltecer, y que es casi siempre el origen de todos sus males. En el siglo, sólo á vos amé; en el claustro sólo amo á mi Criador y Dueño; y aun dado el caso de que sin pedirlo yo se abriesen de par en par las puertas de este asilo de consuelo y de paz, de esta alegre y tranquila tumba en que nada nos distrae del santo y único fin del hombre, que es prepararse á la vida eterna, nunca, no, nunca resucitaría para sufrir la que murió para descansar (1).

—Pues, adiós, Leonor,—dijo Camino con la calma del dolor sin remedio, sin consuelo y sin olvido;—busqué la gloria, porque creí

---

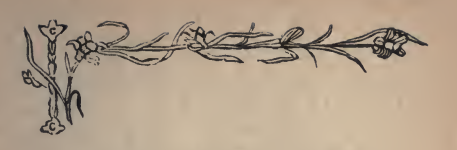
(1) En el año 1832, que se llamó en Méjico del terror, se dictaron leyes denominadas eclesiásticas, y entre ellas una que dispuso que las religiosas que quisieran abandonar sus conventos lo hiciesen libremente. Nuestra Leonor, bien avenida con su santo retiro, y fiel á sus propósitos, permaneció en el claustro.

que me acercaría á vos; ahora buscaré la muerte, puesto que me es inútil la gloria.

Camino regresó á España, hallando años después la gloria que no buscaba y la muerte por que ansiaba, en la guerra eternamente memorable de nuestra Independencia.



LOS DOS MEMORIALES



LOS DOS MEMORIALES

VERÍDICO EPISODIO DEL VIAJE DE LA REINA Á SEVILLA EN 1862

En una de las humildes casas cobijadas por techos de anea ó chamiza, de los que en casi su totalidad se compone el pueblo de Dos Hermanas, estaba á fines del verano de 1862 una anciana, en cuyo expresivo rostro se pintaba la aflicción y la angustia, ocupada en reunir unas sillas bastas, unos cuadritos y otros enseres de poco valor, pero de gran precio para su dueña, pues constituían todo su ajuar.

—¿Qué está usted haciendo, tía Manuela? —la preguntó otra mujer joven y alta, cuyas ropas raídas demostraban suma pobreza, y cuyo semblante abatido atestiguaba también en ella pesares.— ¿Se va usted á mudar?

—Yo no, Josefa, hija,—contestó la anciana;— pero voy á mudar mi ajuar. *Arrepara* el techo de mi casa, que se ha vencido y está para desplomarse; por lo que voy á pedirle

á Rosalía que me recoja estos chismes en su casa.

—Yo ayudaré á usted á mudarlos,—repuso la joven.

Y cargando con parte del ajuar, precedida por la dueña, que llevaba lo restante, atravesaron la calle y entraron en la casa de la indicada vecina.

—¿Qué es esto, tía Manuela?—exclamó ésta al verla entrar.—¿La echan á usted de su casa?

—Sí, hija,—contestó la interpelada;—me echan, y con cajas destempladas, esas nubes, que si les da gana de descargar, van á hacer de mi casa un lodazal, pues el techo, que es más viejo que yo, se ha vencido y está hecho una criba. Quiero, al menos, resguardar mi ajuar, y para eso déjame, hija, que lo meta en tu sobrado, y Dios te premiará la buena obra.

—Sí, señora; con mil amores. Pero usted, ¿qué se va á hacer sin su ajuar?

—No lo sé, hija. Pero como tenerlo en casa es lo mismo que tenerlo en la calle, preciso era buscar dónde cobijarlo.

—El caso es, tía Manuela, que si usted no ve de componer el techo de su casa, se le va á desplomar á las primeras aguas de la otoñada, y ya no será mojados, sino aplastados, como van ustedes á hallarse.

—Hija: ¿y qué le hago? Mi Juan, que no sabe techar, no puede componerlo; tendríamos que pagar á un techador y comprar la chamiza, por la que piden á treinta reales la carretada. Te harás, pues, *los cargos*, que estando mi Juan viejo y con un bulto entre las costillas, no pudiendo ganar ni para pan, ¿de dónde habíamos de sacar esos gastos? Ya me se previene que nos vamos á quedar sin casa, porque la nuestra se va á hacer alberca. ¡Ay mi casita! Mala es; pero me estaba mirando en ella como en un espejo! En ella murieron mis padres y han nacido mis hijos, y fuera de ella, Rosalía, te digo mi verdad, que no me hallaría ni en un palacio. La tengo de abolengo, y conocida es por la casa de los Ortegas *ende* abinicio. En ella lo he pasado tan retebién, pues, además de ser mi Juan un trabajador de los de punta y ser en mi casa el jornal seguro como el sol de Dios, ha sido mi Juan la flor y nata de los hombres de bien, y me ha dado buena vida. Sembrábamos la hacecita de tierra suya, y hogaño se queda vacía por no poder menear la simiente ni él trabajarla. ¡Mira si caben más desdichas!

Y rápidas, unas tras otras, como vierten nubes de tormenta las suyas, corrían lágrimas por las escuálidas y atezadas mejillas de la pobre anciana.

—Tía Manuela,—dijo la mujer joven que le había ayudado á mudar su ajuar:—vamos, que las desdichas mías no se quedan atrás. Usted tiene á sus hijas casadas y establecidas, y, aunque pobres, mientras trabajar puedan, no le ha de faltar á usted y á su padre el pan; pero yo, que tengo á mis niñas chicas y á mi marido desde hace tres meses con tercianas, sin tener para que duerman mis hijitas más que el suelo pelado, sin una mala manta con que abrigarles, de manera que de arrecidas me se van á morir en diciendo el frío: *¡aquí estoy!*

—¿Cómo es eso, mujer? Pues qué, ¿tu marido no lo ganaba antes que le acometiesen las malvadas tercianas?

—Si, señora, tía Manuela, y su jergoncito, sus almohadas, sábanas y manta tenían mis niñas; pero mi suegro, que era viudo, vino malo del campo, ¿y dónde había de parar sino en casa de su hijo? En la cama de mis niñas pasó la enfermedad, que fueron unas postemas y unas pútridas que se lo llevaron; y después dijo el médico que la cama, las ropas y cuanto le había servido se quemase, porque aquella enfermedad era muy mala y muy pegajosa; así es que duermen mis niñas en el santo suelo, sin que tenga yo para cobijarlas ni la manta de su padre, porque cuanto teníamos vendimos para sostenerle al

suyo la enfermedad; y ustedes me dirán qué va á ser de esas niñas en llegando el invierno. ¡Mire usted, tía Manuela, lo que á mí me pasa salta á los ojos y me echa un dogal al cuello!

—Ya se ve, hija, ya se ve que cuando Dios extiende su mano á todas partes alcanza. ¡Lo que es á mí lo que más me ahoga es el que *cuantito* caiga el primer chaparrón se va á hacer mi casa una laguna, y mi Juan, al que dañan mucho las mojadas, y que está tan abajo y tan *paecido*, me se va á morir!

Y la infeliz se echó á llorar amargamente.

—Vaya, tía Manuela,—le dijo compadecida la vecina:—no pierda usted las esperanzas; las esperanzas son puntales, y en faltando éstas nos desplomamos nosotras, y se acabó. Las esperanzas dan cuerda al reloj de la vida; sin ellas se queda parado y se muere el corazón, y no permita su Divina Majestad que se nos muera el corazón, que entonces somos perdidos.

La interpelada era mujer de gran talento natural, y de genial vivo y alegre, que son tan frecuentes en Andalucía; así es que contestó:

—Bien sabes, Rosalía, que si puntales hallase, ya se los hubiese yo puesto á mis esperanzas, que decía mi madre (que de Dios goce) que en día de Carnestolendas nací yo,

y riendo en lugar de llorando, y así no soy yo de las que se atolluncan; pero si ni aun puntales de palo tengo para apuntalar el techo de mi casa, ¿cómo los había de tener de esperanzas para apuntalar mi desdicha?

—Ni yo,—añadió Josefa.

—¿Y os parecen á vosotras pocos puntales las esperanzas en Dios?

—¿En que hiciera un milagro, que es la sola manera de remediarnos?—repuso Josefa.—¿Y acaso lo había de hacer su Divina Majestad?

—Y ¿quién te dice que no? ¿No los hace acaso todos los días? Yo he visto llover los milagros en mi casa; pero sin fe no hay milagros; sin pedirlos no hay socorro. Asina, no desconsolarse, que Dios está siempre en el mismo lugar. ¿Os vais vosotras á parecer á la gente del día, que dice que no hay milagros?

—¡Jesús, Rosalía, no lo permita Su Divina Majestad!—exclamó la tía Manuela.—Milagros, que son la patente intervención de Dios en las cosas de los hombres, ¿no los habíamos de creer? Tanto valía negar á Dios que negarle su poder y su voluntad. Lo que quería decir Josefa es que acá no merecemos que por nosotras los haga el Señor.

—Por esa desconfianza, puede ser; que de otra suerte, para obtener los favores de Dios

basta ser humilde y pedírselos con fe y amor. Dice el Señor: «Ayúdate, que yo te ayudaré.»

—¿Qué más quisiera el ciego que ver? ¿Qué más quisiera yo que ayudarme? Pero ¿cómo?

Rosalía se quedó un momento pensativa, y dijo después:

—Ya saben ustedes que la Reina está en Sevilla, y que después de la del cielo es la de España la Reina más misericordiosa que ha habido ni habrá; así como después de la de Dios es Isabel II la providencia de España. Háganle ustedes un memorial en que le pidan que las socorra en tamaña necesidad.

—Mujer, no lo has pensado malamente,—dijo la tía Manuela, cuyas lágrimas, como las de los niños, se secaron instantáneamente;—me has dado un puntal: mira qué presto se lo pongo á mis esperanzas.

—Pero falta el milagro,—añadió sin salir de su abatimiento Josefa,—y no dejaría de serlo el que su Real Majestad hiciese caso de nuestros memoriales. Vamos, eso es un *sinfundo*, si los hay. Decía el ordinario anoche cuando llegó de Sevilla que á cientos y miles se los entregaban á su Real Majestad, y siendo éstos sin cuento, ¿acaso podría la Reina satisfacer tanto pedido? Eso sólo Dios lo podría.

—No le hace; yo voy á presentarle un memorial.

—Eso es que cuenta usted con el milagro,—dijo con triste amargura Josefa.

—No, hija,—repuso la triste anciana;—no *cuento* con el milagro; pero acaso podría *esperar* en él, que ese puntal, ya que á manos me se viene, lo quiero aprovechar. Mira, Josefa: mañana nos vamos á Sevilla, y de camino vemos los festejos, los arcos, los adornos que allí han hecho, que dicen que desde que el mundo es mundo no se ha visto cosa igual. Buscamos un memorialista que nos haga el memorial; nos ponemos á la verita del coche, más que nos atropellen los caballos y nos *estrujen* las gentes, y se lo damos á su Real Majestad.

—Las cosas de usted,—repuso Josefa,—que todo lo allana sobre la marcha, como plancha caliente. Los memoriales se hacen sobre papel de sello, señora, y cuesta dos cuartos la hoja; al memorialista es menester pagarle su trabajo, y ni usted ni yo tenemos un cuarto. Nada, tía Manuela, donde no hay harina todo es mohina.

La cara de la tía Manuela, que se había animado con un rayo de esperanza, tornóse á abatir, como la rama del sauce llorón, á quien por un momento alzara y diera movimiento una pasajera ráfaga de aire.

— ¡El gozo en el pozo! — exclamó tristemente, — pues no tengo los dos cuartos para

mercar el papel, que en cuanto á quien me escriba, conozco en Sevilla al mozo de una casa en la que sirvió mi hija antes de casarse, el que tiene una letra como un maestro de escuela, y ése nos los escribiría.

—Pues en ese caso,—dijo la vecina sacando de su bolsillo dos monedas de dos cuartos, — poco dinero tengo, pero les emprestaré estas dos motas para ayudarles á poner un puntal á sus esperanzas. Si algo alcanzan ustedes me los pagarán, y si no, perdono la deuda.

— Dios te lo premie y te dé la gloria, que la merece tu buena obra, tanto más meritoria, cuanto que va á servir para un *por si acaso* de los más aventurados; pero bien dice el que dijo que quien no se arriesga no pasa la mar. Asina, Josefa, *aprevente*, que mañana nos vamos un pie tras otro á Sevilla.

No hay que extrañarse de que la vecina prestase esa pequeña cantidad á dos pobres más necesitadas que ella. Lo que sí hay que admirar en estas pobres aldeas, compuestas en su casi totalidad de braceros, cómo el que está algo más desahogado fía al necesitado en las épocas en que les falta el trabajo, si bien no metálico, de que él mismo carece, trigo, semillas, aceite, esto es, sustancias alimenticias. Como es de suponer, entre gen-

tes que no saben escribir no median contratos ni recibos; entre la caridad y la gratitud no media más que la buena fe; por lo que estas tan generales deudas nunca se han visto negadas ni desatendidas.

Seis días después de la precedente escena estaba la tía Manuela parada ante la puerta de su casa hablando con Josefa, cuando pasó un hombre bastante bien portado, al que dijo con tristeza la tía Manuela:

—Con que, Miguel, ¿se fueron los Reyes?

—Ayer,—respondió el hombre;—yo los *vide* entrar en el coche real del ferrocarril, y cuenta que si los pude ver es porque cuando serví al Rey era granadero, y porque en la estación cogí sitio *ende* temprano. ¡Qué de almas, María Santísima! ¡Si parecía que las cuatro provincias de Andalucía se habían apiñado allí! *Vide* despedirse á las dos hermanas reales, que abrazadas lloraban por su cara abajo. Tía Manuela, ya ve usted como también los Reyes lloran.

—¡Si son hijos de Adán, Miguel, y con el pecado de aquél entraron en el mundo las lágrimas que nos dejó por herencia en este valle que de ellas toma el nombre!

—Al ver á nuestra Reina y á nuestra Infanta tan queridas llorar, todo el mundo lloraba, y yo sentí que algo me corría por la cara,

me eché mano, tía Manuela... ¡Pues no estaba yo llorando!!! (1)

—Y yo también, Miguel, de oírtelo referir, —repuso la tía Manuela secándose las lágrimas con un pico de su delantal.—¡Qué dolor, qué dolor, de ver llorar á la Reina de mi corazón y de mi alma, y á esa Infanta bendita que con su esposo han hecho en San Telmo de los jardines un paraíso, y del palacio un santuario! ¡Y habría llorado también, Miguel, porque ese malvado ferrocarril se llevaba con mis Reyes mis esperanzas!

—Y las mías, aunque eran pocas,—añadió Josefa.

—¿Que se llevaba las esperanzas de ustedes?—dijo admirado el hombre.—Pues qué, ¿las tenían ustedes puestas en la Reina?

—Sí, porque yo y tía Manuela le habíamos hecho un memorial para que nos socorriese.

—Qué, ¿tan necesitada estás, Josefa? Pues *denantes* estabas descansadita.

—*¡Denantes!*—respondió Josefa;—*denantes* me vivían mis padres; pero *ende* que me faltó mi madre me han llovido desdichas y no tengo arrimo ni calor de nadie; *asina* es que dice bien el cante:

(1) Histórico.

Murió mi madre ¡ay de mí!
Ya entraron mis amarguras.
Ninguno diga que es pobre
Mientras su madre le dura.

Mira, tú, que tengo á mi Pedro hace tres meses con tercianas, y á mis niñas durmiendo en el suelo pelado, y el invierno que ya asoma.

—¿Y quién entregó esos memoriales? —preguntó el hombre.—¿Vosotras?

—No, porque, aunque esa intención llevábamos,—contestó la tía Manuela,—y nos pusimos á esperar á su Real Majestad en una calle por la que dijeron había de transitar, cuando llegó á pasar, tan hermosísima, tan bien puesta que parecía una imagen, tan respetuosa á la par de tan hermosa, pasando despacito por no atropellar á nadie por el apiñado gentío que la rodea por doquiera que va, sacando del coche un brazo más blanco y más torneado que si lo hubiesen hecho de marfil, para recoger los memoriales, nos quedamos entrambas tan admiradas, tan extáticas, tan cuajadas, que ni el *viva* que rebosaba en nuestro corazón pudimos echar al aire; cuando miramos por nosotras, ya había pasado, ya iba lejos aquel hermoso coche que se llevaba nuestra Reina, nuestro corazón y nuestras esperanzas; ¡y sólo nos

quedaban lágrimas en los ojos, y en nuestras manos los memoriales!

—¡Por vía de Chápiro Valillo!—exclamó Miguel.—¡Quién había de creer que se atollancasen ustedes tanto, usted, tía Manuela, que es más viva que un ajo, que tiene la lengua expedita y bueno el pronunciado, y hasta coplera es!

—Pues ahí veras, hijo mío, cómo impone la Real Majestad, que me se apagó el candil, me se anudó la garganta, y ni un *viva* le pude dar á mi Reina, lo que me ha de pesar mientras coma pan.

—Y ¿quién les hizo á ustedes los memoriales?

—Un mozo de casa que escribe que ni *imprentado.*

—La cuenta de la plaza será,—opinó Miguel;—¡pero un memorial á la Reina!!! ¡Bueno estaría, y más si el mozo era farruco!

—Pues, sí, señor, que iba bueno; que yo se lo fuí anotando.

—Y ¿qué la decía usted en el memorial á la Reina, tía Manuela? ¿Acaso que le comprase la chamiza para la techa?

—Pues, sí, señor.

Su interlocutor soltó una carcajada, y preguntó:

—Y Josefa, ¿qué pedía en el suyo? ¿Que le comprase su Real Majestad un jergón en que dormir sus niñas?

—Pues, sí, señor.

Su interlocutor volvió á reirse más estrepitosamente todavía.

—Hombre, —le dijo con impaciencia la tía Manuela:—¿y qué querías que pidiese yo á la Reina que fuese el pedido digno de su Real Majestad? ¿Una encomienda? Ni me la hubiese dado, ni yo para maldita la cosa la necesito... ¿Qué querías?

—Que no hubiese usted pedido *náa;* haciéndose *los cargos* que por más que se levante el polvo de la tierra no llega al sol; ¡qué al sol! ni á los luceros y estrellitas que lo rodean, que se encaraman más alto que él; así se hubiese usted ahorrado el viaje y su memorial, y no estaría ahora llorando sus esperanzas perdidas. ¿Acaso no sabe usted la copla:

Son nuestras esperanzas
Flor sin raíces,
Que se las lleva el viento
Antes de abrirse;
Y es culpa nuestra
Por sembrarlas al aire
Y no en maceta.

—¡Pues otras han alcanzado, Miguel! Pero bien me se previene que en un lugar no todos pueden vivir en la plaza.

—En cuanto á mí,—añadió Josefa,—yo y mi Pedro somos tan desgraciados, que si él

hubiese sido sombrerero habían de haber nacido los niños sin cabeza.

—Pero, vamos á ver, que tengo curiosidad, —dijo Miguel.—¿Qué era lo que rezaba el memorial de usted, tía Manuela, y cómo le pedía usted chamiza á su Real Majestad?

—Toma, muy clarito y sin circunloquios, como se lo pido á Dios. ¿Pues no le está pareciendo á este hombre, que lo echa de sabido, un desacato el pedirle la chamiza que necesito á la Reina? Decía el memorial *asina:* «Señora: á los pies de Vuestra Real Majestad se postra una infeliz anciana que va á quedar á la inclemencia del cielo por derrumbarse el techo de su casa. Déme Vuestra Real Majestad, que se complace en llamarse madre de los españoles, la chamiza para techar mi casa y cobijarme, y Dios en cambio cobijará á vuestro trono, á Vuestra Real Majestad y sus augustos esposo é hijos con su santísima bendición.»

—¿Y el de Josefa?—preguntó Miguel.

—Decía *asina*,—prosiguió la anciana:—«Señora: A las plantas de Vuestra Real Majestad se postra una madre desdichada que tiene á las hijas de su alma durmiendo en el suelo y sin abrigo. Déles Vuestra Real Majestad un jergón y hará una obra de caridad de las grandes. Humilde es mi petición, Reina y Señora; pero más humilde es la de los pájaros, y Dios la atiende.»

—Lo que es de largas no pecan,—opinó Miguel;—pero sí de gansas, que lo son como pajares, y de atrevidas, que lo son como gorriones. Por suerte, que no llegaron ustedes á entregarlas y no las habrá visto la Reina.

—Pues, Miguel, yo había esperado que sí, porque en vista que no habíamos podido ponerlos en manos de su Real Majestad, nos fuimos en casa de una señora que yo conozco, y donde paraba un *usía muy considerable de la comitiva real*, y le dije que por el amor de Dios y de María Santísima se los entregase y se empeñase con él para que se los presentase á su Real Majestad de parte de Manuela Ortega y de Pepa Monje, de Dos Hermanas. La señora lo prometió; pero, por lo visto, no lo ha cumplido.

—O el usía no querría entregar á su Real Majestad semejantes marmojos,—dijo Miguel.

—Eso será,—repuso la tía Manuela;—porque mira, Miguel, gansos ó no, tan cierta estoy de que si nuestra Reina los hubiese visto nos socorre, como cierta estoy que nos alumbra el sol.

—Tía Manuela,—le dijo Juana:—para que hubiesen llegado á manos de la Reina era menester un milagro, y Dios no ha querido hacerlo. ¡Cómo ha de ser, paciencia! ¡Ay mis pobres niñas!

—Tía Manuela,—dijo una mujer:—en busca de usted venía de parte del señor cura para que vaya usted allá.

—Eso será para aljofifar la iglesia, que entonces siempre se acuerda su mercé de mí. ¡Dios se lo premie! Ya ves, Miguel,—añadió enjugando sus lágrimas,—que si una puerta se cierra otra se abre, y que Dios no le falta á nadie.

—Tía Manuela, voy con usted á ver si el señor cura quiere que ayude á usted en la faena,—dijo Josefa.

—Sí, vente, mujer; que yo también se lo pediré. Miguel, con Dios, hasta más ver.

—Yo voy para allá también, que llevo á su mercé un encargo que me hizo ayer.

Los tres echaron á andar apresuradamente y llegaron en breve á la casa del cura.

—Dios guarde á su mercé, señor cura,—dijo al entrar la tía Manuela.—Pepa Monje viene conmigo á pedir á su mercé que sea ella la que me ayude á aljofifar la iglesia.

—No se trata de limpiar la iglesia,—contestó el cura.

—¿No?—exclamó tristemente sorprendida la tía Manuela.—Pues entonces, ¿á qué me ha mandado llamar su mercé?

—Has hecho un memorial á la Reina,—dijo el cura;—¿no es eso?

—Sí, señor,—contestó la pobre mujer aturrullada;—eso no es malo, ni está prohibido; ¿no es así, señor cura?

—No, mujer, no, y si te llamo es para entregarte la contestación de la Reina. De parte de nuestra benéfica Soberana tienes aquí, no sólo para techar tu casa, que ya sé que es tu primera necesidad, sino con qué costear la siembra de tu haza.

Y el cura puso unas monedas de oro en las manos de la anciana.

Esta, al ver el oro, se puso fría, pálida y parada; después, encendida, agitada y temblorosa, y acabó por prorrumpir en un copioso llanto, gritando:

—¡Dios hizo el milagro: bendita sea la fe! ¡Yo puse los medios: bendita sea la esperanza! ¡La Reina fué el intermedio de Dios: bendita sea la caridad! ¡Bendecido sea Dios! ¡Bendecida sea la Reina!

El cura había entrado en un cuarto y salió de él con un abultado lío.

—Y tú,—dijo presentándoselo á Josefa,—aquí tienes, por respuesta á tu memorial, las ropas y abrigos de una cama completa, y además este dinero,—añadió entregándoselo,—con qué remediarte.

—¡Hijas de mi alma!—exclamó Josefa estrechando el abultado lío contra su pecho.—¡Hijas de mi alma, que ya no llorarán de frío,

y van á dormir abrigadas y en blando como princesas, rogando á Dios cada noche por la Reina de España; la Reina de todas las Reinas, misericordiosa como el sol que á todos los alumbra y da su calor!

La tía Manuela, que se había repuesto algún tanto del pasmo y turbación que le habían causado la sorpresa y el júbilo, reía, lloraba, daba vueltas, alzaba sus manos cruzadas al cielo, y era la imagen más caracterizada de la alegría, de la gratitud y del entusiasmo.

—Tía Manuela,—le dijo zumbonamente Miguel:—usted que es coplera, ¿cómo no le saca usted un trovo á la Reina, que, á pesar de las sandeces de su memorial, la ha socorrido como Reina y madre?

Inmediatamente, y con los ojos brillantes por su felicidad, improvisó la tía Manuela:

Le doy el viva á Isabel,
Le doy el viva á mi Reina,
La generosa señora
Que me ha sacado de penas.

Dios le conserve su vida
Y la colme de favores,
Porque gasta sus tesoros
En socorrer á los pobres.

He de pelar mis rodillas
Al pie de nuestros altares,
Pidiéndole á Dios que guarde
Y premie á Sus Majestades (1).

---

(1) En este sencillo suceso todo es exacto y real. Los memoriales fueron entregados. Los versos, que con ayuda de un poeta culto hubiéramos podido presentar mejorados, están puestos tal cual la tía Manuela los improvisó, porque hemos preferido su sincera sencillez con sus defectos, á correcciones que les hiciesen perder aquélla.

FIN



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO



